

«Absorbente... hará las
delicias de los fans de los
giros finales inesperados».

Grazia

UN PASO DE MÁS

Tina Seskis

SUMA

18
MADRID

17
LONDRES

18
MADRID
17
LONDRES

18
MADRID

17
LONDRES

18
MADRID
17
LONDRES

18

A mi madre

PRIMERA PARTE

1

Julio de 2010

El calor es como una persona más a la que apartar a empujones mientras me abro paso por el andén. Subo al tren, aunque después de todo no sé si debería. Sentada en tensión entre los viajeros, avanzo con el vagón y la multitud, desde mi antigua vida hacia la nueva. Hace fresco y hay una extraña sensación de vacío, a pesar de la gente, a pesar del sofocante calor afuera, pero el vacío me tranquiliza un poco. Aquí nadie conoce mi historia, por fin soy anónima, una joven más con su bolsa de viaje. Voy como a la deriva, como si no estuviera aquí, pero lo estoy, siento la solidez del asiento debajo de mí, la parte trasera de las casas pasa deprisa por la ventana. Lo he conseguido.

Es curioso lo fácil que resulta dejar atrás tu vida y empezar una nueva cuando no te queda otra. Todo lo que hace falta es suficiente dinero para empezar de cero, y la decisión de no pensar en la gente a la que dejas. Esta mañana intenté no mirar, intenté marcharme sin más, pero en el último momento no pude evitar ir a su cuarto y quedarme contemplando cómo dormía: casi como un recién nacido, sin haber despertado aún al primer día del resto de su vida. No podía arriesgarme a asomarme a la habitación donde dormía Charlie, sabía que le despertaría, así que giré el pestillo sigilosamente y les dejé allí.

La mujer que va sentada a mi lado está peleándose con su café. Lleva un traje oscuro y parece una mujer de negocios, un poco como yo antes. Intenta quitarle la tapa de plástico, pero se le queda pegada y tiene que luchar con

ella hasta que por fin se desprende haciendo temblar el vaso y salpicando el café sobre las dos. Se disculpa ruidosamente, pero yo solo niego con la cabeza para que no se preocupe y clavo la mirada en mi regazo, aunque sé que debería limpiar las manchas oscuras de mi chaqueta de cuero gris —se echará a perder, y resulta extraño que no lo haga—, pero la erupción de café me ha alterado, y mis lágrimas calientes se mezclan con las gotas de café y rezo por que nadie se dé cuenta si no levanto la mirada.

Ahora me arrepiento de no haber parado a comprar el periódico, pero me parecía fuera de lugar ir a un quiosco y unirme a una cola de gente normal el mismo día de mi huida. En este momento desearía tener uno, para sumergirme y concentrarme en todas esas palabras apelotonadas, y ahuyentar los malos pensamientos de mi mente. Estoy inquieta, sin nada que leer o hacer aparte de mirar por la ventana y esperar que la gente no se fije en mí. Observo con tristeza cómo Manchester se va esfumando poco a poco y comprendo que puede que nunca vuelva a verla, la ciudad que una vez amé. El tren avanza entre campos quemados por el sol y bordeando algún pueblecito desconocido, y a pesar de la velocidad el viaje me parece interminable, mi cuerpo arde por levantarse y echar a correr, pero ¿adónde? Ya estoy corriendo.

De repente siento frío, el frescor inicial del aire acondicionado se ha convertido en un frío que me cala los huesos, y me ciño un poco más la chaqueta. Temblando, bajo la mirada y cierro los ojos, que siguen lagrimando. Se me da bien llorar en silencio, pero la chaqueta sigue delatándome: las lágrimas aterrizan suavemente y se extienden por el cuero. *¿Por qué me arreglaría? ¿Cómo se puede ser tan ridícula? No es una excursión, estoy huyendo, huyendo de mi vida, en la que estoy de más.* El ruido en mi cabeza y el traqueteo del tren se funden. Mantengo los ojos cerrados hasta que el pánico se deshace, como el polvo de un fantasma.

Me bajo del tren en Crewe. Entro en el quiosco que hay antes de acceder al vestíbulo y compro periódicos, revistas, una novela de bolsillo, no me deben volver a coger desprevenida. Me escondo en los aseos de señoras durante un rato, observo en el espejo mi rostro pálido y mi chaqueta echada a perder, y

me suelto la melena para cubrir las manchas. Trato de esbozar una sonrisa y lo consigo, puede que algo fingida y retorcida, pero sin duda una sonrisa, y deseo que lo peor haya pasado ya, al menos por hoy. Tengo calor, puede que hasta tenga fiebre, así que me refresco la cara y el agua añade nuevas manchas a mi chaqueta, ya no tiene remedio. Me la quito y la meto en la bolsa de viaje. Me miro de soslayo en el espejo, estoy viendo a una desconocida. Me doy cuenta de que me gusta cómo me queda el pelo suelto, me hace parecer más joven, la onda izquierda del moño francés me deja el pelo ondulado, casi bohemio. Al secarme las manos, siento el calor del metal sobre el dedo, y me doy cuenta de que aún llevo la alianza. Nunca me la he quitado, desde el día que Ben me la puso en aquella terraza sobre el mar. Me la quito y dudo, no sé qué hacer con ella: es el anillo de Emily, ya no es mío. Ahora me llamo Catherine. Es bellissimo, los tres diamantes diminutos relucen sobre el platino y me entristecen. *Él ya no me quiere.* Así que lo dejo allí, al lado del jabón, en los aseos públicos junto al andén 2, y cojo el siguiente tren a Euston.

2

Un día como cualquier otro más de treinta años antes, Frances Brown yacía en un hospital de Chester con las piernas abiertas sobre los estribos mientras los médicos continuaban trasteando ahí abajo. Se encontraba en estado de shock. El parto en sí había sido rápido y bastante animal, no como los típicos partos de primogénitos, por lo poco que sabía. Tampoco es que Frances supiera qué podía esperar, en aquella época no te decían demasiado, pero lo que jamás se imaginó era que después de ver cómo la cabeza coronaba y aquella criatura rojiza y resbaladiza se deslizaba sobre la camilla, los médicos le dirían que tenía que dar a luz otra.

Frances supo que algo ocurría cuando los ánimos cambiaron de repente en el paritorio, y todos los médicos se arremolinaron en torno a la cama, murmurando nerviosos. Pensó que algo malo le pasaba a su niña, pero, si así era, ¿por qué seguían hurgándola en lugar de ocuparse del bebé? Finalmente, el médico levantó la cabeza y a Frances le sorprendió que estuviera sonriendo.

—Aún no se ha acabado, señora Brown —dijo—. Hemos encontrado otro bebé, y hay que sacarlo.

—¿Perdone? —replicó ella.

El obstetra probó de nuevo.

—Enhorabuena, va a ser madre de gemelos. Tiene usted otro bebé.

—¿Qué quiere decir? —gritó ella—. Ya he tenido a mi condenado bebé.

Se quedó conmocionada, y lo único que podía pensar era que no quería dos bebés, que solo quería uno, que solo tenía una cuna, un carrito, ropa para un bebé, una sola vida preparada.

Frances era una planificadora nata. No le gustaban las sorpresas, desde luego no tan trascendentales como esta, y además estaba demasiado exhausta como para dar a luz otra vez: tal vez el primer parto fuera rápido, pero había sido salvaje y traumático, y casi tres semanas antes de tiempo. Cerró los ojos y se preguntó cuándo llegaría Andrew. No había conseguido localizarle en su despacho, al parecer estaba en una reunión, y, cuando las contracciones se aceleraron a cada minuto y medio, supo que no le quedaba otra opción que llamar a una ambulancia.

Su primer bebé había llegado a borbotones rojos y en una cuchillada de soledad, y ahora le decían que tenía que dar a luz otro con su marido aún ausente. Andrew no parecía demasiado entusiasmado ante la idea de tener ni siquiera uno, así que Dios sabe lo que pensaría de la noticia. Frances empezó a llorar, con ruidosos sollozos llenos de mocos que resonaban por todo el pequeño hospital.

—¡Señora Brown, contrólese! —dijo la comadrona.

Frances odiaba a aquella mujer de rasgos mezquinos y voz áspera y chillona. «¿Cómo demonios tenía un trabajo así?», pensó amargamente. Aquella mujer le chuparía la alegría a cualquier situación, hasta la belleza a un alumbramiento, con un par de bramidos perversos.

—¿Puedo ver a mi niña? —preguntó Frances—. Aún no la he visto.

—La están examinando. Usted concéntrese en este.

—¡No quiero concentrarme en este! Quiero a mi bebé de verdad. Denme a mi bebé —exclamó con voz chillona. La comadrona cogió el gas anestésico y se lo puso sobre el rostro, presionando fuerte. Frances empezó a atragantarse hasta que por fin dejó de gritar, y conforme se callaba dejó de luchar y algo en ella murió en aquella cama de hospital.

Andrew llegó apenas unos segundos tarde para ver nacer a su segunda hija. Parecía nervioso e incómodo, especialmente al ver que sus esperanzas de tener un hijo varón se habían visto recompensadas no con una, sino con dos niñas. Una era rosadita, bonita y perfectamente formada, mientras que la otra yacía azul y grotesca sobre las sábanas ensangrentadas, con el cordón umbilical impidiendo que el aire le llegara a los pulmones para empezar su

vida fuera del útero. Al llegar Andrew el ambiente era intenso, crítico. El médico desenroscó hábilmente el cordón del cuello del bebé y lo cortó, y Andrew vio cómo la sangre fluía rápidamente por su pequeño cuerpecito mientras el médico la llevaba a la unidad de reanimación y una de las enfermeras le quitaba la mierda de las vías respiratorias con un aspirador. Fueron solo unos instantes hasta que escucharon los primeros aullidos rabiosos y angustiados. Era exactamente una hora menor que su hermana, pero parecía y sonaba como si viniera de un planeta completamente distinto.

—Mi pobrecita, lo siento mucho —susurró Andrew a su esposa pálida y desaliñada mientras cogía su mano, empapada de rojo de nueva vida.

Frances le miró duramente, con su traje de Harry el Sucio y la corbata aflojada.

—¿Qué es lo que sientes? ¿El no haber estado aquí o que haya tenido dos niñas?

Él fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Todo —contestó—. Pero ahora estoy aquí y ya tenemos una familia hecha. Será estupendo, ya verás.

—Señor Brown, por favor, ahora debe esperar fuera —dijo la comadrona—. Tenemos que limpiar a su mujer y reparar los desgarros. Le llamaremos cuando pueda volver a entrar. —Y con eso le echó de la sala y Frances volvió a quedarse sola, con su culpa, su miedo y sus dos hijas recién nacidas.

Frances siempre había pensado que sería una buena madre. Simplemente daba por hecho que sabría exactamente qué hacer; aunque tal vez no fuera fácil, sabría arreglárselas, tenía un marido guapo con el que se acababa de casar, una familia que la apoyaba e instinto maternal. Pero cuando llegó el momento, el trauma del parto y el ver sus expectativas duplicadas la dejaron desconcertada. Tenía no uno sino dos bebés, que al parecer necesitaban que las alimentaran, las acunaran y las cambiaran *constantemente*, y un marido que se había ido alejando de ella conforme la niña (¡las niñas!) crecían en su interior.

Ni siquiera se les ocurría ningún nombre para su segunda hija. Hacía semanas que se habían decantado por Emily si era niña, Catherine Emily de

nombre completo (Frances creía que los nombres quedaban mejor en ese orden), pero claro, no pensaron que pudieran necesitar otra opción. Andrew era un tipo pragmático, y sugirió llamar a una de las gemelas Catherine y a la otra Emily, pero Frances no quería repartir los nombres entre las dos, porque decía que juntos quedaban muy bien, así que tuvieron que volver a pensar en un nombre para la gemela inesperada. Al final se decidieron por Caroline Rebecca, aunque a Frances no le gustaba especialmente ninguno de los dos, pero Andrew los propuso, y ella no se sentía con fuerzas para pensar más. Se lo guardó para sí, como tantas otras cosas, pruebas acumuladas de que no le habría importado demasiado si el parto se hubiera prolongado unos segundos más, si el cordón se hubiera enroscado un poco más, si la pobre Caroline hubiera dejado de respirar antes de empezar a hacerlo siquiera. El esfuerzo de desterrar aquel pensamiento (¿a quién se lo podía contar?) acaparó años y años de la vida de Frances, y fue endureciéndola por dentro, el centro de su ser, donde una vez fue una mujer tierna y maternal.

Frances pasó los siguientes siete días en el hospital, tiempo suficiente como para al menos aparentar haberse recuperado del trauma de los partos, de la ausencia de su marido y del casi increíble hecho de ser madre de dos gemelas. Decidió que su única opción era disfrutarlo al máximo, querer a las dos niñas, tal vez incluso acabaría gustándole tener dos. Pero no resultó fácil, Emily y Caroline salieron distintas desde el principio. Cuando nacieron, era casi imposible pensar que fueran gemelas: Emily era rosada y regordeta, mientras que Caroline era delgada, pálida y enclenque, casi un kilo más ligera que su hermana. Y por si fuera poco, rechazaba el pecho de su madre, cuando Emily no tenía problema alguno, y mientras su hermana gemela engordaba ella empezó a perder peso.

Frances era estoica por naturaleza. Lo intentó y lo intentó con Caroline, hasta que acabó con los pezones y los nervios destrozados. Estaba resuelta a tratar a sus dos hijas por igual, tenía que hacerlo ahora que ya estaban aquí. Finalmente, al cuarto día una de las enfermeras se puso firme y le dio el biberón a Caroline, porque decía que no podían matar de hambre a la niña. Al ver cómo Caroline agarraba la tetina obstinada y ferozmente con su boquita,

Frances sintió el fracaso, y en ese momento se rompió otro vínculo.

En los meses siguientes, Caroline alcanzó rápidamente el peso de Emily; adoraba el biberón. Sus delgadas extremidades se fueron llenando y adquirió un aspecto inflado, con dobleces en la piel y los mofletes gordos y sonrojados (aspecto que Frances se esforzaba por encontrar agradable). Era como si Caroline tuviera prisa por crecer, como si tuviera que sacarle ventaja a Emily, incluso a una edad tan temprana. Ella fue quien anduvo a gatas primero, la primera en caminar, la primera que le escupió la comida en la cara a su madre. Era una niña difícil para Frances.

Conforme crecían las gemelas se fueron pareciendo cada vez más. A los tres años ya habían perdido las redondeces de los bebés, tenían un pelo fuerte y liso, y llevaban el mismo corte *bob* desfilado que la propia Frances les hacía. Las vestía iguales, eso es lo que hacía la gente en los setenta, y era difícil distinguirlas.

Solo el carácter revelaba quién era quién. Emily parecía haber nacido feliz y plácida, capaz de convivir con el mundo y disfrutar al máximo de todo lo que viniera. Caroline era un manojito de nervios. No aguantaba las sorpresas, odiaba no salirse con la suya, le enfurecía el ruido, pero ante todo no soportaba el amor espontáneo de su madre hacia Emily. Seguía siendo una superviviente, y entonces buscó apoyo en su padre, pero Andrew parecía bastante difuso y ausente en su rol de padre, como si todo le resultara demasiado intenso, y Caroline acabó contemplando a su familia como si estuviera fuera de lugar. Frances se cuidaba de no mostrar favoritismos en ningún momento: las gemelas siempre tenían la misma comida, la misma ropa, los mismos besos al irse a la cama, pero las dos notaban el tremendo desgaste que aquello estaba suponiendo para su madre, y acabó siendo un peso para ambas.

Era una tarde fría y húmeda en la urbanización de Chester, y las gemelas de cinco años estaban aburridas. Su madre había salido a hacer la compra y se suponía que Andrew las cuidaba, aunque estaba escuchando a medias el fútbol en la chirriante radio Roberts que se había traído del cobertizo. Llevaba mucho rato en la cocina, suponían que llamando por teléfono otra

vez, eso era lo que hacía cuando su madre salía, y ya se habían cansado del puzle del mapa, era demasiado complicado sin la ayuda de su padre. Estaban tumbadas en ambos extremos del sofá de pana marrón, dándose patadas en las piernas sin propósito, aunque no del todo sin dolor, haciendo que sus vestidos rojos escoceses a juego se les subieran por los muslos y los calcetines brocados hasta la rodilla se les deslizaran por las espinillas.

—¡Auuuu! ¡Papi! —gritó Caroline—. Emily me ha dado una patada. ¡Papiii!

Andrew asomó la cabeza por la puerta de la cocina, estirando el cable del teléfono de pared hasta casi hacerle perder los bucles.

—Yo no he hecho nada, papá —dijo Emily conforme a la verdad—. Solo estábamos jugando.

—Emily, para —ordenó él con un tono blando, y volvió a desaparecer en la cocina.

Caroline desenredó sus piernas de las de su hermana, se lanzó sobre el otro extremo del sofá y la pellizcó fuerte en el brazo.

—Sí lo has hecho —dijo con un silbido.

—¡Papá! —chilló Emily. Andrew volvió a asomar la cabeza, esta vez enfadado.

—Parad de una vez, las dos —dijo—. Estoy al teléfono. —Y cerró la puerta de la cocina.

Cuando Emily comprendió que su padre no la iba a ayudar, dejó de llorar y atravesó a gatas la alfombra beis hasta alcanzar la casa de muñecas al otro lado de la habitación, junto a la puerta del patio. Era su juguete favorito, pero no era solo suyo: como la mayoría de sus cosas, tenía que compartirlo, y a Caroline le encantaba desordenar los muebles de las habitaciones, o, lo que era peor, sacarlos fuera para que se los comiera el perro. Caroline la siguió hasta la casita y con tono mimoso dijo: «Juguemos a los peluches», así que Emily accedió, aunque no confiara del todo en los motivos de su hermana, y dispusieron sus peluches para que tomaran la merienda y jugaron bastante amigablemente durante unos minutos. Cuando Caroline se cansó de aquel juego a medias y se fue sigilosamente a buscar a su padre a la cocina, Emily oyó el ruido de un coche deteniéndose delante del garaje que formaba la parte izquierda del chalé.

—¡Mami!

Al oír cómo su madre abría la puerta de entrada, Emily saltó del sofá y atravesó el salón de una carrera hacia el vestíbulo.

Caroline volvía de la cocina, donde había cogido una galleta malteada de la caja de hojalata que tenían en el armario junto a los fuegos. Su padre había colgado rápidamente y le había dejado cogerla, lo cual la sorprendió bastante, pues casi era hora de merendar. Había empezado arrancándole de un bocado la cabeza a la vaca que aparecía grabada en la galleta, y planeaba saborear cada una de las partes de su cuerpo, pero se metió el resto de la galleta en la boca, masticando con urgencia. Al entrar en el vestíbulo limpiándose las migas vio a su hermana gemela corriendo como un rayo hacia ella por el salón, y su primer instinto fue moverse, apartarse de su camino.

—¡Hola, mami! —exclamó Emily. Frances estaba dejando las bolsas de la compra para abrir los brazos y estrechar a sus dos hijas. Pero cuando Caroline vio la alegría de Emily y la reciprocidad de su madre quiso hacer desaparecer la escena, le molestaba. Frances dejó la última bolsa sobre la alfombra naranja afelpada que tenían en medio del luminoso vestíbulo, y al levantar la mirada vio cómo Caroline cerraba la puerta del salón de un portazo, en el momento justo. Y entonces vio a Emily atravesando el cristal hacia ella, y oyó el ruido de una bomba haciendo explosión.

Andrew se puso a perseguir a Caroline alrededor de la mesa ovalada del comedor, mientras Frances extraía trozos de cristal de la cara, los brazos y las piernas de Emily. Milagrosamente, los cortes eran en su mayoría superficiales, pero aun así mandaron a Caroline a su habitación hasta la merienda, a pesar de que el padre intentaba convencer a su mujer de que Caroline no se había dado cuenta de lo que ocurriría (según él, era demasiado pequeña, no podía haberlo hecho a propósito) y deberían dejarla bajar ya. Pero Frances no cedía, nunca en la vida había estado tan furiosa.

Más tarde Andrew dedujo que el hecho de que Emily no fuera muy deprisa cuando golpeó el cristal la había librado de la suerte de Jeffrey Johnson, el muchacho que vivía a cuatro portales del suyo y que tenía una horrible cicatriz de cuatro centímetros en la mejilla por un choque con una

puerta de cristal. No obstante, uno de los cortes en la rodilla de Emily sí era más profundo, y, aunque con el tiempo se fue desdibujando, no llegó a desaparecer del todo; ella nunca fue capaz de mirarlo sin pensar en su hermana, y, por supuesto, conforme se hizo mayor lo fue viendo como un recordatorio de todas las otras cosas que Caroline le había hecho a lo largo de los años, así que la cicatriz era mucho peor de lo que parecía. Los Brown cambiaron la puerta por otra de madera, y, aunque el salón quedó mucho más oscuro, a Frances le hizo sentir mejor.

3

El calor sigue esperándome al bajar del vagón en Euston. El tren va vomitando gente sobre el andén y todos se mueven acelerados, decididos, saben adónde van. Me detengo junto a un pilar, me quito el bolso de debajo de la axila y lo meto en la bolsa de viaje, no puedo arriesgarme a perderlo. Voy demasiado abrigada para el calor que hace pero no me voy a cambiar ahora, tengo demasiadas cosas que hacer: comprar un teléfono nuevo, encontrar un sitio para vivir, empezar mi nueva vida. Estoy decidida. Me niego a pensar en Ben ni en Charlie, no puedo hacerlo, ni en que a estas horas ya estarán despiertos, y sabrán que me he ido. Se tienen el uno al otro, lo superarán, de hecho a la larga estarán mejor, lo sé. He hecho lo correcto.

Las últimas semanas desquiciadas en Manchester, cuando aún era Emily, he intentado averiguar cómo buscar casa en Londres. Me he asegurado de ir borrando el historial en el ordenador para que Ben no sospechara lo que iba a hacer. Hasta que encuentre trabajo no puedo permitirme un alquiler muy alto, no sé cuánto me tiene que durar el dinero del que dispongo, así que trataré de buscar una casa compartida, de esas en las que conviven ocho o nueve personas (creo que suelen ser australianos) y convierten en dormitorios todas las habitaciones que no son cocina o baño. Además, en ese tipo de casas el carné y las referencias no son tan importantes, y no puedo dejar rastro. Encuentro el diario local en un puesto de periódicos, avanzo arrastrando los pies en otra cola, y me aventuro afuera, al sol brumoso e infectado.

¿Adónde voy ahora? Me siento perdida y nerviosa, como si quisiera volver atrás en el tiempo y regresar corriendo a casa con mi niño, como si todo esto fuera un terrible error. Miro vagamente a mi alrededor hasta que por

fin empiezo a procesar las imágenes, y veo la calle grande y fea delante de mí, colapsada por el tráfico, anegada por el humo de los coches. El sudor empieza a escaparse por mi axila y mi hombro derecho, donde el asa de la bolsa de viaje me roza la piel, y al percibir mi propio olor cálido recuerdo que estoy aquí de veras, que de veras lo he hecho. Cruzo por el semáforo y camino en línea recta por una calle ancha y larga, atravesando una plaza, dejando a lo lejos una estatua, creo que de Gandhi, y no sé adónde voy y estoy tardando una eternidad. Finalmente veo una tienda de móviles en la otra acera y me siento aliviada, como si hubiera conseguido algo. La tienda es grande y deprimente a pesar de los pósters y de las pantallas de vídeo que muestran las últimas ofertas; de alguna forma, las imágenes brillantes en movimiento le dan un aspecto aún más lúgubre. No hay nadie, aparte de dos dependientes que me miran de arriba abajo al atravesar la entrada, para luego ignorarme cuidadosamente durante un par de minutos aunque yo no dejo de sentirme observada. La tienda vende todas las operadoras, y no tengo ni idea de cuál elegir, es todo muy confuso. Todos los teléfonos me parecen iguales. Un joven vestido con uniforme negro se me acerca y me pregunta qué tal estoy.

—Bien, gracias —le digo.

—¿Puedo ayudarla en algo? ¿Está buscando algo en concreto? —Su voz tiene una cadencia musical y su rostro es hermoso, con barba negra y bien recortada, pero no me mira a los ojos y yo tampoco le miro a él. Ambos observamos los teléfonos sobre los estantes, aunque son solo de muestra y falta la mitad de ellos, solo hay cables que acaban en nada.

—Quiero un teléfono nuevo. —Mi voz suena tímida, me resulta desconocida.

—Por supuesto, señora. ¿Con quién está ahora?

—Con nadie —digo, y pienso: «Cuánta verdad»—. Quiero decir que he perdido el viejo.

—¿Y con quién estaba? —insiste el dependiente.

—No me acuerdo —contesto—. Solo quiero un móvil barato de tarjeta de prepago. —Mi tono es algo más brusco de lo que quiero, yo no solía ser así. Cojo uno de los teléfonos de mentira y de aspecto maltrecho.

—Este no está mal. ¿Cuánto cuestan las llamadas con este?

El tipo me explica pacientemente que depende de la compañía que elija, y me doy cuenta de que debo de parecer una idiota, pero la verdad es que nunca antes había comprado un teléfono así, sin más. Mi madre y mi padre me regalaron mi primer teléfono al terminar la universidad, y desde entonces solo he ido actualizándolos o he tenido teléfonos del trabajo. El dependiente me sumerge en un galimatías de preguntas sobre cuántas llamadas voy a realizar y cuántos mensajes voy a enviar, o si quiero tener acceso a internet, para saber qué paquete me conviene más, pero después de todo lo que he pasado poco me importa y además no entiendo nada de lo que me dice, solo quiero salir de este lugar y llamar a algún anuncio de piso compartido antes de que se haga demasiado tarde, antes de que me entre el pánico, para tener algún sitio donde dormir esta noche.

—Mire, lo único que quiero es la oferta más barata, ¿no puede elegir por mí? —digo, pero mis palabras salen mal. El dependiente parece ofendido—. Lo siento —me disculpo, y descubro horrorizada que estoy llorando. Él me rodea con su brazo, me dice que todo irá bien con su preciosa voz cantarina, y me pregunto abochornada cómo he llegado a ser tan desagradable. Me trae un pañuelo de papel, elige un teléfono que dice que será perfecto para mí e insiste en hacerme un descuento. Cuando por fin salgo de la tienda llevo un teléfono nuevo, cargado de saldo hasta arriba y listo para llamar. Ha sido tan amable que en cierto modo me ha hecho recordar que hay más cosas en el mundo además de mi propia desdicha: algún día debería volver y darle las gracias.

En cuanto estoy de nuevo en la calle, vuelvo a sentirme insegura: necesito un lugar tranquilo para sentarme y recomponerme, y para llamar por teléfono, aquí hay demasiado ruido. Cojo un autobús, un autobús cualquiera, a la salida de la estación de Holborn, me lleva hasta Picadilly y me deja a la entrada de Green Park. Solamente lo sé porque leo los carteles de las calles, pero estoy casi segura de que Green Park está por el centro, y si estoy en el centro puedo ir hacia donde quiera en busca de mi nuevo hogar, puede estar en cualquier parte.

Me meto en el parque y me sorprende lo tranquilo que está, una vez te sales de los caminos principales y te alejas de las tumbonas y los turistas. Encuentro un rincón con bancos donde han dejado crecer la hierba, subo

hasta lo alto y dejo mi bolsa a la sombra. Me quito las bailarinas y me tumbo sobre la hierba amarillenta sin un alma a mi alrededor, solo el murmullo del tráfico fuera del parque recordándome que estoy aquí, en la capital. El sol a través de los árboles me calienta el rostro y cierro los ojos y me siento casi normal, hasta contenta. Entonces la imagen que llevo grabada en el alma aparece de repente, con toda viveza, y me encojo por enésima vez y los vuelvo a abrir. Es curioso que no me ocurriera en el tren, cuando el dolor de la partida era tan reciente. Justo ahora que me sentía casi feliz, entre la extenuación física, la emoción de la intimidad, el anonimato, la esperanza de volver a empezar aquí, en medio de esta gran ciudad. Y la felicidad, que *no está permitida*, Catherine.

Llamo a nueve o diez casas, por todo Londres. O ya están ocupadas («Es que has llamado por el periódico, bonita, es un poco tarde, tienes que llamar en cuanto sale en internet») o no contestan, o la gente no habla inglés lo suficientemente bien y no consigo entender lo que dice. Siempre puedo ir a un hotel, pero la idea me deprime. Para hacer esto tengo que empezar ahora, hoy. En un hotel sería demasiado fácil mortificarme por lo que he hecho, por lo que he perdido, demasiado fácil meterme sigilosamente en un hoyo y abrirme las venas. No me fío de mí misma.

Llamo al último anuncio de la lista: habitación en casa compartida, Finsbury Park, noventa libras a la semana. No tengo ni idea de dónde está. Es más de lo que quería pagar. Estoy desesperada. Cuando creo que nadie va a contestar de repente alguien coge el teléfono.

—Palacio de Finsbury Park —dice una voz de mujer entre risas. Me quedo dubitativa—. ¿Diga? —continúa con un acento que suena de Essex, o al menos eso creo.

—Eh, hola, estoy buscando habitación, y vi su anuncio en *Loot*.

—Ah, ¿sí? Aquí no hay habitaciones, cariño. —Cuando estoy a punto de colgar, oigo que alguien interrumpe por detrás.

—Oye, espera —prosigue la voz—. Eh, parece que alguien se ha ido hoy, pero aún no habrá salido el anuncio. Seguro que te refieres al último anuncio, pero esa habitación se alquiló hace mucho.

—¿Cuánto cuesta esta? —insisto.

—Te aviso de que tiene el tamaño de un armario, y Fidel era un cerdo. Ochenta libras y es tuya: así nos ahorramos el anuncio, y pareces más normal que los pirados que suelen llamar.

—Me parece bien —digo—. Llegaré en cuanto pueda. —Ella me da la dirección y cuelgo el teléfono.

No he comido nada en todo el día. El hambre forma como un puño en mi estómago y salgo del parque en busca de algo de comer, cualquier cosa. No estoy segura de hacia dónde dirigirme, he perdido la orientación, así que me dejo llevar por el instinto y voy hacia la derecha, esa parece ser la dirección en la que va la mayoría. Paso por delante de un quiosco y compro una bolsa de patatas y una Coca-Cola, es lo único que tienen, y mi indecisión parece molestar al hombre, pensará que soy una turista y no que estoy huyendo. Me quedo de pie en medio de la calle, comiendo y bebiendo, con la bolsa de viaje cogida entre las piernas, me aterra perderla. Luego me pongo en marcha, con todo el mundo, bajando los escalones alicatados de la estación de metro, que por suerte está aquí, justo donde la necesito, hacia mi nuevo hogar.

El barrio parece inseguro y la casa un vertedero. Se me quitan todas las ganas de entrar y me pregunto qué hago aquí (*¿Es que por fin me he vuelto loca del todo?* Me sorprende haber tardado tanto). No tengo ni idea de lo que me espera dentro, pero el exterior de la casa no es muy prometedor: un seto descuidado y sin podar, cajas de cerveza y botellas de vino apiladas junto a tres hediondos contenedores llenos a rebosar en el jardín, unas cortinas con enormes figuras estampadas colgando torcidas de las ventanas de aluminio, paredes de ladrillo pintado sucias y desconchadas, y un porche de plástico. Pienso en nuestra preciosa casita de Chorlton, con su puerta de entrada estilo Chapel Green^[1] y los alféizares repletos de geranios, el olor a lavanda, la atmósfera relajada y moderna del barrio. Habíamos elegido la zona a propósito, pensando que sería un lugar fantástico para formar una familia, con sus cafés sin pretensiones y sus mercados de alimentos, mucha música en directo, el pub estilo tudor en el parque, y por supuesto la maravillosa reserva de Chorlton Ees para pasear a la orilla del Mersey. Ben decía que algún día

incluso podríamos tener un perro, y me hizo sonreír, porque como siempre estaba pensando en mí.

Contemplo esta nueva casa, de vuelta en el presente. Me doy cuenta de que no me queda mucha opción si quiero dormir en algún sitio esta noche (ya estoy aquí, y se hace tarde), así que respiro hondo, recoloco los hombros bajo el peso de la bolsa y avanzo por el caminito de entrada.

Una chica negra malhumorada me abre la puerta.

—¿Sí? —pregunta.

—Hola, vengo por la habitación —digo yo.

—¿Qué habitación? Aquí no hay habitaciones.

—Eh, he hablado con... —Me doy cuenta de que no le pregunté el nombre a la chica de Essex. Vuelvo a intentarlo—. Esta tarde hablé por teléfono con una chica, dijo que alguien se había mudado, y que había una habitación libre...

—Nah, debe de ser otra casa, lo siento —dice a punto de cerrar la puerta.

—Por favor —insisto—. Era, eh, creo que era la habitación de Castro, parece ser que se ha marchado hoy. ¿Hay alguien con quien pueda hablar que tal vez lo sepa?

La chica empieza a parecer molesta.

—Aquí no hay nadie que se llame Castro. Ya te he dicho que te has equivocado de casa. —Y me cierra la puerta en las narices.

Me vuelvo con lágrimas de humillación cayendo por mi rostro. Camino tambaleándome bajo el peso de la bolsa y la dejo en la acera delante del seto, donde nadie me puede ver desde la casa. Siento como si me fuera a desmayar, por el calor, por el hambre, por no tener un lugar donde quedarme, por un nuevo fracaso. Me siento sobre la bolsa y meto la cabeza entre las piernas, esperando a que pase el mareo, quiero irme a casa, quiero a mi marido. Oigo que se abre la puerta de entrada y una chica corre por el caminito llamando a Catherine. Mantengo la cabeza agachada, sin contestar, y de repente veo que hay alguien delante de mí, así que por fin levanto la mirada. Veo el rostro de un ángel, que me dice:

—¿Has venido por la habitación de Fidel? Ay, cariño, no llores, a veces es una bruja asquerosa, no le hagas caso. Ven, entra, te serviré algo de beber, creo que te hace buena falta. —Y así conocí a Angel, a mi ángel, mi

salvación.

4

Emily conoció a Ben, quién lo iba a decir, en un curso de paracaidismo. Al principio no se fijó en él, parecía muy callado, y cuando les metieron en el mismo coche para ir al pequeño aeródromo no cruzaron demasiadas palabras. El otro pasajero era Jeremy, un chico alto y delgado con piercings, que parecía demasiado nervioso y descoordinado para lanzarse de un avión con seguridad, y en la hora que duró el trayecto Emily no dejó de preguntarse cómo había llegado hasta allí. Su amigo Dave la había convencido, y se suponía que era para un fin benéfico, pero aun así, ahora que se acercaba el momento, tirarse de un avión parecía una auténtica locura. ¿Y por qué estaba allí embutida en el asiento trasero del viejo coche reventado de Dave, junto al larguirucho de Jeremy hecho un ovillo? ¿No debería haber ido él delante donde tenía mucho más espacio para las piernas? Entonces se le ocurrió que tal vez a Ben le diera vergüenza estar cerca de ella, y que hubiera insistido en sentarse en el asiento del copiloto, pero luego se dijo que solo eran bobadas, ella nunca interesaba a nadie, aunque en realidad era al revés. Cuando vio que Ben tenía un grano rojo y asqueroso en la nuca, justo debajo de la línea del pelo, sintió lástima (él no paraba de ajustarse la chaqueta intentando taparlo, pero tampoco se atrevía a levantarse directamente la solapa, habría sido demasiado evidente). Sabía que Ben notaba que estaba mirando su grano, así que intentó apartar la mirada, pero por alguna razón lograba distraer su atención de lo que estaba a punto de hacer, y cuanto más trataba de ignorarlo, más atraídos se sentían sus ojos por el grano, o por Ben, como comprendió más tarde. Aunque hacía calor en el coche por algún problema con la calefacción, ella estaba temblando. Se sentía rara.

El aeródromo estaba escondido entre caminos rurales y detrás de unos inmensos setos que separaban campos verdes y amarillos. Al atravesar la entrada los pequeños aviones parecían vacas alineadas como si fueran una compañía. Había unos cobertizos con tejados ondulados en tres lados del espacio rectangular: uno para los paracaídas, otro para guardar los aviones por la noche y otro para la zona recreativa donde los paracaidistas pasaban horas y horas esperando a que despejara. Emily ya estaba demasiado nerviosa como para pensar en jugar a nada, y prefirió excusarse y sentarse en un rincón con una taza de té demasiado cargado y su libro (menos mal que se le había ocurrido cogerlo, a veces la lectura era lo único que lograba distraerla). Su amigo Dave se acercó y se sentó junto a ella, e intentó animarla con una sucesión de chistes deplorables («¿Quién llega el último en una carrera de peces? El delfín», «¿Qué le dice el 2 al 0? Veinte conmigo», etcétera), pero, aunque intentó reírse, casi le culpaba por haberla metido en todo aquello, y al final él acabó captando la indirecta y la dejó en paz. Se quedó sentada en silencio, sintiéndose atrapada y sola mientras los otros aspirantes a paracaidistas jugaban al billar o al Scrabble y parecían disfrutar del aburrimiento. Si hubiera venido en su propio coche, podría haberse disculpado y haberse marchado, pero allí estaba, tirada en un aeródromo en medio del campo en Cheshire; no podía volver a casa a pie, y de todas formas habían recaudado tanto dinero para la causa benéfica que ahora tendría que llegar hasta el final, no podía defraudar a todo el mundo. Agarró el libro con más fuerza y trató de concentrarse en la historia, intentó no pensar, pero su mente la catapultaba: esto no era una práctica, esta vez no iba a saltar de una plataforma en un gimnasio, saltaría al vacío, y, ahora que había visto los aviones, de repente todo parecía demasiado real.

—Emily, ¿te apetece jugar al billar? —Emily levantó la mirada y vio a Dave observándola con inquietud, los pelos de su barba largos como patas de araña, el cabello grasiento, y la eterna chaqueta de cuero abierta dejando ver una camiseta de heavy metal negra.

—No, gracias, de verdad que estoy bien, Dave —contestó ella, pero él no parecía convencido—. No te preocupes, estoy en una parte buena del libro.

—Venga, no te puedes quedar todo el día ahí sentada, será muy divertido, ja ja. Tú y yo contra Jeremy y Ben.

Emily se quedó en silencio mirando la mesa de billar destartada y llena de calvas, y en ese preciso instante Ben metió una bola roja casi imposible, y sin apenas inmutarse se fue al otro lado de la mesa como si nada para tirar otra vez.

—Se me da fatal el billar, os echaré a perder la partida.

—Que no, mujer —dijo Dave—. Venga. —Y la cogió de la mano para levantarla del asiento. Mientras se acercaban a la mesa Ben alzó la mirada cuando ya estaba a punto de golpear y volvió a bajar los ojos rápidamente. Emily pensó de nuevo que tal vez sí le gustara, pero se dijo inmediatamente que solo eran imaginaciones suyas (y de todas formas, tampoco le interesaba demasiado, prefería evitar las relaciones, esas cosas eran más para su hermana).

Una vez Ben terminó de machacar a Jeremy, que era tan alto que tenía que doblar las rodillas para tirar, empezaron una partida por parejas. Cuando le llegó el turno a Emily, se inclinó y apuntó a una bola al otro lado de la mesa, pero le dio mal y la bola blanca se desvió lentamente de la trayectoria esquivando la bola amarilla a la que apuntaba.

—Lo siento, Dave —dijo, pero él se limitó a sonreír y Emily le pasó el taco a Ben. Por un instante lo sostuvieron los dos, y fue una sensación muy íntima, así que ella lo soltó rápido y Ben murmuró un gracias y apartó la mirada. Apuntó a la roja que parecía más fácil, pero, aunque hasta ese momento las había clavado todas, erró en el cálculo y se salió tristemente del agujero.

—¡Maldita sea! —dijo sonrojándose un poco, y le pasó el taco a Dave.

—Dos tiros —le recordó Dave, así que Ben tiró otra vez, pero aunque tenía un tiro fácil volvió a fallar. Dave cogió el taco y empezó a meter una bola tras otra, pavoneándose, y como Jeremy no tenía ni idea y Ben parecía completamente ido, cuando le llegó el turno a Emily, lo único que tenía que hacer para ganar era meter la negra. Aún se sentía rara y no sabía exactamente por qué (si era por saltar, de vergüenza por los aparentes nervios de Ben en su presencia), pero apuntó, y aunque no estaba fácil y se equivocó en el ángulo de tiro, la absurda pendiente de la mesa hizo que la bola girara inexorablemente hasta desaparecer en el agujero de la esquina.

—Ups, lo siento —dijo ella.

—¡Sí! —exclamó Dave, y se acercó a ella con la idea de abrazarla, pero al final decidió chocar palmas, y Jeremy les felicitó y Ben sonrió con mirada tímida y se fue hacia la cafetería.

El día avanzaba, pero la nube seguía ahí obstinadamente, y la temperatura empezó a caer como si fuera a llover. Emily volvió a su rincón con el libro y otra taza de té, mientras Ben y Jeremy jugaban una interminable partida de ajedrez y Dave era vapuleado al ping-pong por Jemima, una niña que parecía una bolita y decía haber saltado más de trescientas veces. Cuando Emily miró su reloj por enésima vez y vio que eran más de las cuatro, dejó el libro y por primera vez sintió un ápice de esperanza: a esas horas tenía que ser demasiado tarde para saltar, pronto se haría de noche. ¿Dónde estaba Dave? Iría a preguntarle si podían empezar a pensar en marcharse, sugerirle que no tenía sentido quedarse más tiempo en aquel lugar. Justo cuando se estaba levantando, y ya por fin se encontraba mejor, apareció el instructor jefe por la puerta del cobertizo, y venía todo henchido, como si estuvieran en el Somme a punto de lanzarse al ataque.

—Se ha despejado —exclamó—. ¡Coged el equipo, rápido! —Todos empezaron a correr entusiasmados como niños, mientras Emily se quedaba atrás, sintiendo las piernas pesadas, como si no estuvieran unidas a su cuerpo. Ben ya estaba ahí, y ahora parecía más seguro, menos tímido y raro, casi guapo con su mono negro. La ayudó a ponerse el arnés, le hizo darse la vuelta y le subió el paracaídas a la espalda.

—Agáchate —dijo él. Le ajustó las correas de las piernas en el arnés y mientras se volvía a incorporar, en algún lugar de esa trayectoria de noventa grados, Emily se enamoró.

Después de aquello, Emily no vio a Ben hasta pasados tres meses. Se había tirado del avión con el recuerdo de los dedos de él todavía sobre sus muslos, y después le entró timidez y vergüenza. Él no era exactamente su tipo (aunque tampoco es que Emily tuviera un tipo concreto): un contable paracaidista que jugaba al ajedrez, y se estremecía solo de pensar en lo que

diría su hermana Caroline de él. En el coche de camino a casa, observó su grano con mirada amorosa, deseando acercarse a besarlo, convencida de que en su mente él podía sentir sus labios ardiendo sobre su nuca. Pero cuando llegaron a Chester ni siquiera la miró, simplemente dijo adiós por encima del hombro, y ella se bajó del coche y se quedó de pie en la carretera, dubitativa, hasta que Dave aceleró el motor con impaciencia y ella cerró la puerta de mala gana. El coche se puso en marcha dejando un rastro de humo negro, Emily observó las nubes disipándose, y, tras contemplar la carretera ya vacía durante unos largos instantes, sacudió la cabeza con frustración y se dio la vuelta.

Emily suponía que se encontraría con Ben en el trabajo, pero por ahora no lo había hecho, aunque por lo que había averiguado en aquel edificio trabajaban casi tres mil personas. Incluso llegó a pensar en apuntarse al curso de paracaidismo otro fin de semana, pero nunca llegó a hacerlo (por Dios, no), y cada lunes por la mañana volvía convencida de que le vería a lo largo de esa semana. Su aparente desaparición alimentó una obsesión, una determinación poco habitual en Emily, pero es que nunca antes había estado enamorada. Descubrió que incluso estaba empezando a disfrutar de la espera: se despertaba llena de esperanza, saboreaba la emoción diaria de rastrear con la mirada el comedor del sótano en busca de su pelo oscuro y rizado, de buscarle a su alrededor en recepción al entrar y al salir, con los nervios a flor de piel. Cada día lleno de posibilidades de encontrarse, y cada día frustrado.

Emily se despertó tarde, una oscura mañana de febrero en que llovía tanto que la luz anaranjada de las farolas se reflejaba en los charcos profundos. O no había sonado su despertador, o no lo había oído, no estaba segura, tenía demasiada resaca. La cabeza le dolía horrores, pero tenía que ir a trabajar: había una reunión importante por la tarde, y además era viernes, solo un día más que aguantar antes del fin de semana. Se preparó un té cargado, comió un plátano y se tomó varias pastillas, luego se quedó un cuarto de hora bajo la ducha y, aunque al salir se sentía ligeramente mejor, se le había hecho tardísimo. Se puso lo más fácil que encontró, un traje liso rojo con cinturón y unas botas, se recogió el pelo aún mojado y ni se molestó en maquillarse, ya

lo haría al llegar a la oficina. Cogió el anorak naranja que solía llevar cuando salía a caminar y que quedaba horrible con el vestido (era demasiado corto y de un color que no pegaba nada), pero daba igual, estaba lloviendo, por Dios.

Cuando una hora más tarde aparcó el coche todavía se encontraba fatal. No estaba en condiciones de trabajar, y aún menos de encontrarse con Ben, que justo en ese momento salía de la oficina con un café en la mano y una chica a su lado. Aquel no era uno de los escenarios que había imaginado para su reencuentro. Le entró pánico, se sonrojó, dijo hola y siguió caminando a toda prisa. Era más atractivo de lo que recordaba: tenía el pelo más largo, llevaba un traje que le iba perfecto, los zapatos lustrados, y una corbata de lana marrón oscuro que no le pegaba demasiado a un contable recién graduado. No parecía haberle hecho especial ilusión verla: había estado educado, pero indiferente. La chica no era su novia, eso le quedaba claro (no era su tipo, ¡esa no!). Emily se había convencido de que, cuando se volvieran a encontrar, todo ocurriría sin más: se pararían a charlar, quedarían para tomar café, y ya. Pero no: ella tenía el peor aspecto posible, y él estaba con otra persona. Un desastre.

Durante tres meses, Emily había logrado estar bien, pero ahora ya no, no podía esperar más. Corrió a su escritorio, tiró su espantoso anorak sobre el respaldo de la silla, se sentó y sopesó sus opciones. Hacer una visita al piso 17 expresamente para verle: ¿dar vueltas hasta encontrar su mesa, pedirle hablar a solas un segundo y dirigirse a una sala de reuniones vacía, mientras todos les miraban? Espantoso. ¿Fingir que tenía otra cosa que hacer en el piso 17, pasar tranquilamente por su lado y saludarle? Demasiado artificioso, y además no sabía dónde estaba su mesa, así que difícilmente podía fingir que pasaba por ahí. ¿Buscar su número y llamarle? Mejor, menos público. ¿Y mandar un e-mail? Lo más fácil, aunque en cierto modo lo más tortuoso. ¿Y si no contestaba? ¿Y si no lo recibía? Tenía que ponerse a ello ahora, hoy mismo.

Buscó su dirección de e-mail en el directorio. «Hola, Ben», escribió. «Me he alegrado de volver a verte. ¿Quieres tomar algo esta tarde? Es importante. Dime algo, ya sea por e-mail o llamándome a este número. Gracias, Emily».

Dio a «Enviar» y se reclinó sobre la silla, aliviada. Lo había hecho, por fin estaba sucediendo. Estaba completamente segura de haber hecho lo

correcto, al fin y al cabo era evidente que ella le había gustado. Miró su agenda: no tenía nada después de la reunión tras la comida para la que había venido, y para entonces Ben ya la habría llamado.

A las cinco de la tarde Emily estaba desolada. Tan convencida estaba de que tendría un e-mail esperándole al volver a su mesa, que cuando no lo encontró le inundó la duda. ¿Qué demonios estaba pensando, siendo tan descarada? Volvió a leer su correo: «Es importante». De acuerdo, podía valer, podía ser que tuviera que hablar con él. ¿Sobre qué? Sobre paracaidismo, claro. ¿«Tomar algo»? Las connotaciones eran inequívocas. Por Dios, creería que era una maníaca, una acosadora. De todas formas, él tenía novia, les había visto juntos; y aunque estuviera solo, aquella mañana estaba tan espantosa que jamás la habría encontrado atractiva.

—¿EMILY? —Maria, la compañera que se sentaba a su lado, se inclinó hacia ella e hizo varios gestos con las manos delante de su cara. Emily levantó la mirada, afligida—. ¿Estás sorda? ¿Puedo coger tu grapadora? Alguien se ha llevado la mía. Oye, ¿qué pasa?

—Nada, me duele la cabeza.

—Tienes mal aspecto, ¿por qué no te vas a casa? —dijo Maria.

—Tengo que terminar este informe, y luego me voy. Aquí tienes — contestó Emily dándole la grapadora, y se volvió con los ojos llenos de lágrimas, algunas derramándose sobre el teclado. Comprobó su bandeja de entrada una vez más, nada, y apretó el botón para apagar la pantalla de ordenador sin siquiera cerrar la sesión—. Adiós —le dijo a Maria levantándose, y se fue con paso rápido hacia el ascensor.

Ya en casa, Emily no conseguía tranquilizarse. Miraba su móvil constantemente, como si la llamada pudiera acercarse sigilosamente mientras ella no miraba, a pesar de que lo tenía en el bolsillo y había cambiado todos los ajustes para que sonara y vibrara a la vez. Quizá le hubiera escrito, pensó, si tan solo pudiera comprobar el correo del trabajo en casa. Pero a estas horas ya llamaría, ¿no?, le había dado su número. *¿Por qué no ha llamado?* De repente le entraron náuseas, de esas de resaca, y del hambre que tenía, pero no era capaz de motivarse lo suficiente como para prepararse un sándwich.

Miró en la nevera y encontró un trozo de cheddar que se deshacía en migajas de puro viejo, y unos palitos de pan reventados en el armario, y comió meramente por saciar el hambre. Zapeó los canales de la televisión, eligió un antiguo episodio de *Los Simpson* que ya había visto, pero tampoco era capaz de seguir el argumento. Llamó su madre, y fue tal la emoción de que sonara el teléfono, y tal la decepción de que no fuera Ben, que no pudo siquiera contestar. Se preparó un baño, pero allí metida le inundó una sensación de humillación. Al final se metió en la cama y por fin encontró algo de tranquilidad, pasadas las diez, cuando sabía que él ya no la llamaría esa noche, así que podía dejar de pensar en ello, y cayó exhausta en el mundo marginal del siglo XVII de su última novela.

El zumbido y el tono del teléfono la despertaron. Estiró la mano para cogerlo de la mesilla: las 23.28.

—¿Sí?

—¿Emily? Soy Ben. ¿Hola? Eh, soy Ben, el de paracaidismo. Siento llamar tan tarde, he estado en un curso todo el día y luego estuve en el pub y por alguna razón me conecté al llegar a casa y vi tu correo.

—Ah —dijo Emily.

—¿Qué es eso tan importante? —insistió Ben, y ella pensó que sonaba un poco borracho.

—Eh, ya no importa.

—¿Aún quieres tomar algo esta noche?

—Son las once y media de la noche —dijo Emily—, es demasiado tarde. Ya no hay ningún sitio abierto.

—Puedo acercarme a tu casa. ¿Sigues viviendo en Chester?

—Sí —contestó—. ¿Y tú?

—En Trafford. ¿Cuál es tu dirección?

—Eso está muy lejos. Tardarías horas.

—Cogeré un taxi. Puedo estar ahí en una hora...

Emily se quedó en silencio.

—Si te apetece...

Emily seguía dudando. Era más de lo que hubiera deseado, pero ahora

estaba indecisa. Era muy tarde. Apenas le conocía. ¿En qué se estaba metiendo?

—Sí, por favor —dijo finalmente.

—Te veo en un rato —contestó él, y la ternura de su voz la reconfortó.

Una hora y siete minutos más tarde sonó el telefonillo. Emily se había puesto unos vaqueros y un jersey amplio y llevaba el pelo recogido en un moño alto. Al abrir la puerta estaba descalza y tenía aspecto cansado. Él llevaba el mismo traje oscuro, con la corbata algo suelta. Sonrió y pasó por delante de ella, todo lo lejos que fue capaz en un vestíbulo tan estrecho, y olía a cerveza y a humedad, seguía lloviendo afuera. Entraron en la cocina, cuya luz fluorescente era poco favorecedora y les daba a ambos un aspecto pálido y sobreexpuesto.

—Lo siento, después de todo no tengo nada que ofrecerte para beber —dijo ella con voz chillona, forzada—. ¿Te apetece un café? ¿O te preparo un vaso de cacao? —Intentó reírse, pero la broma no era demasiado buena.

Ben aceptó, un café estaría muy bien, y no dijo nada más mientras ella lo preparaba, sin saber qué decir tampoco. Derramó un poco de agua del hervidor y maldijo al quemarse, pero siguió sirviendo y removiendo. Sacó la leche de la nevera, le ofreció azúcar y le guio hacia la sala de estar. Puso el café sobre la mesa que a toda prisa había vaciado de papeles, libros y toda la porquería que normalmente vivía allí, y se sentó en el sofá. Ben se sentó en la única otra silla que había en la habitación. La distancia entre ellos dolía. Ella volvió a levantarse y puso música: The Smiths. Las notas sonaban lastimeras al expandirse en el espacio, Morrissey tan triste como siempre. ¿Cómo era posible que le hubiera mandado un mensaje pidiéndole prácticamente que fuera su novio, que él hubiera estado tan predispuesto y la hubiera llamado en plena noche, que ahora estuviera en su apartamento y que no supieran qué hacer, ni cómo ir más allá? La conversación les esquivaba: Ben era tímido mientras que Emily titubeaba al borde de la próxima fase de su vida. Literalmente no sabía qué hacer, cómo dar el paso.

El cuerpo cayó como una piedra bajo ella. Cayó unos cinco metros y luego se escorzó violentamente y se quedó rebotando, colgado de los tobillos. Empezó a moverse y retorcerse, intentando deshacerse de las cuerdas que ataban sus piernas. Ella miró hacia abajo, aterrorizada. El susto había anulado por completo la adrenalina que antes bombeaba en su interior, y ahora estaba tesa de miedo. Con un chasquido, el cuerpo se soltó y giró ciento ochenta grados en el aire, se abrieron por fin el rojo y el amarillo, y Jeremy siguió cayendo y alejándose del avión, ahora algo más suavemente, algo más como ella lo había imaginado. Miró a los ojos al instructor y en ese momento comprendió el porqué del entrenamiento, por qué le habían dicho que se sentara en el borde mismo de la puerta, medio dentro medio fuera.

—¿Estás bien? —gritó Greg por encima del sonido del motor, cogiéndola del brazo, infundiéndole seguridad. Emily asintió. El rugido en sus oídos, el olor a metal del avión, el enorme hueco abierto donde antes estaba la puerta, la forma en que su pierna colgaba indefensa en el aire, tan alto sobre los campos y los hangares que ahora parecían juguetes diminutos, la imagen del chico retorciéndose..., todo le hacía sentirse mareada, débil. Deseó haber saltado antes, porque ahora ya no sería capaz de hacerlo. Greg le sonrió con ternura, le apretó el hombro, y la empujó con fuerza hacia el vacío.

—¿En qué estás pensando? —dijo Ben.

Entonces ella recordó que estaba ahí, en su salita de estar ordenada a toda prisa, con aquel extraño contable paracaidista, y que todo aquel lío se había armado por el paracaidismo.

—Me preguntaba cómo eres capaz de volver a tirarte de un avión, cuando sabes lo que es.

—Simplemente tuviste una mala experiencia —dijo Ben—. Jeremy mide más de 1,90 y no tiene nada de coordinación, no era el mejor ejemplo a seguir. Lo del paracaidismo no es lo suyo.

—Pero él no fue lo único que me aterrorizó —replicó Emily—. Fue peor que me empujaran del avión: no puedo creer que el instructor hiciera algo así, es cruel. —Y al recordarlo desde la seguridad de su salita de estar, volvió a sentir algo que había olvidado hacía tiempo, algo que la desconcertó y

angustió de nuevo.

—Tenía que hacerlo —dijo Ben—, de lo contrario te habrías pasado de la zona de aterrizaje. En realidad fue una maniobra completamente segura.

—Pues no me lo pareció. Ahora ya no me siento segura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ben, y parecía alarmado, como si después de todo hubiera sido un error ir hasta allí tan tarde.

—No me refiero a eso. —Dudó durante varios largos segundos, luego dio un trago, volvió a quedarse en silencio, y de repente se sorprendió mirándole directamente a los ojos y diciéndoselo—. Solo quiero decir que ya no sé si voy a ser capaz de no estar completamente enamorada de ti.

Ben sonrió.

—Tenía la esperanza de que dijeras algo así —contestó levantándose de la silla de mimbre plateada que Emily había encontrado en una tienda de muebles de segunda mano y luego pintado con espray. Ella también se puso de pie y avanzó lentamente hacia él rodeando la mesita de cristal. Se quedaron allí, a menos de un metro de distancia, mirándose a los ojos, aún nerviosos y con el cuerpo lleno de anhelo, y entonces (nunca fueron capaces de recordar quién dio el primer paso) se fundieron en un abrazo, y se quedaron así durante mucho, mucho tiempo.

5

Estoy sentada en la cocina del Palacio de Finsbury Park, entre sus armarios de puertas de madera de roble estilo rústico y sus encimeras de formica con efecto marmolado, tengo un vodka- tonic delante de mí, y juro que nunca lo había probado. Aunque el suelo bajo las suelas de mis bailarinas parece polvoriento, la cocina está más limpia de lo que esperaba al mirar la casa desde fuera, pero el hedor dulzón de los cubos de basura me da ganas de vomitar. «¿Cuánta basura se genera en este lugar?», me pregunto en vano, pensando en los contenedores llenos a rebosar en el jardín. Angel se sienta delante de mí, demasiado bella y radiante para el entorno, y su chaleco de flecos y sus vaqueros ajustados me hacen sentir vieja y desaliñada. Un chico moreno y delgado con el pelo liso y un poco largo está cortando una verdura extraña junto al fregadero, creo que Angel dijo que se llama Fabio, pero no levanta la cabeza ni participa de nuestra conversación. No veo a la chica gruñona de antes por ninguna parte, y Angel dice que aún no ha vuelto nadie más de trabajar.

—¿Te sientes mejor, cariño? —pregunta Angel, dando un largo trago a su copa.

—Sí, muchas gracias por tu ayuda.

—Nada, no te preocupes —dice con esa sonrisa angelical—. ¿De dónde eres?

—De cerca de Chester, pero últimamente he estado viviendo en Manchester —contesto—. Acabo de dejarlo con mi novio y sentía que necesitaba cambiar de escenario. He vivido por la zona de Manchester toda mi vida, así que pensé en probar suerte en Londres, antes de que sea

demasiado vieja —digo con una risilla nerviosa.

Todo esto ya lo he ensayado, tengo la coartada perfecta, lo suficientemente ceñida a la verdad como parecer realista. Lo suelto todo de una vez, sin que me lo haya preguntado, y suena falso, como pidiendo disculpas.

—¡Demasiado vieja! Nunca se es demasiado viejo para Londres — exclama Angel riendo—. Pero puede que seas mayor para compartir una casa destartalada con un montón de lunáticos: eres demasiado refinada para este lugar.

—No, no, está bien —digo—. Es que tampoco puedo permitirme pagar mucho de alquiler hasta que me organice, y además pensé que sería una buena forma de conocer gente nueva.

—Yo no diría tanto, cariño. La gente que vive aquí es de la que evitarías cambiándote de acera en la calle. No te preocupes por él —prosigue, señalando con la cabeza a Fabio, que sigue cabizbajo mientras yo le miro avergonzada—. No habla inglés. —Angel rebusca en su bolso—. ¿Un cigarrito, cariño?

—No gracias, no fumo.

—¿Te importa si me fumo uno?

Niego con la cabeza, claro que no, aunque entre el calor y los contenedores y el hambre y el vodka cada vez tengo más náuseas. Me doy cuenta de que salí de Chorlton hace casi catorce horas y apenas he comido nada. Mis vaqueros están pegajosos, me duelen los pies, y me muero por tumbarme, pero tampoco quiero parecer grosera. Le doy un trago a mi copa.

—Me encanta tu nombre —le digo sin motivo, tratando de mantener la conversación viva. Parece que sigo teniendo modales, aunque ahora sea Catherine.

Angel se ríe.

—Cariño, lo único que hice fue quitarme la última «a», pero es increíble lo bien que le ha venido a mi imagen.

De repente se me ocurre una idea. Me siento estúpida, pero hay algo en ella que hace que me resulte cómodo pedírselo.

—Angel, ¿te importaría llamarme Cat? Estoy robándote la idea, pero siempre he odiado el nombre de Catherine.

—Como quieras, cariño —dice sonriendo, y mi nombre cambia por segunda vez en el día.

6

Cuando Ben despertó temprano y vio que Emily no estaba a su lado, supuso que habría tenido una de sus noches de insomnio, y que estaría leyendo en el sofá del salón. Últimamente había notado que estaba volviendo a leer los clásicos, los devoraba, y se preguntaba si sería una forma de escapar de sí misma, de huir a un mundo tan familiar para ella (ya fuera el Sur de Estados Unidos, el Wessex de Hardy o los páramos de Yorkshire) que no tenía que pensar en su propia vida, aquí, ahora. Sabía que había muchas maneras de anular el dolor, y pensaba que tal vez fuera mejor dejarla por el momento, que se quedara tranquila en segundo plano, y ayudarla a cuidar de Charlie, hasta que estuviera preparada para volver con ambos.

Ben se volvió hacia su lado de la cama y consiguió conciliar el sueño otra vez, un duermevela húmedo bajo el calor del edredón de invierno que aún no habían cambiado por el de verano, aunque ya casi fuera julio. Eso solía ser cosa de Emily, y normalmente era muy atenta con los tiempos, y ponía una suave manta de cachemir al pie de la cama para los días de entretiempo en que el edredón ligero no era suficiente para el frío. Y todos estos pequeños deslices parecían ahondar su dolor, y la sensación de que nada estaba bien ni volvería a estarlo nunca. El que no hubiera camisas limpias, que se acabaran los cereales del desayuno, la mantequilla, la lejía, el pan, el correo sin abrir, las malas hierbas en los tiestos de los alféizares. Emily se solía hacer cargo de todas esas cosas, *antes*, y no porque Ben fuera perezoso o ella se hiciera la mártir en absoluto, simplemente ella siempre se había encargado de la casa, y a Ben se le daban tan bien la cocina y la limpieza, que ambos estaban felices con ese arreglo. Pero ahora Emily ya no hacía nada, aunque tampoco es que

Ben la culpaba por ello, claro.

Tuvo que sonar el despertador para que Ben saliera de esos pensamientos semiconscientes. Dando varias patadas, sacó las piernas sudorosas del edredón y se quedó despatarrado sobre la cama un momento, pensando en qué decirle a su mujer cuando bajara al salón. Decidió darse una ducha primero, se sentía asqueroso, y luego iría a buscar a Charlie, y bajarían a saludar juntos. El solo hecho de pensar en verla todavía le emocionaba, aun después de tanto tiempo y a pesar de todo lo que había sucedido. Le prepararía una taza de té, e intentaría que comiera una tostada con mucha mantequilla y un poquito de mermelada, tal y como le gustaba a ella, y luego se despediría y emprendería su paseo de seis kilómetros y medio hasta la oficina. La vida debe seguir adelante, se dijo Ben, aunque a veces temía que Emily no estuviera de acuerdo.

La ducha fue feroz, Ben subió la temperatura al máximo a pesar de que en la calle ya hacía mucho calor. Sentía como si estar bajo el agua con la cara expuesta al chorro ardiendo le ayudara a olvidar, durante un segundo o dos, como si su cerebro se estuviera cauterizando. Emily ya no hacía comentarios sobre sus largas duchas. Últimamente parecía ajena a lo que hiciera Ben, como si ya hubiera perdido todo interés por él. Ben se preguntaba si volverían a tener lo que una vez hubo entre ellos, algún día lejano en el futuro.

La primera vez que Ben pensó que su mujer se había ido fue cuando abrió la puerta de roble vetado del salón y vio que no estaba allí. No le hizo falta mirar en la cocina ni en el cuartito de los abrigos de abajo, podía notar el vacío chillando por toda la casa. No sabía qué hacer (¿llamar a urgencias, llorar, o tirarse por la ventana?). Subió a su dormitorio y abrió el armario. Estaba casi igual que siempre. Tal vez hubiera salido a dar un paseo, pensó, hacía un día precioso. Decidió preparar el desayuno, y hacerse un buen capuchino, siempre podía llamar a la oficina para decir que iba a llegar tarde, y para entonces Emily habría vuelto, seguro que sí.

Cuando se terminó el café y Emily aún no había vuelto, volvió al piso de arriba y se arrodilló en la suave moqueta color crema para mirar debajo de la cama. Charlie le seguía a todas partes gimoteando, pero Ben le ignoraba. Bien, la maleta grande seguía allí. La sacó y la abrió. La bolsa de viaje de

cuero que habían comprado en Marrakech no estaba dentro, donde solían guardarla. «Tiene que estar en algún lugar aquí abajo», se dijo a sí mismo; se tumbó en el suelo y retorciéndose bajo el somier empezó a sacar cosas frenéticamente: un colchón hinchable, una maleta con ruedas, una tienda de campaña infantil, una mochila de senderismo, una bolsa de cosas usadas, un calcetín que llevaba tiempo perdido. El polvo se levantó y quedó suspendido en los rayos bajos del sol. Cuando ya no había nada más que sacar, Ben se quedó quieto, tumbado sobre el suelo, soltó un sollozo largo y derrotado, y luego se incorporó y acunó al pobre Charlie en sus brazos.

El agente Bob Garrison miró con empatía al señor Ben Coleman sentado ante la mesa de la pequeña sala sin ventanas donde tomaban declaraciones. Un caso triste, sin duda, y ahora tenía que contarle al tipo que apenas podían hacer nada para encontrar a su mujer. Las personas desaparecidas de alto riesgo no dejan limpia su cuenta en el banco, ni cogen una bolsa llena de ropa, ni se llevan el pasaporte. El pobre idiota tiene que afrontar el hecho de que le ha dejado, pensó el agente Garrison, pero, aunque había lidiado mil veces con casos como este, por alguna razón le costaba más sentarse delante de aquel tipo desesperado con su traje elegante y decirle que lo único que podía hacer era registrar a su mujer como persona desaparecida.

Aunque Ben sabía que Emily se había marchado por voluntad propia, que había decidido dejarle, se negaba a abandonar la búsqueda. Se convenció de que ella quería que la buscase, de que le gustaría que la encontrase, de que tal vez fuera una especie de prueba. Trató de imaginar dónde habría ido, qué nombre utilizaría, pero era como buscar un anillo que has perdido nadando en el mar. Durante las primeras semanas, estuvo vigilando incansablemente sus cuentas online por si había algún movimiento en las tarjetas, pero no vio nada. Buscó a todos y cada uno de los amigos de Emily, pero nadie sabía nada, y Ben sabía que no mentían. Se puso en contacto con todas las asociaciones de personas desaparecidas, pero aparte de dejarle ver fotografías de cadáveres, no podían ayudarle. Sentía la mirada de la gente mientras

pegaba carteles con la foto de Emily en los árboles, en la oficina de correos, a la entrada de la estación de trenes, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Hasta se creó una cuenta en Facebook, y aunque sus amigos compartían sus publicaciones tratando de amplificar su brutal rugido de abandono, conforme fueron pasando los meses ya casi nadie hacía comentarios, como si su inútil búsqueda por la red causara un cierto desconsuelo por la impotencia de no poder ayudarlo. Finalmente, la noche del cumpleaños de Emily, el 15 de noviembre, los padres de Ben trajeron una empanada de ternera y Guinness, su preferida, y cuando su madre le sugirió sutilmente que tal vez fuera el momento de dejarla marchar, le entró un ataque de rabia y contestó a voz en grito que cómo se sentiría ella si se despertara en una cama vacía cada mañana, y cada día lo viviera todo de nuevo. Después de aquello sus padres no volvieron a decir nada, simplemente le apoyaron sin palabras, lo mejor que podían, mientras Ben seguía adelante, solo y aislado.

7

Angel pide una pizza para las dos y, aunque está asquerosa, la devoro y consigue aliviar las náuseas. Sé que ella nota que me pasa algo realmente malo, pero a pesar de su carácter abierto es demasiado educada para preguntar, y yo tampoco entro en detalles sobre la ruptura con mi novio para evitar la tentación de acercarme lo más mínimo a la verdad.

Al final, Angel empieza a hablarme de sí misma, de un modo conmovedor e ingenioso, y aunque antes me habría escandalizado que la vida de alguien estuviera tan repleta de dramas, ahora ya no, porque la mía también lo está. Me cuesta creer que el mismo día en que la señora Emily Coleman dejó su casa en Chorlton, en Manchester, el día en que dejó a Ben y a Charlie, ese mismo día, esté aquí sentada, convertida en Cat Brown, en su nueva casa con su nueva amiga Angel bebiendo vodka y comiendo pizza, en Finsbury Park, en algún lugar del norte de Londres. Y nadie sabe cómo dar con ella. Nadie sabe cómo dar conmigo. Me doy cuenta de que tengo suerte, al menos en este sentido: mi nombre legal es Catherine Emily Brown, pero todo el mundo me ha llamado siempre Emily, y en los últimos cinco años se me ha conocido como Emily Coleman, mi nombre de casada. El hecho de no cambiar mi pasaporte, lo cual Ben entendió como un simple guiño al feminismo, me va a ayudar a la hora de buscar trabajo, para abrir una cuenta en el banco, y vivir la vida con mi nuevo yo. Además, Brown es un apellido tan común que debe de haber cientos de Catherine Brown. He huido y estoy a salvo.

Mientras Angel y yo charlamos, varias personas llegan a casa (¿del trabajo?) y entran y salen de la cocina prestándome más o menos atención. La

primera es Bev, que más tarde descubro es de Barnsley y trabaja de técnico de giras con grupos de música, lleva rastas y tiene un prognatismo brutal, que entra saludando superalegre, como si yo llevara toda la vida aquí, y dice: «Joder, qué calor, ¿eh?», va a la nevera, se toma su tiempo rebuscando hasta que de repente desaparece su buen humor y suelta un rugido angustiado, como una leona que ha perdido su cachorro.

—¿Dónde está mi chocolate? —grita Bev—. ¿Quién coño se ha comido mi chocolate? Angel, ¿te has comido mi puto chocolate?

—Eh, tranquila, Bev, esta vez no he sido yo, te lo prometo. Pregúntale a él —contesta Angel en el momento en que entra un tipo altísimo y encorvado de aspecto indómito con vaqueros azul oscuro y una sudadera de Abercrombie. Todo él es enorme, hasta sus deportivas son grandes como palas, pero sus piernas son demasiado cortas comparadas con el cuerpo, y con su cara de niño bueno me recuerda a un bebé grande, tanto que me dan ganas de achucharlo.

—Qué va, yo no he sido, Bev, pero, en serio, tienes que espabilar —responde Brad, con acento australiano y una sonrisa cariñosa. Bev no está de humor para que la tranquilicen, y aunque deja de gritar se sienta junto a la mesa de la cocina y empieza a balancearse adelante y atrás.

—Ya estoy harta de esta puta casa. Ese chocolate era mío —dice, esta vez con tono lastimoso—. Era mi puto chocolate. —El taco suena casi como una caricia, una seducción, y yo siento que Bev haya perdido su chocolate y no sé qué decir, de lo triste que parece. Es como si estuviera presenciando un duelo.

Angel se levanta y va al iPod a poner música, y la pone alta. No sé quién es, pero repite la letra una y otra vez, *Where's your head at?*^[2], lo cual me suena un poco como una burla, pero a Bev no parece molestarle, ya se le ha pasado el enfado. De repente entra una chica que asumo es la novia de Brad. Es diminuta, lleva un minivestido malva estampado, tiene un cuerpecito perfecto y un rostro del montón como si hubieran combinado piezas dispares en la fábrica de muñecas. Se detiene al lado de Brad y me mira con suspicacia.

—Erica, esta es Cat, se ha instalado en el cuarto de Fidel —dice Angel a su manera relajada y amable, pero Erica me mira con hostilidad evidente.

—¿Quién le ha dado la habitación? No la habíamos anunciado todavía. — Su voz es tan desagradable como su cara, un gangueo brutal de las antípodas que me pone de los nervios, ya de por sí tensos.

—Es que Cat estaba en una situación desesperada, ¿verdad, cariño?, y así nos ahorramos la molestia —contesta Angel implacable.

Me encanta Angel. Es amable, deslumbrantemente guapa y siempre se sale con la suya. Me pregunto qué hará viviendo aquí. («Debería ser una superestrella», pienso, pero eso es antes del cuarto vodka y de escuchar las increíbles historias de su infancia, de cómo la criaron una madre inútil y una sucesión de «tíos»).

—¿Y lo sabe Chanelle? —dice Erica, y me pregunto a quién se referirá, hasta que recuerdo a la antipática que me abrió la puerta hace tres vodkas. Me doy cuenta de que desde entonces no he vuelto a verla.

—Sí, cariño, lo sabe. Todo bien.

Erica parece profundamente cabreada y saca a Brad a codazos de la cocina, como si hubiera acabado la visita a la tienda de caramelos y le tocara echar la siesta. Angel resopla riendo, a mí también se me escapa una risilla. No sé qué será: el vodka, empezar de nuevo o todos estos excéntricos personajes, pero por primera vez en meses casi empiezo a divertirme. Es de locos. Aunque siento una culpa abrasadora, me obligo a recordar que no debo mirar atrás, estoy haciendo lo mejor para todos, a la larga. Y ahora ya no me queda otra opción.

El chico moreno de antes ha vuelto, y esta vez se pone ante los fuegos para hacer sus verduras, y sorprendentemente consigue que la cocina huela aún peor de lo que olía solo con los cubos de basura. Entra otro chico de la calle con un casco de bici bajo el brazo, un maillot de licra amarillo empapado de sudor, y le da un beso al chico moreno. Se dicen algo (creo que en portugués) y me ignoran por completo. Angel sonrío y sirve otra copa para cada una.

Tengo la sensación de que conozco a Angel de toda la vida. Creo que nos hemos encontrado en el momento justo, nos une la tristeza, y, aunque no le puedo contar mi historia, a ella no le importa, de algún modo lo entiende.

Trabaja de crupier en un casino del West End y no sé si es algo tremendamente glamuroso o tremendamente sórdido, nunca he conocido a nadie con esa clase de trabajo. Entre interrupción e interrupción en la cocina, me cuenta que lleva tres meses viviendo en esta caótica casa compartida porque necesita pasar desapercibida durante un tiempo, aunque no parece querer decirme por qué, y me pregunto qué habrá hecho. Encontró la casa a través de su amigo Jerome, un segurata que técnicamente ocupa la habitación del fondo, aunque al parecer está siempre en casa de su novia en Enfield. Chanelle es la prima de Jerome y la propietaria de la casa, se la compró a sus padres y según Angel está resultando ser toda una pequeña empresaria: ha convertido todas las habitaciones excepto la cocina y los baños en dormitorios, y lo que ella dice va a misa. Angel es la única capaz de camelársela, y dice que, aunque a veces puede ser una bruja miserable, en el fondo no es mala persona, que está bien cuando llegas a conocerla. Yo no estoy tan segura, y prefiero no volver a encontrármela en lo que queda del día. Estoy algo mareada por el vodka, de repente me siento exhausta, y le digo a Angel que tengo que irme a la cama. Son las nueve y media, apenas está oscureciendo, pero sigue haciendo un calor intenso y empalagoso.

—Cariño, recuerda que te he dicho que no esperes gran cosa —dice Angel mientras subimos al piso de arriba. La moqueta de la escalera hace remolinos, mi cabeza hace remolinos, la habitación es espeluznante. El colchón está repugnante, las paredes están cubiertas de papel granulado pintado de un color melocotón satinado que brilla en la tenue luz. Solo hay un armario vacío de formica beis y marrón. La habitación hiede a viejas cajas de comida para llevar y a algo indescriptible, la moqueta está impregnada de polvo y Dios sabe qué más. De repente, todo mi buen humor se esfuma y me siento sobrepasada, desolada, como si todo esto fuera un error, y estuviera en el lugar equivocado, otra vez. Me doy cuenta de que no tengo ropa de cama, y no puedo dormir en ese colchón, eso seguro, pero el suelo parece casi igual de asqueroso. *¿Cómo es posible que toda mi vida se haya reducido a este lugar, a este momento? ¿Cómo ha podido ir todo tan rematadamente mal?*

Angel me ve la cara.

—Cariño, espero que no pienses que soy demasiado atrevida, pero yo me voy a trabajar en un rato y no volveré hasta mañana por la mañana. ¿Por qué

no duermes en mi cama esta noche? Está bien, he cambiado las sábanas hoy. —Y me guía a través de la puerta hacia una habitación en el mismo rellano que está desordenada pero relativamente limpia y tiene un edredón con margaritas bordadas. La abrazo y le doy las gracias una y otra vez, y, sin apenas esperar a que salga, me quito los vaqueros y la camiseta sudorosa y me derrumbo en la cama, no sin antes esconder mi bolso lleno de dinero entre el colchón y la pared.

A la mañana siguiente me despierto temprano y no sé dónde estoy. Rebobino lo ocurrido la noche antes y recuerdo los vodkas, los olores de la cocina, los cubos de basura..., el agujero que es mi habitación. Recuerdo que no estoy en esa, menos mal, esta es la de Angel. Es verdad, la mía es inhabitable. Me obligo a salir de la cama, me pongo la ropa de ayer y voy a echar otro vistazo al lado. Con la luz de la mañana, el cuarto es incluso más desagradable (si cabe) de lo que me pareció anoche y aunque intento no hacerlo pienso en mi preciosa casa de Chorlton, donde vivía hasta ayer. Decido que tengo que hacer algo, o de lo contrario me volveré completamente loca. Bajo a prepararme una taza de té, probablemente no haya nadie en la cocina a estas horas, y con algo de suerte podré robarle un poco de té y leche a alguien por ahora, tal es mi desesperación. El hervidor de plástico rojo está asqueroso, lleno de calcio incrustado por dentro y con el exterior tan mugriento que podrías escribir tu nombre sobre él con la uña. Todas las tazas están sucias, y la mayoría desconchadas. Busco en los armarios y encima del fregadero y encuentro una caja de bolsitas de té. Justo cuando estoy vertiendo el agua hirviendo en la mejor taza que he podido encontrar, Chanelle, la propietaria de la casa, entra en la cocina. Lleva un albornoz amarillo corto que parece deshilachado y deja al descubierto sus piernas largas y delgadas de corredora de maratón.

—Ah —dice—, eres tú.

Una situación incómoda, no la había visto desde que me cerró la puerta en las narices ayer. Me siento como una ladrona.

—Hola —contesto simplemente—. Gracias por dejar que me quedara la habitación.

—Dale las gracias a Angel —dice Chanelle resoplando—. Peleó por ti. Veo que está haciendo otra vez su numerito de la Buena Samaritana, supongo que le hace sentirse mejor.

No sé qué contestar, así que sonrío educadamente y aplasto mi bolsita de té robada contra el interior de la taza, luego la saco y la dejo en lo alto de la basura llena a rebosar.

—Esa habitación está hecha un desastre —prosigue Chanelle, ahora algo menos hostil—. En menudo estado la dejó Fidel. Iba a arreglarla antes de que se instalara alguien.

—No me importa hacerlo yo —digo con entusiasmo—. Me encanta hacer ese tipo de cosas. De todas formas, tengo que comprar sábanas y algunos trastos, así que puedo comprar un par de cosas más. Pago yo, claro. ¿Hay un Ikea o algo así cerca?

A Chanelle parece gustarle el giro que está tomando la conversación, y ahora es casi amable. Me da instrucciones detalladas de cómo llegar a un lugar llamado Edmonton y hasta me deja algo de la leche que se ha bajado de la nevera que tiene en su habitación. Y yo me siento bendecida.

Cuando llego, Ikea está abriendo sus puertas, y al ser martes por la mañana está prácticamente muerto. Me siento minúscula y sola caminando por la cinta transportadora hacia el enorme edificio azul, cojo una bolsa grande y amarilla y me embarco en mi aventura de compras, siguiendo el camino de flechas, a lo Dorothy, pasando por cocinas luminosas de espacio optimizado, entre ingeniosas soluciones de almacenaje, vadeando cómodas y tentadoras salas de estar, y voy bien, me siento casi normal, como si fuera una compradora cualquiera, hasta que giro por otra esquina en el sendero mágico y me encuentro de repente, y sin previo aviso, en la sección infantil. Camas en forma de coche, cajones de juguetes con motivos de dragones y armarios de colores pastel se burlan de mí desde todos los ángulos, cajas de almacenaje llenas de peluches apiladas acechan a mi alrededor. Una niña pequeña corretea con un monito en la mano, sonriendo a su madre que le dice que lo suelte. El recuerdo de mi hijo explota en mi mente, y el dolor que siento en el pecho me recuerda que sigo viva después de todo, que no estoy

atascada en un sueño de colores primarios, y continuó por el largo sendero, ahora ya literalmente corriendo, con la cabeza gacha y sin levantar la mirada hasta llegar al final. Me apoyo con la cara contra la pared junto a los ascensores, resollando, y anhelo el momento de abandonar, de no estar aquí, de fundirme con la nada.

Todo esto es demasiado.

Parece que solo puedo huir de mí misma si impongo un control más férreo, si mantengo todos los aspectos de mi existencia anterior en el pasado, y me inmunizo contra los niños. Me yergo, endezco los hombros y trato de respirar hondo. Afortunadamente, esta vez nadie ha presenciado mi ataque de pánico, pero debo tener más cuidado, no puedo seguir actuando como una demente. La cafetería está delante de mí y, a pesar de que el corazón me late a golpes, tengo hambre, así que lleno una bandeja con un desayuno completo, un plátano, una manzana, un yogur, una especie de pastelito sueco, un tetra brik de zumo de naranja, un tazón de té, me siento sola entre las mesas que miran hacia el aparcamiento y lo devoro todo, hasta la última miga. De algún modo, el concentrarme en la comida me ayuda a salir del paso, a volver a poner las cosas en el pasado. Cuando vuelvo a la tienda, hay más gente que antes: ahora hay muchos niños, pero esta vez estoy preparada. Estudio el mapa y voy directamente a la sección de camas, sin hacer caso del sendero de flechas, me abro mi propio camino entre sofás, atajando por detrás de los espejos, ignorando a todo el mundo. Elijo una cama blanca barata y sencilla, demasiado sólida y elegante para lo que vale, y escribo el código de referencia en mi libreta. Elijo colchón, y luego voy en busca de armarios, que están convenientemente dispuestos un poco más adelante siguiendo el sendero, y elijo un simple riel con una funda de lino blanca. He estado en Ikea muchas veces, así que conozco el protocolo, y paso zumbando por el almacén llenando mi bolsa amarilla de artículos básicos para el hogar, y cuanto más cojo más fácil se me hace: es hipnótico, compulsivo, una barrida de supermercado. Prosigo hacia el almacén de autoservicio, con los códigos de referencia preparados, y de ahí a la zona de recogida de artículos a buscar mi cama, donde un joven asiático de ojos líquidos y amables me ayuda a cargarla en el carro. Finalmente llego a las cajas y apenas hay cola, debe de ser aún temprano. Mi cama, mi colchón, mi riel, mi ropa de cama, mis

cojines, mi alfombra, mi pantalla de lámpara, mis cortinas, todo ello en elegantes tonos blancos y crema, por menos de trescientas libras. He tardado poco más de una hora y media, incluido el desayuno. Me siento absurdamente orgullosa de mí misma. Dejo orden de que lleven todo a casa esa misma tarde, hasta los artículos más pequeños, y cojo el autobús de vuelta a Finsbury Park.

Me detengo en una pequeña ferretería destartada y compro la lata más grande de pintura blanca que tienen, un rodillo y varias brochas. Cuando llego a casa (¡a casa!) solo encuentro al Chico Moreno Uno. Está cocinando algo que huele repugnante otra vez y me ignora por completo, como si estuviera sordo, mientras bebo un vaso de agua de un trago delante del fregadero. Ya es la una y media, tengo que darme prisa. Subo las escaleras corriendo, me pongo una camiseta y los únicos pantalones cortos que me he traído, arrastro la cama y el armario viejos al centro de la habitación y empiezo a pintar.

Hoy vuelve a hacer calor y el aire de la habitación es sofocante, pero tengo unos niveles de energía anormales: parece como si hubiera desarrollado una especie de frenético instinto anidador, como cuando estaba..., me paro, sigo trabajando, intento no pensar. La habitación es pequeña y pinto por encima de todo, ni siquiera me molesto en limpiar antes, simplemente pinto y pinto y pinto, encima de la mugre y del polvo, hasta que el granulado del papel color melocotón se convierte en miles de pequeños pezones de color carne, y doy una y otra pasada a la habitación hasta hacerlos desaparecer a todos (con tanto calor parece que la pintura se seca lo suficientemente rápido para seguir pintando). También pinto el marco de la ventana —con el mismo tono, es la única pintura que tengo—, pero no importa, el efecto que busco es anular todo lo que hubo antes.

Oigo el timbre de la puerta, una de esas campanillas cantarinas como las de antes. ¡Mi pedido de Ikea! Corro al piso de abajo y abro de par en par la puerta del porche. El tipo deja las cosas en la entrada y hay tanto bulto que me preocupa que mis nuevos compañeros de casa se molesten si lo dejo allí. *Tengo que darme prisa.* Corro arriba otra vez y sigo pintando, como si mi vida dependiera de ello, tal vez lo haga. Una vez está todo blanco, cojo el repugnante colchón viejo y lo saco por la puerta, lo arrastro por el rellano y lo

tiro desde lo alto de las escaleras. Mientras cae cogiendo fuerza y velocidad se abre la puerta de entrada y el colchón manchado y hediondo prácticamente aterriza sobre el tipo enorme que está entrando.

—¡Mierda, lo siento! —digo.

—¿Qué coño estás haciendo? —dice, aunque al verme en lo alto de la escalera, en pantalones cortos y cubierta de pintura, suaviza el tono.

—Hola, soy Emi..., soy Cat —digo—. Acabo de instalarme. Estoy arreglando un poco mi habitación.

—Ya veo —dice el tipo, e imagino que debe de ser Jerome, el primo de Chanelle—. Deja que te ayude con eso. —Coge el colchón como si fuera una caja de cereales y lo tira afuera, junto a los contenedores de basura.

—¿Pensabas tirar algo más por las escaleras? —pregunta, y cuando me paro a pensarlo me digo qué suerte, contesto sí gracias, un somier y un armario. Jerome entra en el cobertizo que hay en el jardín de atrás y vuelve con un mazo. De súbito me entra cierta inquietud, no porque apenas lleve nada puesto y esté sola en la casa con un desconocido musculoso, que casualmente se acerca con un mazo en la mano, sino porque no sé qué le parecerá a Chanelle lo de la cama y el armario viejos, no habíamos llegado a acordar que yo fuera a hacer tantos cambios en la habitación. Al final decido que, si no le gustan los muebles que he elegido, siempre puedo ofrecerme a pagarle, con un poco de suerte le parecerá bien, así que dejo subir a Jerome, y tras destrozar a mazazos el armario marrón y beis y desmontar el somier de la cama, lo saca todo al jardín delantero y lo deja al otro lado del seto. Y tarda diez minutos.

—¿Quieres que te ayude con esas cosas nuevas? —dice, pero empiezo a sentir que me estoy aprovechando.

—Seguro que puedo sola —contesto, pero ahora ya estoy cansada y, aunque no era mi intención, mi respuesta sale sin mucha convicción, y Jerome coge la indirecta. El tipo resulta ser un genio con los muebles de automontaje, y en menos de media hora ensambla la cama, le quita el plástico al colchón y lo coloca encima, como si fuera una cama hinchable, mientras yo armo las tres piezas de mi nuevo riel. Tras aceptar mi agradecimiento quitándole importancia, Jerome desaparece en su habitación y yo me quedo desempaquetando mis sábanas, mi edredón, mi funda de edredón, y acabo

rodeada de envoltorios de plástico. Hago la cama, sin acercarla demasiado a las paredes aún húmedas. Me he acordado hasta de comprar perchas, así que vacío la bolsa de viaje y cuelgo la poca ropa que tengo en mi enclenque armario. Aún tengo el destornillador de Jerome, y aunque tardeo tres veces más que lo que a él le habría llevado, me subo a una silla y consigo desatornillar el riel que sostiene las cortinas mohosas de tono albaricoque descolorido, las quito y cuelgo otras largas y transparentes de algodón blanco. La pintura todavía no está seca pero no importa, apenas rozan la pared. Estoy decidida a terminar el trabajo, así que voy a buscar la aspiradora y limpio toda la mugre que puedo de la moqueta. Cambio la pantalla de la lámpara por una blanca y sencilla. Bajo todos los envoltorios y los dejo con el resto de basura en el jardín delantero. Estoy reventada, pero vuelvo a mi habitación y despliego la alfombra peluda, y queda perfecta, cubre casi todo el espacio que hay junto a la cama, y oculta las manchas de la moqueta, puedo hacer como si no existieran. Transformación completada. Después de treinta y seis horas, tengo un nuevo hogar, una nueva amiga, un nuevo nombre, y ahora una nueva habitación despampanante. «Pero no tienes hijo, ni marido», dice una voz surgida de la nada. La ignoro y me voy a la ducha.

8

El padre de las gemelas se despertó de repente y saltó de la cama en un solo movimiento, mientras el cuerpo a su lado seguía roncando suavemente. Entró en el pequeño baño de la habitación y se metió en la ducha para quitarse de encima los flujos corporales de la chica. Le molestaba que ella siguiera allí (normalmente se aseguraba de que se marcharan) pero la noche anterior estaba cansado, y nada más terminar se giró y cayó en un sueño profundo y pesado. Tal vez estuviera incubando algo.

Apenas eran las seis y media, demasiado temprano para desayunar, y la segunda jornada de las conferencias no empezaría hasta las nueve, pero Andrew tampoco quería estar allí cuando ella despertara, era demasiado íntimo, demasiado violento. Ella no tenía pinta de estar a punto de despertar, había acabado completamente pedo la noche anterior, y Andrew se sorprendió al darse cuenta de que no recordaba su nombre, por mucho que lo intentara. Al final decidió salir a dar un paseo, con algo de suerte cuando volviera ella ya se habría marchado, y problema resuelto.

Se vistió deprisa, tratando de no mirar hacia la cama mientras lo hacía. Abrió la puerta procurando hacer el menor ruido posible, y, aunque ella refunfuñó y se giró, logró salir de la habitación sin despertarla. Recorrió sigilosamente el largo pasillo de puertas sin rostro, y delante de un par de ellas había bandejas con comida descomponiéndose de la noche anterior. Andrew no respiró tranquilo hasta que alcanzó el ascensor y se encerró tras las puertas de espejo, que le ofrecían una imagen dorada de sí mismo. Sabía que era un tipo guapo, pero últimamente su aspecto se había apagado un poco, tal vez fuera por la panza, o porque empezaba a tener entradas, o

simplemente porque la pena que llevaba dentro empezaba a dejarse ver en su rostro.

Atravesó el vestíbulo mirando al frente e ignorando al portero de noche sentado tras el mostrador (no es que quisiera ser grosero, simplemente no quería que aquel hombre viera la vergüenza en sus ojos).

Al salir, no tenía ni idea de hacia dónde ir, no era precisamente un lugar para pasear, así que giró a la izquierda de forma arbitraria y echó a andar por la calle principal, que ya estaba llena de coches. Tras unos quinientos metros creía que no encontraría ninguna calle de salida, pero finalmente encontró una callejuela a la izquierda, que después de unos cien metros se estrechaba y conducía a una bonita urbanización, algo parecida a donde vivía con su familia en Chester. Las luces empezaban a encenderse en algunas casas y Andrew se preguntó qué ocurriría al otro lado de aquellas pulcras puertas, con sus coches familiares de gama alta a la entrada y las caléndulas de los parterres rectos y aburridos empezando a lucir su llamativo color con la primera luz. ¿Estaría la vida de todo el mundo tan jodida como la suya?

Todo empezó a torcerse pronto, cuando Frances anunció que estaba embarazada: ocurrió tan rápido después de la boda que él simplemente no estaba preparado. Su reacción fue típica, esa atracción por la nueva secretaria que le hacía irse corriendo a la oficina y alejarse de casa y de su esposa cada vez más gorda, el intercambio de miradas y la emoción de la cercanía cuando ella se apoyaba sobre su mesa al tomar notas para sus cartas, y el no-tocar aunque ambos querían que lo hiciera, lo *prohibido*. Y con el tiempo, las conversaciones íntimas, cada vez más cargadas de tensión. Andrew se resistió todo el tiempo que pudo, pero, el día que fueron a comer y ella se derrumbó porque su padre estaba gravemente enfermo, él se ofreció a acompañarla a casa; estaba demasiado disgustada como para volver a la oficina, insistió él, y juraría que en ese momento sus intenciones eran completamente decentes. Ella le invitó a pasar y mientras esperaban a que hirviera el agua, rompió a llorar otra vez, y claro, él la consoló, y cuando por fin se besaron la sensación fue extraordinaria, como una inyección de adrenalina por el peligro y el engaño, una reacción física que le dejó enganchado, y pensando ya en qué

esperanza cabría en su nuevo matrimonio.

Cuando llegó a la oficina mucho más tarde aquel día que lo cambió todo, tenía tres mensajes de Frances y dos más del hospital. Le entraron ganas de vomitar. Podía notar la reprobación en sus compañeros mientras salía corriendo y cabizbajo a buscar a su mujer. Pero luego el shock de haberse perdido ambos partos, y de ser padre de dos gemelas inexplicablemente, no hizo más que intensificar sus sentimientos por Victoria. En pocas semanas retomaron la aventura, a pesar de la culpabilidad, a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí mismo. No era solo su pasión por la secretaria, también era la necesidad de escapar de su esposa desaliñada y exhausta, y de sus niñas chillonas. Empezó a «trabajar hasta tarde» más a menudo, pasaba cada vez menos tiempo en casa, hasta que Frances dejó de preguntarle cuándo volvería ni dónde estaba, simplemente parecía aceptarlo. Eso significa que en realidad no le importa, concluía él, y así se sentía mejor.

Mientras paseaba entre las calles y callejones de la urbanización Telford aquella triste madrugada, por fin vio su traición tal como era. Abandono. ¿Cómo había podido liarse con otra después de menos de un año casado y cuando acababa de tener gemelas? En aquel momento pensó que no podía dejar a Frances físicamente, simplemente era algo que no se hacía, así que la dejó emocionalmente, y en su lugar dejó un marido difuso e insípido, un padre apático para unas hijas que con los años se convertirían en mujeres muy distintas, una tranquila y amable como su madre, la otra voluble y neurótica.

Cuando Victoria se plantó y puso fin a su relación, tras años y años de promesas rotas por parte de Andrew, como «cuando las niñas tengan cinco, seis, siete años», empezaron los encuentros casuales de Andrew en los deprimentes eventos que su trabajo de ventas le ofrecía. Y si pasaba demasiado tiempo entre esas ocasiones, se acababa montando sesioncitas con prostitutas de mediana edad en algún hotel barato de Manchester. Sentía asco de sí mismo.

Andrew miró su reloj: las siete y cuarto, tenía que emprender el regreso. Debería llamar a Frances antes de que empezara la conferencia para ver qué tal estaba Caroline en la clínica: su peso había empezado a estabilizarse, y al parecer se acercaba otra vez a los treinta y ocho kilos. Sentía mucha pena por

su hija de quince años, rechazada por su madre y abandonada por su padre. La claridad de su revelación era penetrante como el primer sol de primavera mientras caminaba hacia el este, por la calle embotellada, rumbo al hotel.

Emily estaba sentada ante el escritorio en su luminosa habitación cuadrada tratando de concentrarse mientras repasaba para el examen de matemáticas de fin de secundaria. Había una sensación rara en la casa, le faltaba carácter ahora que Caroline no estaba (su gemela siempre había dado una especie de electricidad al ambiente), pero, aunque la echaba de menos, le tranquilizaba saber que por fin la estaban ayudando. También le gustaba la respuesta de Frances: de la noche a la mañana parecía haberse transformado en una auténtica madre para Caroline, una madre genuina, como si le hubieran encendido un interruptor, y Emily había notado cómo la atención de su madre se desviaba por fin de ella. Tal vez todo aquello también ayudara a su relación con Caroline. Emily siempre se había esforzado al máximo por llevarse bien con su hermana, era muy permisiva con su carácter, al fin y al cabo no era de extrañar que Caroline sintiera celos de ella, teniendo en cuenta el evidente favoritismo con que era tratada Emily. Era extraño que se hubiera dado cuenta de veras justo ahora que Caroline no estaba.

Emily era una buena chica. Había heredado el carácter caprichoso de su padre, que no su debilidad, y la fuerza y el estoicismo de su madre. Una buena mezcla. Era dulce, tanto de carácter como de aspecto, le iba bien en el colegio, era discretamente popular, amablemente divertida, de hecho completamente repugnante para su gemela menor. Caroline era una versión más dura y rutilante de Emily: más guapa, más lista, incluso más ingeniosa, pero nada adorable, y lo irónico es que mientras que a Emily parecía avergonzarle gustar a la gente y aun así todo el mundo la quería, Caroline ansiaba que la quisieran y nadie lo hacía.

Emily suponía que ese debió de ser el motivo que llevó a Caroline a dejar de comer, para intentar retomar el control en medio de tanto aislamiento. Sabía muy poco de la enfermedad y ahora le asombraba que ninguno de ellos se hubiera dado cuenta, pero Caroline era lista. Cuando se negaba a comer con el resto de la familia, todos pensaban que era simplemente porque

Caroline se estaba haciendo la Caroline; cuando empezó a vestirse de negro de arriba abajo, era Caroline atravesando su etapa gótica; cuando empezaban a sobresalirle los pómulos a través de la tez pálida era su nuevo gusto en maquillaje. Emily sentía vergüenza ahora: al fin y al cabo, era su hermana gemela, ¿cómo no se había dado cuenta? Pasó la página de su libro de matemáticas —sistemas de ecuaciones—. A Emily le gustaban, le encantaban su solidez, su fiabilidad, el que a pesar de la complejidad de sacarlas, al final solo había una respuesta correcta. Así era como ella afrontaba la vida, pensó, siempre buscando la respuesta correcta y averiguándola casi siempre. Incluso en esta situación, Emily era optimista, estaba segura de que la llamada de ayuda de Caroline había sido escuchada y que ahora se pondría mejor. También se llevarían mejor, seguro que sí; estaba decidida a intentarlo. Leyó con atención el enunciado:

Un hombre compra 3 raciones de pescado y 2 de patatas por 2 libras con 80 peniques.

Una mujer compra 1 ración de pescado y 4 de patatas por 2 libras con 60 peniques.

¿Cuánto cuesta la ración de pescado y cuánto la de patatas?

Emily se levantó de la mesa junto a la ventana y se asomó a la calle; su padre llegaría pronto a casa. Se volvió hacia la puerta y se quedó observando la habitación, la cama bien hecha y los cojines inmensos que Frances había tapizado con una tela de estilo azteca dispuestos junto a la pared para que Emily pudiera sentarse con sus amigas, como si fuera un sofá. Le encantaban sus nuevos pósters, uno de Madonna con un sujetador de conos y otro de Michael Bolton con su rostro anguloso y el pelo largo. Le gustaban más que los que Caroline había pegado por toda la pared de su cuarto, pósters de bandas *grunge* que ni siquiera le sonaban, como Stone Temple Pilots o Alice in Chains, y rockeros punk chillones y avasalladores como los Sex Pistols. (Algo que sí le había alegrado en las últimas semanas era no tener que escuchar la música de Caroline al otro lado de la pared; siempre la ponía altísima, especialmente cuando Emily intentaba hacer los deberes). Se volvió a sentar delante de la mesa y estudió la ecuación. Acababa de calcular que las patatas costaban 50 peniques (ahora ya sería fácil sacar el precio del pescado), cuando oyó el ruido del coche de su padre en la entrada. Salió de su

habitación saludándole con tono alegre.

—¡Hola, papá! ¿Qué tal la conferencia?

Se detuvo en el rellano, contemplando el salón abierto, con el nuevo sofá de cuero en forma de L y la alfombra de piel de carnero, y a su padre de pie, inerte, con la cartera brillante bajo el brazo y la mirada desolada. Bajó lentamente los dos tramos de escalera y rodeó a Andrew con sus brazos, y él hundió la cabeza en su hombro, como si ella fuera la madre y él su hijo.

—Ay, Emily. He sido un padre patético con vosotras. Ver a Caroline en ese sitio es... —Andrew se detuvo al notar que su voz se quebraba, y, tras tantos años, por fin sintió alivio.

Caroline miró con hostilidad a su madre, sentada en un extremo de la cama en aquella habitación institucionalmente alegre, con las paredes pintadas de amarillo, cuadros apagados y descoloridos y unas horribles cortinas de cuadros verdes. Sobre la mesa de madera falsa de la esquina bajo la ventana había un solitario jarrón con narcisos aún por abrir, y al lado una silla en la que, según Caroline, Frances debería estar sentada y no en su cama. Le sorprendía la fuerza de su propia ira. En los últimos meses la pérdida de peso parecía haber mermado sus sentidos, y todo el esfuerzo de planear la ingesta de calorías había logrado acaparar sus pensamientos desviándolos de áreas más peligrosas donde le acechaban emociones dolorosas, como el resentimiento hacia su madre, el desprecio por su padre, el odio hacia su hermana. Era más fácil decidir entre tomar un cuarto o mitad de una naranja para desayunar que elegir quién preferiría que muriera antes, si su madre o su hermana. Y ahora ahí estaba Frances, lloriqueando al pie de su cama diciendo lo mucho que sentía haberle fallado, lo mucho que la quería, cuando ella sabía que era todo MENTIRA.

Caroline se sentía exhausta en su propia piel. Quería que el mundo entero se fuera a la mierda de una vez y la dejara en paz en su propia isla planeando comidas y contando calorías, un lugar donde se sentía a salvo y al mando por primera vez en su vida. No quería tener que ver a su madre en esa asquerosa habitación. Había pasado muchos años probando estrategias, ansiando que Frances se fijara en ella en lugar de en Emily, que la aceptara, que la quisiera.

Y ahora que había desistido, Frances de repente se ponía a gimotear intentando ser una especie de salvadora maternal ridícula.

—Lo siento mucho, mi amor, de veras no tenía ni idea.

—No tienes ni idea de nada que tenga que ver conmigo —dijo Caroline.

—Voy a esforzarme más, ya verás, vamos a sacarte de aquí, te vamos a poner buena.

—¿No prefieres dejar que me muera? Así solo tendrías que preocuparte por Emily. ¿No es eso lo que quieres?

Frances pensó entonces en el fatídico día en que Caroline llegó al mundo, inesperada, extraña, y cómo, en el momento en que nació, ella deseó la muerte a su hija pequeña. El recuerdo había estado enterrado durante tanto tiempo que la pregunta de Caroline invadió el cerebro de Frances como una bomba nuclear, radiante y abrasadora, devolviendo aquella horrible experiencia a la superficie. Caroline vio la expresión en el rostro de su madre y comprendió sin ningún género de dudas que la respuesta era sí.

Frances se lo negó primero, luego sintió vergüenza, y después un alivio sobrecogedor de haber compartido por fin el secreto. El hecho de que lo hubiera hecho precisamente con Caroline no era lo más importante. La asfixiante y venenosa bola de odio que llevaba en el corazón salió expulsada a la habitación, como haciendo espacio físicamente para que el amor la inundara. Se miraron la una a la otra, Frances por fin con amor, Caroline con desesperación. Y entonces Frances cayó en los brazos escuálidos de su hija y la abrazó con ternura, por primera vez, quince años demasiado tarde para salvar a ninguna de las dos.

9

Despierto en mi nueva habitación y huelo a pintura. Mi sueño ha estado lleno de lienzos visuales emulsionados, salpicados y crudos, como un Pollock, y no soy capaz de librarme de ellos a no ser que abra los ojos. La cama es bastante cómoda, aunque no estoy acostumbrada a una individual, y me resulta extraño no estar tumbada de espaldas a mi marido, separada de él, sin tocarle, pero sabiendo que está ahí. Nuestra cama de matrimonio había acabado convirtiéndose en el lugar más desolado del mundo. Trato de no pensar en él ni en el niño, me concentro en lo que me rodea ahora y noto que la ropa de cama aún tiene esa rigidez de lo nuevo, y la sensación casi me resulta agradable. El sol se filtra a través de las cortinas blancas y transparentes y cuando miro mi móvil nuevo veo que son solo las seis: serán bonitas pero no sirven de mucho para mantener la habitación a oscuras. Me pregunto sin entusiasmo qué puedo hacer hoy. En los dos últimos días desde que me marché, he tenido los tiempos tan claramente marcados —encontrar un lugar donde vivir, convertir mi habitación en un sitio habitable— que el día de hoy se extiende ante mí, inmenso, sin niño, vacío. Sé que tengo que encontrar trabajo pronto, abrir una cuenta en el banco, pero por alguna razón me parece demasiado. Mi cuerpo me dice que estoy cansada, que necesito tiempo para recuperarme del golpe y del estrés, de todo este trauma. Supongo que soy una superviviente por naturaleza. Es demasiado temprano para levantarme, pero estoy completamente despierta, así que rebusco debajo de la cama y encuentro el periódico del lunes, el que compré en Crewe. Apilo mis almohadas nuevas contra la pared blanca y grumosa y despliego las páginas. Leo acerca de una enfermedad que afecta a los pinzones amarillos, que les

hincha la garganta hasta que no pueden comer: dice que el año pasado medio millón murieron de hambre. Trato de no pensar en ello, intento no imaginarlos, pero se me humedecen los ojos y paso a otra noticia. Un hombre ha violado y asesinado a su sobrina de doce años; ella había ido a su casa a ver el fútbol y cuando llegó su tía había salido, de lo contrario seguramente aún estaría con vida. Paso la página. Un banquero mercantil condenado por asesinar al amante de su mujer mientras acampaban juntos en Bretaña. Una mujer apaleada a porrazos por unos ladrones en una tienda ante las cámaras de un circuito cerrado de televisión: seguro que a estas alturas ya se puede ver en YouTube.

Dejo de leer. Las noticias me están deprimiendo, me hacen sentir sin rumbo. Trato de volver a dormirme pero mi mente está demasiado activa, conectada: no dejan de inundarme pensamientos de mi chico de oro, pensamientos no deseados, y temo que todo lo que he avanzado estos dos días se desvanezca en este momento, en esta habitación blanca y desnuda. No me he traído ninguno de mis libros de Chorlton y la novela que compré en Crewe es una basura. No soy capaz de ir al baño de nuevo, esta mañana prefiero no molestarme siquiera, aunque estoy sudorosa tras la noche. Me aseguraré de comprar unas chanclas para la ducha, tal vez un neceser que se pueda colgar y al abrirlo se despliegue para no tener que dejarlo sobre ninguna superficie, así al menos podré soportar entrar en el baño y tendré algo que hacer. Sigo estando inquieta, así que busco la sección de crítica del periódico. Mi mente no logra concentrarse en ninguno de los artículos, pero cuando voy a dejarlo veo el sudoku en la página de atrás, junto al crucigrama. Nunca he hecho un sudoku, siempre me ha parecido una completa pérdida de tiempo, pero es exactamente lo que quiero hacer ahora, perder el tiempo, ayudar a que pasen los inmensos minutos. Dice que es un nivel medio, pero aunque lo intento y lo intento no puedo sacar un solo número. Tiene que ver con figuras, recuerdo que me lo dijo mi hermana («olvídate de ella»); sigo mirándolo hasta que los números sueltos empiezan a flotar, y de repente me viene y pongo el primer número, y despego. Se me dan bien las matemáticas, pero en realidad esto no tiene nada que ver con ellas. Es extrañamente compulsivo y sigo y tardo una eternidad y ahora estoy en racha y entonces en la última casilla tengo dos seises pero ningún tres. Debo de haberme

equivocado, en algún sitio, pero aunque lo intento y lo intento es demasiado difícil de desentrañar, y así es mi vida: todo iba tan maravillosamente bien y de repente tenía dos seises y ningún tres y ahora todo se ha ido a la mierda, y es irreparable. Vuelven las lágrimas, silenciosas, deslizándose siniestras, y veo la habitación tal y como es: un cuartucho horrible y sucio en una casa horrible y sucia en un barrio horrible y sucio de Londres. Yo también me veo tal y como soy, una asquerosa cobarde egocéntrica que ha huido de Ben y Charlie, en lugar de quedarse a afrontar las cosas. Ahora mismo echo de menos a Charlie especialmente, su olor a galletita, la sensación de abrazarle fuerte aunque intente zafarse de mí, y los dos saboreando el momento: yo por intentarlo, y él por saber que lo he intentado, que le quiero.

Oigo que alguien llama suavemente a la puerta. Me asusto, me seco los ojos y Angel asoma la cabeza.

—Ah, estás aquí, cariño, solo quería saber si estabas bien. —Observa la habitación—. Jesús, ¿has estado en ese programa de decoración de la tele? Este lugar está increíble. ¿Por qué no haces lo mismo con el mío?

—Sí, ayer me embarqué en una buena misión —contesto lo más alegremente que puedo—. Chanelle parece contenta con el cambio. Está mejor así, ¿no? —Veo su blusa llamativa—. ¿Vas a alguna parte?

—No, vuelvo ahora, cariño. Este curro tiene horarios raros. Pero me muero de hambre. ¿Te apetece salir a desayunar algo? Hay un café a la vuelta de la esquina que no está mal.

—Me encantaría —digo, sintiéndome mejor al instante.

—Vale, pues voy a cambiarme. Dame dos segundos. —Y desaparece.

Salgo de un salto de la cama y miro la ropa que tengo en mi armario: dos vaqueros, un traje para entrevistas, dos vestidos de algodón, unos pantalones de lino, una cara chaqueta gris con cinturón (destrozada), dos prendas de arriba, una falda vaquera y un jersey de punto trenzado. Ya nada me pega. Cojo unos vaqueros y una camiseta azul de cuello vuelto holgado y me siento aburrida, para nada Cat, aunque aún no sepa quién es Cat. Diez minutos más tarde vuelve a aparecer Angel. Ha cambiado la falda corta negra y la blusa de raso roja («¿será ese su uniforme?») por un vestido indio blanco y holgado, se ha recogido el pelo rubio ceniza, que justo le llega para una coleta, y se le escapan varios ricitos tiernos. Tiene un aspecto naturalmente relajado,

elegante e inocente. Su cara tiene forma de corazón, es pequeña y candorosa, imposible imaginar que trabaje en un casino. Me doy cuenta de que no sé qué aspecto tiene un crupier, aparte de los que salen en *Ocean's Eleven*, y eso no cuenta.

—Vamos, cariño —dice Angel, y la sigo sigilosamente, agradecida, por las escaleras empinadas y desgastadas, a través del porche atestado de zapatillas y abrigos, por el jardín plagado de escombros, hasta aventurarnos a luz amarillenta de la calle a primera hora de la mañana.

10

Angela se abrió paso entre las piernas de la gente, junto a taburetes tan altos como ella, alejándose del bar, hacia el escenario. Mientras avanzaba, una mano desconocida la despeinó cariñosamente, como si fuera un perro. Los clientes ya estaban acostumbrados a ver a aquella niñita rubia por allí, y ella también se había acabado acostumbrando a ellos en general. Aún detestaba el humo asfixiante y el tono adulto del local, podía intuir que aquel no era lugar para una niña, y algunos de los hombres la miraban de una forma que aún no comprendía pero sabía que no le gustaba, alguno hasta le pellizcaba el trasero a veces al pasar. A esas alturas había aprendido a pasar el tiempo, ya fuera sentada en un taburete junto al bar, secando vasos de cerveza cuando estaba su camarera preferida, Lorraine, que parecía agradecer mucho su ayuda; o jugando con el maquillaje de su mamá en el minúsculo camerino detrás del escenario, con cuidado de no dejar huellas en los pintalabios ni en el colorete para que Ruth no se enterara y se enfureciera; o a veces incluso jugando al dominó con el tío Ted, cuando lograba convencerle. Pero ya no le divertía estar en aquel sitio, estaba aburrida, y, además, luego estaba cansada en el colegio; aunque, ahora que había crecido, su madre había empezado a llevársela más a menudo a trabajar, no quería pagar una canguro, y suponía que era mejor que dejarla sola en casa.

Cuando Angela alcanzó el escenario Ruth ya había desaparecido y el pianista estaba recogiendo las partituras. Ahora llegaba más rápido por allí al camerino que atajando por detrás del bar. Levantó los brazos para trepar a las tablas, demasiado altas para ella, cuando un cliente dijo: «¿Necesitas ayuda, cielo?», la levantó sobre su cabeza y la dejó a cuatro patas sobre el escenario.

Ella se puso de pie, se arregló el vestido rojo de topos para que no se le vieran las braguitas y corrió en diagonal hacia la izquierda, lo más rápido que pudo.

—¡Hola, mami! —dijo Angela con timidez, asomando la cabeza por la cortina del camerino. Adoraba a su madre, pero nunca sabía con certeza de qué humor estaría, ni cómo la recibiría.

—¡Hola, mi ángel! —dijo Ruth, agachándose y abrazándola fuerte—. ¿Has sido una buena chica con el tío Ted? —Llevaba un ceñido vestido azul marino de lentejuelas, el pelo suelto y con mucho volumen y los ojos pintados con kohl; para Angela era la madre más guapa del mundo, y tenía la voz más maravillosa y desgarradora, que hasta la pequeña podía intuir quebrada por la tristeza y una vida vivida.

—Sí, mami. ¿Podemos ir a casa pronto? Estoy cansada.

—Lo sé, cielo, me quito el vestido, nos tomamos una copa con el tío Ted y luego nos vamos directas a casa.

—Pero quiero irme a casa ya, mami —dijo Angela.

—Preciosa, te he dicho que una copita rápida y nos vamos. Mamá tiene sed después de cantar tanto.

—Por favor, mami, quiero ir a casa. Quiero irme a la cama.

—He dicho que no, Angela —dijo Ruth—. ¿Quieres una limonada?

—¡NO! —gritó Angela, descontrolada y de repente dominada por el cansancio—. Quiero ir a casa AHORA.

—No se te ocurra hablarme así, jovencita —le advirtió Ruth—. Nos iremos a casa cuando yo lo diga.

Angela dejó de gritar y se encaramó a la única silla que había en el camerino, una silla de tocador en toda regla, con patas doradas y reposabrazos acolchados, tapizada en terciopelo rosa descolorido con una mancha en forma de riñón en el asiento. Columpió las piernas enfurruñada y se quedó en silencio: sabía que no debía discutir con su madre cuando adoptaba ese tono con ella, no quería que le acabara dando un azote.

Ruth se quitó el vestido de noche y se quedó ante el espejo con el juego de lencería de encaje azul petróleo, calzando aún sus tacones, aún sexy. Se pasó una toallita húmeda por las axilas y se echó espray desodorante bajo los brazos, sobre el estómago y en las ingles. Luego se puso unos pantalones

pirata negros y un top ajustado negro de manga casquillo. Se dejó el peinado y el maquillaje tal cual, y en esa luz y con ese aspecto parecía una Marilyn Monroe de pelo negro. Cogió la mano de Angela con fuerza pero sin brusquedad, era evidente que esta vez no estaba demasiado enfadada con ella, atravesaron el pasillo y volvieron al local lleno de humo, donde Ted las esperaba junto al bar. Ted pidió una limonada y una bolsa de patatas fritas con sabor a gambas para Angela, y para Ruth una copa, que acabó convirtiéndose en tres o cuatro, hasta que Angela por fin se quedó dormida doblada sobre un taburete, con la cabeza apoyada entre sus brazos delgaditos sobre la barra empapada de cerveza.

11

Sentada con Angel en una mesa en la esquina, me sorprende lo hambrienta que estoy, otra vez: es como si estuviera recuperando todas las calorías que me salté en Manchester. La cafetería es de una simpática pareja de griegos y el café está bueno, pero la comida es aún mejor, y devoro un plato de huevos con beicon, champiñones, judías, tomates fritos y una tostada; mi estómago me dice que aún tengo vida dentro, aunque mi corazón no quiera creerlo. Vista más de cerca Angel parece cansada, sin llegar a perder esa dulzura de fondo que pocas personas tienen, y que destaca por encima de las bolsas bajo sus ojos.

—¿Qué vas a hacer hoy, cariño? —dice Angel.

—No sé, tengo que comprar comida, si me veo capaz tal vez vaya al banco, y mañana tengo que empezar a buscar trabajo. —De repente, las tareas me parecen imposibles. Hago una pausa, tratando de relajar el tono—. Una cosa que sí tengo que hacer hoy es comprarme unas chanclas, ¿cómo demonios aguantas en ese baño?

Angel suelta una carcajada.

—Procuro ducharme en el trabajo siempre que puedo. Y de todas formas tampoco voy a quedarme demasiado aquí, cariño, solo necesitaba un sitio donde nadie pudiera encontrarme por un tiempo. Normalmente no viviría en un agujero como este, pero no queda otra.

—Ah —digo bajando la mirada.

—¿Cuál es tu excusa, cariño? —pregunta Angel. Su bondad me pica en los ojos.

—Supongo que la misma que tú. No quiero parecerte una rara, sé que nos

acabamos de conocer, pero creí que no estaría tan mal quedarme en esta espantosa casa si estabas tú.

—No te preocupes, cariño —me tranquiliza Angela—. Por ahora no me voy a marchar.

Me siento ridícula por haber creado un vínculo tan fuerte con Angel, pero a ella no parece importarle, me da la impresión de que está acostumbrada a cuidar de la gente, que le gusta, le gusta que la necesiten. En cierto modo, parece más madura de lo que yo he sido jamás, aunque debo de llevarle diez años, y he sido esposa y madre.

—Bueno, tendremos que intentar mantenernos en contacto cuando te vayas —digo sin entusiasmo.

—Lo haremos, cariño, claro. En fin, por ahora estoy aquí y eres la única con la que me apetece pasar el tiempo en la casa. —Me sonrío y hay algo travieso en sus ojos. Pone un acento americano horroroso—. No se preocupe, señora Brown, usted y yo nos lo vamos a pasar bien.

Me animo como una niña gritona a la que dan un helado, y aunque Angel ha terminado de comer, no le importa quedarse un rato, así que nos pedimos otro café y seguimos hablando de todo y nada, mientras me termino hasta la última miga de las tostadas con mantequilla que hay apiladas entre las dos.

Cuando llegamos a casa, Angel se va directamente a la cama, lleva trabajando toda la noche, y como yo no sé qué hacer me voy a la cocina, a ver si hay alguien. Aún no he averiguado quién hace qué en la casa, cuándo trabajan, si es que trabajan, quién llega a qué hora. Como no hay sala de estar, suponía que siempre habría mucha gente en la cocina, pero por ahora está bastante tranquila. Desde la tarde en que llegué no había vuelto a ver a Bev, la chica de Barnsley a la que le robaron el chocolate, pero aquí está ahora, haciendo algo delante del fregadero. Es demasiado tarde para no entrar, ya me ha oído. Vuelve la cabeza hacia mí y me sonrío.

—¡Buenos días! —dice—. Putos perros, acabo de pisar una mierda. No sé por qué la gente los tiene, al menos podían recoger su mierda, pero la gente de aquí es una puta IGNORANTE. —Me doy cuenta de que Bev tiene un zueco de madera en la mano, y lo está raspando con un cuchillo de cocina

sobre la pila de platos sucios en el fregadero. Ella me ve la cara—. Eh, no te preocupes, el líquido de lavar los platos es una puta maravilla, acaba con el noventa y nueve por ciento de los gérmenes. Lo leí en un artículo, no pasa nada.

No sé cómo responder a eso. Erica la australiana entra rompiendo el silencio. Lleva una falda color berenjena que revela su figura increíblemente menuda, una capa gruesa de maquillaje en la cara, y el pelo recogido con una de esas pinzas grandes. Aunque le sonrío, ella solo me frunce el ceño, y luego se acerca al fregadero a mirar lo que hace Bev.

—¡Por Dios, Bev! —dice Erica.

—Tranquila, Erica, luego lo limpio todo.

—Eso es ASQUEROSO —exclama Erica, y, aunque no me cae demasiado bien, estoy de acuerdo con ella.

Bev se ríe y sigue limpiando el zueco. Erica da media vuelta sobre sus zapatos de tacón fino y sale de la cocina con pisadas fuertes y dando un portazo.

—¡Buena suerte en la entrevista! —exclama Bev alegremente, y al instante murmulla—: Zorra amargada. —Normalmente esa palabra me ofendería, pero en este caso me siento identificada, casi con ganas de reírme.

Aunque dudo, Bev parece simpática.

—Bev —digo—, ¿sabes dónde puedo comprar unas chanclas por aquí? Ya sabes, de esas de goma...

—¿Cómo? ¿Crees que estás en el puto Skegness^[3], cielo? ¿También quieres un flotador? —Se ríe de su propia broma, pero me da igual, me cae bien, con sus palabrotas y su absoluta falta de respeto por las sutilezas sociales. Es refrescante—. Prueba en Nag's Head, hay mogollón de tiendas de todo a una libra, y también de zapatos, puede que encuentres algo. Y ya que vas, ¿puedes comprar bolsas de basura, de las grandotas y resistentes? Siempre nos quedamos sin. —Es la primera frase sin obscenidades que le oigo decir. Asiento dócilmente y me alejo del olor a caca de perro de la cocina.

Tal y como Bev predijo, no es fácil encontrar chanclas de plástico en

Holloway. También busco una bolsa de aseo colgable, pero la gente no parece entender a qué me refiero al preguntarles. Cuando siento que ya no puedo buscar más, no sé qué hacer: ¿qué se supone que hace alguien que está huyendo? Decido explorar, orientarme en mi nuevo barrio, quitarme las cosas de la cabeza. Dejo la calle principal y paseo lo que me parecen kilómetros más o menos en dirección a casa, a través de calles deslucidas llenas de antenas parabólicas, muros de piedra derruidos y contenedores de basura con ruedas. Algunas casas están completamente selladas con barrotes, y me parece una manera horrible de vivir, tiene que ser como estar en tu propia celda. Deambulo sin rumbo fijo, giro a la izquierda para dejar otra triste calle y de repente me encuentro en una manzana de casas bien cuidadas con un precioso jardín en el medio, me siento sobre la hierba e inclino la cabeza para sentir el sol sobre la cara; es agradable, soportable, hoy no hace tanto calor. Una madre elegantemente vestida sentada en un banco le está dando cucharadas de yogur a un bebé invisible en las profundidades de un gran carrito rojo; tiene una ancha sonrisa de alegría y la imagen no me afecta, siempre y cuando no tarde en apartar la mirada. Dos jovencitos sudorosos con pantalones de traje y camisas abiertas comen sándwiches envueltos en grueso papel encerado y beben Coca-Cola light. Me tumbo con la cabeza sobre el bolso y el cansancio es tan exquisito que creo que jamás volveré a levantarme, como si algo tirara de mí a través de la hierba hacia el centro de la tierra, hacia la tierra del olvido, hacia un sueño eterno...

Me levanto sobresaltada y sin saber qué hora es, y vuelve a entrarme pánico. ¿Qué demonios hacía dormida, especialmente llevando tanto dinero encima? ¿Cómo se puede ser tan tonta? Tendré que abrir una cuenta en el banco, no puedo seguir vagando con tanto dinero, especialmente por este barrio, así que regreso más o menos por donde vine, atravesando calles parecidas y descuidadas, junto a coches inmovilizados con el cepo de la policía y puertas de entrada arañadas; esta vez tengo miedo de que me atraquen. No veo un banco por ninguna parte y nadie me produce suficiente confianza como para preguntar, me estoy poniendo paranoica, así que camino rápido y no paro hasta que vuelvo a estar en Holloway Road. Supongo que puedo abrir algún tipo de cuenta prepago, por ahora bastará y no me costará demasiado: realmente soy Catherine Emily Brown, lo dice en mi pasaporte.

Le estoy extrañamente agradecida a mi madre por insistir en que los nombres fueran en ese orden en mi partida de nacimiento aunque todo el mundo me llamara Emily —como si no hubiera tenido suficientes preocupaciones cuando acababa de dar a luz a gemelas—. Al menos facilita los detalles prácticos.

La sucursal es pequeña y lúgubre, y espero una eternidad viendo gente ir y venir hasta que una señora enérgica con un vestido de poliéster negro sale de la parte de atrás y me lleva a un despachito deprimente donde nos separa una mesa con un soporte medio vacío de folletos encima. Es relativamente cordial, pero puedo ver que sospecha un poco de que no tenga ningún documento que acredite mi domicilio y casi dos mil libras en billetes de cincuenta en el bolso. Antes de que me lo pregunte, le cuento la patraña de que acabo de volver del extranjero, y aunque tengo la impresión de que no me cree me abre la cuenta de todas formas; en esta sucursal debe de haber visto de todo.

Me siento mucho más tranquila y sigo con mis compras al tuntún, deambulando de tienda en tienda, sin apenas ver lo que venden, ajena al resto de clientes, hasta que en una de las muchas tiendas de beneficencia que hay en la calle encuentro una copia polvorienta de la foto de unos obreros sentados sobre una grúa en Nueva York, con los pies colgando en el aire, despreocupados, como dioses. No estoy segura de que me guste demasiado la foto, da un poco de vértigo, pero solo cuesta siete libras y, al pensar en la pared rugosa sobre el extremo de mi cama, creo que quedaría bien, y la compro. Entro en el supermercado que hay a dos puertas de la tienda; está lleno de gente desangelada comprando multipacks de bolsas de patatas fritas y botellas tamaño gigante de refrescos para sus orondos hijos. Quiero gritar: «¡Cuidadles, sois afortunados por tenerlos!». Es oficial, estoy loca.

Mantengo la compostura el tiempo suficiente como para comprar unos cereales, algo de fruta, una bolsa de ensalada, chocolate (¿Estará a salvo en la casa? ¿Me atrevo?) y varios platos precocinados, aún no estoy lista para prepararme nada. Tienen platos de plástico en el supermercado, y me tientan, pero creo que parecerá algo raro usar mis propios utensilios, así que intento no pensar en Bev y sus repugnantes hábitos y decido dejarme llevar. De todas formas, probablemente tenga razón sobre el líquido lavaplatos. Es difícil

llevar toda la comida además de la foto, he comprado más de lo que planeaba. Las asas de plástico se me clavan en las muñecas y me acuerdo de Caroline. Me pregunto por un instante qué pensará cuando sepa que he desaparecido, si se alterará, pero es como si ya no me importara lo que ella sienta, me importa un bledo. Tomo asiento en la parte delantera de un autobús medio vacío mirando hacia atrás, en los asientos que se supone debes dejar a las personas discapacitadas. Los demás pasajeros parecen tristes y acalorados, como si se estuvieran fundiendo, y entonces recuerdo que no soy la única con una historia tras de sí. La señora que va sentada enfrente de mí tiene los tobillos hinchados y al moverse en el asiento me viene un olorillo a sudor fresco. Lleva una camiseta de Barry Manilow, no sabía que siguieran fabricándolas, y entonces me sorprende el haberme fijado siquiera. Tal vez sea otra señal, después de las risas con Angel y la emoción de mi frenesí interiorista, de que por fin estoy empezando a despertar, de que estoy recuperando los sentidos y reordenando los hilos de mi personalidad para poder ser Cat Brown en lugar de Emily Coleman. Me doy cuenta de que Cat ya parece diferente de esa Emily más quebradiza, ¿tal vez sea más Caroline? Me estremezco. Es demasiado extraño. Aquí estoy, la señorita Catherine Brown, sentada en un autobús en Holloway. Oficialmente vivo en Londres, eso es lo que dice el recibo del banco. Aquí estoy, aquí fuera, viva e ilocalizable.

12

Emily había prevenido a Ben acerca de su familia, así que hasta cierto punto ya estaba preparado.

—Mi madre es encantadora y adoro a mi padre —dijo—. Aunque a veces ella parece un poco distante, ya entenderás a qué me refiero. Pero me temo que Caroline puede ser un poco difícil cuando no está de humor. Aunque una vez la conoces es genial, y estoy segura de que le vas a encantar.

A Ben le resultaba curioso que Emily tuviera una gemela idéntica. De repente se imaginaba cosas como qué ocurriría si confundiera a las dos, o qué pasaría si encontrara atractiva a Caroline, o si ella le encontrara atractivo a él. Mientras aparcaban el coche, sintió un nerviosismo diferente. Sabía que estaba enamorado de Emily, incluso sabía que quería ir en serio con ella (aunque no se lo hubiera dicho todavía, era demasiado pronto), así que conocer a su familia era importante. Tenía que gustarles.

La casa tenía tejados inclinados y era moderna, de los años setenta, con revestimientos de madera lavada en blanco, cuatro dormitorios, un jardín delantero bien cuidado y un brillante BMW en el camino de entrada. Le parecía un poco común para alguien tan especial como Emily, y pensó en la casa de su familia, con el camino de gravilla crujiente y su enorme jardín delantero, y decidió que algún día vivirían en un sitio así. (Teniendo en cuenta que él era contable y Emily abogada, tarde o temprano se lo podrían permitir). Le resultaba extraño pensar de aquella forma, que solo hubiera pasado un mes desde la noche en la que se gastó una fortuna en un taxi de Manchester hasta el apartamento de Emily en Chester. Pero después del curso de paracaidismo tres meses antes, no había pasado un solo día sin que

pensara en ella. No podía creer que no hubieran coincidido nunca en el trabajo, había estado al acecho un día tras otro esperando verla. Y cuando por fin se habían encontrado había sido en la calle: él no estaba preparado y, lo que es peor, iba de camino a un curso con la pesada de su compañera Yasmin. Así que con todo el shock solo había sido capaz de decir hola; ni siquiera se había parado a preguntarle a Emily cómo estaba, si se había recuperado del trauma del salto, cualquier cosa para demostrar que le gustaba, al menos como amiga, eso hubiera sido un comienzo. Ben sonrió, recordando lo cabreado que estuvo todo aquel día en el curso, incapaz de concentrarse y pensando continuamente en por qué se habría molestado en ir, furioso consigo mismo por meter la pata.

Se le hacía tan raro verse ahora en su coche y a punto de conocer a sus padres, sabiendo que, hasta que llegó aquel e-mail de Emily, Ben daba por hecho que por mucho que lo intentara no tenía ninguna posibilidad, que era demasiado maravillosa. Cuando leyó el correo al volver medio borracho del pub, se puso a dar saltos y puñetazos al aire, como si estuviera en el estadio de Old Trafford en lugar de en una casa cercana a él. La llamó por teléfono sin siquiera percatarse de la hora que era, aunque lo habría hecho de todas formas.

Emily aparcó el coche detrás del BMW de su padre, de forma que el maletero sobresalía en la acera. Antes de que Ben tuviera tiempo de salir, la puerta de plástico blanca de la entrada se abrió y la madre de Emily saludó con la mano. Era rubia, de aspecto agradable, y su rostro había perdido la vaga amargura que tuvo durante tantos años. En su lugar, transmitía una extenuada aceptación: de su casa falta de carácter, de un marido de voluntad débil (sí, lo sabía), de la pesadilla de su hija pequeña.

—Hola, tú debes de ser Ben —dijo estrechándole la mano—. Tenía muchas ganas de conocerte. Emily no suele dejar que conozcamos a sus novios, así que estamos muy ilusionados.

—¡Mamá! —exclamó Emily avergonzada, pero era verdad.

A Emily nunca le habían interesado los chicos, esencialmente porque no podía soportar la idea de pelearse por ellos con Caroline. Era como si una vez que por fin Caroline había hecho las paces con su madre, ya no hubiera tenido tanta necesidad de competir por ella, y había trasladado el campo de

batalla a los chicos. Eso hizo que Emily perdiera todo interés en el asunto, y lo dejara todo para Caroline, prefiriendo pasar el tiempo entre sus amigas y sus libros. Además, según iba creciendo, los chicos no se acercaban a ella — era como si no emitiera las señales adecuadas—, así que había empezado a asumir que no era atractiva. Y a los pocos novios que había tenido los mantuvo bien alejados de la familia por si acaso.

Con Ben era distinto, parecía normal llevarle a comer un domingo. Al principio le dio miedo proponérselo, pensando que tal vez fuera demasiado precipitado, demasiado serio, pero entonces Ben dijo que sí inmediatamente, que le encantaría. Eso era lo que adoraba de Ben, que no tenía ningún lado oculto, solo una franqueza absoluta y un evidente entusiasmo por ella. No obstante, le resultaba extraño el hecho de que ambos aún tuvieran demasiado miedo para hablar de lo que sentían, de adónde iba lo suyo, como si vocalizarlo pudiera echarlo a perder, así que por el momento bordeaban las palabras, dejando que las miradas y los cuerpos lo expresaran en su lugar.

—¡Emily!, ¿hola? —dijo Frances—. Decía que si quieres café o té.

—Ay, perdona, mamá. Café, por favor.

—Ven y siéntate, Ben, Andrew llegará en un momentito. Está terminando de trabajar en el invernadero. Tiene ganas de conocerte.

—¿Dónde está Caroline? —dijo Emily cambiando de tema.

—Eh, ha tenido que salir, cariño, no tardará en volver.

—¿Qué tal tenerla de vuelta en casa? —Emily le guiñó un ojo a Ben.

—Pues, ya sabes, no podemos entrar en el cuarto de baño, pone altísima esa música horrible, la verdad es que es como si no se hubiera ido nunca. — Frances hizo una pausa—. Pero creo que ella se da cuenta de que es lo mejor, aunque sea por el momento. —Miró a Ben—. Supongo que Emily te habrá contado que tuvo una crisis nerviosa.

—¡Mamá! —exclamó Emily. Aunque ya se lo había contado, no entendía por qué su madre tenía que ser tan indiscreta ahora, no parecía ella. Ben bajó los ojos, avergonzado, fijó la mirada en las finas rayas grises de lechada entre las baldosas cuadradas de la cocina, y pensó que parecían demasiado limpias, demasiado pulcras, casi como de hospital.

—Perdona, cariño. Solo pensé que sería mejor que todos supiéramos cómo están las cosas, para que podamos disfrutar de una comida agradable,

nada más.

—¿Cómo está? —dijo Emily.

—Dadas las circunstancias, creo que bien. —Frances se volvió hacia Ben—. Creíamos que le iba tan bien viviendo en Londres, con un trabajo fantástico en la moda, pero nunca sabes lo que está pasando realmente dentro de algunas personas, ¿no crees?

Ben asintió nervioso, sin saber qué decir.

«¿Se ha vuelto loca de remate?», pensó Emily. Nunca había visto a su madre así, era inquietante.

—Solo creo que Ben debe saberlo todo, ya está —dijo Frances—. Si queremos disfrutar de una comida agradable. —Y entonces Emily cayó en la cuenta. Su madre estaba avisando a Ben: estaba claro que aún temía que Caroline le robara el novio a su propia hermana gemela.

Se oyó el ruido de la llave arañando la cerradura. Caroline entró cabizbaja; estaba preciosa. Se había dado reflejos ámbar en el pelo y lo llevaba más corto que Emily, con un corte *bob* asimétrico. El suyo era un estilo único, todo líneas intensas y contrastes marcados, y parecía elegante y peligrosa. Le brillaban los ojos, y Ben se imaginó dónde había estado, pero no dijo nada.

—Hola, Ems —dijo, lanzando un beso al aire—. ¿Qué tal todo? ¿Es tu novio? —Lo dijo como si tuviera dieciséis años en vez de veintiséis, y Emily sintió vergüenza.

—Hola —dijo Ben—. Encantado de conocerte. —Fue un alivio comprobar en persona que era tan distinta a Emily, que definitivamente eran dos personas diferentes, y miró a Emily para mostrarle que todo iría bien.

Caroline se quitó el blazer de forma ostentosa, descubriendo una camiseta naranja ceñida con la palabra «Hablemos» salpicada descaradamente en un azul verdoso que desentonaba sobre su escaso pecho; lanzó el blazer sobre el respaldo de una silla de la cocina y se sentó.

—Según he oído os habéis lanzado en toda regla —dijo Caroline—. Qué bonito.

Antes de que a Emily se le ocurriera una contestación, Andrew entró del jardín. Los vaqueros le quedaban mal, con la cintura alta, tenía las manos asquerosas y el pelo despeinado. Emily se dio cuenta por primera vez de que

casi lo llevaba al estilo cortinilla y sintió una cuchillada de compasión. Siempre había sido tan guapo; era un poco patético verle así.

—Hola, papá. Este es Ben —dijo. Ben tendió la mano instintivamente y cuando Andrew hizo lo propio salpicó todo el suelo blanco de trozos de tierra. Todos se rieron nerviosamente, todos salvo Caroline.

—¿Has venido a pedir permiso, no? —dijo con una mueca, y por enésima vez Emily se preguntó por qué Caroline se empeñaba en sacar de quicio a la gente.

—Esta vez no —contestó Ben, una respuesta perfecta que hizo que Emily le quisiera aún más.

Durante la comida, Ben observó que Caroline se llenaba la copa de vino antes de que Andrew ofreciera ni nadie estuviera preparado. Le sorprendió que se lo permitieran, pero ya no era una niña, así que aparte de internarla otra vez, ¿qué podían hacer? Caroline no dejaba de conmocionarle. Cuando Emily le contó que tenía una hermana gemela idéntica aquella primera noche en Chester fue todo un golpe. Le costaba creer que hubiera alguien ahí fuera que se pareciera a Emily, que sonara como Emily, que él no conocía y de la que no estaba enamorado. Era extraño.

En aquel momento se lo contó todo deprisa, mientras estaban tumbados en la cama, con los brazos y las piernas entrelazados: le explicó que Caroline y ella nunca se habían llevado bien, que a los quince años Caroline fue hospitalizada por anorexia pero aparentemente se recuperó rápido y la relación con su madre mejoró milagrosamente; que arrasó en sus exámenes y la admitieron en Central St. Martin para estudiar diseño de moda. Le contó lo orgullosos que estaban de ella cuando presentó su proyecto de fin de carrera y llenó la pasarela de modelos vestidas de exóticas arañas gigantes, llamando la atención de la prensa. Tenía novios glamurosos que hacían cola a su puerta, se alquiló un piso moderno cerca de Spitalfields, y todo el mundo creía que estaba bien. Hasta que un día su amiga Danielle buscó el teléfono de Frances en el móvil de Caroline, y la llamó rogándole que fuera —inmediatamente— porque su hija estaba convencida de que había terroristas en las paredes y arañas como puños entrando por los desagües. Frances no había visto a

Caroline desde hacía un par de meses, y quedó conmocionada al ver su estado. Lo achacó a que su hija había presenciado el horrible atentado de Soho unos años antes (y, por supuesto, no podía soportar pensar en ninguna otra razón): la bomba cogió a Caroline y su novio en medio de todo y cuando aún era muy jovencita. Había tardado en pasar factura en su cabeza, pero varios años de una vida intensa, con relaciones frágiles y su propia tendencia al melodrama acabaron juntándose para desbordarla, y Frances no supo qué otra cosa hacer más que llamar a urgencias.

Los conductores de la ambulancia estuvieron antipáticos e indiferentes, y lo único que hicieron fue recomendarle que llevara a su hija a que la examinaran («Será lo mejor, cielo»); además estaban a punto de terminar su turno así que tenían que darse prisa. Caroline solo estuvo ocho semanas en el hospital, y cuando salió parecía estar bien de nuevo, tal vez un poco apagada, pero sin duda mejor. Frances no quiso dejar que volviera a Londres, por una vez impuso su voluntad e hizo que volviera a casa (solo por un tiempo, había dicho, hasta que recuperes las fuerzas).

Ben se quedó estupefacto con la historia. El único drama que había habido en su familia fue cuando su madre metió marcha atrás y empotró el amado Rover de su padre en la pared del jardín, y, ah sí, cuando uno de sus primos dejó a su mujer después de menos de un año de casados. Pero eso era todo. A su familia no le iban los dramas.

—¿Qué ha estado haciendo en el jardín? —preguntó Ben a Andrew, tomando el último bocado de la comida dominical.

—Oh, ya sabes, desbrozar un poco, esquejar mis tomateras, regar las capuchinas, un poco de limpieza de primavera ahora que el tiempo parece haber cambiado. —Ben no entendía lo que era esquejar ni tenía idea de qué era una capuchina, y asintió educadamente, sin saber qué decir.

—¿Más patatas, Ben? —preguntó Frances.

—Sí, gracias, están riquísimas, muy crujientes.

Caroline sonrió con suficiencia.

—Toma un poco más de salsa, Ben —dijo empujando hacia él por encima del mantel y de los individuales la salsera ovalada en forma de barquito con diseño de motas marrones que hacía juego con la vajilla.

—Gracias —murmuró Ben. Los dedos de ella rozaron los suyos al

intentar coger por el asa la salsera, que estuvo a punto de volcarse.

—¿A qué te dedicas, Ben? —preguntó Andrew, aunque ya lo sabía, pues Frances se lo había dicho esa misma mañana.

—Me temo que soy contable —contestó Ben.

—¡Vaya, qué emocionante! —dijo Caroline—. Tendréis mucho de qué hablar.

Emily lanzó una mirada asesina a su hermana.

—La ternera estaba buena, mamá, ¿de dónde es?

—Eh, la compré en la carnicería del pueblo, querida, me parece mucho mejor que la que venden en los supermercados.

—Uy, estoy de acuerdo —dijo Caroline—. Me parece que un animal muerto es mucho mejor cuando es local, ¿verdad?

—Caroline —le reconvino Andrew amablemente. Nadie dijo nada. El tenedor de Ben chirrió agónicamente sobre el plato. Emily dio un sorbito a su copa de vino tinto.

—Hemos pensado en darle una vuelta al perro después de comer —dijo para romper el silencio—. Hace un día muy bonito, podríamos llevarlo al río.

—Buena idea, ¿puedo ir con vosotros? —preguntó Caroline.

—Por supuesto —contestó Ben rápidamente—. De hecho, podríamos ir todos.

—Eh, yo tengo que recoger —dijo Frances—. Y Andrew probablemente tenga que terminar en el jardín. —Dudó un instante—. Id vosotros, los jóvenes.

—Vale, pues entonces los tres solitos —dijo Caroline—. Genial.

—De hecho, ahora que lo pienso, tal vez deberíamos dejarlo para otro momento, si no os importa —replicó Ben—. Tengo que trabajar, así que probablemente debamos ir volviendo en breve. ¿Te importa, Emily?

—Claro que no, como quieras —contestó ella.

—Lástima —dijo Caroline, jugando con las verduras y empujándolas por todo el plato como si las estuviera atormentando—. Me encanta pasear los domingos por la tarde.

Ben la observó desde el otro lado de la mesa y volvió a preguntarse cómo Caroline podía parecer tan normal: sí, bastante desagradable, y bien enfilada a la borrachera, pero ni loca, ni anoréxica. Ella le pilló mirándola y levantó la

copa hacia él con una sonrisa burlona.

—Chinchín —dijo, y dio un trago largo.

13

Al abrir la verja de entrada a la casa veo que deben de haber pasado los de la basura, porque el jardín delantero está limpio. Solo quedan los contenedores y los muebles destrozados, y en ese momento recuerdo que he olvidado las bolsas de basura. Mierda, no me apetece un discursito de Bev, pero tampoco me apetece dar media vuelta con toda la compra y la foto, así que me armo de valor y entro. Se oyen risas en la cocina, carcajadas que explodian como ametralladoras que no había oído antes. Dejo las bolsas de la compra en la entrada y subo a mi habitación con la foto. La pongo sobre la cama y me gusta como queda, los tipos parecen tan campantes comiendo ahí arriba, como si estuvieran en cualquier banco del parque, y me hace desear volver a ser como ellos, y tener menos miedo a la vida. Bajo a guardar la compra y encuentro a Jerome el del automontaje en la cocina con una chica de aspecto hispano; sin duda era su risa la que escuché antes. Es todo tetas, extensiones de pelo y bisutería dorada y voluminosa, y me saluda cálida y simpática —Hola, cariño— con un acento salvaje e imposible de identificar. Se ríe de algo que acaba de decir Angel, que está sentada en el rincón con su salto de cama blanco y acolchado que le da un aspecto sonrosado y blandito. Aún tiene el pelo mojado, debe de haberse dado una ducha, y parece demasiado limpia para ese baño, para esta casa.

—Dolores, esta es la chica de la que te hablaba, la que intentó matarme con un colchón volador —dice Jerome guiñándome un ojo y provocando la risita de Angel, mientras Dolores suelta otra ráfaga de risa. El Chico Moreno Uno o Dos está a los fuegos, creo que esta vez preparando un guiso de olor agrio (o eso o está cocinando su malla de ciclismo). Suena *Let's dance*, me

encantaba esa canción, y me doy cuenta de que llevo meses sin ser consciente de la música. Hay mucha gente a mi alrededor y me siento desesperadamente tímida. Miro el reloj, son casi las seis, ¿adónde se ha ido hoy el día?

Abro la nevera, está llena de tarros y botellas y Dios sabe qué, y no parece haber sitio para toda la comida que he traído. Ni siquiera lo pensé, pero hace demasiado calor como para dejarla fuera. Intento mover cosas para hacer hueco. Al rebuscar encuentro un calabacín deshecho envuelto en papel transparente, un cuarto de lata de judías con una gruesa capa de moho verde, un salchicha suelta de edad indeterminada entre hortalizas de aspecto lamentable en el cajón de las verduras, y una loncha de jamón enrollada. Una espesa capa de grasa cubre cada una de las superficies, y hay una mancha de color vino en la pared blanca del fondo de la nevera. Es repugnante, pero me parece grosero empezar a tirar cosas, especialmente después de lo que he hecho en mi habitación, así que apilo mi comida lo mejor que puedo y cierro la nevera a presión.

—¿Qué has estado haciendo, cariño? —pregunta Angel, y le cuento mi día, tratando de que suene interesante, pero me siento tímida y cohibida entre tanta gente.

—En fin, hoy ha sido mi día de descanso, mañana tengo que empezar a buscar trabajo —digo a modo de conclusión, avergonzada de ser el centro de atención.

—¿Y qué es lo que haces, gatita? —pregunta Dolores con una sonrisa asesina.

Ya lo tengo todo pensado, hasta me hice un currículum en secreto cuando estaba en Chorlton, antes de marcharme, aunque no lo imprimí (claro, entonces aún no sabía mi dirección ni mi número de teléfono).

—Soy recepcionista —contesto—. Trabajaba en un despacho de abogados, pero ahora me apetece cambiar, me gustaría encontrar algo más emocionante.

—Dolores es recepcionista, ¿verdad, cariño? —dice Angel. Miro a Dolores con su ropa ceñida y sexy y su carácter burbujeante y alegre, y no logro recordar por qué pensé que el trabajo de recepcionista me iría bien. Seguro que tendría que ver con la facilidad de aprenderlo (seguro), no tener que pensar demasiado, no hacerme visible. No dejarme encontrar.

—Claro. Me encaanta, es el trabajo mejorcito del mundo... ¡JAJAJA!

Me pregunto hasta qué punto será buena en su trabajo, con ese acento casi indescifrable y su idiosincrásico manejo del idioma. Pero es simpática, divertida y tiene buen aspecto, y me doy cuenta de que no doy el pego como recepcionista, me falta esa clase de glamur. Mi modelito para entrevistas es formal, estilo abogado, apenas llevo maquillaje, y ya no tengo joyas, ni una sola, desde que dejé mi alianza en los aseos de la estación de Crewe.

El chico moreno se aparta de los fuegos y coge dos cuencos del escurridor; espero por su bien que Bev cumpliera su promesa y fregara bien después del incidente de antes con el zapato. Sirve cuatro olorosas cucharadas de guiso marrón-verdoso en los cuencos. Coge dos tenedores del cajón y dos vasos del armario, los llena de agua del grifo, se mete los tenedores en los bolsillos traseros de los vaqueros, con las púas hacia afuera, acomoda un cuenco sobre su brazo derecho, estilo camarero, pinza los dos vasos entre el pulgar y el índice de su mano izquierda, metiendo sus uñas largas y sucias en el agua, y finalmente coge el segundo cuenco de guiso con la mano derecha. Atraviesa la cocina con cuidado, engancha la puerta con el pie derecho y tira hacia sí para abrirla, derramando un poco de guiso, que limpia con la zapatilla. En el tiempo que tarda en hacer todo eso creo que podría haber llevado los dos cuencos y vuelto a por los vasos y los tenedores, y estoy segura de que hay alguna moraleja en todo ello, pero no sé cuál es. Acaba la última canción, un tema ruidoso que no había oído antes (o el iPod está en sesión aleatoria o es una lista de reproducción bastante ecléctica) y entonces suena *You are the sunshine of my life*, y cuando Stevie Wonder canta la segunda frase se me llenan los ojos de lágrimas y Angel lo nota, así que clavo la mirada en las manos, donde llevaba la alianza.

—¿Cómo vas a buscar trabajo, querida? —pregunta Dolores. Me recompongo y le digo que pensaba apuntarme a una agencia de trabajo temporal a ver qué sale. Dolores me dice que vaya a una que lleva su amiga, justo detrás de Shaftesbury Avenue, especializada en trabajos con empresas de medios de comunicación. Dice que pregunte por Raquel y que le diga que conozco a Dolores, y se lo agradezco, pero me pregunto si será buena idea decirlo. Se levanta de la silla, se agacha y besa a Angel en ambas mejillas, dos veces, levanta a Jerome por las solapas, dice: «Hasta luego. Tú dile a

Raquel que te manda la gran Dolores. ¡JAJAJA!», y sale bamboleándose sobre los tacones, balanceando su culo grande y sexy tras de sí. Jerome la sigue dócilmente, como un enorme cachorro con correa, y les oigo salir de casa, e imagino que se irán a casa de ella, en Enfield, dondequiera que esté.

Angel y yo nos quedamos solas en la cocina. Ella ve mi cara y sabe que mejor no entrar en terreno doloroso. Bosteza.

—¡Agh, necesito una noche libre! —dice—. Estoy hecha polvo. —Se sirve un vodka con tónica y me ofrece uno, y pienso que ojalá hubiera comprado una botella en el supermercado, no puedo seguir bebiéndome la suya. En realidad no me apetece, pero digo que sí y le ofrezco uno de mis platos precocinados y ella también acepta, así que pongo una lasaña y unos canelones en el horno y saco la bolsa de ensalada. Voy al fregadero y miro en el armario de debajo; huele a humedad, pero encuentro un poco de lejía, saco los platos y cubiertos del fregadero y la vierto directamente y restriego bien toda la superficie. Aclaro el fregadero, repito la operación, lo lleno de agua con jabón, y lavo el resto de los platos ya lavados y mal colocados en el escurrerplatos. Angel me observa como si fuera una maniática de la limpieza, así que le cuento lo de Bev y la caca de perro y las dos nos echamos a reír hasta que nos cuesta respirar el aire cálido y dulzón. Tengo las manos resacas y tirantes de la lejía, y me lamo las yemas de los dedos para humedecerlas, una costumbre asquerosa que creía haber abandonado. Me tomo otro vodka y acabo confesando mi preocupación por el modelito de mañana, y Angel me dice que vaya con ella y me lleva arriba, y aunque no puedo coger prestada su ropa (soy mucho más grande que ella), me deja un cinturón plateado, un bolso y un pañuelo negro y plateado con estampado de calaveras que transforman por completo mi vestido recto negro. Angel va a vestirse para ir a trabajar y no se me ocurre otra cosa que hacer que tumbarme sobre mi cama. Estos son los peores momentos, cuando estoy sola en mi habitación, preguntándome cómo estarán Ben y Charlie, si habré hecho lo correcto después de todo, pero ya es demasiado tarde, no puedo volver. Intento prepararme mentalmente para mañana; me quedo tumbada a media luz y arrastro a mis pensamientos del pasado hacia el futuro, a través de cables telefónicos enredados, pitidos de máquinas de fax y directorios internos que se expanden ante mí. Voy desplazando los viejos recuerdos entre sinsentidos

de centralita, hasta que por fin llega el sueño.

Emily supo más tarde que la casa había sido construida en 1877 para la amante de un caballero, el gran amor de su vida. Cuenta la historia que a ella le encantaban las vistas desde aquel lugar, así que él le dijo que lanzara una piedra hacia el mar, y construyó la casa en el lugar donde cayó la piedra, aunque fuera una locura de ingeniería. Estaba situada en lo profundo del bosque, completamente escondida a no ser que miraras desde el mar, y cuando se observaba desde entre las olas parecía estar encaramada a un acantilado, casi a la desesperada, a punto de caer. Ni siquiera parecía estar en Inglaterra; por la serenidad y amplitud de las vistas, los árboles de hoja amarilla verdosa y el mar en calma, podía ser el Mediterráneo. Ben y Emily la encontraron en aquel primer Año Nuevo cuando, queriendo escapar de comentarios maliciosos en casa de Frances y Andrew (después de todo, Caroline seguía viviendo allí), metieron las maletas en el coche de él y se fueron hacia la costa de Devon, con la idea de que acabarían en el lugar donde debían estar. Según conducían por la costa, atravesando pequeños pueblos muertos y encontrando hoteles entristecidos por el invierno, Emily empezó a ponerse nerviosa: tal vez había sido una locura no haber buscado un lugar decente con antelación, sobre todo considerando que era su primera Nochevieja juntos; no quería que resultara un desastre. Estaba a punto de sugerir que tal vez deberían ir tierra adentro y buscar un pub de campo; se llenan de gente en Nochevieja, dijo ella, sería divertido verlo en una noche como aquella. Pero entonces Ben se metió por un camino empinado y escondido entre los árboles, alejándose en zigzag del mar, y al tomar la última curva vieron un cartel antiguo: Shutters Lodge, Alojamiento, Cenas.

—¿Probamos aquí? —preguntó. Emily asintió algo dubitativa, y él giró el coche hacia la verja y entró por el camino de entrada, avanzaron entre los árboles durante lo que les pareció una eternidad, hasta que llegaron a un claro y vieron una inmensa casa de campo antigua: perfecta, etérea, como si hubiera aparecido allí por arte de magia. Ben aparcó y salieron del coche. No había nadie. No estaba claro por dónde se entraba, ni siquiera parecía un hotel, tal vez el cartel que vieron en la carretera fuera viejo. El aire era punzante y helador y Emily se envolvió en su cárdigan. Eran las cuatro, y el cielo estaba claro y hambriento, devorando la última luz invernal. Caminaron hacia el extremo de la casa, y entraron en un soportal de piedra, sintiéndose unos intrusos. No había timbre, así que, tras dar varios golpes a la puerta sin ninguna respuesta, Emily giró la arandela de bronce sobre el inmenso portón de madera de roble. Se abrió con un crujido y una ráfaga de aire cálido salió a su encuentro.

—¿Hola? —dijo Emily. Cuando estaban a punto de dar media vuelta, oyeron pasos y de repente apareció de la nada un mayordomo a la antigua usanza que les condujo hacia el calor como si les estuviera esperando y les sirvió una taza de té con tarta de frutas junto al fuego en el gran salón. Así es como encontraron el lugar donde un día se casarían.

Salvo por un detalle, aquella fue la mejor Nochevieja que jamás había vivido Emily. Siempre había odiado la alegría forzada de la ocasión, y hacía tiempo que ya no iba al pub del pueblo con sus amigas del colegio, porque allí la gente pensaba que podía meterte la lengua hasta la campanilla solo por el hecho de que fuera Nochevieja. El año anterior lo había pasado en su apartamento con su compañera del trabajo Maria y otras dos chicas; habían preparado todo un banquete y se habían visto el programa de Jools Holland y *Memorias de África*, que era lo que ponían en la tele. Para Emily aquello había sido perfecto: sin los problemas para volver a casa, sin gamberradas, y sin Caroline rondándola borracha y odiosa. Tampoco se sintió obligada a invitarla: a Caroline nunca se le pasaría por la cabeza un plan tan aburrido, y de todas formas había salido por Londres.

Emily y Ben cenaron en el hotel, y la comida fue elegante aunque de un

modo un tanto forzado, como de segunda clase, con zanahorias cortadas de forma extraña y chorretes de vinagre balsámico decorando un cordero demasiado hecho. Pero poco importaba, el restaurante tenía las paredes revestidas de madera y era encantador, y el vino estaba bueno. Ben y ella charlaron y charlaron, parecía como si no pudieran agotar el tema de conversación, entre recordar anécdotas de la infancia y reírse de cómo se conocieron, era como si nunca se cansaran de recordarlo. A Emily le encantaba sentir que Ben era la primera persona con la que se veía capaz de hablar de su familia, porque sabía que él no la juzgaba, ni a ellos tampoco. Comprendía ahora que antes de conocerle se había pasado la vida sola, aunque no se hubiera dado cuenta. Y era una locura, ahora que lo pensaba, porque se supone que las gemelas nunca deben sentirse solas.

—... Y justo cuando estaba llegando —explicaba Emily—, Caroline cerró de golpe la puerta de cristal y la atravesé con la cabeza, como si fuera de papel, como en el final de *Grand Prix* o algo así. Y entonces mi padre empezó a perseguirla alrededor de la mesa del comedor, y no lograba alcanzarla, y mi madre se puso a chillar como una loca, y yo mientras tanto desangrándome en silencio. —Se echó a reír, y Ben con ella, y aunque ya le había preguntado acerca de la cicatriz que tenía en la rodilla, no le había contado la verdad, y tampoco sabía por qué. En fin, ni que Caroline hubiera querido matarla...

—Creo que me alegro de ser hijo único —dijo Ben—. Lo peor que me pasó a esa edad fue cuando tuve que cantar en una reunión en el colegio y se me cayó la baba. Nunca me recuperé de aquella humillación.

Emily se quedó mirándole, pensando otra vez en lo distinto que debió de ser para él crecer, con unos padres mayores y cariñosos colmándole de amor, y sin nadie que le atormentara.

—¿No se te hacía raro no tener hermanos? —preguntó ella—. Creo que, si hubiera sido hija única, tendría que haber visto *EastEnders*^[4], porque mi vida habría sido muy aburrida sin Caroline.

—La verdad es que no. Mis primos vivían en la misma calle, así que pasaba mucho tiempo con ellos, y además tenía a mi perro. —Hizo una pausa—. Pero es curioso, porque nunca me he sentido tan completo como desde que te conozco. No me refiero a nada raro, como si fueras mi hermana ni

nada por el estilo —se hicieron una mueca burlona—, pero desde el instante en que nos conocimos sentí como si ya te conociera, aunque al principio no fueras precisamente simpática...

—Lo siento —dijo ella—, me aterraba tanto la idea de saltar de aquel avión... No sé en qué estaría pensando cuando accedí a hacerlo, odio volar y odio las alturas. Dave debió de pillarme en un momento de debilidad. Jamás debí hacerlo.

—Claro que sí —replicó Ben, y ella le sonrió—. No sé cómo, pero hiciste que fuera consciente de mí mismo como nadie lo ha hecho. —Entornó los ojos—. Especialmente consciente de ese grano en el cuello.

Emily soltó una carcajada.

—Lo siento, pero no había manera de evitarlo desde mi sitio. Creí que iba a estallar en mi cara.

—Ojalá lo hubiera hecho, pedazo de bruja —dijo él, estrechando su mano sobre la mesa.

—¿Ha terminado, señora? —dijo el camarero, que, aunque estaba elegante con aquel chaleco, parecía demasiado frágil y anciano para seguir con vida, y menos aún para estar trabajando. No parecía haber ningún joven, el lugar parecía sacado de otro tiempo. Al recoger los platos le temblaban las manos y Emily y Ben se sonrieron con ternura, y sin motivo aparente a Emily se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Salgamos a dar un paseo más tarde —dijo Ben con urgencia—. Hace una noche preciosa.

—Está muy oscuro, nos mataremos ahí fuera —dijo Emily.

—No, qué va, hay una luna llena inmensa. Vamos a los acantilados a medianoche. Estará bien.

Emily miró a su novio envuelto en la cálida aureola navideña y se preguntó cómo pudo pensar en algún momento que era un tío raro. Era maravilloso. Le encantaba su pasión, su entusiasmo por la vida, la profundidad de sus ojos, leales como los de un perro, y en ese instante lo supo, en aquel hotel de Devon, simplemente supo que nunca le dejaría marchar, nunca.

Iban bien abrigados: Emily se había puesto todas las prendas que traía consigo bajo el abrigo, afuera hacía un frío helador. Tuvieron que rogarle al mayordomo que les diera una llave, porque a aquellas horas de la noche la puerta ya estaba cerrada, y, aunque era evidente que pensó que estaban locos, acabó dándoles una llave grande y de aspecto antiguo, como la de una cárcel, y al correr por el camino de entrada, medio borrachos y con tres cuartos de botella de vino tinto metida en el abrigo de Ben, se sintieron como dos gamberros huyendo de un internado. Ben tenía razón: la luna estaba increíble, como si Dios mismo la hubiera recortado con sus tijeras creando un círculo de luminiscencia solo para ellos. Se acercaron al acantilado donde apenas soplaba el viento, el agua estaba en calma abajo, y parecía como si la tierra fuera la que se movía en lugar del mar: iba y venía suavemente, como si dormitara.

—Venga, vamos a acercarnos un poco más —dijo Ben.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —Emily estaba nerviosa y, aunque tenía vértigo, no era solo eso, era otra cosa, algo que había olvidado hacía mucho.

—Claro que no, siempre que no nos acerquemos demasiado al borde. No te preocupes, yo te cuido.

Emily se quedó en lugar seguro, lejos de donde terminaba la hierba y empezaba el aire, y al contemplar la vasta extensión de mar de plata iluminado, su cabeza se llenó de una sucesión de escenas confusas, desordenadas. *Emily llorando; Andrew gritando; Caroline saltando a su lado, cogiéndole la mano; almenas de castillo; Frances pálida y muda como una piedra; helado, había helado en alguna parte; una pelea, Emily peleándose con su hermana, como si peleara por su vida; un baño caliente.*

—¿Qué pasa, Emily? —dijo Ben al oír que su respiración cambiaba aunque no dijera nada ni se moviera un ápice. Sus palabras la sacaron del pasado, y retrocedió corriendo casi tres metros, alejándose del precipicio, se tumbó sobre la hierba y se quedó allí resoplando, hasta que se le pasó el mareo.

—No me extraña que me entrara pánico cuando el instructor me empujó

del avión —dijo finalmente intentando reírse, pero solo le salía llorar, y entonces Ben la abrazó y entre sollozos ella le contó lo que había recordado, y él se preguntó si era posible quererla más, o despreciar más a Caroline, y cómo Emily podía haber salido tan dulce y normal, teniendo una hermana gemela tan mala.

Desperto llorando, parece que los sueños me persiguen. Por ahora me quedaré en la cama, es demasiado temprano para levantarme. Encuentro mi viejo periódico bajo la cama, el que compré en Crewe, y me sumerjo en un sudoku, esta vez el difícil, y consigo terminarlo y me siento vagamente satisfecha conmigo misma, como si hubiera logrado algo. Me obligo a bajar a la cocina para desayunar, luego me ducho y me pongo mi modelito tuneado, sintiéndome aún incómoda, aún no me queda bien: quizá no lo suficientemente Cat, signifique eso lo que signifique. Cuando por fin salgo de casa el ambiente es sofocante, pero como siempre me siento mejor al estar fuera. El anonimato de este sitio es un tremendo alivio, el no tener que preocuparme por que alguien me señale, que alguien murmure a mis espaldas. Angel me ha dicho que coja el metro a Covent Garden, de allí es un paseo de diez minutos hasta Shaftesbury Avenue, y así me ahorro cambiar de línea. Me ha dejado un callejero de bolsillo para que me sienta más segura hoy, y sepa adónde voy.

El metro es asqueroso: huele a sudor, sudor fresco de oficinistas recalentados, sudor rancio de gente que probablemente tenga que soportar baños como el mío y por eso lleva tiempo sin ducharse, y sudor profundo y perenne que ha ido calando los asientos durante días y meses y años, y ahora vuelve a emerger con la extraordinaria ola de calor. Este último es el que más me asquea, así que aunque hay asientos libres me quedo de pie, me agarro a la barra vertical amarilla, poniendo la mano justo encima de otra negra y bien cuidada y con las uñas pintadas con mariposas. La propietaria de la mano parece nerviosa (tal vez llegue tarde al trabajo); mueve y repiquetea las

mariposas, mira su reloj en la otra muñeca, y da golpecitos en el suelo con su pie derecho y elegantemente calzado, como si quisiera hacer que el tren avanzara más rápido por el profundo agujero negro.

Busco un cibercafé para actualizar mi currículum. Tengo que añadir mi nueva dirección, mi número de móvil nuevo, y acortar mi nombre. Me resulta frustrante no tener acceso a internet, y me arrepiento de haber insistido en llevarme el móvil más barato de la tienda, debería haber hecho caso a ese dependiente encantador y no ser una clienta tan horrible. El no tener acceso a Google me parece como otra pérdida, otra ausencia, y pienso que, si por fin logro encontrar un trabajo rápido, tendré que gastarme el dinero en un ordenador portátil o algún móvil sofisticado con internet. «Si pudiera preguntarle a Ben, él seguro que sabría cuál es el que más me conviene». Me paro los pies. No puedo preguntárselo.

No encuentro ningún cibercafé, creía que sería fácil, así que intento preguntar a varias personas, pero nadie sabe dónde hay uno, la mayoría no los necesita, tienen sus propias casas y oficinas conectadas para relacionarse con el mundo. Acabo dándome por vencida y deambulo por calles al azar, buscando sin convicción, sin rumbo, mientras las lágrimas vuelven a acechar, hasta que veo a unas chicas con el pelo enredado y de aspecto sucio, aretes en la nariz, falditas cortas con volantes sobre leggings y zapatillas Converse, y aunque apenas tengo fuerzas les pregunto, y no hablan inglés demasiado bien pero saben dónde hay un cibercafé, y me mandan de vuelta hacia Leicester Square.

Me siento ante una de las pantallas en la parte de atrás de una sala funcional llena de ordenadores y gente robótica, y me pregunto qué vida vivirán en el ciberespacio y lo diferente que será de su realidad de carne y hueso. ¿Cómo ha podido acelerarse tanto la historia para crear todo esto en los últimos diez años, qué ha sido de la interacción humana, qué impacto tendrá en el futuro? ¿Y por qué me lo pregunto siquiera? Nunca me han gustado los cibercafés: para empezar su mismo nombre ya es poco adecuado, porque no se vislumbra

intención alguna de crear un ambiente agradable, ni hay nadie que me sirva café, y en este local en concreto me siento como si estuviera en una especie de película de ciencia ficción apocalíptica. De repente se oye un ruido sordo sobre el murmullo de las CPU y el claqueteo de las teclas, y me asusto, pero es solo alguien comprando una Coca-Cola Zero de la máquina expendedora del rincón.

Mi currículum está adjunto al único e-mail que he recibido en mi nueva cuenta de Hotmail (aparte de los correos basura), la que creé para Catherine Brown cuando aún era Emily. Una noche me quedé hasta tarde para hacerlo, y le dije a Ben que quería escribir un par de cartas, una de las muchas mentiras que le conté en las últimas semanas antes de marcharme. (Y pensar que *antes* éramos siempre tan abiertos, y podíamos contarnos cualquier cosa). Mandé el currículum adjunto en un mensaje de mi antigua yo a la nueva, y luego borré el archivo de Word y el mensaje enviado, vacié la papelera de reciclaje y borré el historial. Un par de clics de ratón, así de fácil fue borrar mis huellas. Me odié por ello.

Me meto en una agencia importante de trabajo temporal y encuentro una sucursal en Holborn, por si no sale nada con la amiga de Dolores: aunque no me fío en absoluto del contacto, creo que debería darle una oportunidad, puesto que Dolores ha insistido tanto y quiere ayudarme. Termino de actualizar mi currículum y doy a Guardar, y vuelvo a enviármelo a mí misma para tenerlo. Le doy a Imprimir y saco diez copias. Me cuesta una fortuna pero así al menos no tendré que entrar en uno de estos sitios por un tiempo, espero que nunca más. Veo cómo la impresora succiona el immaculado papel blanco y sale cubierto de mentiras perfectamente formateadas, y pago al chico del mostrador que apesta a maría y ni siquiera me mira al darme el cambio.

Mi callejero me lleva por Charing Cross Road y luego a la izquierda por una calle estrecha que huele a comida china y a aire viciado por los climatizadores. Ya casi es mediodía y tengo hambre, parece como si ahora estuviera siempre hambrienta, pero decido seguir y quitarme esto de encima mientras me siento con valor para ello. Llego al número de la calle que buscaba y la puerta es de metal sólido, con varios timbres a la derecha. El del medio dice Mendoza Media Recruitment, debe de ser este, así que llamo y

espero.

Me doy cuenta de que estoy temblando. He abandonado a mi familia. Mi currículum es totalmente inventado. Me he cambiado el nombre, la profesión, los lugares donde he trabajado. Ni siquiera sé cómo se opera una centralita.

—Sube —dice una voz con fuerte acento, suena el timbre y empuja la puerta, que es pesada. Me encuentro en un vestíbulo destartalado: a la izquierda hay una puerta con un cartel deslavazado y pelado que dice Smile Telemarketing, y delante de mí unas escaleras pintadas de gris que parecen la única opción posible. Al llegar al siguiente rellano me espera una chica de pelo oscuro.

—¿Vienes a MMR? —me dice, y aunque la abreviatura suena extraña y me produce una pequeña puñalada de dolor, asiento con la cabeza—. ¿Tienes cita?

—Eh, no, me envía una amiga, me ha dicho que pregunte por Raquel.

—Vale, ¿quién le digo que eres? —pregunta la chica. Está un poco gordita y lleva una falda y una blusa demasiado ajustadas, pero tiene una cara bonita y me da la impresión de que es más joven de lo que parece.

—Cat Brown —digo con confianza—. Me manda Dolores.

—¿Dolores qué más? —dice. No sé cómo se apellida; la chica levanta las cejas, ligeramente, pero me doy cuenta, y tiene razón, soy idiota. Me hace entrar en una pequeña salita de recepción con un sofá gris que en su día parecería moderno y una mesa baja de cristal con un helecho medio muerto en el centro. El sitio no me da la impresión de ser muy mediático precisamente, aunque tampoco es que yo sepa mucho, pero ella me hace un gesto para que me siente así que obedezco, mientras desaparece por una puerta detrás de mí.

Han pasado veinte minutos, y ya estoy a punto de irme. La chica no ha vuelto, Raquel no ha aparecido, y aquí estoy, hambrienta, nerviosa, pensando que todo esto ha sido una pérdida de tiempo. Cuando voy a levantarme oigo el timbre de abajo seguido de fuertes pisadas en las escaleras y finalmente aparece una mujer inmensa resoplando en el rellano. Lleva un caftán, su piel reluce en un tono anaranjado, probablemente de tantos peelings y rayos uva, tiene el pelo largo y de un rubio platino que no va bien con el color de su piel. Me invita a entrar en su despacho y sobre el escritorio tiene una foto grande

enmarcada de sí misma mucho más joven, una de esas fotos de estudio, parece delgada y guapa; me siento enfrente de ella y lamento que haya perdido su aspecto juvenil, y yo mi empatía. Intento dejar de pensar que me recuerda a un teleñeco, y le entrego mi currículum.

—Así que conoces a Dolores. —Habla con un vago acento y creo que es de Oriente Medio, tal vez israelí.

—Vivo en una casa compartida con su novio —contesto—. Acabo de mudarme a Londres, estoy buscando trabajo de recepcionista.

Me pregunta qué es lo que más me gusta del trabajo de recepcionista, cómo manejo a clientes difíciles, qué hago cuando tengo cinco llamadas en espera, ese tipo de cosas. Trato de olvidar que estoy mintiendo, que me parece mucho más difícil que el derecho empresarial, y contesto lo mejor que puedo. Baraja unos papeles sobre la mesa, y me dice que por el momento no tiene nada, pero que me incluirá en sus archivos. Cuando voy a levantarme, medio decepcionada, medio aliviada, suena su teléfono, escucha y frunce el ceño, levanta un dedo con la uña pintada de rosa indicándome que me quede, y dice a su interlocutor que le llamará más tarde.

—¿Puedes trabajar mañana?

Me invade el pánico.

—Sí.

—Acaba de entrar un trabajo temporal, un par de semanas, una agencia de publicidad en Soho. —Me mira con reservas, y observa mi pañuelo de calaveras—. Supongo que les valdrás. ¿Tienes referencias?

Tengo dos cartas de recomendación impresas, las dos de firmas importantes de Manchester en las que nunca he trabajado. Doy por hecho que Raquel no las comprobará, y le ofrezco la mejor sonrisa que puedo permitirme.

Raquel hace una llamada.

—Hola, Miranda, sí, tengo alguien para mañana... Sí, se llama Cat Brown. Eso es. Cat como el animal. ¿8.45? Genial... Allí estará. Adiós, adiós.

Me da los datos de Carrington Swift Gordon Hughes, una agencia de publicidad puntera, en Wardour Street, Soho, y salgo de su oficina en estado de shock, impactada por lo fácil que parece estar siendo todo esto, al menos

en la práctica.

16

Cuando por fin empezó la relación con Ben, a Emily le costó concentrarse en el trabajo. Invadía su pensamiento en momentos inoportunos, haciéndola sonreír como una tonta o que su cabeza divagara por completo en medio de reuniones importantes en las que debía concentrarse. Sentía como si la hubieran reanimado de un puñetazo. Como si todo lo vivido hasta aquel momento hubiera ocurrido a través de un velo, como si todo hubiera estado algo desenfocado. Ben hacía que la vida fuera deslumbrante y nítida para ella, y convertía el día a día de ser abogado en un inconveniente, una distracción. Al final le había tenido que prohibir que le escribiera mensajes de texto durante el trabajo, porque su concentración podía esfumarse por completo entre escribir una respuesta ingeniosa y esperar la contestación, para luego volver a responderle unos minutos después, y tal vez esperar otros tres minutos a que llegara el mensaje de él mientras el estómago le hacía piruetas de la emoción. Casi nunca quedaban para comer (Emily tampoco quería hacerlo demasiado público), pero le escribía mientras bajaba a la cafetería, y él siempre se pasaba para cruzar unas palabras y regalarle una de sus tímidas sonrisas, y con eso podía sobrevivir el resto de la tarde. Claro, al final se acababa tranquilizando y volvía a centrarse, pero nunca volvió a tener la pasión que tanto le había costado sentir por su trabajo.

Meses más tarde, Ben y Emily estaban tomando un café asqueroso (especialidad de la casa) en la cafetería, un lunes por la mañana temprano. Ambos estaban cansados, habían hecho dos de las cimas más altas del

Distrito de los Picos en un mismo fin de semana, y apenas habían dormido entre uno y otro, porque llovió y la tienda hacía aguas, aparte de que estaban demasiado eufóricos. Se sentaron juntos cómodamente en una mesa cerca de la puerta, a la vista de todo el que pudiera estar interesado; ya hacía tiempo que habían dejado de fingir que no eran una pareja, y por suerte la gente había dejado de hacer bromas con el tema, diciendo que no debían lanzarse al vacío sin más, que qué suerte haber caído en los brazos del otro, ja ja, bostezo bostezo. Ahora la gente simplemente les aceptaba como pareja, incluso les llamaban Bemily, y a ellos les daba igual, en ese momento eran demasiado felices como para que les importara nada más.

Pero aquel día ella estaba otra vez incómoda, y a pesar de que tenía la taza cogida entre ambas manos como siempre, reposando la barbilla sobre su borde y con los codos apoyados en la mesa de melamina, esa mañana se guardaba de que la mano izquierda quedara bien escondida.

—Venga, presume de ella —susurró Ben—. Hazlo y quítatelo de encima de una vez.

Bajó la mirada hacia su brillante regazo, no pudo evitar que el corazón se le desbocara otra vez, y la sangre galopara alrededor de sus pulmones, pasando junto a los riñones y por encima de su intestino grueso. Pero entonces recordó que aún no se lo había contado ni a su propia hermana, tal vez debería esperar a hacerlo para decírselo a alguien más. Levantó los ojos. Ben seguía mirándola expectante, y no quería que pensara que estaba reticente: al fin y al cabo, también podía llamar a Caroline en unos días.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? —dijo finalmente—. Es completamente machista. No te pertenezco ni nada parecido. No me has ganado en ninguna rifa.

—¡Bueno, Pequeña Miss Susceptible! —dijo Ben—. Vale, pues dámelo a mí. —Entonces ella se quitó el anillo e hizo como si se lo tirara, y él lo cogió con un gesto ágil, cuando estaba a punto de caerle en el café, y se lo puso en el dedo meñique de la mano izquierda; le quedaba tan pequeño que probablemente le costaría quitárselo después. Se levantó y fue pavoneándose hacia la barra del desayuno, moviendo las manos en el aire como uno de esos actores de comedia que parodian a las mujeres de la alta sociedad; ahora era mucho menos reservado que antes.

—¡Siéntate, pedazo de idiota! —dijo ella siseando y bromeando a medias, pero ya era demasiado tarde, porque un par de compañeras estaban sirviéndose el desayuno y una de ellas soltó un gritito y dijo: «¿Es lo que creo que es?», y entonces lo oyó el jefe de Emily, que estaba delante de la tostadora, y antes de darse cuenta ya había un grupo de gente rodeándoles, lanzando exclamaciones al ver el anillo, dándoles la enhorabuena, abrazándoles, y aunque a Emily no le solía gustar ser el centro de atención, en aquella ocasión no le importó.

En mi primer día de trabajo vuelvo a ponerme el vestido negro; no tengo otra cosa apropiada para una agencia de publicidad, y Angel me deja volver a cogerle los accesorios. De hecho me dice que puedo quedármelos, pero le contesto que no diga tonterías. Me levanto temprano, pero aun así tengo que esperar para utilizar el baño, Erica se me ha adelantado. Cuando por fin sale, el baño está lleno de vapor y apesta a sulfuro y a enjuague bucal, y me pregunto si será tan venenosa por dentro como aparenta por fuera. Intento sonreír, pero ella me mira frunciendo el ceño y pasa rápidamente por mi lado, envuelta en una toalla corta y descolorida que deja al descubierto sus piernecitas perfectas.

Aún no he podido comprarme unas chanclas, pero ya me voy acostumbrando al protocolo en el baño: tratar de no tocar ninguna superficie, evitar rozar la cortina de baño mohosa con ninguna parte del cuerpo, y una vez duchada mantenerme a la pata coja mientras me lavo la planta de un pie con la alcachofa de la ducha y secarlo con la toalla que he dejado colgada sobre la barra para que no toque ninguna superficie, meter el pie seco en la pantufla, lavarme el otro pie, con una pierna dentro de la ducha y otra fuera, secarlo y calzarme la otra pantufla. Estoy segura de que acabaré acostumbrándome, de que dejaré de ser tan exigente, pero por ahora es la única manera de aguantarlo.

Brad y Erica están en la cocina, y él es simpático pero ella no. ¿Por qué estará un tío tan majo con alguien como ella? Intento que no me moleste, debería estar acostumbrada después de haber crecido con Caroline, y me siento a la mesa en silencio con un cuenco de muesli y una taza de té fuerte y

dulce como el que me hacía mi madre.

Salgo antes de la hora, no quiero llegar tarde; es la misma línea hasta Oxford Circus y solo tardo media hora. Camino por Oxford Street, giro a la derecha en la calle Wardour y encuentro la oficina a cien metros, en la misma acera. Son las 8.25. Llego temprano. Miro a través de las ventanas y veo muebles con forma de órganos internos y un sofisticado cartel sobre una puerta doble, y entonces miro mi deprimente vestido y mis aburridas bailarinas y me doy cuenta de que no voy vestida para la ocasión. Es viernes, el quinto día de mi primera semana en Londres, y aquí estoy, parada ante este flamante tributo al ego de cuatro personas, y solo quiero dar media vuelta y echar a correr. Pero ¿hacia dónde? Tal vez debería haberme ido a la costa, antes me encantaba. *Tranquilízate. Ya has huido, no puedes volver a hacerlo. Esto es lo que hay.* Aparto a la fuerza el recuerdo de tiempos mejores, me aliso el vestido y me pongo bien el pañuelo, y me quedo merodeando junto a la puerta unos minutos, hasta que llega la hora de entrar.

Caroline le colocó el velo por última vez, ambas se miraron en el espejo y vieron a dos chicas muy distintas contemplándolas. La novia tenía el rostro limpio y natural, con una melena de color rubio oscuro recogida en un moño alto sobre su largo cuello. Llevaba una chaqueta de satén blanco con mangas ajustadas y pequeños botones en la parte delantera. Se complementaba con una falda plisada con vuelo a la altura de las rodillas y zapatos de tacón estilo años cuarenta. Un velo corto remataba el modelo, y a Caroline le parecía que nunca había visto a su hermana tan elegante. Al principio a Emily le preocupó que su hermana le diseñara el vestido, no estaba segura de poder confiar en ella, pero Caroline tenía tantas ganas que le pareció feo decirle que no —al fin y al cabo era diseñadora—; además, tal vez se lo tomara a mal y se alterara. Pero no tenía por qué haberse preocupado: estaba encantada con el resultado.

Caroline iba de rosa fuerte, atrevidamente corta, y llevaba el pelo de un tono caoba intenso que desentonaba con el vestido, con un corte *bob* geométrico y flequillo frondoso, igual que cuando tenía tres años. E iba demasiado maquillada. Nadie habría dicho que eran hermanas.

Frances entró en la habitación y vio a sus dos hijas juntas, y al notar lo felices que ambas parecían, tal y como debían ser unas gemelas, pensó que quizá ahora pudieran ser por fin una familia como Dios manda. Hasta Andrew parecía un poco más accesible últimamente, un poco menos distante. Aunque fuera raro pensarlo, puede que la estancia de Caroline en el hospital les hubiera hecho bien a todos, de un modo u otro. Los médicos habían realizado un trabajo excelente devolviéndola a la estabilidad, y luego la

insistencia de la propia Frances en que su hija volviera a casa con ellos durante un tiempo había resultado ser un éxito sorprendente. Después del shock inicial por la música ensordecedora, su acaparamiento del baño y su carácter difícil habitual, la experiencia había sido catártica para todos. Por primera vez, estaban solamente Frances, Andrew y Caroline. Emily se había ido a su apartamento en la otra punta de Chester, y Caroline ya no sentía que estuviera compitiendo con su hermana gemela, al menos no a diario, y eso le había venido bien. Llevaba ya más de un año en casa de sus padres (ninguno de ellos pensó que fuera a durar tanto) y Frances pensaba que se había ablandado un poco, que por fin había aprendido a ser más amable con la gente. Había encontrado un trabajo en una casa de modas en Manchester y parecía que le iba bien; Frances estaba muy ilusionada por ella. Incluso daba la impresión de que odiaba un poquito menos a Emily, y hoy había hecho que estuviera preciosa. Frances notó que de repente los ojos se le llenaban de lágrimas y tuvo que recobrar la compostura para no fastidiarse el maquillaje.

Una hora antes de la ceremonia, Ben se estaba arreglando en la habitación del padrino, que se encontraba en la parte trasera del hotel y era una de las pocas que no tenía impresionantes vistas al mar. Le sorprendía agradablemente que todo estuviera yendo tan bien (la cena de anoche había sido perfecta y sin un solo amago de mal comportamiento), pero algo le tenía inquieto, había aprendido a no contar con que los eventos de la familia Brown transcurriesen sin incidentes. Aún encontraba quisquillosa a Caroline, tenía la rara habilidad de poner a la gente tan nerviosa por sus propios comentarios que acababan diciendo estupideces de las que ella disfrutaba burlándose. Ahora bien, era indudable que había mejorado, y no había dicho o hecho nada concreto relacionado con la boda que pudiera molestar a nadie. Hasta había diseñado el traje de boda de Emily, lo cual le inquietaba un poco, pero Emily parecía contenta, así que no se iba a preocupar. Ben no sabía por qué estaba tan nervioso. Se suponía que tenía que ser el día más feliz de su vida, se iban a casar en el hotel más romántico del mundo, en un emplazamiento embriagador con una historia increíble, y sabía que Emily era la chica perfecta para él.

Sonó un golpe en la puerta. Bien, debe de ser Jack con el chaleco, pensó. Terminó de anudarse la corbata y abrió la puerta mientras se metía la camisa por dentro de los pantalones.

—Ah. Hola —dijo Ben. Había algo en Caroline que siempre le inquietaba, y al verla ahora arreglada de forma provocativa y apoyada en la jamba de la puerta tuvo que apartar rápidamente la mirada de sus deslumbrantes ojos azules hacia sus labios rosa intenso, y de ahí recorrió su vestido de seda y sus piernas desnudas, hasta llegar al suelo.

—Aquí tienes, pequeño Benny —dijo Caroline entregándole el chaleco magenta que había diseñado para él—. Perdona que llegue tan tarde, he estado haciendo retoques de última hora. —A Ben no le gustaba demasiado el chaleco, pero no le importaba llevarlo por Emily, siempre que ella pensara que le quedaba bien. A regañadientes dejó que Caroline le ayudara a ponérselo, y luego ella insistió en abrocharle los botoncitos, diciendo que tenía los dedos demasiado grandes y que dejaría marca en la seda. Pareció tardar una eternidad, y cuando por fin terminó le miró lentamente de arriba abajo, como si estuviera desnudo—. Vaya, arreglado no resultas nada mal —comentó—. Está claro que a mi querida hermana gemela le ha tocado la lotería. —Ben intentó apartarse, ruborizado, pero ella se inclinó hacia él y le susurró—: Buena suerte, Ben, espero que Emily y tú seáis muy felices juntos. —Y antes de que pudiera detenerla le besó en los labios, muy suavemente, y por un nanosegundo Ben sintió que su cuerpo respondía, pero entonces se apartó, murmuró un gracias y cerró la puerta.

Se puso los zapatos nuevos y le hacían un poco de daño, y tenía las mejillas ardiendo, pero estaba listo. Su padrino, Jack, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estás preparado, tío? Oye, tienes muy mala cara, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, supongo que son los nervios de última hora.

—Bueno, todo va bien. El secretario del registro civil está aquí, acabo de ver a Frances y a Andrew, y ya están vestidos, y la gente está empezando a llegar. Le he dado la música al hotel y funciona. Todo va a ir bien.

—Eso espero —dijo Ben.

—Oye, no te lo estarás pensando, ¿no? Hay que conseguirte una copa.

—No, no. No es eso. Estoy seguro de Emily, de lo que no estoy tan

seguro es de su familia.

—Pues da las gracias por que no sea al contrario —dijo Jack, y soltó una carcajada—. Venga, que no hay nada que no se resuelva con una cerveza. — Y con eso cogió a Ben por el brazo y los dos se dirigieron juntos al bar.

Andrew se fijó en Danielle nada más llegar la noche anterior. Caroline se había estado quejando una y otra vez de que no tenía novio que llevar a la boda, de que odiaba ir sola a esas cosas, hasta que al final Emily y Ben le dijeron que invitara a una amiga. Ella y Danielle se habían hecho íntimas en Londres: fue Danielle quien llamó a Frances la noche que Caroline tuvo su «episodio», así es como lo llamaban ahora, si es que era necesario mencionarlo. Danielle seguía viviendo en Londres, pero había viajado hasta Devon especialmente para la ocasión, y ahora se alegraba de haber hecho el esfuerzo. El hotel le parecía espléndido, una extravagancia gótica con una terraza inmensa repleta de flores y unas vistas de morirse. Había un gigantesco salón que era tan fresco incluso en pleno verano que tenían varias chimeneas encendidas a ambos lados. Cada fuego estaba rodeado por tres sillones Chesterfield de crujiente cuero arrugado, y las ventanas estaban flanqueadas por pesadas cortinas de color barro que daban un aire agradable y sombrío al salón. Una imponente escalera llevaba a una galería que rodeaba todo el espacio, a la que daban las doce habitaciones del hotel. Los dormitorios en sí eran completamente distintos al salón: alegres, soleados, con paredes de color gris claro, sábanas de algodón egipcio y cojines cilíndricos, y los baños tenían sofisticados jabones y bañeras con patas de plata. Danielle adoraba el lugar, y todo el mundo se había mostrado muy simpático con ella, quizá demasiado en el caso de Andrew, pero estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento, además era bastante sexy para su edad. Era el tipo de chica que los hombres encontraban atractiva aunque las mujeres no le vieran nada, y era alegre y abierta, lo cual sabía que a veces mandaba señales equivocadas, pero así era ella, y no veía por qué tenía que cambiar.

Las tristes notas de *There is a light that never goes out* de The Smiths sonaron mientras Emily avanzaba por el pasillo improvisado entre las filas de sillas cubiertas con telas de color crema en el jardín sobre el mar. A Frances le pareció una elección algo rara como música, pero Emily y Ben eran los únicos que conocían su significado, y que sabían que había acompañado su primer abrazo vacilante, y estaban encantados. Decidieron que fuera una boda pequeña, con apenas cuarenta invitados, a la que todos los asistentes acudieran porque les querían y se alegraban por ellos; una boda en la que no hubiera comentarios sobre el vestido de la novia ni lo poco que duraría el matrimonio. Al principio Emily pensó que tal vez deberían escaparse y casarse en una playa de algún sitio, decía que no quería disgustar a Caroline, pero por una vez Ben se puso firme. Le recordó aquel increíble hotel sobre el acantilado en Devon, donde habían comentado (hablando hipotéticamente) que sería maravilloso casarse, aunque no se habían atrevido a reconocer que se estaban refiriendo a su propia boda. A Caroline no le importaría, dijo él, no era su culpa que no hubiera encontrado a alguien, y en cualquier caso ahora llevaba mucho mejor ese tipo de cosas. Además, pensó Emily, por ahora a Caroline no parecía importarle en absoluto, incluso parecía alegrarse por ellos, lo cual era bonito.

Andrew y Frances contemplaron juntos cómo su hija mayor pronunciaba sus votos matrimoniales y les hizo recordar su propia boda hacía ya tanto tiempo. Ambos se preguntaban si Andrew sentía de veras lo que prometió, y ninguno de los dos era capaz de contestar, aunque poco importaba ya. Mirando al mar, hoy con el agua en calma como un lago, el pensamiento de Frances no paraba de dejarse llevar hacia tiempos pasados, a su luna de miel, los horribles partos, los extenuantes primeros años de vida de sus hijas, y cómo le había sorprendido que Andrew no la abandonara una vez que las niñas se hicieron mayores, porque siempre supo que había alguien más. Andrew pensaba en lo distinta que podría haber sido su vida si se hubiera casado con Victoria, si la hubiera conocido antes, y por enésima vez se preguntó por qué no se había

decidido a dejar a su familia, porque el amor es más importante, ¿no? Pero ahora era demasiado tarde. Pensó en cómo había intentado tenerlo todo, tener a Victoria y tener a su familia, y en vez de hacer felices a todos les había hecho daño. Victoria debió de sentirse utilizada, incluso engañada al final, eso lo sabía. Después de que ella le dejara definitivamente, Andrew quedó tan destrozado que ¿qué otra opción le quedaba sino caer en ese patrón de rollos de una noche y aventuras descorazonadoras? En ese momento se dio cuenta de que después de todo necesitaba a Frances, necesitaba su firmeza y su tranquilidad, alguien a quien encontrar al llegar a casa.

¿Y cuál era la excusa de Frances para no marcharse? Allí estaba de pie junto a Andrew, deseando que la cogiera de la mano, y sabiendo que, a pesar de todas sus mentiras y su debilidad, todavía amaba a su marido: en muchos sentidos era un buen hombre y tan guapo aún... Además, ¿cómo iba a arreglárselas sola?

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el secretario del registro, un galés con un suave tono de voz que había conseguido hacer un discurso breve y lleno de significado, perfecto, cuyas palabras quedaron suspendidas sobre la brisa—. Puede besar a la novia.

Mientras Ben se inclinaba hacia delante y le daba a Emily el más tierno de los besos, Caroline se removió en la silla y bostezó.

El banquete de boda fue servido fuera en bandejas desparejadas de porcelana y consistía en un sencillo bufé de *roast beef* y un enorme salmón entero, con diez ensaladas distintas y patatas recién cosechadas. El budín, la montaña de profiteroles más grande que jamás hubiera visto o imaginado Emily, hizo las veces de tarta de boda. El tiempo fue ideal, y como era julio ni siquiera había pensado en un plan de contingencia, tal era su confianza en que el sol les bendeciría a Ben y ella, y a su felicidad. Lo único que quería era que los invitados tuvieran un banquete delicioso, bebieran champán y disfrutaran de la vista, el resto no le importaba demasiado.

—La gente adecuada, el lugar adecuado, ¿qué puede ir mal? —dijo, y en ese momento Ben la quiso todavía más porque no era una de esas mujeres que se ponían pesadas con los planes de boda, agonizando sobre el color de

los lazos de los menús o la elección de las flores para los arreglos de las mesas.

Caroline se pavoneaba copa en mano, mostrando sus muslos de bailarina, alardeando de haber diseñado todo el vestuario, molestando a la mujer de Jack al flirtear continuamente con su marido, haciendo cumplidos que a la gente le sonaban como insultos. Conforme avanzó la tarde, se fue poniendo algo más escandalosa, algo más crispada, y cuando empezó a decir a voz en grito que ojalá ella encontrara un buen marido, pero uno que no fuera un felpudo como Ben, Frances se la llevó a un lado y le sugirió que ya había tenido suficiente.

—¿Suficiente de qué? —sonrió Caroline—. ¿De la niña buena de mi hermana o de su vomitivo esposo?

—¡Caroline! —dijo su madre—. Es la boda de Emily. Creí que te alegrarías por ella.

—Mamá —dijo Caroline con desaliento, a través del champán—. Claro que me alegro por ella, es mi hermana, está enamoraada, pero me gustaría que no me lo restregase por la cara. —Empezaba a arrastrar las palabras, y Frances sabía que tenía que alejarla de la fiesta: la gente estaba escuchando, y no quería problemas. Buscó ansiosamente a Andrew con la mirada, ahí estaba otra vez hablando con la amiga pechugona de Caroline, era imposible que unos pechos de ese tamaño fueran reales. Frances estaba agradecida a Danielle por haber cuidado de Caroline la noche en que la internaron, y por mantener el contacto con ella cuando sus supuestos amigos se alejaron, pero no le gustaba ver cómo le reía las bromas a Andrew, ya llevaban demasiado tiempo charlando, y la gente podía murmurar.

—Andrew —dijo—. ¡Andrew! —Él la ignoró las primeras dos veces, hasta que ya no pudo fingir que no la oía, y, cuando por fin se volvió, vio a su esposa con su preciosa hija rosa y naranja, que parecía estar agarrándose a la madre, con sus largas piernas medio dobladas, los ojos vidriosos y desenfocados. Suspiró y pensó: ¿Y ahora qué? ¿Por qué no podían pasarlo bien por una vez? Entonces se acercó y era evidente que Caroline estaba espantosa y tremendamente borracha. Todo había ocurrido muy rápido, tal vez a causa del sol, pero tenían que sacarla de allí antes de que montara una escena. Andrew la cogió del hombro y con la ayuda de su esposa intentaron

llevársela a la habitación.

—Pero no quiero irme a mi habitación, mamá, me lo estoy pasando tan bien... Es la boda de mi hermana gemela, quiero coger el ramo —farfulló.

—Vamos, cariño —insistió Frances—. Vamos a quitarte del sol y a por un poco de agua, luego te encontrarás mejor.

Las piernas de Caroline se separaron y los tacones de sus nuevos zapatos color magenta se clavaron en el césped. Trató de tirar del izquierdo, pero el zapato se hundió y solo logró sacar el pie, lo que casi le hizo perder el equilibrio. Andrew sacó el zapato del césped, cogió a su hija por debajo del brazo, esta vez con más firmeza, y al hacerlo le clavó el tacón de aguja en las costillas.

—¡AAAAAAAAAU! Apártate de mí, estúpido mamón —gritó Caroline—. ¿Por qué no me dejas en paz de una vez y vas a manosear a mi amiga, pedazo de fracasado?

Toda la ladera se quedó en silencio y casi se oía el rumor del mar, el continuo ir y venir de las olas, y la tierra respirando amenazadora. De formas distintas, aquello era humillante para todos. Nadie dijo una sola palabra.

Finalmente fue Ben quien rompió el silencio.

—Empieza a hacerse tarde —anunció con toda la tranquilidad que pudo—. ¿Por qué no vamos dentro? La orquesta empezará a tocar en breve, y hay mucho más champán. —Todos siguieron las instrucciones de Ben, aliviados de no tener que presenciar la expresión acongojada de la novia.

Más tarde, mucho más tarde, Caroline yacía inconsciente con el vestido fucsia todavía puesto sobre su cama individual en plena oscuridad. La otra cama de la habitación crujía con un sonido cansino mientras Danielle se movía rítmicamente sobre Andrew tumbado con la cara hundida entre sus pechos, hasta que los dos terminaron, y entonces el asco de sí mismo empezó a calarle suavemente, como el mar allá abajo, con el cambio de la marea.

Mientras espero a la entrada de la agencia, una chica de punta en blanco se acerca por la acera y entra como una ráfaga en el edificio. Tiene una melena larga y oscura como de anuncio de champú y no cabe duda de que su ropa es de diseño: un vestido mini recto y rojo y sandalias de gladiador doradas. Me hace sentir aún más como un espantajo, y doy por hecho que se trata de Polly, la chica por la que debo preguntar. No sé por qué me siento tan fuera de lugar, antes estaba cómoda con mi aspecto, pero hoy es como si fuera a hacer un *casting* para un papel en el que no encajo. Cuando por fin entro, me doy cuenta de que se había fijado en mí mientras estaba fuera, y que ella también cree que no soy lo suficientemente glamurosa, pero aun así sonrío, me ofrece una taza de café y me lleva tras el mostrador de recepción para enseñarme lo que tengo que hacer. Polly es guay, guapa, una de esas chicas que te aterroriza, y me cuesta pensar en qué decirle, es como si me hubiera olvidado de cómo mantener una conversación espontánea. Mientras me explica quiénes son los socios, cómo les gusta que la gente contacte con ellos, a quién le va bien que des su número de móvil, cuáles son las manías de los principales clientes, me observo en la situación y me siento aún más fuera de lugar aquí que en una mugrienta casa de North London. Me doy cuenta de que antes no valoraba todas estas cosas: que me pasaran llamadas, que me avisaran de que los clientes esperaban en recepción, que me reservaran las salas de reuniones, no sabía que conllevara tanto trabajo. Las recepcionistas de mi empresa en Manchester eran normales, gente como yo, no trofeos exhibidos como flores exóticas. Polly sigue dándome instrucciones mientras empieza a llegar gente a trabajar, y son dolorosamente modernos: hay chicos

con la última marca de vaqueros, camisetas con mensaje y el pelo despeinado a propósito, deben de ser los creativos; otros llevan gafas de pasta y pantalones estrechos con zapatos relucientes de punta cuadrada, y bolsas de cuero brillante cruzadas sobre el pecho. Las chicas calzan zapatos de tacón y modelitos que yo si acaso me pondría para una fiesta, y llevan enormes bolsos de diseño. A pesar de que cada uno tiene un look distinto, es como si todos fueran de uniforme. Van llegando lentamente, con sus cafés para llevar en mano, y nadie parece tener demasiada prisa, al fin y al cabo es viernes. A las 9.25 entra un tipo algo mayor vestido con un traje hecho al milímetro y playeras blancas y dice: «¡Qué hay, Polly!», me mira sin interés y asiente con la cabeza. Yo le sonrío y cuando se mete en el ascensor Polly comenta:

—Ese es Simon Gordon, y es DIOS. —Suena el teléfono, Polly contesta, escucha y dice—: Vale, dame un segundito. —Desaparece y me deja detrás del mostrador y las luces de la centralita empiezan a parpadear y se me olvida qué tengo que hacer.

Presiono el botón que parpadea y digo:

—Buenos días, Carrington Swift Gordon Hughes, ¿en qué puedo ayudarle? —Y para cuando he terminado de soltar la frasecita mi interlocutora ya está impaciente.

—¿Está Simon? —dice con una voz extremadamente bien articulada.

—¿Simon qué? —pregunto, al ver que hay dos Simon en la lista plastificada que me ha dado Polly.

—Simon Gordon —responde, con cierto tono de «tonta del culo».

—¿Quién le llama? —digo.

Entonces ella contesta bruscamente:

—Su mujer.

Así que miro la extensión de Simon, 224, y presiono el 224, conecta y después de sonar un par de veces lo coge.

—Su esposa al teléfono, Simon —digo.

—Ah —responde él, y tras una pausa añade—: Gracias.

Presiono el botón de pasar la llamada y el teléfono suelta un pitido largo y rabioso.

Joder. Las axilas me arden cada vez más. La centralita vuelve a parpadear y sé quién es, pero no sé lo que hice mal antes, así que me da miedo contestar

por si lo vuelvo a hacer y no sé qué hacer y ahora me empieza a entrar el pánico, tal vez sea mejor no contestar que volver a cortarla. Me muero por que deje de parpadear la luz, es como una amenaza, como un aviso, y sé que si meto la pata otra vez lo más probable es que me despidan, pero entonces aparece Polly deslumbrante por el pasillo, le hago un gesto de urgencia y se acerca al mostrador justo en el momento en que contesto.

—Hola, ¿es la esposa de Simon? Lo siento de veras —digo con mi mejor voz, tratando de disfrazar mi acento plano del norte. Vuelvo a apretar el 224 y miro a Polly con impotencia, y cuando Simon dice: «¿Dónde está mi mujer?», Polly se lanza como un leopardo sobre el ancho mostrador de vidrio y con su larga uña cuidada conecta la llamada.

Sorprendentemente, Polly es una chica muy maja. Tenemos poco en común y es demasiado moderna para mí, pero tiene buen corazón y me enseña cómo funciona la centralita a fondo, y, aunque no es difícil, si no te lo han contado antes resulta incomprensible. Simon se ha olvidado el móvil, así que las llamadas que normalmente recibiría directamente le llegan a través de mí, porque su mujer ha conseguido redirigírselas. Me paso media mañana tratando de no cortar a la gente y gestionando su confusión cuando contesto y no soy Simon, pero tras un par de horas ya le he cogido el tranquillo, y Polly me dice que no tengo que repetir Carrington Swift Gordon Hughes cada vez que contesto, que basta con CSGH. Afortunadamente, a Simon le ha parecido divertido el incidente con su mujer («Depende del humor que esté, Cat», dice Polly), y ha creado una especie de vínculo («Ja, ja, me alegro de no ser el único con quien mi mujer se cabrea esta mañana») y Polly me dice que es porque le espera una larga comida en el Ivy, no con clientes ni con nada aburrido por el estilo, sino una juerga atrasada con su mejor amigo, que dirige uno de los canales satélite.

Definitivamente, el viernes es el mejor día para haber empezado a trabajar aquí: solo tengo un día por delante antes del fin de semana, y todo el mundo está de buen humor o demasiado resacoso, y por eso (aparte de la mujer de Simon) son un poco más indulgentes de lo que habrían sido a comienzos de semana. Fue una decisión correcta la de marcharme el lunes, al menos en la

elección del momento, aunque entonces no fuera consciente de ello. Ha supuesto que para empezar conociera a Angel, me ha dado una semana entera para organizarme, y aunque de noche mi alma sigue sollozando a gritos por mi niño, por haberle fallado, por haberle perdido, por lo demás estoy bastante orgullosa de mis logros. Lo he hecho, he llegado hasta aquí, ya tengo un hogar y un trabajo, llevo ventaja en la carrera del olvido.

El tío Max cogió a Angela de la mano y cruzaron la calle atestada de coches. A ella le gustaba más que cualquiera de sus otros tíos, incluso que el tío Ted, pero aun así quería irse a casa, no le gustaban esos viajes, y odiaba profundamente que la obligaran a arreglarse. Caminaron un poco más por New Brook Street y tras un rato deambulando entraron en otra joyería. El tío Max pidió que le enseñaran varios anillos, uno con un zafiro gigante y otro con un rubí solitario de tamaño considerable rodeado de diminutos diamantes, además de varias alianzas más tradicionales. Si se ponía de puntillas, Angela podía ver cómo tintineaban sobre el mostrador de vidrio, pero no le apetecía, estaba aburrida, y no entendía por qué tenía que ir de un lado a otro de nuevo. El tío Max le había prometido un batido si se portaba bien, así que hizo lo que le decía y se quedó calladita esperando.

La puerta de la joyería se abrió y entró una mujer. Llevaba pantalones pirata negros y un enorme abrigo de piel, tenía el pelo gris color ceniza, cejas negras y angulosas, e iba bastante maquillada. Su aspecto pedía que la gente la mirara, como una estrella de cine. El hombre que atendía al tío Max levantó la mirada un instante reconociendo su presencia. El otro dependiente estaba ocupado con otro cliente, así que la mujer se quedó esperando impacientemente, apestando a perfume y golpeando el suelo con su brillante tacón alto. Angela la ignoró y empezó a interesarse más en los anillos que le estaban enseñando al tío Max. La mujer parecía cada vez más molesta, probablemente porque la estaban haciendo esperar, y empezó a resoplar y a caminar de un lado para otro por la pequeña tienda, pisando fuerte y a pasos cortos. Cuando se volvió hacia el mostrador principal por tercera vez de

repente se tambaleó. Soltó un ligero suspiro y cayó elegantemente sobre sus rodillas, dejando caer la cabeza como si estuviera suplicando, mientras su abrigo se abría como una piel de animal. Los dependientes la miraron asustados, pero al estar al otro lado de los mostradores no podían acudir al instante. El primero en reaccionar fue el tío Max, que se apresuró a ayudarla. Los dependientes estaban paralizados, no había ocurrido nada tan emocionante en la joyería desde hacía años. Max se agachó detrás de la mujer y le puso las manos bajo las axilas. La levantó del suelo, la acercó hasta una silla y le hizo poner la cabeza entre las rodillas para que la sangre le volviera a circular, estaba seguro de que solo se trataba de un desmayo. En ese momento apareció otra dependiente de la trastienda con un vaso de agua y la abanicó con un folleto de la joyería hasta que se sintió mejor. Angela se quedó inmóvil junto al mostrador, tal y como le habían dicho. Todo ocurrió en apenas unos segundos, y el tío Max volvió con las alianzas, aunque al final no compró nada. Más tarde estaba de tan buen humor que llevó a Angela al cine a ver *Solo en casa*, y hasta le compró palomitas.

21

Angel se ofrece a llevarme a comprar ropa, pero le digo que a pesar de mis problemas de vestuario por ahora no puedo permitirme comprar demasiado, solo tengo dos semanas de trabajo y no sé cuándo me saldrá otro empleo. Angel se ríe y me dice que se le da bien encontrar chollos, además tiene libre la noche del sábado, y me sugiere que vayamos por la tarde y después nos quedemos a tomar unas copas. Al final le digo que sí, después de todo hay dos días enteros por delante para intentar no pensar antes de volver al trabajo el lunes, y no tengo otros planes: aunque odio la idea de salir a divertirme, especialmente cuando pienso en lo que ha pasado. Me pregunto si alguna vez se disipará este sentimiento de culpa.

Angel dice que dormiré hasta la una o las dos porque estuvo trabajando hasta tarde anoche, y hace una mañana bonita, así que tal vez salga a dar un paseo; me ayudará a matar el tiempo, y tal vez el aire fresco me despeje la cabeza. Echo de menos nuestro jardín en Chorlton, pasar el rato allí cuando hace demasiado bueno como para quedarse dentro: eliminar las malas hierbas de las macetas, podar las rosas marchitas o, mejor aún, desplegar una manta sobre la hierba para jugar a los trenes con mi chiquitín.

Para.

Brad me habla de una línea de tren en desuso que ha sido transformada en una vía verde que atraviesa la ciudad y va desde Finsbury Park hasta un lugar bonito, cuyo nombre no recuerdo. Dice Brad que es preciosa, y desde ahí puedes seguir hasta Hampstead Heath, y ya me han hablado de ello. Erica parece ofendida, como si le molestara que yo lo supiera y que Brad me lo contara, me parece que no le gusta compartir nada, ni siquiera lo gratuito, y

de nuevo me recuerda a mi hermana.

Definitivamente necesito hacer un poco de ejercicio después de todo el estrés de ayer, de cortar a la gente, de equivocarme con su nombre, de tener que decir mil veces CSGH, de mirar el reloj según terminaba la semana y se ralentizaba el volumen de llamadas. Y sonreír había supuesto un esfuerzo especial. Pero parece que le he caído en gracia a Simon, a pesar de mi comienzo titubeante, y él me cae bien, es un tipo simpático más allá de todas las chorradas de las que se ha rodeado. Aunque apenas nos acabamos de conocer, hay algo en él, como si pudiera ver dentro de mí, como si supiera lo que he hecho y él también deseara tener las agallas (o la cobardía, según se mire) de dejar atrás su propia vida. Dos de los otros socios, pues aún no he conocido a Carrington (¡cuyo nombre de pila es Tiger!), son menos carismáticos; Simon parece haber sido la fuerza propulsora de la agencia, pero me da la impresión de que está cansado de todo ello. Al salir de la oficina ayer para ir a su elegante comida me preguntó si le podía pedir un coche para después, para que le llevara a algún sitio de Gloucestershire, y yo le dije:

—¿Se va de fin de semana?

—No, vivo allí —contestó—. Solo me quedo en la ciudad durante la semana. —Y parecía tan triste y falto de entusiasmo que me pregunté si su mujer también sería una bruja con él.

—Ah —dije yo, tratando de ser amable—. Debe de ser genial tener un sitio para dormir en Londres y una casa propiamente dicha en el campo. —Y él me lanzó una mirada extraña, y después Polly me contó que tiene una casa en toda regla en Primrose Hill, que está forrado. Me pregunto cómo puede ganar tanto dinero con anuncios ridículos de lociones para después del afeitado o patatas fritas, y cómo le puede dejar a uno tan insatisfecho. En cierto modo, me da lástima.

Parkland Walk es toda una sorpresa. Aunque me cuesta encontrar el lugar donde comienza la vía, una vez doy con ella solo tengo que seguir todo recto y llegaré a mi destino, lo cual me parece perfecto, ojalá la vida fuera así. El paseo traza una línea que atraviesa North London y al ser verano los árboles están cuajados de hojas, y esconden las partes traseras de las casas que me recuerdan que sigo en la ciudad. De vez en cuando paso por un túnel cubierto

de grafitis, o atravieso algún parque infantil que la naturaleza ha ido reclamando para sí y que ahora es demasiado peligroso para los niños que debían jugar en él. Al pasar bajo un arco sobre la vía, la mirada se me va hacia arriba y veo una criatura de piedra, una especie de duendecillo creo, que baja por la pared hacia mí, como si quisiera cogermé, y me da un poco de miedo. Debe de ser arte, pero no me gusta y acelero el paso.

Es raro, me cuesta creer lo lejos que he llegado en menos de una semana, lo extrañamente sencillo que ha sido empezar de nuevo, y que después de todo puede que vaya a estar bien, ahora que lo he hecho. Estaré bien siempre y cuando no piense en Ben y en Charlie, lo que deben de estar haciendo ahora en su primer fin de semana solos, o cómo lo llevarán. Trato de no asumir que lo que he hecho es una locura imperdonable; que aunque Ben ya no me quiera, he desaparecido, y no sabe dónde ni cómo estoy, ni siquiera si estoy viva o muerta. Charlie todavía no lo entenderá, claro, el dolor vendrá más tarde.

Intento concentrar mi atención en seguir caminando, en todo lo que ha pasado esta semana. Una vez más, trato de no pensar en el *antes*, me pierdo en el ritmo de la tierra blanda, los árboles que me envuelven y mis pasos decididos, y antes de darme cuenta ya llevo prácticamente una hora caminando. Estoy a punto de alcanzar el final de este túnel de naturaleza y me ha ayudado a conectarme de nuevo con la tierra, a poner los pies en ella otra vez. El sol debe de haberse escondido tras una nube y los colores cambian de alegres amarillos y verdes luminosos y frescos a marrones sombríos y grises plomizos. La temperatura cae en picado. Giro a la izquierda, haciendo crujir con mis pasos las ramitas muertas y podridas en el suelo, y camino por un estrecho sendero a través de los árboles hacia el rumor del tráfico.

De espaldas al lago, observo el prado y la inmensa y blanca Regency House. No tenía ni idea de que Londres fuera tan hermoso. He caminado hasta aquí, debe de haber ocho kilómetros o así, y he conseguido ignorar a casi todas las familias acomodadas con sus perros y sus niños y su insoportable inocencia que me he ido cruzando por el camino. Tal vez esté empezando a olvidar que

yo era como ellos, tal vez esté empezando a hacerme a mi nuevo yo, y me esté convirtiendo en Cat: y por primera vez en meses me siento viva de verdad. Vuelvo a notar un hormigueo donde antes estaba mi corazón. Hace calor, pero es agradable, el aire es limpio y puro, el mundo parece un lugar en el que se puede estar, después de todo. Empiezo a pensar que no solo puedo sobrevivir en Londres, que tal vez algún día me pueda permitir ser feliz otra vez. Feliz de otra manera, claro; pero hace seis días estaba centrada en la más cruda supervivencia, y ahora me encuentro contemplando la belleza y la serenidad como una posible vía hacia delante (por un instante he olvidado los horrores del Palacio de Finsbury Park, y la vanagloria de CSGH). Al mirar a mi alrededor maravillada, como si viera el mundo por primera vez, empiezo a sonreír como una tonta, me entran ganas de empezar a dar vueltas y expresar de forma absurda este alivio, esta alegría de haber sobrevivido, de estar aquí, de haber hecho lo correcto al fin y al cabo, de que los tres estaremos bien, algún día, y justo cuando empiezo a levantar los brazos hacia el cielo me doy cuenta de que alguien me observa. Un hombre me mira, y no como si pensara qué hace esa loca sonriendo a la nada, sino como te mira alguien que está seguro de conocerte. Empieza a caminar hacia mí y sonrío como para saludarme, y a mí me entra el pánico, *me han descubierto*, así que doy media vuelta y echo a correr junto a la valla al lado del lago, cruzo el puente, me meto en la oscuridad de los árboles, y aunque voy a ciegas y tropezándome no dejo de correr hasta que la respiración me obliga a parar.

Estoy perdida. El páramo es inmenso, no tengo mapa, y camino durante mucho tiempo, cabizbaja, sin saber siquiera adónde voy, sin importarme, siempre que no tenga que volver a ver a ese hombre. Finalmente llego a la carretera y veo un autobús en la parada, no sé adónde va pero me subo de todas formas y me siento toda erguida, mirando por la ventana, nerviosa, desorientada, hasta que para delante de una estación de metro, no tengo ni idea de cuál, nunca he oído hablar de Archway. El camino en metro hasta Finsbury Park es una tortura, tardo una eternidad, pero al menos no tengo que preguntar el camino a nadie, me siento demasiado desgarrada. Al llegar a casa corro a mi habitación toda blanca y limpia, me tumbo boca abajo en la

cama, y lloro y lloro por mí, por mi marido y mi hijo, por nuestras vidas perdidas. Me siento agotada, exhausta, asqueada de mí misma. He cometido un terrible error al pensar que podía huir así sin más, que sería así de fácil, lo mejor para todos. Cuando finalmente cesan mis sollozos, es un alivio yacer así, en silencio y sola.

Los golpes en la puerta me sobresaltan, han pasado horas, y Angel está en la entrada de mi habitación, con su bata blanca y acolchada.

—Ay, perdona, ¿te he despertado, cariño? ¿Aún quieres ir de compras? Si quieres, tenemos que ponernos en marcha.

Entonces ve mi cara, es como si todo el dolor de los últimos tres meses se hubiera adueñado de ella durante el sueño, como si llevara una máscara de pena. No sé qué hacer, no sé por qué me ha desquiciado aquel hombre en el páramo, pero lo ha hecho. ME CONOCÍA. ¿Es que no puedo esconderme en ninguna parte? Angel se sienta al pie de mi cama, me incorporo y rompo a llorar otra vez, jadeantes chirridos animales que inundan la casa, y por un momento me importa un bledo que la gente pueda oírme, o lo que pueda pensar. Me doblo sobre mí misma, me hago una bola y aprieto fuerte tratando de contener el dolor, mientras Angel solo puede mirarme, y, cuando por fin se aquieta un poco la pena, coge mi mano entre las suyas sin decir nada. Nos quedamos así durante un rato largo, hasta que enjugo mis lágrimas y digo con toda la alegría que logro reunir:

—Puedo estar lista en diez minutos, si aún te va bien.

—Claro —contesta Angel—. Si estás segura, vamos, cariño. —Y me asombra que no haga nada para recomponerme, que simplemente me acepte así, dañada y en carne viva.

«Subimos al Oeste», como dice Angel, y me recuerda a *EastEnders*, aunque no sabía que la gente realmente hablara así. Me esfuerzo por sentirme normal, por ser normal, y dejar que se me pegue la aparente normalidad de los demás. Caminamos por Oxford Street, entre tiendas de precios bajos y turistas pasmados (¿esto es Londres?), sucursales y tiendas de móviles, hasta que

llegamos a Selfridges, y es mucho más grande y está mucho más lleno que el de Manchester. Angel parece saber por dónde va, subimos al segundo piso por las escaleras mecánicas y me elige prendas que yo jamás habría cogido. Tiene buen ojo, y a pesar de mí misma acabo mirándome al espejo y pensando, sí, puede que Cat Brown vista así, pero sigo angustiada, siento una extraña deslealtad al hacer algo tan frívolo como probarme ropa, y me estresa gastarme el dinero que necesito para sobrevivir. Las dependientas no tienen ningún interés en nosotras, es tarde y están todas aburridas, mirándose las uñas perfectas y esperando a que llegue la hora de irse a casa, y nos dejan bastante a nuestro aire. Angel no para de traer montones de ropa al pequeño probador, uno de esos a la antigua usanza que se esconden tras un espejo de cuerpo entero, Angel sabía cómo encontrarlo. El diminuto espacio parece fuera de lugar aquí, es como un *flashback* a otros tiempos menos ostentosos, antes de que existieran los probadores voluptuosos con inmensos espejos adornados y gruesas cortinas brocadas, poblados de chicas escuálidas en ropa interior cara. Ella sigue trayendo modelos en distintas tallas para que me los pruebe, hasta que el probador está a rebosar de ropa, y tras mi reticencia inicial acabo diciendo qué demonios, me lo pruebo todo, todo lo que me trae Angel, por atrevido que sea. Los llantos de antes parecen haber sido catárticos, tal vez me haya venido bien sacarlo de una vez. Y entonces me acuerdo de repente y sin motivo de la última vez que fui de compras, justo *antes*, con mi madre, y entonces caigo en la cuenta: Dios mío, también la he abandonado a ella. No puedo creer que no haya pensado en ella y papá hasta ahora, ni siquiera cuando lo estaba planeando en Manchester, en lo destrozados que estarían. Hasta ahora en lo único en lo que he pensado ha sido en Ben y en Charlie, y en mí misma, por supuesto. ¿Qué coño me pasa?

Aunque se me han quitado las ganas de comprar, incomprensiblemente temo ofender a Angel si no compro nada, parece querer ayudarme de veras. (¿Y qué hay de romperle el corazón a mis seres queridos? ¿No debería estar más preocupada por eso?). Angel intuye mi reticencia y propone que nos tomemos un café y tal vez volvamos más tarde, cuando haya tenido un rato para decidir lo que de veras me gusta, no quiere meterme prisa. Así que salimos del pequeño cuartito, con la montaña de ropa lista para que las dependientas se encarguen de ella (aunque intento hacerlo yo, Angel me dice

que no sea tonta, que así les daré algo que hacer), volvemos hacia las escaleras mecánicas, pasamos por la sección de bolsos, la de perfumes, y estamos otra vez en Oxford Street, y a pesar de la muchedumbre me tranquilizo un poco, el movimiento parece ayudarme. Al ver cómo Angel se abre paso entre la multitud, vuelvo a notar lo frágil que parece, demasiado menuda y fresca para ser crupier, demasiado inocente para trabajar en el inframundo nocturno de la esperanza, la inutilidad y la pérdida. Me desconcierta. Encontramos un bar cercano: no me había dado cuenta de la hora que es, demasiado tarde para tomar un café, demasiado tarde para volver a Selfridges hoy, y de repente me preocupa lo que me voy a poner el lunes, como si importara algo. No hace falta que le pregunte a Angel qué le apetece, pido dos vodkas con tónica y nos los sirven en vasos largos y helados con lima y hielo. El bar debe de ser nuevo, la decoración es cara y tiene un cierto aire de diseño, como intentando aparentar lo que no es, como yo. Nos sentamos en la parte de atrás, cerca de una llamativa pared empapelada con flores, en sillas brillantes idénticas, suena una música que probablemente habrá elegido la dirección, y desearía estar en un café de verdad, con carteles desgastados de Martini, mesas dispares y hasta velas sostenidas en botellas, por caducas que sean. ¿Por qué se ha vuelto el mundo tan esterilizado, tan homogeneizado, tan aburrido? Podría estar en Londres, en Manchester o Praga, este tipo de bares son todos iguales. «Deberías estar en Manchester», me dice una voz, pero doy un trago largo por la pajita intentando acallarla. Angel parece contenta consigo misma, rebusca en su enorme bolso de Mulberry (¿será auténtico?) que le hace parecer aún más diminuta de lo que es, casi como una muñeca, y me pasa una bolsa de plástico por debajo de la mesa. Tiene un tacto extraño, metálico, y cuando la abro veo el vestido de seda naranja y la falda vaquera que tanto me habían gustado antes y que me había dado mala conciencia comprar, junto con un top azul de lentejuelas y un vestido camisero plateado que me habían encantado pero que eran demasiado caros, demasiado atrevidos. Tardo un momento en caer en la cuenta, las etiquetas siguen puestas, y entonces la miro y me quedo horrorizada.

Angel sonrío con dulzura.

—No te preocupes, cariño. Este tipo de sitios puede permitírselo, está

incluido en su presupuesto.

—Esa no es la cuestión —susurro, haciendo un gurrño con la ropa en la bolsa con forro de aluminio y metiéndola bajo la mesa. Angel parece herida.

—Solo intentaba ayudar —dice, y parece desconsolada, como una niña.

No quiero herir sus sentimientos, le he cogido demasiado cariño, así que le pido otro vodka con tónica y le doy las gracias, diciéndole que me ha conmovido, aunque por dentro estoy revuelta. Jamás había robado nada, ni siquiera conozco a nadie que lo haya hecho, aparte de Caroline, supongo. Angel se da cuenta de que me ha juzgado mal y parece avergonzada, así que decido quedarme con la ropa, ¿qué otra cosa puedo hacer con ella? ¿Y qué otra cosa puedo ponerme el lunes? Cuando vamos por la tercera copa entra un grupo de hombres, el bar sigue estando frío y vacío, Angel les sonrío entre risitas y antes de darme cuenta nos mandan una botella de champán. No quiero hablar con ellos, son mucho mayores que nosotras, llevan camisas caras, lucen entradas y nos miran con expectativas, como si el champán fuera una transacción y ahora les debiéramos algo. Quiero marcharme, pero Angel se lo está pasando bien, los ojos le brillan del alcohol y la adrenalina. Uno de ellos no está mal y es evidente que le gusta Angel, así que me quedo sentada como un limón amargo mientras flirtean, y, dado que no se me ocurre qué decir, el resto acaba desistiendo y volviendo a la barra. Tal vez debería volver a casa y dejar a Angel a su bola. Inclina la cabeza hacia atrás exponiendo su cuello blanco y largo, que palpita al beber, y en ese momento puedo ver deseo en los ojos del tipo que se refleja en los míos. Angel se termina la copa, deja la flauta de champán sobre la mesa de madera con un golpe seco (creo que ha calculado mal, las dos estamos un poco borrachas), pero, aunque el vidrio tiembla, la copa no se rompe.

—Ups —dice—. Gracias, chicos, ha sido un placer conocerlos. —Y se levanta de un solo movimiento de la silla, me agarra del brazo, me pone en pie y nos contoneamos suavemente por la pista desierta hacia la puerta. Al mirar hacia atrás, por un segundo veo el enfado en la mirada de su pretendiente, como si le hubieran tomado el pelo, pero Angel saluda con coquetería y él sonrío conforme, casi con devoción, vuelve con sus colegas y pide otra copa.

Angel propone ir a un bar que conoce en Soho. Estoy cansada y triste y quiero irme a casa, aunque sé que voy a decepcionarla, dice que es su primera noche de sábado libre desde hace varias semanas.

—Vete sin mí, de veras, estaré bien —le digo, pero ella insiste en volver a casa conmigo, es evidente que está preocupada, pero su teléfono suena dos veces y está claro que hay alguien que quiere que no se venga a casa. Me siento incómoda. Aunque nos hemos hecho muy amigas en poco tiempo (en gran parte a ella le debo el haberme hecho tan bien a la casa, y a esta vida) aquí en el West End es distinto. Sigo algo conmocionada por el incidente de la tienda, por las prendas caras robadas que lleva en el bolso, y aunque admito que ya me había contado todas esas historias de timos descarados con el gánster que salía con su madre, que solía robar anillos de diamantes de los relucientes mostradores mientras todo el mundo miraba a su madre, creí que ya era agua pasada, de cuando era una niña. Estoy en territorio desconocido, con alguien que sabe de la vida y que la ha vivido, y, a pesar de todo lo que ha pasado, hasta hace unos días solo era una aburrida abogada de Chester. De repente me siento hecha polvo por lo ocurrido esta semana, y en los últimos meses, estoy débil y necesito descansar.

—Venga, cariño —dice Angel—. Vamos a tomarnos una más a ver cómo te sientes. Nos lo pasaremos bien, te lo prometo. —Y me coge de la mano con una sonrisa tan encantadora que me resulta imposible decirle que no. Subimos toda Oxford Street (¿cómo puede caminar con esos tacones?) y cruzamos para coger mi calle, la calle en la que trabajo, ¡donde me han contratado! Le señalo la agencia a Angel y exclama—: ¡Caray! Un poco pija, ¿no?

Seguimos por Wardour Street, cruzamos Old Compton Street y a esas alturas el dolor de pies y el deseo de irme a casa ya son insoportables. Angel casi me lleva a rastras, bajamos unas escaleras estrechas en las que jamás me habría fijado y todo parece un poco cutre, pero al cruzar la entrada nos encontramos en un bar inmenso, con techos altos, paredes de ladrillo visto y colosales lámparas de araña. La pared del fondo está cubierta por una pantalla en la que proyectan una película de porno duro. Gracias a Dios, no hay sonido para acompañar las imágenes ampliadas, solo el bombeo a todo volumen de música tecno, ¿es así como se llama? El bar está lleno de gente

guapa y moderna y siento vergüenza de mis vaqueros y mi camiseta aburridos. Mis ojos no saben adónde mirar: nunca había visto un pene tan grande ni lo que hace con él, así que me quedo de pie con Angel junto a la barra esperando a que uno de los camareros frenéticamente ocupados pero con aire guay y distante me vea, y me doy cuenta de que nadie más está mirando a la pantalla, como si no estuviera allí. Un acto sexual tan colosal, y parece como si fuera un hombre vociferando con una pancarta. La gente tiene perfectamente estudiada su forma de ignorarlo. ¿Para qué está ahí? ¿Es arte, moda? Y entonces me pregunto qué más me da. Mientras sigo esperando para pedir dos vodkas con tónica, oigo una voz cantarina que atraviesa la música y exclama: «¡Angel, ca-ri-ño! ¡Has venido!», y al volverme veo a un gigantesco e immaculado hombre negro con una camiseta amarillo plátano ajustada sobre su torso escultural. La abraza, envolviéndola y apretándola contra sí como si fuera una niña recién salida de la bañera. Angel sonríe y le mira insinuante, aunque es evidente hasta para mí que es gay. He perdido mi turno en la dudosa cola para pedir, y me quedo otra vez esperando, ahora ya convencida de que me están ignorando a propósito. Cuando por fin me atiende una preciosa jovencita con aretes en las cejas, pido tres dobles: el amigo de Angel está demasiado lejos como para preguntarle qué quiere y no sería capaz de volver. Me cobran una cantidad increíble de dinero, no tenía ni idea de que tres copas pudieran costar tanto. Cuando logro llegar hasta Angel a través de la muchedumbre me dice:

—Dane, te presento a mi fabulosa nueva compañera de piso, Cat, la encontré bajo un arbusto. —Y suelta una risilla.

—Hola —saludo con una sonrisa tímida—. No sabía qué querías beber, así que te he pedido un vodka.

Dane suelta un chillido y dice:

—Ah, soy más de mojito, pero no te preocupes, cariño, Ricardo me está pidiendo uno.

Cuando miro veo que se nos acerca otro tipo impresionante, perfectamente formado, moreno y pequeño, con dos bebidas verdes heladas, sofisticadas como si fueran adornos en sus manos cuidadas. Angel coge su copa, y me deja con dos vodkas dobles en las manos. Me bebo el primero lo más rápido que puedo, esencialmente para poder soltar el vaso, y no tardo en

sentir una ola de calor recorriéndome. Intento ofrecerle la otra copa a Angel, pero ella niega con la cabeza y dice:

—Tómalo tú, cariño.

En menos de quince minutos me los he acabado los dos. Ahora me siento mareada, como si no estuviera aquí, pero trato de seguir la conversación a pesar de la música palpitándome en la cabeza, intento ignorar los increíbles genitales, intento olvidar lo desubicada que me siento.

No tengo ni idea de qué hora es. Estoy de pie sobre una mesa (¿estamos en otro lugar?) y llevo el vestido camisero plateado que Angel robó para mí esta tarde. Voy descalza, y lo sé porque siento la mesa pegajosa y húmeda bajo mis pies. Angel está a mi lado, bailando de forma seductora, mientras yo me contoneo embriagada, curvando mis largas piernas con la música, y los pies firmemente apoyados en la mesa. Tengo la suficiente consciencia como para darme cuenta de lo ridícula que debo de parecer, pero luego me vuelvo a dejar llevar por la euforia de la libertad y el alcohol, echo la cabeza hacia atrás y grito aliviada, porque ya no me importa lo que piense nadie, bailando aún vagamente al ritmo de la música.

—¡Vamos a por otra copa! —le grito a Angel por encima del ruido, y me bajo de la mesa al estilo *Dirty Dancing*, pero las piernas me fallan. Alguien (¿Dane?) me ayuda a levantar, y entonces veo a Angel a mi lado y entre los dos me llevan a los baños, parece que las piernas ya no me responden. Me apoyo en Angel y logramos meternos en un cubículo, me siento sin bajarme la ropa en el retrete con la cabeza entre las piernas, y ni siquiera me da asco o náuseas la suciedad ni el olor, solo siento el agotamiento. Lo único que quiero es irme a dormir, el día de hoy HA TERMINADO oficialmente. Angel me abofetea, me zarandea, diciendo: «Venga, cariño, despierta», hasta que por fin vuelvo en mí, me incorporo y la observo con la mirada perdida, pero entonces vuelve a aparecer esa horrible imagen en mi mente y otra vez rompo a llorar como una histérica, como si nunca fuera a parar.

Angel me acaricia el pelo y dice:

—Venga, cariño, yo cuidaré de ti, todo va a ir bien. —Y entonces se pone a mi lado y empieza a hacer algo sobre la cisterna detrás de mí—. Toma un poco de esto, cariño, te ayudará, de veras —dice. Tambaleándome logro ponerme de rodillas sobre el asiento del retrete y me quedo mirando la larga raya blanca sin comprender. Sé lo que es pero no quiero saberlo. Ya me lo habían ofrecido antes, cuando estaba en la universidad, pero nunca me había tentado, ni siquiera lo más mínimo. Soy vagamente consciente de que llevo el vestido camisero plateado abierto hasta el ombligo, tengo los pies descalzos sobre el suelo del cubículo en la parte más encharcada, el pelo suelto y andrajoso, y lo único que quiero es irme a casa, pero a casa de verdad, irme con Ben y Charlie y... ¿Y qué? Estoy tan cansada. Me recojo el pelo hacia atrás, cojo el billete enrollado de Angel, mi amiga, mi salvadora, ¿de veras puedo fiarme de ella? Mis ojos se dejan caer hacia la inconsciencia otra vez y Angel me zarandea, ahora con más fuerza. No sé qué hacer. Solo quiero que todo esto pare. Si tan solo pudiera dormir aquí mismo, pero parece ser que no es posible. Así que al final me lanzo hacia delante derrotada, con la decisión tomada ya, y entro en la siguiente fase de mi extrañísima vida, tristemente la menos edificante.

SEGUNDA PARTE

Las puertas se abren con una sacudida y la gente sale a mareas, para que entre más gente miserable como líquido, llenando hasta el último rincón, empujándome a su paso, restregándose contra mi precioso abrigo de lana beis. Esta mañana he salido de mi apartamento más temprano y el metro está más lleno de lo habitual. De pie entre otros viajeros, me muevo con el vagón y la multitud desde el oeste de la ciudad hacia el centro. Nadie se fija en mí, soy una chica más con zapatos de tacón de diseño y un agujero en el lugar donde estaba mi alma. Ayer fui «de compras», Angel dijo que tenía que darme un capricho, y llevo un nuevo pañuelo de seda al cuello. Se está calentito y cómodo en el metro, a pesar de las muecas tristes de los desconocidos, a pesar de tener que estar de pie: resulta agradable después de sentir el viento helador de la mañana de mayo allá afuera.

Estoy decidida a estar de buen humor, aunque me empujen y aplasten, y aunque hoy sea lunes. Es mi primer día de trabajo desde que me ascendieron, y es mi deber estar alegre. En los breves nueve meses que he estado en CSGH, he pasado de suplente por vacaciones a recepcionista permanente (la antigua no volvió de Bodrum, al parecer se enamoró de un soldado turco), a gerente de oficina (la dulce Polly se fue a una agencia rival y dejó el puesto vacante), a ejecutiva de cuentas ¡y ahora directora de cuentas! Yo misma estoy sorprendida de la rapidez de mi ascenso. El pasado julio creía que un director de cuentas llevaba los libros de contabilidad, no que supervisaba el proceso de creación de gigantescos carteles de publicidad y exorbitantes anuncios televisivos. Supongo que en parte es porque soy mayor, porque antes trabajaba como abogado (aunque nadie aquí lo sepa, claro), y tengo

algo más de seriedad que el resto de ejecutivos; aunque seguro que también ayuda el hecho de que soy el ojito derecho de Simon. Sé que la gente de la oficina rumorea, probablemente digan que me acuesto con él, y la verdad es que se me ha pasado por la cabeza, en otras circunstancias seguramente lo habría hecho: al fin y al cabo le encuentro atractivo y no le debo lealtad alguna a la desalmada de su mujer; pero a pesar de todo lo que he hecho no soy capaz de acostarme con nadie que no sea Ben. No sé por qué, he estado espectacularmente borracha y colocada en suficientes ocasiones como para acabar en la cama de algún desconocido, o tener un rollo en los lavabos de alguna sórdida discoteca, pero es la única parte de mi vida en la que he mantenido ciertas normas, la única que no estoy preparada para cambiar.

Al llegar a la siguiente parada se suben más personas, no se baja ni un alma, y ahora sí que ya no queda nada de sitio. Estar así embutida de forma excesivamente íntima entre desconocidos ya no resulta cómodo, sino triste y desagradable. Afortunadamente no tengo que cambiar de línea y voy directa a Shepherd's Bush, así que solo quedan tres paradas para bajarme.

Definitivamente, el piso que compartimos Angel y yo es una mejora con respecto al Palacio de Finsbury Park. Las dos pagamos bastante más pero vivimos en una casa victoriana reformada y encalada. Ahora tenemos sala de estar, una cocina bonita (sin papeleras cutres ni olores a guisos brasileños), el baño es nuevo, sin rastro de moho creciendo ni cortinas de ducha asquerosas. Por eso nos decidimos a cogerla, porque es limpia, neutral, la antítesis de nuestra antigua casa, además de que está cerca del metro. Al menos no necesito chanclas, todas mis cosas de aseo están ordenaditas dentro del armario de espejo encima del lavabo, y ya no las tengo que llevar a todas partes en un neceser. Angel y yo somos felices, a nuestra manera. Ella sigue trabajando en casinos y lleva una extraña vida patas arriba, sigue con el hábito de robar y meterse cocaína, pero la verdad es que ahora tampoco yo me quedo corta. Soy muy distinta a la chica que solía ser: tal vez colocarme fuera la única manera de salir adelante, una vez se esfumó la adrenalina de la primera semana. Es extraño, pero últimamente es como si me pareciera mucho a mi hermana gemela, tal vez lleve la mala conducta en los genes. Pero hasta ahora nunca comprendí lo que evidentemente ella siempre supo, que las drogas y el alcohol pueden adormecerte, y ayudarte a olvidar.

Por qué robo es más difícil de entender. No es solo porque me acerque a Angel, aunque si soy sincera en parte se debe a eso, pero hay algo más: de algún modo, el momento justo de robar algo me llena un vacío, me proporciona una especie de pequeña muerte por el hurto, compensa la pérdida por un instante. Y aunque después siento asco de mí misma (por Dios, si yo era abogado) nunca me arrepiento lo suficiente como para devolverlo. Es irónico que mis nuevos vicios sean en parte la razón por la que las cosas me van mejor en el trabajo: en cuanto empecé a vestir mejor, y a meterme en el rollo de las copas después del trabajo y las escapadas al baño a espaldas de los clientes, mi nueva yo se ha hecho brillante y genial, mi ingenio se ha agudizado, casi como el de Caroline, aunque sin tanto odio. Es extraño, pero la gente me encuentra glamurosa, hasta divertida. En mi antigua vida tenía una confianza serena, una belleza sin estridencias, una fácil popularidad, pero ahora soy pura energía, elegante y seductora. Y aunque en el fondo sé que me meto demasiadas drogas y robo demasiada ropa estoy convencida de que por ahora está bien, que forma parte de todo el proceso, parte del olvido. No lo voy a hacer para siempre.

Me encanta nuestro nuevo piso, pero casi extraño a nuestros antiguos compañeros, por mucho que me volvieran loca: a la empresaria de Chanelle y a Jerome, don muebles automontables, a Bev la malhablada, a los chicos morenos y taciturnos, a Brad el bebé gigante y hasta a la odiosa de Erica. Se habían convertido en mi familia y, a qué negarlo, no estaban más chiflados que la verdadera, en cuanto ibas más allá de las apariencias. Ahora que estamos solo Angel y yo, hay un continuo flujo de visitas, así que nunca me siento demasiado sola, entre los camellos de Angel, su querido amigo Rafael a quien conoció en el casino, los adonis de Dane y Ricardo, y a veces hasta la madre de Angel.

Ruth es una mujer con un atractivo especial. Tiene solo cuarenta y siete años pero aparenta diez menos, sigue trabajando en clubes y siempre tiene un novio improvisado. Vive en un bloque de apartamentos en Bayswater, creo que de protección oficial, y de vez en cuando se presenta aquí y se queda a dormir en el sofá, después de una nueva pelea con el último hombre en su vida. Angel la trata como a una hermana pequeña, o incluso como a una hija, e, igual que hace conmigo, ni la juzga ni intenta cambiarla, sino que la acepta

con la misma dulzura que siempre me ha demostrado. Adoro a Angel. Es como si la mitad del amor que sentía por mi marido se hubiera convertido en un amor platónico por esta belleza con aspecto de niña abandonada, con sus genes dañados y sus malos hábitos. La otra mitad se ha volcado en el triste y exitoso Simon, sentado en su deslumbrante oficina gestionando pataletas y egos, y creando anuncios caros de cereales y coches. Me siento afortunada de tenerles en mi vida, me han ayudado a dejar de ser la persona rota y desolada que huyó de su casa una sofocante mañana el pasado verano, para convertirme en la exitosa chica aún con vida que soy ahora.

A pesar de lo unida que estoy a Angel y Simon, me sorprende no haber sentido la tentación de soltarles mi secreto: que una vez estuve felizmente casada, que tenía un precioso hijo de dos años con la luz del sol en los ojos e hilos de oro como cabello, y otro bebé en camino. Hasta hace poco había logrado transformar mi vida de forma tan radical que todo aquello había quedado anclado en el pasado; tanto que a veces había olvidado incluso que alguna vez fue real.

Tampoco he querido contarles a Simon ni a Angel que tengo una hermana gemela (y que supuestamente soy la más normal y sencilla), y ha sido toda una liberación. Ser una gemela te convierte en un objeto extraño a los ojos de los demás, eres distinta, eres la mitad de un todo, no un individuo, hay un vínculo entre los dos que nadie más puede sentir ni comprender. ¡Si supieran la verdad! Me alegro de haberme librado de Caroline, de haber renunciado a ella de una vez por todas, se lo merece después de lo que ocurrió. Ahora la odio.

El metro retumba rumbo al este mientras mis pensamientos van adonde quieren, avanzan descarrilados, aunque intente detenerlos sin demasiada convicción. Acabo pensando en mis pobres padres, que en los últimos treinta años han conseguido manejar los humores y la terquedad de Caroline, y su constante enfermedad (anorexia, demencia, alcoholismo, desde luego les ha tenido ocupados), cuánta devastación ha causado. Visto en perspectiva, ahora todo me parece como uno de esos programas de entrevistas, irreal y completamente ajeno a mí. Nunca he entendido el papel que mamá ha jugado en todo ello, ni por qué Caroline ha terminado tan mal de la cabeza, pero estoy segura de que ante todo tiene que ver con ella. Siempre supe, incluso

cuando éramos pequeñas, que algo no andaba bien entre ellas, hasta notaba que mamá me prefería a mí; pero solo ahora que estoy tan lejos soy capaz de admitirlo. Y aunque durante la estancia de Caroline en la clínica de nutrición parecía que por fin estaban arreglando sus problemas, que los estaban solucionando, supongo que ya era demasiado tarde para mi hermana, que el daño ya estaba hecho.

No sé por qué, pero casi no me había parado a analizar todo esto; aunque siempre intenté llevarme bien con mi hermana, en mi vida siempre fue una persona de la que debía desconfiar y tratar con cautela, incluso cuando éramos pequeñas. Creo que le tenía un poco de miedo, ahora que lo pienso. Cuando a punto estuvo de echar a perder mi boda la perdoné, al fin y al cabo yo me casé con Ben y él se casó conmigo, y en aquel momento estaba segura de que no había sido su intención, era lo esperable, «Caroline estaba haciendo de Caroline». Pero después de lo que ha hecho me alegro de haberme librado de ella, es lo único de lo que no me arrepiento tras mi huida.

Ahora bien, la sensación de haber abandonado a mis padres es otra cosa, y pensar en ellos desde la distancia, desde la seguridad de una nueva vida, me hace sentir lástima por los dos. Mi pobre y patético padre. Creía que ninguno sabíamos que se había acostado con la amiga de Caroline en la boda, pero entre la expresión de Danielle a la mañana siguiente y la perplejidad legañosa de Caroline (estaría en la misma habitación, por el amor de Dios) no hizo falta decir nada. Creo que aquella humillación en público fue la gota que le dio a mamá el valor necesario para marcharse, y después de eso todo salió a la luz, todas las asquerosas aventuras que mamá había ignorado durante tantos años. Yo quedé horrorizada, no me lo podía creer, le adoraba. Al principio, mamá se vino a vivir con nosotros, a Ben no le importó aunque nos acabáramos de casar, y habría estado bien, de no ser porque supuso que Caroline también venía más a menudo, coqueteaba con Ben, y papá llamaba todos los días llorando y pidiendo hablar con mamá, que le rechazaba cada vez. Ahora que lo pienso, Ben fue un santo. Me debía de querer mucho.

El tren sigue avanzando y siento que mi pensamiento se precipita más y más rápido hacia el pasado. De repente recuerdo prácticamente a todos los que he dejado atrás y me pregunto qué estarán haciendo en este preciso instante: Ben y Charlie, por supuesto, mamá y papá, mis queridos suegros,

Dave y Maria en la oficina (¿se habrán liado ya?), mis damas de honor, las compañeras de las clases reparto de quien me hice tan amiga, nuestro vecino de al lado, Rod, y su anciano spaniel que espero siga vivo, mi amiga Samantha que vive en la misma calle, la señora de la cafetería que nos hacía ese café imbebible. No paro de pensar que hace exactamente un año todavía era *antes*, por poco, y me vuelve a abrumar la desesperación.

Cuando el metro entra en Oxford Circus, sacudo literalmente la cabeza para librarme de todos estos pensamientos, y el corte *bob* de peluquería cara se me mete en los ojos. Me aliso el pelo, me recompongo, y dejo el pasado donde debe estar. Me abro paso a empujones para salir del vagón, avanzo con la multitud por el andén atestado, subo por las escaleras mecánicas (de puntillas, para proteger los tacones, mientras practico mentalmente mis saludos risueños) y salgo al encuentro del día de primavera, que ya se me ha hecho demasiado amargo.

Caroline miró la delgada línea azul sobre la varilla de plástico blanca y soltó una suave exhalación. ¿De qué? ¿De miedo o expectación? Solo tenía veintidós años, pero se acababa de graduar en St. Martin's, tenía un apartamento al lado de Brick Lane, un novio guapo y un trabajo prometedor en la industria de la moda. Ya se había quedado embarazada en dos ocasiones, y en ninguna de las dos era el momento, pero ¿y esta vez? No estaba segura. Le sorprendía lo fértil que había resultado ser, a pesar de haber matado de hambre a su cuerpo durante su adolescencia, y decidió que en el futuro tendría más cuidado. No podía seguir abortando. Dominic la iba a llevar por ahí más tarde, tal vez pudiera sondearle sobre la idea de tener un hijo. Tapó el test de embarazo y lo guardó en el fondo del armario del baño, luego se duchó y se puso su ropa preferida, hoy quería estar lo más guapa posible. A diferencia de los anteriores, se sentía cercana a este principio de bebé, quizá porque por primera vez podía verse queriendo al padre, al fin y al cabo era su novio, no un simple rollo accidental con el que las cosas se le habían ido de las manos. Caroline se miró el vientre bajo la camiseta naranja de diseño pop art, y se imaginó cómo sería verlo crecer y redondearse con un precioso bebé dentro. Alguien a quien querer, alguien que la quisiera de forma incondicional. Le gustaba la idea.

Terminó de vestirse y arregló el edredón sobre la cama en lugar de dejarla deshecha como de costumbre. Las paredes eran de color fucsia y estaban cubiertas de cuadros que había comprado a compañeros de la facultad: imágenes abstractas de mujeres desnudas con las piernas abiertas, fotos en blanco y negro de hombres musculosos con collares y cinturones de

sadomasoquismo, un atardecer salpicado de sangre. Le encantaban las imágenes excesivas, y quién sabe lo que valdrían algún día. Aunque la habitación tenía bastante espacio, la cama era tan grande que costaría meter una cuna. Probablemente tendría que mudarse antes de que naciera el bebé, pensó. Tal vez Dominic y ella podían buscar una casa juntos, en algún lugar más apto para niños, tal vez Islington, o incluso Ealing. Caroline se calzó (unas deportivas con plataformas doradas con las que era casi imposible andar) y entró en la cocina. El piso estaba en los alerones de una casa reformada, de modo que las paredes estaban inclinadas y los armarios tenían ángulos imposibles, pero era un espacio luminoso y alegre y Caroline se sintió bendecida por la suerte y eufórica al contemplar el azul virginal del cielo. Puso la cafetera e iba a encenderse un cigarrillo cuando de repente lo recordó —estoy embarazada—, así que en su lugar abrió el periódico de ayer, y hasta las malas noticias le parecían buenas, e incluso pensó en llamar a su madre.

No, esperaría a decírselo a Dominic primero, de hecho le llamaría ahora mismo. Marcó su número, y sonó y sonó pero no saltó el buzón de voz. Miró su reloj, solo eran las nueve y media, lo intentaría más tarde. Se sentó a ver programas de la mañana en la tele, hasta las doce no tenía que entrar a trabajar, y zapeó hasta encontrar su programa preferido, donde gente zafia se gritaba y chillaba porque se había peleado con su hermana, porque se había acostado con el amante de su madre, o porque su novio no era el padre de su hijo. Es posible que se hubiera creado una imagen dura, una apariencia de «no me toques las narices», pero cada vez que veía ese programa acababa llorando, las emociones humanas condensadas en esos indignos choques a gritos la conmovían como pocas otras cosas. Glen, de Sheffield, estaba a punto de saber si era o no era el padre de su hija de dos años cuando sonó el teléfono de Caroline, que dudó en contestar, pero entonces vio quién era.

—Hola, Dom —dijo, sin el tonillo sarcástico que tanto molestaba a la gente y les ponía a la defensiva.

—Hola, preciosa, he visto una llamada perdida tuya.

—Sí... —Iba a decirlo, a soltárselo, pero entonces cambió de opinión—. Eh, quería saber a qué hora vas a venir esta noche.

—Sobre las siete y media, ¿te va bien? Había pensado en cenar algo y

luego ir a la fiestecilla de cumpleaños de Danielle.

—Genial —dijo Caroline—, nos vemos luego. —Mientras colgaba pensó que sería mucho mejor decírselo en persona. Volvió a sentarse delante de la tele, pero ya era demasiado tarde. Se había perdido el desenlace de la historia del pobre cara-de-hurón de Glen: ¿orgullosa padre o cornudo humillado?, pero al llevarse el café cargado a los labios pintados de brillo morado se dio cuenta de que ya ni siquiera le importaba.

Mientras atajo por las calles traseras, pasando por Liberty's y Great Marlborough Street (hace tiempo que aprendí a evitar los turistas de Oxford Street), intento ignorar otra vez por qué vuelvo a pensar en mi antigua vida, por qué aunque lo he intentado y lo he intentado, ahora que llega mayo no puedo olvidar que este viernes es el aniversario. En cierto modo por eso ha sido tan oportuno mi ascenso: tendré tres cuentas que llevar, dos personas a mi cargo, y trabajaré en contacto directo con la temible Tiger Carrington. Ya no habrá tiempo para pensar en lo ocurrido hace casi un año.

—La gata y la tigresa —dijo Simon entre risas durante la comida el día que lo anunciaron, y yo le hice callar enojada.

—No tiene gracia —repliqué—. Estoy segura de que me odia.

—Cat Brown, nadie podría odiarte —contestó Simon, y yo sabía que no era verdad: ¿qué había de toda la gente de la oficina que pensaba que había ascendido a base de polvos? ¿Y qué hay de mi marido?

Al llegar a las inmensas puertas de vidrio con los cuatro nombres grabados en lo alto, ya no me siento intimidada ni desubicada como aquel primer viernes, con mi deprimente vestido negro y un pañuelo prestado. Ahora me puedo pavonear tan bien como cualquiera de las demás, voy bien maquillada, mi aspecto es caro y elegante, me he dejado seducir por las apariencias hasta extremos insospechables. Sí, últimamente soy una falsificación en toda regla.

Entro en el vestíbulo como si el lugar fuera mío, paso entre muebles de formas extrañas, ante la última recepcionista mona, y cojo el ascensor de paredes de vidrio hasta el tercer piso. Soy la primera en llegar, me siento ante

mi mesa, enciendo el portátil, compruebo mi agenda aunque ya sé lo que me espera. Esta tarde reunión de seguimiento con el cliente del desodorante, presentación creativa para una cuenta de coches el miércoles por la mañana, premios el viernes.

El viernes.

No quiero ir pero sé que tengo que hacerlo, Tiger espera que vaya y no se me ocurre ninguna excusa, desde luego ninguna que pueda darle. Estamos nominados a un premio por un anuncio que rodamos en España, en las colinas cerca de Málaga, para la marca de desodorante Frank. En ese momento me alegré de haber decidido ir por lo legal y recuperar mi nombre de soltera, porque supuso que podía utilizar mi pasaporte. Eso sí, cuando llegamos a la aduana lo pasé fatal, no solo por miedo a que me cogieran, sino porque recordé que en esos momentos estaría llevándome a mi hijo en sus primeras vacaciones al extranjero. Claro está, un vodka doble en el avión me ayudó a anular un poco el pensamiento.

El viaje a España me vino estupendamente. Brillaba el sol y todo el mundo se llevó bien, con la ayuda de la sangría por supuesto. El último día el actor principal (el sudoroso) se cayó del poni que debía montar sobre un arbusto, y una vez vimos que estaba bien nos reímos hasta que nos dolió el cuerpo, especialmente porque todo había quedado grabado.

Presiento que Tiger está entrando por su paso airado. Lleva reflejos plateados y estoy segura de que el moreno es falso, pero aún luce un aspecto elegante y pulcro, está increíble, debe de haberse puesto botox. En lugar de las últimas tendencias, lleva modelos clásicos de diseño y le quedan de maravilla; de hecho ya me gustaría tener ese aspecto cuando tenga sus años. Últimamente me doy cuenta de que pienso en el futuro con bastante libertad, es como si asumiera que después de todo seguiré viva, y me maravilla el vuelco que he dado a mi vida, desde aquella primera semana, en estos últimos meses, aunque tampoco quiero pensar demasiado en cómo ha cambiado, y hacia qué.

—Buenas —ruge Tiger.

—Hola, Tiger —contesto más risueña de lo que en realidad me siento. Trato de pensar en algo que decir, todavía me pone nerviosa—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien —contesta bruscamente.

Me doy cuenta de que no es así y me arrepiento de haberle preguntado. Aunque evidentemente no me lo ha contado ella, está pasando por su segundo divorcio y creo que se encuentra en medio de la mudanza, se va de la casa familiar en Barnes a un edificio de apartamentos pijo detrás de Harrods. Lo siento por ella, pero no puedo decir nada, se supone que no lo sé. Solo me enteré porque Simon me lo dijo, no es que todo el mundo en la agencia lo sepa, pero se me da bien mantener la boca cerrada y Simon me cuenta casi todo. Me he convertido en una especie de sustituta de su esposa, la persona con la que puede compartir sus ilusiones, sus miedos y los cotilleos de la oficina, alguien que le consuela y le aconseja. Parece que a su verdadera esposa solo le interesan el proyecto de reforma de una de sus casas que se trae entre manos, sus dos clases de tenis semanales, o qué coche debería comprarse para reemplazar el Porsche que tiene desde hace apenas un año. No la conozco personalmente, solo he hablado con ella por teléfono, pero Simon me cuenta todo esto y por la forma en la que me lo dice doy por hecho que es verdad. Su hijo de ocho años está en un internado así que no tiene que preocuparse por él, y me pregunto cómo una madre del siglo XXI puede dejar a su hijo apañándose solo en una institución obsoleta, y entonces siento la dentellada de la ironía y la punzada de las lágrimas, y regreso al lunes por la mañana.

—... así que querrán ver los primeros conceptos hoy —concluye Tiger, y no he oído ni una sola palabra de lo que ha dicho, ni siquiera de qué cliente está hablando.

—¿Eh? Sí, claro, Tiger —digo, pero ambas sabemos que estaba en las nubes. Tiger ruge.

—Por el amor de Dios, Cat, ¿tengo que volver a explicártelo desde el principio? Ya le dije a Simon que esto era demasiado para ti, casi no tienes experiencia.

—Perdona, Tiger —me disculpo—. No es eso. —Intento adoptar un tono de humor pero la manera en que me mira me está acojonando y me sale chillón—. Aún no he tomado café y creo que todavía sigo en modo lunes por la mañana. ¿Te apetece uno?

—De acuerdo —dice tras una pausa, y creo que, por esta vez, me he

librado.

Emily volvió del hospital en estado de shock. Había ido por la mañana para una revisión tras unos resultados anómalos en una citología, y, aunque Ben se había ofrecido a acompañarla, le había dicho que no, que estaba bien, que hoy no le dirían nada y no quería que faltara al trabajo. Y en eso se había equivocado. Primero la hicieron esperar sentada en un sillón de vinilo verde en una sala iluminada con luz agresiva, hojeando una copia antiquísima del *Reader's Digest*, y la recepcionista le pidió que rellenara un formulario: necesitaban cierta información antes de que pasara a la consulta. Emily cogió la tabla sujetapapeles y el boli mordido, que estaban unidos como en una condena por un cordel grasiento, y empezó a contestar a las preguntas. Nombre, dirección, fecha de nacimiento, medicación actual (no), otras enfermedades (no), operaciones en los últimos cinco años (no), fecha de la última menstruación (?) Emily se quedó mirando la pregunta y su mente no respondía. ¿Cuándo había tenido la última regla? No se acordaba. ¿Antes o después de las vacaciones de verano? Desde luego no mientras estaban en Creta. No era capaz de pensar. Al final escribió un signo de interrogación y entregó el cuestionario en el mostrador. Se quedó allí, ahora ya preocupada, tratando de recordar la fecha, pero últimamente había estado tan liada en el trabajo que no podía recordar si le había venido. Miró en su agenda. Volvieron de las vacaciones hace, ¿qué?, cinco semanas, y no, desde entonces no había tenido la regla. Entonces debía de hacer más de cinco semanas. Mucho más que cinco semanas. Volvió a coger la revista y empezó a pasar las hojas mugrientas. No lograba concentrarse. Abrió el bolso y sacó el móvil, y pensó en llamar a Ben por si él lo recordaba, pero había otras

personas en la sala, no quería que la oyeran, y tampoco podía arriesgarse a salir de la sala de espera, por si la llamaban. Se le ocurrió enviarle un mensaje de texto, pero habría pensado que estaba loca; si Emily no lo sabía, él menos.

—Señora Coleman —dijo la médico, y Emily se levantó de un salto y la siguió a la consulta, tratando de no mirar la silla con los fríos estribos de metal, ni pensar en que no tardaría en estar ahí sentada.

La médico revisó el formulario que había rellenado rápido y por encima, hasta que llegó a la última pregunta. Levantó los ojos con una mirada socarrona y Emily dijo:

—Lo sé, lo siento, es ridículo, pero no tengo ni idea. —Se hizo un silencio—. Hace poco estuve en Creta —continuó, como si eso lo explicara todo, aunque tal vez así fuera.

La médico sonrió.

—¿Le gustaría hacerse una prueba de embarazo?

—Pero ¿ahora? ¿Me puede decir si estoy embarazada? —Y en cuanto lo dijo se sintió absurda, todo el mundo sabía hacer tests de embarazo. El caso es que ella nunca se había hecho uno, siempre había sido muy cuidadosa, rozando lo paranoico, con los anticonceptivos. Al fin y al cabo, no quería acabar como Caroline.

—Claro que podemos hacerla. ¿Le viene bien ahora? —Emily asintió con la cabeza—. Bien, hagámosla primero y luego la examinaremos.

La enfermera condujo a Emily a una pequeña antesala donde se quitó los pantalones negros y la ropa interior blanca brillante, se puso la bata que le dieron, fue al lavabo de al lado y volvió a la sala de reconocimiento sosteniendo el tarro, prueba o no de la posibilidad de una nueva vida.

—Súbase, señora Coleman. —Emily trepó a la silla y de mala gana abrió las piernas y colocó los pies en los estribos.

—Sé que esto no es agradable, pero ¿podría abrirlas un poco más? —dijo la médico—. Así mejor. A ver, puede que esté un poco frío.

Emily hizo una mueca. Odiaba aquello más que nada en el mundo, no tanto por el dolor sino por la sensación de vulnerabilidad. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de anular la necesidad de cerrar las rodillas.

Dos minutos más tarde la enfermera entró agitada en la consulta. La médico levantó la cabeza.

—¿Y bien? ¿Lo está? —dijo como si nada, como si preguntara si Emily tenía el coche en el parking del hospital.

—¡Ay, sí! —contestó la enfermera.

Emily soltó un grito ahogado, se echó las manos al rostro y empezó a llorar diciendo: «¡Ay, ay!», con una vocecilla estrangulada. La médico y la enfermera se pusieron a ambos lados de ella, diciendo: «Es una noticia fantástica, no llore, señora Coleman», y la abrazaron a pesar de que seguía teniendo las piernas en los estribos, y entre la ansiedad y el pánico, a Emily le vinieron dos pensamientos: lo amables que estaban siendo con ella, y qué demonios le iba a decir a su hermana.

Preparo un buen café para Tiger y para mí, incluso caliento la leche en el microondas, pero ella apenas levanta la mirada cuando se lo doy, está leyendo sus correos electrónicos. Opto por dejarla sola un momento para no molestarla más y vuelvo a mi mesa. Ya ha llegado el resto del equipo y están poniendo en común apuntes sobre el fin de semana: quién se ha tirado a quién, a qué discoteca han ido, o si el último famoso al que le han puesto los cuernos debería dejar a su pareja. Me uno a ellos algo incómoda, no porque encuentre pueril la conversación, últimamente este tipo de charlas me divierte, sino porque el viernes era una más y ahora soy su jefa y no estoy segura de cómo se sienten al respecto.

—Bonitos zapatos —me dice Nathalie—. Apuesto a que son caros.

—Gracias, un poco caros, sí —contesto, pensando en las trescientas libras que me gasté en ellos la semana pasada para celebrar el ascenso, y que hace nueve meses me había comprado un dormitorio entero con ese dinero. Siento una punzadita de vergüenza.

Intento concentrarme en mi mesa mientras sigue el cotorreo del lunes por la mañana. Estoy nerviosa, inquieta, no sé bien lo que debería estar haciendo. Decido escribir un correo a Tiger para aclarar lo que me explicaba antes, no quiero equivocarme y aún me da demasiado miedo hablar con ella.

Hola, Tiger.

Solo quería confirmar si los primeros conceptos que hay que entregar hoy son para Frank.

Lo borro, por si no es para Frank, el cliente del desodorante. Vuelvo a intentarlo.

Hola, Tiger.

Perdona, sé que es una mierda, pero ¿me podrías confirmar para quién eran los primeros conceptos de hoy?

Demasiado sincero, en un tono de disculpa demasiado evidente para mi primer día después del ascenso.

Hola, Tiger.

Por favor, ¿me podrías confirmar para quién son los primeros conceptos hoy?

Gracias, Cat.

Directo al grano, sin demasiadas palabras, sin demasiadas disculpas, con un poco de suerte no le molestará. Le doy a Enviar.

Me paso la mañana buscando lo que necesito para mi reunión con el cliente, arengando a creativos demasiado relajados, corrigiendo briefs fotográficos, encajando agendas y asegurándome de que Nathalie ha pedido la comida. Al dar las doce estoy nerviosa, tensa, y, aunque me había jurado que no lo haría, esta semana no, acabo en el baño de mujeres, con sus elegantes puertas esmeriladas, sus radiantes superficies blancas, y su sofisticado jabón líquido. Solo llevo media raya, es todo cuando necesito para aguantar la tarde, pero por dentro me odio. Vuelvo a mi mesa, deslumbrante y agitada. Tengo un correo en la bandeja de entrada, es de Tiger. Lo único que dice es «Estás despedida», pero me siento tan avispada e invencible que doy por hecho que está bromeando.

Andrew se sentó ante su escritorio gris vacío, miró el informe mensual de ventas que tenía delante y ninguna de las cifras cuadraba. Aunque era consciente de su reputación como el depravado de la oficina (de lo evidentes que eran sus aventuras), hasta hacía poco se tenía un buen concepto de él en lo referente a sus aptitudes. Sin embargo, últimamente a duras penas aguantaba la jornada y sabía que si no se recomponía su jefe se vería obligado a hacer algo pronto.

Las cosas se habían empezado a torcer para él años antes, en el momento en que su mujer le dejó. Con el tiempo había desarrollado tal indiferencia a lo que ella pensara de sus deslices que ni siquiera le afectó su indignación por su comportamiento en la boda de Emily. Así que cuando Frances le dijo fríamente que le dejaba mientras volvían en el coche de Devon, no la creyó. Y cuando aquella misma noche después de la boda hizo la maleta y se fue, estaba seguro de que volvería. Al fin y al cabo, ¿adónde podía ir? Pero no volvió, y Andrew se dio cuenta entonces de que no sabía cómo arreglárselas solo: ni cómo utilizar la lavadora, ni cómo prepararse la comida, ni dónde estaba el jabón para el lavaplatos. Ni siquiera sabía adónde había ido Frances, y se puso a llamar a todo el que se le ocurría, a todos sus amigos, a su hermana Barbara, a Caroline, pero no estaba con ninguno de ellos. Finalmente cayó en la cuenta y se presentó en casa de Ben y Emily, aunque ellos seguían de luna de miel, y suplicó mientras daba golpes en la puerta, pero Frances se negó a dejarle entrar. Descubrió demasiado tarde que su esposa era de la clase de mujeres a las que puedes oprimir y oprimir y oprimir, pero que, cuando alcanzan su límite, ya está, se acabó. Sí, sabía que

ella tenía una llave de la casa de Emily, pero aun así no le pegaba ser tan drástica, y entonces comprendió que debía de estar desesperada.

Andrew se fue deprimiendo conforme pasaba el tiempo y seguía solo, especialmente al ver que Frances parecía prosperar, que iba saliendo de su caparazón, y según Caroline ahora llevaba el pelo corto y moderno, y se había ido a Kenia a hacer una escalada benéfica. Hasta trató de ponerse en contacto con Victoria (después de todo, era a ella a quien quería, ¿no?), pero su amante antaño embelesada por él ignoró sus acercamientos cada vez más a la desesperada por internet, y acabó escribiéndole un e-mail avisándole de que llamaría a la policía si no dejaba de acosarla.

Ya ni siquiera le atraía el sexo. La ironía estaba en que, cuando era algo prohibido y clandestino, valía la pena arriesgarse, incluso pagar. Pero, ahora que podía tenerlo cuando quisiera, se le habían quitado las ganas, y empezó a darse cuenta de lo que le había hecho a su mujer durante tantos años. Se acostumbró a hacer poco más que ir a trabajar y volver a su pequeño apartamento alquilado, alimentarse a base de comida para llevar y ver películas, cientos de ellas, en el canal de pago. Empezó a tener un dolor recurrente en el brazo y, cuando por fin fue al médico, en plena consulta se derrumbó y lo soltó todo: el fracaso de su matrimonio, su deprimente casa nueva, la soledad, el estrés del trabajo. La doctora le recetó antidepresivos y le mandó a terapia de lo preocupada que estaba, y aunque fue a regañadientes y tuvo que esperar tres meses, Andrew accedió a ir, y la terapeuta resultó ser una morena preciosa, y eso le animó un poco, y decidió que tal vez le viniera bien.

Al cabo de casi un año, Andrew había logrado volver a encarrilar su vida, comía más sano, había empezado a jugar al bádminton y volvía a disfrutar de una sonrisa bonita o de unos buenos pechos. Los años pasaban. Sus dos hijas parecían haber encontrado su sitio, y hasta se había convertido en abuelo, y eso era bonito. Pero entonces recibió una llamada de Ben que le envió a un lugar de su mente donde jamás había estado, ni cuando se perdió el parto de sus dos hijas, ni cuando se dio cuenta de su inutilidad como esposo y padre una mañana temprano en una urbanización de Telford, ni siquiera cuando Frances le dejó. Los números de la hoja de cálculo empezaron a bailar ante sus ojos que se iban llenando de lágrimas (como ya ocurría casi cada día) y se

inclinó un poco más sobre las cifras inútiles e indescifrables, con el cuero cabelludo brillándole refulgente bajo las luces de la oficina y a través de lo poco que le quedaba de pelo.

Acompaño a mis clientes a la puerta y me siento en recepción, hojeando *Campaign*, aliviada de que la reunión de seguimiento haya ido bien después de todo. Jessica y Luke, mis dos principales clientes de desodorante Frank (eslogan: «Sé fabuloso, sé Frank»), se habían enterado por e-mail de mi ascenso y están encantados por mí, me lo merezco, es una gran noticia, etcétera, así que ha sido agradable. Los nuevos conceptos creativos han sido bien recibidos (menos mal, al final eran para Frank, aunque Tiger nunca me lo llegó a aclarar), el brief fotográfico les ha encantado y los planners han encontrado la manera de posicionar la nueva fórmula multipartícula de Frank que detiene el sudor incluso en temperaturas más altas. Creo que podría haberlo aguantado sin coca, y en un momento poco habitual de conciencia de mí misma me pregunto qué ha sido de mi corazón. Ahora ya se me ha pasado el efecto y me siento un poco aletargada después de todo el estrés de la jornada, así que apoyo la cabeza un instante sobre el extraño bulto que es el respaldo del sofá y vuelvo a pensar en lo incómodo que es el mobiliario de recepción. Me levantaré en un segundo, pero la verdad es que tengo sueño, el sol de media tarde brilla a través del vidrio de la entrada y me calienta la cara. Qué gusto. Cierro los ojos.

Oigo que se abren las puertas, pero no caigo del todo en la cuenta, me siento demasiado calentita, demasiado adormilada, en estos sesenta segundos de respiro en todo el día.

—¿Qué demonios crees que haces? —gruñe una voz, y antes de abrir los ojos sé que es Tiger y que ahora sí, ya está. ¿Cómo he conseguido empezar tan mal con mi nueva jefa? *Porque te han impuesto, porque cree que te*

acuestas con Simon, me dice una voz tenue. Recuerdo el correo de esta mañana («Estás despedida») y me incorporo bruscamente, con la mirada llena de terror.

Tiger acecha sobre sus tacones, como una amazona, mirándome despatarrada e indefensa sobre el sofá en forma de riñón. Su sonrisa rebosa alegría, algo no está bien.

—Bueno, bueno —dice—. Me acabo de encontrar con Jessica y Luke y te han puesto por las nubes después de la reunión. Puede que al final seas algo más que una pequeña lameculos. —Y entonces da la vuelta sobre uno de sus tacones y se va pisando fuerte hacia el ascensor.

Estoy mareada así que cojo un taxi a casa. Tiger estaba tan encantada con los comentarios de mis clientes de Frank que cuando volví a mi mesa ni siquiera dejó que me sentara, me hizo bajar otra vez y me llevó a la champañería que hay al otro lado de la calle, donde cada una nos tomamos dos deslumbrantes copas servidas sobre immaculados posavasos blancos con un aperitivo de fluorescentes guisantes secos cubiertos de wasabi. No la entiendo: tan pronto es una auténtica zorra, como te suelta una broma que no viene a cuento (por ejemplo, lo del correo diciendo «Estás despedida»; dice que lo vio anoche en un programa de tele en redifusión al que se ha enganchado), o me adora, pero solo porque me adoran los clientes. Y esto último define bastante bien a Tiger: si le soy útil, si le hago ganar dinero, le daría igual que tuviera dos cabezas, y me podría acostar con quien quisiera. De hecho, hasta podría haber matado a alguien.

Vuelvo a territorio más seguro. El mayor secreto que me ha contado Simon hasta ahora es el verdadero nombre de Tiger, Sandra Balls^[5], y no me extraña que se lo cambiara. Simon me hizo prometer y jurar por mi madre que no se lo diría a nadie, pero esta noche, con el tintineo y las burbujas del champán, cuando me dijo que el miércoles tendría que volver a lucirme en la importante presentación para el cliente de los coches, me incliné hacia ella un poco achispada y a punto estuve de susurrarle: «No te preocupes, Sandy», pero al final dije que tenía que irme a casa, que tenía invitados, y salí por la puerta casi corriendo para no buscarme la ruina.

Sentada en el taxi me río de la pobre Sandy Balls (Simon dice que es un parque turístico en New Forest) y estoy segura de que el conductor piensa mírala, otra golfa borracha, así va el mundo, pero ¿es que las damas ya no pueden ser damas? Por suerte, no intenta hablar conmigo, y me quedo mirando por la ventana y observando a gente en ese momento entre horas, demasiado tarde para salir del trabajo y demasiado temprano para irse a casa borracho. Pasamos junto a una ciclista con un culo enorme, unas nalgas infladas como las mejillas de una ardilla, y cuando me vuelvo para verle la cara tiene tal expresión mezcla de esfuerzo, de convicción y de destino que me siento inepta aquí sentada, una pasajera apenas de paso, de hecho una pasajera mezquina. Me reclino y me quedo mirando el techo del taxi, deseando que se me pase el mareo.

Llego a casa sobre las ocho, aún es temprano. Angel está tirada sobre el suelo del salón con su bata blanca, inmaculada y virginal, jugando al ajedrez con Rafael, su amigo chapero español. Él es un genio en el juego, y, aunque también es bastante buena, Angel nunca logra ganarle. Está bebiendo vodka, ahora le gusta con arándanos, así que la copa tiene un color rojizo, como sangre aguada. Yo prefiero tomar un té, y Rafael dice que se apunta a una taza, así que lo preparo en una tetera, incluso pongo la leche en una jarrita, así de civilizadas somos últimamente.

Rafael es un chico encantador. Apenas tiene dieciocho años, pero parece incluso menor, y me ha dicho que lleva trabajando más de tres años. Dice que no se siente explotado, que ya que desarrolló un apetito voraz por que le dieran por detrás, pensó que bien podía también cobrar por ello. En ese sentido, admiro su espíritu emprendedor. Muchos de los clientes están bien, dice, no le dan ningún problema, y el noventa por ciento están casados así que tienen que ser discretos. Cuando me lo contó pensé en mi padre. Después de que mamá le dejara y salieran a la luz todas sus historias, sus interminables aventuras, su afición por las prostitutas, me quedé indignada. Me pregunto ahora si eran todas mujeres; ¿y por qué pagaba por sexo cuando le era tan fácil conseguir mujeres? Me digo a mí misma que nunca lo sabré, que nunca volveré a ver a mi padre, y de repente le echo de menos, y pienso

que tal vez debería servirme un vodka después de todo.

—Jaque —dice Angel en un tono triunfal.

Rafael observa el tablero durante no más de cuatro segundos, mueve su alfil y derriba el caballo de Angel.

—Jaque mate —contesta, y Angel se queda mirando boquiabierta, suelta un berrido en plan de broma y vuelca el tablero.

A partir de ahora voy a esforzarme de veras, colocarme antes de las reuniones no es lo que quiero hacer en mi vida. Ya va siendo hora de madurar, de volver a tener principios: creo que he acabado pareciéndome demasiado a mi hermana gemela. Me alegro de no haberme servido el vodka al final y de haber preparado una tetera para mí y para Rafael, que a pesar de su trabajo es un tío bastante casero. Nos apalancamos a ver un programa en la tele sobre una pareja que está transformando una central eléctrica destartada en una casa de alta tecnología hecha de acero y vidrio, y me llama la atención lo engréidos que son, con su futuro hogar de ensueño, sus niños vestiditos de Boden, su seguridad de estar bendecidos por la suerte y de que pueden planear la vida al detalle, y me pregunto qué tragedias les deparará el futuro y deseo que les ocurran pronto. No me gusta esta faceta de mí misma, antes no era así, pero esta noche no puedo evitarlo.

Tal vez sea porque solo quedan cuatro días para el 6 de mayo.

Cuando el programa termina, vibra el teléfono de Rafael, comprueba sus mensajes, se levanta alegremente y dice:

—Cliente habitual. Me piro, ¡hasta luego!

Nos lanza un beso y se va a una cita en la que prefiero no pensar. Angel va a prepararse un baño, esta noche también trabaja, yo cambio de canal a las noticias, y una mujer ha matado a sus hijos en un hotel de Grecia, no puedo creer que alguien pueda hacer algo así. La historia me deprime aún más y me siento agotada por el día, agotada por mis cavilaciones camino del trabajo, por la cocaína y la reunión con los clientes y por el champán con Tiger. Creo que yo también necesito un baño, me lo daré después que Angel: me siento tan asquerosa por fuera como por dentro. Y luego me meteré en la cama pronto e intentaré dormir un poco, no pensar en el viernes.

Tumbada en la bañera pienso en el día de hoy, y en los últimos nueve meses. Por una parte me siento orgullosa de mí misma, pero por otra me doy asco. No soy como Angel, ella se ha pasado media vida cuidando de su propia madre, no me extraña que haga alguna de las cosas que hace. A Angel nunca le han enseñado a distinguir lo que está bien de lo que está mal. A mí, sí. Ahora que estoy asentada, que incluso tengo éxito, no necesito seguir tomando drogas o robando. No necesito diferenciarme de manera tan descarnada de la chica que un día fui: lo he logrado, ya estoy al otro lado. Doblo las rodillas, deslizo la espalda por el extremo inclinado de la bañera, y mi piel chirría contra el esmalte. Sigo bajando hasta que mi cabeza se encuentra con el agua, y bajo y bajo, y siento las burbujas reventando sobre mi cráneo apoyado en el fondo duro y plano de la bañera. Me quedo así hasta que siento la cabeza caliente y a punto de estallar, y entonces espero un poco más. Cuando ya todo parece demasiado me empujo con los pies contra el extremo donde está el grifo y salgo de entre la espuma, y el agua se desborda detrás de mí y empapa el suelo. Cojo una toalla y hundo la cara en ella. Cuando por fin me la quito está húmeda y caliente del agua del baño y de las lágrimas, lágrimas de renacimiento y absolución.

Dominic se presentó en casa de Caroline a las siete y media clavadas, siempre le había gustado su puntualidad. Llevaba una camiseta blanca de cuello en pico y unos pantalones que parecían nuevos, y a pesar de que era carpintero a ella le parecía más bien un modelo, y no dejaba de maravillarse de que fuera hetero. Él fue el encargado de hacer los escenarios para los desfiles de fin de curso de los estudiantes de diseño de moda, y todas las chicas estaban detrás de él. Pero Dominic se había fijado en ella —les unieron las épicas telas de araña de su proyecto— y casi cinco meses después todavía parecía embelesado. Por alguna razón, ignoraba los venenosos comentarios de Caroline y sus constantes frases humillantes le entraban por un oído y le salían por otro, hasta el punto de que había dejado de decirlas. No es que fuera estúpido, simplemente era de esa clase de persona que parece tener demasiada autoestima como para tomarse las cosas a pecho. Caroline notaba cómo crecía el respeto por su novio, un cambio agradable considerando que solía pasarle al revés con los hombres, después de un comienzo emocionante y tras desalentarles pisoteando su confianza como una colilla.

Esa noche Dominic parecía estar de buen humor, y aunque a Caroline no le hubiera importado quedarse en casa y contarle la noticia allí, a él le apetecía salir.

—He pensado que podíamos probar un italiano que han abierto en Soho —dijo—. He oído que está bien. ¿Te apetece?

—¡Claro! —contestó Caroline. Le encantaba que Dominic tomara la iniciativa, que no esperara a escuchar sus sugerencias, y le alegraba tener un

hombre fuerte en su vida, para variar. Iban caminando hacia el metro cuando un taxi pasó junto a ellos y Dominic lo paró, algo que sorprendió a Caroline, porque ninguno de los dos tenía demasiado dinero y parecía algo extravagante.

—No te preocupes, Caz —dijo Dominic rodeándola con su brazo de manera que ella notó su olor a limpio y pensó: sí, yo podría hacer esto, ser normal, tener una relación de verdad, ser como otra gente. Aún era joven, pero ya había visto muchas cosas, y había vivido bastante. No, no era demasiado pronto. Caroline se inclinó sobre él y sintió más seguridad sobre lo que tenía que decirle, mientras el taxi gruñía entre las calles hacia el West End con la luz del día atenuándose.

Estaba delante de Dominic en el restaurante decorado con alicatados azules y notó que él estaba nervioso, aunque no sabía por qué (a menos que él hubiera adivinado lo del bebé y se hubiera dado cuenta de su agitación). Normalmente, Caroline habría conducido la situación de un modo completamente diferente, habría arrojado al suelo el test de embarazo y, sin siquiera lavarse las manos, habría cogido el móvil y habría dicho algo como: «Estoy embarazada. Supongo que querrás que aborte...».

Esta vez pensaba que quizá no quería abortar, que tal vez estaba con un hombre que la quería y se alegraría de la noticia. Estaba jugando con su servilleta cuando trajeron la carta. Dominic pidió champán. «Tiene que haberlo adivinado», pensó, «y menos mal, está contento».

El camarero les puso dos copas y una de ellas le pareció algo sucia a Caroline, como si tuviera algo en el fondo. Para variar no dijo nada, no quería hacer una escena y fastidiar el momento. Al subir las burbujas Dominic levantó su copa y dijo:

—Por nosotros, Caroline. —Y se levantó del asiento, como si se le hubiera caído algo, y mientras Caroline le veía arrodillándose a su lado se produjo una explosión, una ráfaga brutal, y entonces los dos estaban tirados en el suelo. Su estómago se inundó de dolor. Hubo un largo silencio hasta que alguien soltó un alarido agónico y prolongado, y entonces todo el mundo se puso a gritar histérico, todos menos Dominic.

Allí, bajo la mesa del restaurante, Caroline supo que no estaba seriamente herida, tal vez le hubiera caído algo encima, pero Dominic ya se estaba levantando, gracias a Dios aparentemente ileso, aunque parecía conmocionado y aterrorizado. Otras personas estaban histéricas y parecía faltarles la respiración, aunque no estaban ensangrentadas ni mutiladas. La mayoría de los platos y los vasos estaban hechos añicos y había muebles tirados por todas partes, pero más allá de eso sorprendentemente parecía que los destrozos eran mínimos. Una vez sosegados los gritos, la gente se quedó mustia, como si no supieran qué hacer. La calle era un caos absoluto, alguien gritó que había explotado la fachada entera del Admiral Duncan. Dominic cogió una silla del suelo, sentó a Caroline, y dijo:

—Caz, ¿estás bien? Debe de haber una carnicería ahí fuera, voy a salir a ver si puedo hacer algo. Espera aquí.

La besó en lo alto de la frente y desapareció en medio de la noche, entre el humo y los gritos y las uñas retorcidas y la carne golpeada. Y no volvía. Caroline se quedó allí sentada, temblando e incapaz de pensar, durante tres cuartos de hora tal vez, era como si no pudiera procesar todo lo que le había ocurrido aquel día: una raya azul, el rugido del motor de un taxi, un intenso destello blanco, y el aire viciado, apestoso y gris. Cuando por fin cayó en la cuenta de lo que Dominic estaba haciendo antes de estallar la bomba, salió en su busca, ajena a la gente que sangraba y a todo el caos: solo le quería a él, a su casi prometido. La policía estaba evacuando a todo el mundo de Old Crompton Street y se la llevaba por Frith Street hacia Soho Square, donde ya habían habilitado un campamento para los heridos. Se zafó de una agente, gritando: «¡Tengo que encontrar a mi prometido!», y atravesó el cordón policial. Iba esquivando cuerpos que poco le importaba si estaban vivos o muertos; simplemente tenía que encontrarle, decirle que sí, que entre todo aquel odio y horror latía un nuevo corazón, puro e inocente, en algún lugar dentro de ella.

No podía encontrarle. El móvil pasaba directamente al buzón de voz. Tenía que ver si había vuelto al restaurante, tal vez se hubieran cruzado entre el

caos, pero dentro estaba todo oscuro y alguien había cerrado las puertas. La fachada del pub al lado del restaurante había volado y el humo y los cascotes flotaban a la deriva en el cielo sucio. No sabía qué otra cosa hacer ni adónde ir, así que siguió a las últimas personas que salían tambaleándose del pub hacia la plaza, donde yacía la gente atendida por el personal de las ambulancias. El ambiente era desolador. Caroline recorrió la plaza dos veces buscándole, pero no le veía. Estaba a punto de salirse del cordón policial, para meterse en Charing Cross Road y rendirse, intentar coger un taxi y marcharse a casa (¿qué otra cosa podía hacer?), cuando de repente vio una cabeza de cabello oscuro inclinada sobre una figura herida, y una camiseta blanca sucia y teñida de sangre. A su lado había un médico, bombeando con urgencia.

—¡Dominic! —exclamó, y, al levantar él la mirada, Caroline vio que el joven al que atendían tenía un agujero en el costado.

—Lo siento, Caz, ahora no —dijo apartando la mirada. Algo se rompió dentro de Caroline.

—¡Llevo horas buscándote, joder! —gritó ella—. ¿Cómo has podido dejarme así sin más?

—¡Cállate, Caz! —dijo Dominic con tono agotado.

—Nada de «cállate, Caz», gilipollas. Me has abandonado, me has dejado en ese puto restaurante y no has vuelto a por mí, y yo sentada allí como una imbécil, esperando a decirte que voy a tener un hijo tuyo. —Y entonces echó a correr tropezándose por el césped y salió por la verja lateral de la plaza, ignorando los ruegos conmocionados de Dominic pidiéndole que volviera.

Al final Caroline encontró un taxi a la entrada de un bar al lado de Goodge Street, donde la gente seguía riendo borracha, porque aunque habían oído una especie de explosión, estaban demasiado ocupados olvidándose de la semana como para preocuparse de lo que pudiera estar pasando a apenas un kilómetro de allí, o preguntarse por qué aquella chica pasaba manchada, sollozando y tambaleándose junto a ellos. El taxista tampoco se fijó demasiado en su aspecto, no desentonaba con el curso de un viernes por la noche, y no se había enterado de lo de la bomba (no escuchaba las noticias, era demasiado

deprimente). Sentada allí, sola en el asiento trasero, el espacio se le hizo inmenso, vacío, como si pudiera caer en él, sin que Dominic estuviera para protegerla. ¿Cómo demonios se había torcido tantísimo la noche? De un paseo colmado de esperanza en un taxi a otro teñido de dolor. Sabía que Dominic ya nunca volvería a ella, no después de esto, todo estaba perdido: perdido por la tragedia que les había envuelto, por su asqueroso comportamiento, y por la mirada que había visto en los ojos de él.

Caroline sentía la necesidad de contárselo a otra persona, para hacerlo más real: estaba muy desorientada, y pensó que tal vez la raya azul solo fuera producto de su imaginación. Llamó a su madre pero el teléfono no dejaba de comunicar. Echó pestes e intentó dar con su padre, pero sonó y sonó hasta que saltó el contestador. Marcó el siguiente número sin pararse a pensar. Y cuando su hermana gemela contestó, Caroline no sabía qué decir.

—¡Hola, Caroline! —dijo Emily—. ¡Qué bien saber de ti!... ¿Hola? ¿Hola? Caz, ¿estás ahí?

—Sí —dijo Caroline llorando—. Estoy embarazada.

—Oh —exclamó Emily. No sabía si era una buena o una mala noticia, no sabía qué decir—. ¿Por qué lloras, Caz? —dijo con ternura.

—Me ha pillado la bomba y luego perdí a Dominic, y estaba a punto de pedirme que me casara con él y ni siquiera sabía lo del bebé, y ahora le he llamado gilipollas. Y, ay, Emily, le quiero tanto y quiero que tengamos este hijo y ahora lo he perdido, lo he perdido.

Emily jamás había recibido una llamada como aquella de su hermana, Caroline nunca había acudido a ella, y se sentía agradecida. Pensó rápidamente. Mañana era sábado, no tenía planes que no pudiera cambiar, y además no podía soportar oír a Caroline así.

—Voy para allá, Caz —dijo—. Cogeré el primer tren de la mañana.

—Oh —contestó Caroline. No era eso lo que había planeado, de hecho ni siquiera quería hablar con Emily.

—Si quieres —añadió Emily.

Caroline se quedó en silencio y debía de seguir traumatizada, porque de repente se oyó a sí misma diciendo:

—De acuerdo.

—Te veo por la mañana —dijo Emily—. Adiós, Caz, sé fuerte. Te quiero.

—Yo también te quiero, Em —respondió Caroline, y las dos colgaron desconcertadas, emocionadas, llorando.

Emily no estaba segura de si debía ir. ¿De veras quería Caroline que estuviera allí? Tampoco parecía desearlo tanto cuando se ofreció: normalmente rechazaba cualquier acercamiento amistoso de su hermana. Emily pensó en volver a llamarla para asegurarse antes de salir, pero temía que eso pudiera ofender a Caroline, como si estuviera intentando escurrir el bulto, y además la pobre había sufrido un atentado, debía de haber sido espantoso. Al ver las noticias, Emily se quedó conmocionada: había dado por hecho que como era habitual Caroline estaba exagerando, con todo aquello de que su novio le iba a proponer matrimonio y que el restaurante había explotado y él había desaparecido, pero desde luego la parte del atentado era verdad. ¡Pobre hermana!

El viaje en tren se le hizo eterno, había obras en las vías cerca de Northampton, y cuando por fin llegó a Euston siguió las señales hacia el metro e intentó orientarse. Apenas conocía Londres y tampoco se le ocurrió preguntar a Caroline; suponía que Brick Lane tendría su propia estación de metro, pero al parecer no era así. El metro estaba a demasiada profundidad como para llamar y preguntarle, y tampoco veía vigilantes a los que pedir ayuda. Miró al resto de viajeros sobre el andén: había dos jóvenes con mochilas, camisetas de béisbol y zapatillas blancas último modelo que parecían tan perdidos como ella; una diminuta anciana asiática con un precioso sari naranja y calcetines y sandalias a juego, que miró hacia otro lado cuando Caroline fue a preguntarle; una chica taciturna, completamente vestida de negro y con los ojos muy maquillados, que probablemente había estado toda la noche de fiesta. La única otra opción era un chico negro guapísimo con pendientes y collares de oro, y, cuando se armó de valor para preguntarle, él sonrió de tal forma que le dieron ganas de llevárselo a casa para que conociera a su madre. Le dio las gracias, sonrojada, y luego se acercó a mirar el mapa del metro para buscar los transbordos para llegar a Aldgate East.

Cuando Caroline abrió la puerta Emily se quedó horrorizada. Tenía los ojos tan hinchados que parecía que le hubieran dado una paliza. Parecía furiosa de verla, tanto que Emily pensó que quizá no debería haber venido. El piso de Caroline era excéntricamente moderno, todo colores primarios, objetos raros y pornografía artística. En la entrada había colgados tres bombines idénticos en línea, sobre fotografías en blanco y negro con primeros planos de monos que parecían torturados y doloridos, y Emily se preguntó si tal vez las habrían sacado en laboratorios científicos. No quería preguntar, pero le hacían sentirse incómoda.

Caroline se quedó de pie junto a la puerta, con el ceño fruncido. Emily entró en la pequeña cocina inclinada y encendió el hervidor mientras su hermana la miraba aturdida. Preparó un té y lo sirvió con dos cucharadas de azúcar para Caroline, parecía necesitarlas, y, al posar la cuchara en la mesa, su hermana se derrumbó de repente sobre el suelo y empezó a gemir como un animal.

—Caz, venga, cariño, todo irá bien —dijo Emily agachándose para rodearla con sus brazos. Al ayudarla a levantarse, vio una mancha roja de sangre, salpicada sobre los azulejos blancos como otra obra de arte extravagante, y, cuando miró a lo poco que se veía de los ojos de su hermana bajo la hinchazón, cayó en la cuenta de lo que ocurría.

Logro pasar el resto de la tortuosa semana sin volver a tener problemas con Tiger. La presentación creativa para el nuevo coche de siete plazas fue muy bien: para mi sorpresa, a los clientes les encantó nuestra insulsa idea de los quintillizos, y mi equipo parece llevar bien mi nuevo estatus, de hecho parecen incluso tenerme respeto, incluso aunque yo no me lo tenga. Eso sí, me enorgullece no haberme metido nada de droga desde el lunes en la comida, y hasta he conseguido que esta semana Angel cambie el vodka por té, las dos estamos oficialmente en pleno furor saludable. Puede ser que por fin esté dando un giro, que haya acabado con los excesos que me han ayudado a sobrevivir.

Ahora solo me queda un escollo que superar, pero es el más grande y no sé cómo afrontarlo, qué hacer, si debo asumirlo o alejarme de ello ahora que ya está aquí.

Aquí.

Simon ha prometido llevarme a comer para celebrar mi primera semana como directora de cuentas, y le he dicho que sí, así que lo pasaré con él, no soy capaz de hacerlo sola. Sé que Tiger me hará trizas, pero por esta vez me da igual. Tal vez debería haberme tomado el día libre, pero ¿qué iba a hacer sola? ¿Cómo aguantar dentro de mi propia piel? Puede que estar con Simon me ayude.

Miro mi reloj. Las 11.07. Faltan tres horas y siete minutos. Los números son demasiado concretos, no puedo escaparme de ellos. Tengo calor y estoy como embriagada, no soy capaz de concentrarme. Siento mi determinación escurrirse como si alguien me hubiera quitado el tapón, y me levanto de la

silla y paso al lado de la mesa de Nathalie, por detrás de la de Luke, hacia esos fabulosos aseos. Dentro de mi mente aparece la imagen de mi marido y de mi hijo por un instante, pero acaba esfumándose mientras les ruego que me perdonen...

Simon me lleva a un restaurante elegante cerca de Tower Bridge, creo que Angel dijo que antes vivía por aquí. Le sugerí a Simon que fuéramos a un sitio cerca de la agencia, hay cientos de posibilidades, pero parece haber intuido que algo me pasa hoy e insiste en que con el día tan magnífico que hace se estará bien junto al río. Me encanta que utilice un vocabulario tan anticuado: todo es siempre magnífico o estupendo, o lamentable o catastrófico. Es un caballero por naturaleza, tal vez sea esa la razón por la que no ha tenido agallas para dejar a la infame de su mujer, porque sería desconsiderado. Sé que está un poco enamorado de mí y admito que yo también siento algo por él, pero, aunque nunca me pregunta el porqué, de alguna manera sabe que no debe llevarlo más lejos.

Nos sentamos junto a una ventana abierta y la brisa del Támesis nos envuelve, y un hombre con pajarita toca el piano de cola y el ambiente es selecto, discreto. Simon tenía razón, es muy agradable. Por un rato me olvido de mí misma, bebemos vino blanco y compartimos una bandeja espectacular de pescado, y cuando vuelvo a mirar el reloj son las 13.45. Quedan veintinueve minutos. ¿Para qué? Para un estúpido aniversario en un día marcado por la fatalidad. No puedo evitar pensar que hace exactamente un año todavía tenía un marido maravilloso, un hijo encantador, y estaba embarazada de otro. Era feliz, empalagosamente feliz, y desde entonces les he fallado a todos, de maneras distintas. Trato de recordarme que esta forma de pensar no ayuda, y dejo que me rellenen la copa de vino. Lo he manejado tan bien durante tantos meses, que creo que casi había olvidado que una vez fui Emily Coleman, pero, a la hora de la verdad, no soy capaz de obviar esta fecha. Cuanto más he intentado olvidarla, más me ha acechado, amenazadora, devolviéndome al pasado. Eso sí, al menos he sacado algo bueno de este día: he dejado las drogas, sí, definitivamente, a partir de hoy. Me siento orgullosa de mi actitud esta mañana: cuando llegué a los baños de la agencia, dispuesta

a esnifar otro poquito de olvido, y pensé en la fecha que era y en mi querido hijo, en lo que pensaría de su madre, me fui directa a uno de los lustrosos cubículos y vacié todo el contenido del paquetito en el retrete, y tiré de la cadena.

El pianista empieza a tocar un tema que habré oído mil veces pero que no recuerdo cómo se llama, y eso me inquieta. Me pregunto qué estarán haciendo ahora mismo Ben y Charlie, y de nuevo trato de ahuyentar el pensamiento. Oigo una voz, y me doy cuenta de que Simon está hablando.

—¿Has probado el cangrejo? Realmente delicioso. —Le miro aturdida y sacudo la cabeza, con la mirada desolada. Él ve una debilidad en mí, una grieta, y me coge de la mano.

—Mi querida Cat, ¿por qué estás tan triste? Sabes que puedes hablar conmigo. Me puedes contar cualquier cosa, como amigos. —Y lo dice con tal ternura y sinceridad que me siento tentada, más que nunca, incluso más que en estas últimas noches de fiesta con Angel, en las que me he emborrachado y colocado y estaba loca de ganas de contárselo, llevo demasiado tiempo conteniéndolo. Necesito tan desesperadamente que pasen estos próximos minutos, tal vez sería mejor hablarlo de una vez, contárselo a alguien. Titubeo al borde del habla, como si dar forma a las palabras pudiera empeorarlo de algún modo, o mejorarlo. Es como si estuviera en lo alto de un trampolín, con el cuerpo contraído, doblado y temblando. ¿Puedo? ¿O no puedo? Templo los nervios y doy un paso hacia el vacío.

Caroline respiró detenidamente sobre el auricular, demasiado perdida, demasiado dañada para pensar qué decir. Dominic había tardado dos días enteros en hacer esta llamada, y mientras tanto ella había perdido el bebé. Los dos habían sufrido tal trauma que no sabían cómo llegar al otro. Aquel mismo día, Caroline había sacado el test de embarazo del armario del baño y, al ver que la raya azul ya no estaba, había empezado a pensar que realmente se lo había imaginado todo. Lloró por la raya, por el diamante en su copa, y se preguntó dónde estaría ahora, qué habría sido de él. Pero la mayoría del día lloró a su bebé, aquello en que la raya debería haberse convertido. En sus otros embarazos, el feto siempre había sido un problema del que librarse, pero en este caso era un milagro, un vínculo entre Dominic y ella, símbolo de su amor. Pero ahora ambos sabían que el amor había desaparecido, y también su hijo, y que ya nada se los iba a devolver. Y la única otra persona que lo sabía era Emily, y Caroline nunca le había contado nada. Era extraño sentir cómo les había acercado este asunto, aunque Caroline sabía que no era más que una anomalía, que no duraría. Eso sí, tenía que admitir que Emily había estado fantástica, serena y en ningún momento moralizante, incluso cuando le describió su infame arrebató en medio de la masacre en la plaza de Soho.

—Eran las hormonas, el shock, todo junto, Caz ¿qué esperabas? —le dijo Emily cogiéndola de la mano, y aquel contacto le resultó extrañamente tranquilizador. Tal vez debería dejar de ser tan horrible con su hermana, sería agradable tenerla como amiga para variar.

Dominic colgó diciendo que volvería a llamar pronto, y Caroline se quedó sentada inmóvil. Ni siquiera se había ofrecido a pasar a verla, y

sospechaba que tampoco la había creído cuando le dijo lo del bebé, cómo lo había perdido, de algún modo parecía demasiado conveniente. Eso sí, tal y como prometió, volvió a llamarla varias veces. Cada vez que lo hizo salieron a cenar y, aunque siempre se disculpaba, nunca volvió a ser puntual. Las cenas eran incómodas, tortuosas. La primera vez, Caroline insistió en que fuera a casa con ella, e intentaron hacer el amor pero resultó embarazoso, humillante, y ni siquiera se quedó a pasar la noche. Al final, Caroline ya no aguantaba fingir, vivir ese vestigio de una relación que un día fue real, y una noche de madrugada le puso fin con un mensaje de texto. Dominic no puso objeción, y Caroline volvió a preguntarse cómo habría sido su historia de no haberles cogido el atentado, si hubieran ido a cenar a otro sitio aquella noche. Un año después se enteró por unos amigos de que Dominic se había casado, que su mujer estaba embarazada, y aquella noticia unida a la pérdida de su bebé no dejó de perseguirla nunca.

Luce el sol a la orilla del río, y he decidido confiar en Simon, así que empiezo a articular los labios para contarle ¿qué? ¿Que en realidad no soy Cat Brown, sino Emily Coleman, que soy una farsante, un fraude, una desertora? Sí, por qué no, puede que me haga bien decir la verdad de una vez. Cuando se están formando las primeras palabras, bajo la mirada sin pensar, y ahí está en mi teléfono con toda su contundencia digital:

14.14
6 de mayo

Siento náuseas, empujo la silla chirriando hacia atrás y salgo del restaurante corriendo lo más rápido que puedo. Consigo aguantar hasta que llego a la orilla y entonces vomito sobre la barandilla, me salpica y me desmayo sobre mi propio vómito, y entre toda esta humillación deseo estar muerta por millonésima vez.

Estoy tumbada en la cama en casa, en Shepherd's Bush, y, aunque ya no llevo la misma ropa, me apesta el pelo (¿o es la boca?). Angel está sentada en una silla al otro lado de la habitación viendo la tele, y cuando nota que me muevo se levanta y se acerca. Me siento avergonzada, aunque no estoy segura de por qué. Recuerdo que Simon y alguien (¿era un camarero?, ¿un turista que pasaba por allí?) me ayudaron a levantarme y me llevaron junto a la orilla del río hasta encontrar un taxi. No estaba inconsciente (tampoco lo

estaba el año pasado), pero sí en el mismo estado de histeria que entonces, y ahora recuerdo que Simon debió de llamar a un médico para que me diera algo, porque la nebulosa de la droga es inconfundible. Deben de haber pasado horas y con una sacudida me acuerdo de Tiger, de la gala de premios, y de repente he vuelto al presente, ya no estoy en mi pesadilla recurrente.

—Tengo que levantarme —digo—. Se supone que esta noche tengo que estar en el Dorchester.

—No seas ridícula, cariño —contesta Angel—. Esta noche no vas a ninguna parte.

Un año entero.

Siento como una necesidad de levantarme, de seguir con el resto de mi vida, como si no hubiera tiempo que perder. Es como si hubiera pasado de la desesperación a ¿qué? ¿La aceptación? Mi antigua vida, la vida feliz, queda más de un año atrás; ya no puedo decir: «El año pasado por estas fechas estaba...», y es un alivio. Trato de levantarme de la cama, pero estoy demasiado zumbada, y me derrumbo otra vez sobre las almohadas. Angel me cubre con el edredón.

—Quédate aquí, cariño. Voy a prepararte una buena taza de té —dice apretándome la mano y sale de la habitación cerrando la puerta con suavidad, y al verla me siento agradecida por que cuide de mí como lo hacía mi madre, y me doy cuenta de lo afortunada que soy por tenerla conmigo.

Me pregunto cómo sabía Simon mi dirección, porque no la he dado en la oficina, siguen teniendo la de Finsbury Park. Debíó de mirar mi teléfono y llamar a alguien. Solo tengo a gente de la agencia y clientes en los contactos, además de un par de pseudoamigos como Bev y Jerome, de la antigua casa. Y Angel. Probablemente le pareció extraño: casi ningún amigo, ni Mamá, ni Papá. Ya le he hablado bastantes veces de Angel y ahora caigo en la cuenta de que Simon ha debido de estar antes aquí en el piso, y que probablemente se han conocido, y me siento absurdamente celosa.

Angel vuelve a entrar con una taza rosa en la que el hombre se queda desnudo cuando la bebida está caliente. Creo que quiere animarme, así que sonrío para complacerla.

—Nunca me dijiste que Simon fuera tan mono —dice Angel.

—Ah —contesto yo—. ¿Te parece? —Y vuelvo a pensar: «Aparta tus

manos de él», y me pregunto qué me está pasando.

—Estaba muy preocupado por ti, cariño —continúa—. ¿Es posible que esté un pelín enamorado de ti?

—No —respondo demasiado rápido.

—En fin, ¿qué ha pasado? —pregunta—. Apareces drogada hasta arriba y cubierta de Dios sabe qué. Se supone que esta semana nos íbamos a desintoxicar. —Angel se ríe con nerviosismo y puedo notar que está muy preocupada por mí, lo cual aumenta mi determinación por demostrarle que estoy bien, que ya ha pasado lo peor, no quiero disgustarla. Mi teléfono suena sobre la mesilla. Angel lo coge antes que yo.

—Es Simon —dice—. ¿Contesto?

—Sí —respondo, aunque quiero decir lo contrario, y por primera vez me doy cuenta de lo peligroso que es tener una amiga tan guapa como Angel.

—Hola, Simon... No, soy Angel... Ah, estoy bien, gracias (*risilla*)... Acaba de despertar, está bien, creo... Sí... No (*risilla*). Le he dicho que es una locura... Ah. Vale, eres muy amable, ahora se lo pregunto... ¿Quieres hablar con ella?... Ah, vale, pues hasta luego, tal vez. Adiós.

—¿De qué iba todo eso? —digo. La única vez que me he enfadado con Angel antes de hoy fue el día que fuimos de compras y me enteré de que era cleptómana, y aquello se me pasó bastante rápido.

—Simon dice que si más tarde te encuentras mejor, siempre puedes acercarte a tomar una copa después de la cena. Aparentemente hay otra persona que no puede ir..., creo que ha dicho Luke, así que ha dicho que si quiero acompañarte no hay problema. —Lo dice de forma candorosa, sin segundas intenciones, y me avergüenzo de mis celos. Solo tengo dos amigos en el mundo y no quiero que se encuentren, ¿cómo se puede ser tan infantil? Tal vez sea la droga que me ha dado el médico, no me siento del todo bien.

—No sé —digo malhumorada. Saco las piernas de la cama para levantarme y esta vez Angel no trata de pararme, parece que ya no le importa que salga.

—Date una ducha —dice—, y veamos cómo te sientes más tarde.

Con un gruñido, voy tambaleándome hacia el baño.

Emily estaba mirando a su bebé dormido en la cuna, fascinada. Acababa de abrir las cortinas y la luz de final de verano inundaba la pequeña habitación: ya era hora de que despertara, tenían que ir a ver a sus suegros en Buxton. Bajó el lado de la cuna para cogerlo y levantarlo, y al hacerlo los personajes de Winnie the Pooh del móvil se movieron ligeramente, como si también ellos despertaran. Dudó antes de cogerlo, mirándolo de nuevo, como si fuera un milagro, porque para ella lo era: esa cabeza perfecta y redondita, su suave pelo peinado hacia un lado, y ese moflete tan rechonchito que parecía una almohada para su hombro; los brazos en alto como en señal de rendición, con los codos en ángulo recto de forma que las muñecas quedaban a la altura de su nariz; la tripita subiendo y bajando bajo el mono blanco, al son de su respiración suave y ronca (nunca creyó que los bebés roncaran); las piernas regordetas y bien abiertas con unos diminutos calcetines blancos, aún demasiado grandes para él, que casi se tocaban en las puntas. La cuna era blanca, la sábana y la manta eran blancas, parecía tan limpio y puro que Emily quería quedarse en ese momento y mirarle para siempre.

Le sorprendía lo mucho que le había afectado la maternidad, cómo le había hecho ver todo de manera distinta, más sencilla por alguna razón. En realidad, ella no quería quedarse embarazada, y, aunque Ben llevaba mucho tiempo deseándolo, Emily le fue dando largas: no quería disgustar a Caroline, aunque ahora comprendía que era ridículo. Le encantaba hasta el último detalle de ser madre: los olores, el calor, ese darse de forma incondicional a su hijo, incluso cuando la volvía loca con sus berridos, incluso cuando estaba agotada al cabo del día. Le encantaba lo mucho que tenerlo les había unido a

Ben y a ella, aún más si cabía, y hasta Caroline había reaccionado de maravilla. No merecía tanta felicidad.

Conforme la luz le iba despertando, el pequeño abrió los ojos y pestañeó mirando a su madre, y, en lugar de lloriquear como solía hacer, su rostro se iluminó con una sonrisa desdentada, y Emily se inclinó y lo cogió en sus brazos mientras él arrullaba y gorgoteaba. Pensó entonces en lo rápido que había pasado el tiempo, y que en apenas dos meses debía volver al trabajo, incluso tenían reservada una plaza en la guardería. Probablemente tuviera que despertarle algunas mañanas (seguro que entonces no sonreiría) y menudas serían las prisas para darle de comer, vestirle y salir de casa. Según se acercaba la fecha, Emily temía cada vez más el momento de volver. Tal vez fuera entonces, sentada entre los peluches del bebé en el sillón de su cuarto, en ese precioso instante de quietud, cuando se dio cuenta, y se preguntó cómo decírselo a Ben.

Al final se lo dijo así, sin más, esa misma noche cuando estaban en la cama, haciendo piecitos y apretándose el uno contra el otro.

—Ben, no quiero volver al trabajo —dijo.

Su marido se incorporó y se apoyó sobre un hombro para poder verla bien bajo la luz tenue. La cogió de la mano.

—Sé que siempre he dicho que quería hacerlo, pero ahora no soporto la idea de dejarle en una guardería. Me necesita, necesita a su madre.

—Caray, sí que has cambiado de opinión —dijo Ben inclinándose para besarle la nariz.

—Entonces, ¿no te importa? —dijo Emily.

—Claro que no.

—Tendremos menos dinero. ¿Qué hay de las vacaciones, de buscar una casa más grande y tener dos coches? Probablemente tengamos que vender uno.

—Emily —dijo Ben—. Todo eso me da igual. Tenemos una familia, eso es lo único que importa.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿No estás siendo asquerosamente amable como de costumbre?

—No —contestó él—. De hecho, prefiero que sea así, pero no te lo había propuesto porque no parecía que quisieras dejar tu trabajo. La verdad es que el dinero me importa una mierda. Ya nos las arreglaremos.

—Te lo recordaré cuando estemos comiendo pan con manteca y tengamos agujeros en los zapatos —dijo Emily, pero se sentía tan feliz que le daba igual si al final acababan así.

De pie bajo el chorro de la ducha, me quito el vómito del pelo. Aún me siento rara: vacía, limpia, no sé cómo explicarlo. ¿Por fin libre? Me pregunto qué clase de drogas me dio el médico de Simon, por qué tengo las piernas tan débiles y la cabeza tan tranquila. Le cojo a Angel un poco de exfoliante de cara con aroma de piña, y, aunque me pica la piel, no siento nada. ¿Se habrá acabado todo?

Al salir de la ducha, noto más fuerza en las piernas y pienso en mi nuevo vestido de satén verde jade con una abertura en la pierna y mis nuevos zapatos plateados con tacón de aguja; quizá debería ir, puede que sea divertido si viene Angel.

¿Divertido? ¿A quién quiero engañar?

Son solo las siete y media, podríamos estar allí en una hora, y además tengo hambre. Apenas comí nada de la bandeja de pescados, menuda propaganda hice de sus famosos cangrejos picantes, y solo pensarlo me hace reír, y la emoción se abre paso a golpes entre la confusión que nubla mi mente.

Vuelvo a mi habitación, donde Angel sigue viendo un horrible culebrón. Doy un giro envuelta en la toalla.

—Tú también irás al baile, Cenicienta —exclamo.

Angel me mira extrañada, luego se queda en silencio, como sin saber qué hacer, hasta que finalmente dice:

—Vale, voy a vestirme.

Por extraño que suene, Angel conoció a su príncipe azul en el casino donde trabajaba. Él estaba jugando al póquer con otros clientes una noche, y, aunque Angel no acostumbraba a salir con clientes, no era su estilo, Anthony fue bastante insistente. Antes de irse la convenció para que le diera su número de teléfono, y luego estuvo llamándola cada hora durante el resto de la noche hasta que terminó el turno a la seis.

Al día siguiente le envió cuarenta rosas rojas, y, aunque Angel no tenía un pelo de tonta, se metió en internet a buscar el significado de la cifra y al ver que quería decir: «Mi amor por ti es verdadero», se sintió halagada y emocionada, y fue incapaz de decirle que no cuando él le pidió que llamara al trabajo para decir que estaba enferma la noche siguiente. La pasó a recoger en su Maserati y la llevó a cenar a un restaurante de la City con vistas de todo Londres. Luego se fueron al apartamento de él donde les esperaba champán helado y suaves melodías de jazz que jamás había escuchado, y, cuando la llevó al balcón que daba sobre el río y la besó, el romanticismo era absolutamente perfecto. Angel se quedó a pasar la noche, vestida con una de las camisetas de Anthony, y él la acurrucó bajo su brazo como una muñeca preciosa, y se sintió la chica más afortunada del mundo.

Anthony dirigía su propia empresa de capital-riesgo. Era claramente rico (pero, como Angel comprobaría más tarde, de esa manera inestable en que suele serlo la gente ostentosamente adinerada), y además era guapo y encantador. Sumergió a Angel en una vida de ensueño: escapadas de fin de semana a hoteles con estrellas Michelin en Francia, buen vino, la ópera, películas de autor de directores de apellidos impronunciables, incluso paseos

por el campo, cosas que hasta entonces no había conocido. Le compró ropa preciosa y lencería de seda cara, pendientes de diamantes, el bolso de Burberry que tanto deseaba. Angel se enamoró perdidamente, y a las pocas semanas empezó a no pasar por casa, dejó su trabajo en el casino, y vivía como una princesa, pero bajo su colchón había un guisante, esperando a ser descubierto.

Angel está lista en diez minutos, aunque es la clase de chica que dirías se pasa horas arreglándose. Ha llamado al trabajo diciendo que está enferma (hacía siglos que no lo hacía) y está impresionante con un vestido ligero de gasa de color nude. Lleva la melena rubia recogida en un moño ladeado en la nuca con solo tres o cuatro horquillas, no sé cómo lo hace. A su lado me siento corpulenta y desgarbada, como una enorme judía con mi vestido esmeralda, e intento no odiarla.

Insiste en que llamemos un taxi, y cuando llega los asientos están asquerosos y apesta a humo y a ambientador, y tengo que bajar la ventana y sacar la cabeza para que no me vuelvan las náuseas. Se me fastidia el peinado, mientras que Angel va ahí sentada con sus pómulos cincelados y sus piernas esbeltas y sedosas, y el moño no se le mueve un solo centímetro. Cuando por fin llegamos estoy segura de que mi cara está del color de mi vestido, y pienso que quizá debería haberme quedado en la cama.

La gente está empezando el segundo plato mientras un ejército de camareros y camareras se abalanza sobre las mesas como una invasión culinaria, y Angel y yo nos metemos entre el solomillo a la salsa de champán y nata, y los paquetitos de calabaza y ricotta para los vegetarianos. Lo sé porque a Angel le toca la cena de Luke y había pedido opción sin carne, y con mi tono directo del norte bromeo diciendo que por eso está enfermo, porque no come carne, el muy nenaza.

—¡Shhh! —exclama Angel sonriendo, y aunque me molesta que me reprendan, tal vez sí que lo haya dicho un pelín alto.

Simon parece encantado de verme, viva, bañada y de nuevo en pie, pero

parece aún más contento de ver a Angel, y ella se sienta a su lado mientras que a mí me toca Nathalie. Estoy segura de que yo debería sentarme junto a Simon: estas cosas suelen ser chico-chica-chico y seguro que hay tarjetitas con el nombre. Seguro que Angel debería ser Luke. Sospecho que Simon ha cambiado las tarjetas y eso me cabrea.

Aquí sentada malhumorada, me da la impresión de que el mundo se ha torcido, que ya no está del derecho. Me pregunto qué me pasa, por qué siento tantos celos de Angel esta noche. Hay muchas cosas más importantes por las que disgustarse. De repente, me doy cuenta de que he dejado de pensar en ello aunque todavía es el aniversario, pero el pensar que no he pensado en ello me hace pensar en ello y me vuelvo bruscamente a Nathalie.

—Estás muy guapa, Nathalie. Me gusta tu vestido.

—Gracias Cat, es *vintage*: es decir, ¡Oxfam! —Se ríe, y luego se queda seria un momento—. ¿Estás bien? Simon dice que te tocó una ostra en mal estado en la comida. Debes de haberte recuperado rápidamente.

—Eh, sí —contesto—. Pero ahora ya estoy mucho mejor. —Y como si quisiera demostrárselo me pongo a comer el solomillo con entusiasmo.

La comida está buena, pero todavía me siento saturada: Simon está monopolizando a Angel y aunque Nathalie es un encanto estoy de demasiado mal humor como para hablar de ropa o de famosos o de anuncios, y la verdad es que hoy no se me ocurre ningún otro tema de conversación. Tiger está en el otro extremo de la mesa, tiene un aspecto fiero y fenomenal, y aunque no hablamos de repente nos miramos y sé que Simon se lo ha contado y me sonrío con una amabilidad que no sabía que tuviera.

En ese momento Angel se vuelve hacia mí, y noto que está un poco cortada por la atención de Simon y que no quiere disgustarme, así que me susurra:

—Voy al servicio, ¿vienes? —Sé lo que eso suele querer decir, y niego con la cabeza, estoy intentando ser fuerte por mi hijo, aunque para qué, si nunca lo sabrá, ahora ya no puedo volver a él.

Así que se levanta y va sola, y, a pesar de lo menuda que es, cuando cruza el salón todo el mundo se fija en ella, tal vez sea por su forma de caminar, y me recuerda a su madre, Ruth.

Simon se gira a hablarme.

—¿Cómo estás, Cat? Estaba muy preocupado por ti.

—Ya me encuentro mejor —digo, aunque la sensación de vacío no se me ha ido del todo—. Parece que has hecho buenas migas con Angel.

—Es fantástica —admite Simon—. Y, además, tú no me quieres.

En ese momento le miro y veo anhelo en sus ojos, y no es concretamente por mí ni por Angel, simplemente anhelo de amar, del verdadero amor que lo abarca todo, el dar y el aceptar, como el que yo tuve un día con mi marido, antes de que Caroline lo destruyera (¿o fui yo?). Le cojo de la mano.

—Simon, siento mucho lo de antes, te prometo que no volverá a pasar. Espero no haberte fastidiado tu mejor traje; te pagaré la tintorería, claro.

Simon ignora mi conato de broma. Me mira intensamente.

—Antes estuviste a punto de contarme tu secreto, ¿verdad, Cat? ¿Qué es? Me lo puedes decir, estoy seguro de que puedo ayudarte.

Le miro con tristeza, porque sé que no puede ayudarme, nadie puede, y también sé que mi momento de debilidad ya ha pasado, que pertenece a mi vida anterior, y ahora ya nunca lo contaré, por mucho que viva.

Las cosas empezaron a cambiar para Angel después de los primeros tres o cuatro deliciosos meses de convivencia con Anthony. Él había empezado a llevarla a cenas con clientes, la presentaba como «mi pequeño angelito *cockney*»^[6], y aunque el comentario era un poco irrespetuoso ella no se lo tomaba demasiado en serio, estaba segura de que lo decía con cariño. Se sentaba recatadamente entre sus invitados en restaurantes pijos, riéndose siempre en el momento adecuado, echando su linda cabeza hacia atrás y revelando su esbelto cuello, consciente del efecto que tenía sobre aquellos hombres; al fin y al cabo, ya estaba acostumbrada. Una noche, cuando Anthony había salido a contestar una llamada, Angel captó en la conversación que los negocios de Anthony no iban tan bien como él aseguraba, y cuando llegaron a casa se lo preguntó.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —dijo él.

—Eh, bueno, Richard estaba diciendo que le preocupaba el tema del acuerdo Fitzroy, solo me preguntaba a qué se refería.

—¿Y a ti qué coño te importa?

Dos coños eran más que suficiente para Angel. Con todo su metro cincuenta y siete de estatura le paró los pies.

—No se te ocurra hablarme así —dijo—. ¿Quién te crees que eres?

En ese momento, Anthony le lanzó una mirada de odio que le revolvió aún más que los tacos. Haciendo esfuerzos para contener la ira, él se levantó de las profundidades del sofá y caminó decididamente hacia el dormitorio de invitados. Se detuvo durante un instante en el umbral, como si se estuviera ablandando, pero luego cambió de idea y se metió dando un portazo tan

fuerte que una de las fotos de jazz que tenía en la entrada se cayó haciéndose añicos sobre la alegre sonrisa de Charlie Parker.

Con el tiempo, Anthony se volvió cada vez menos razonable. Si Angel quemaba las tostadas, si no le gustaba el vestido que llevaba, o si alguna amiga la llamaba para charlar, le entraba uno de sus arranques y se ponía a chillar y a insultarla. Angel intentaba defenderse, pero no era fácil ahora que parecía depender de él. Había dejado su trabajo, su piso, sus amigos se estaban alejando, ¿qué le quedaba? Ropa bonita y cenas caras, unas vistas deslumbrantes del Támesis, y un novio que la llamaba zorra. Ni siquiera se sentía capaz de contárselo a su madre: Ruth parecía encantada con el hecho de que Angel hubiera encontrado un amante tan rico y encantador, era demasiado humillante confesarle la verdad. Así que lo que hacía era tratar de no disgustar a Anthony, no merecía la pena, casi nunca veía a sus amigos, se dedicaba a llevar solamente modelos que sabía que él aprobaba, y jamás le contestaba. Incluso cuando empezó a decirle lo que podía y lo que no podía pedir en los restaurantes, ni siquiera se molestó en intentar defender su opinión, no se sentía capaz de soportar más broncas.

Las cosas podían haber seguido así mucho más tiempo pero Anthony dio un paso más, y en lugar de montar en cólera y gritarle obscenidades, empezó a decir cosas como: «Si te vuelves a olvidar de poner el lavavajillas, te mato, puta zorra». Y por si fuera poco, a veces la empujaba contra los armarios de la cocina y le escupía en la cara mientras se lo decía.

Angel seguía esforzándose por hacerle feliz: no quería ser como su madre, y acabar con una ristra de novios de pacotilla y visitas esporádicas a urgencias con una niña asustada. En el fondo, Anthony era un tío encantador, la había tratado tan bien al principio que estaba segura de que podía volver a ser así si ella se esforzaba lo suficiente. Sin embargo, lo irónico era que, cuanto más intentaba aplacarle, más provocaba sus inevitables arranques, y una vez empezaban eran despiadados. Luego se echaba a llorar y la abrazaba prometiéndole que no volvería a hacerlo, pero cuando ella sugería la posibilidad de mudarse a otro sitio mientras él resolvía sus asuntos, volvía a ponerse desagradable, la encerraba literalmente en el apartamento y le

quitaba el móvil. Pensó en salir al balcón de azulejos y gritar al río que la tenían prisionera, pero al parecer Anthony lo intuyó y puso barrotes en la puerta de la terraza.

La primera vez la tuvo encerrada una semana, hasta que estuvo convencido de que había aprendido la lección. Y aunque después de aquello casi no volvió a encerrarla, a ella ya no le quedaban fuerzas para luchar: al fin y al cabo, sabía que en cierto modo se lo merecía. Perdió peso y el brillo de su pelo desapareció, y entonces Anthony empezó a decirle que estaba fea y que no valía para nada y que nadie más la querría, y ella empezó a creerle.

Angel sabía que tenía que alejarse de su novio, pero no se le ocurría cómo, últimamente parecía muy débil e indecisa. No podía llamar a ningún amigo para pedir ayuda porque Anthony había borrado todos los números que tenía en el móvil antes de devolvérselo. Si se iba a casa de alguna amiga no tardaría en encontrarla, y sabía dónde vivía su madre, así que tampoco podía ir allí.

Al final recordó que un compañero de trabajo le había dicho que en la casa donde vivía solía haber una habitación disponible, tal vez él pudiera ayudarla. Una luminosa mañana de abril, cuando Anthony estaba en una reunión en la City, y la alegre brisa del día le había puesto de buen humor, para variar, Angel aprovechó para dar el paso. Se sentía como un fantasma caminando junto al río, aterrada pensando que no debía estar allí, y que alguien podía delatarla. Pero se dijo no seas tonta y siguió caminando, con la cabeza agachada contra el viento. Atravesó la Galería Hay y luego subió por Tooley Street, donde encontró una cabina telefónica, una de esas rojas como las que la gente utilizaba antes. Hacía años que no se metía en una, el inolvidable hedor a orina vieja y saliva muerta era tan repugnante que le producía arcadas, y los números de teléfono que había en las pegatinas sobre las ventanas probablemente fueran de amigos suyos. Llamó a información y luego al casino, y, tras un par de minutos de espera, contestó uno de los encargados. Cuando preguntó quién era, ella dijo Angela y la pasó sin mediar palabra, y tuvo suerte, porque su amigo estaba de turno. Se portó de maravilla, no le tuvo que dar ninguna explicación, pero él le dijo que tenía que irse inmediatamente, ahora, así que corrió al apartamento, cogió sus prendas preferidas y dejó todo lo demás, y cuando volvió a salir quince

minutos más tarde el sol se estaba ocultando tras unas nubes gris pálido, el aire era frío e inquietante, y las sombras se movían rápidas y punzantes, definidas, cambiando el paisaje. Angel paró un taxi que la llevó al otro lado del río, atravesando la City donde estaba Anthony, para luego alejarse de él por Upper Street, gracias a Dios, y en dirección a Finsbury Park. Cuando llegó, se encontró con que la casa era un cuchitril sin vistas al río ni un portero elegante que le dijera: «Buenos días, señorita Crawford», pero al menos estaba a salvo y era libre, así que para ella era un palacio.

Angel vuelve del baño y está de buen humor, sus ojos centellean y casi desearía haberla acompañado. Se sienta al otro lado de Simon y empieza a hablar con la H de CSGH, y noto que no tarda en darse cuenta de que es el parásito de los cuatro, el que no tiene talento, sino solo suerte. Angel es tan lista y capaz que me da pena que solo trabaje en un casino, cuando podría hacer tanto más, y entonces recuerdo todo lo que ha soportado y pienso que bastante milagro es que haya sobrevivido.

Las hordas de camareros vuelven a dar una batida y nos sirven tartaletas de limón con arándanos y *crème fraîche*, y la verdad es que para un evento tan sofisticado podían haberse esforzado un poco más con el menú. Está a punto de empezar la entrega de premios de la gala, han contratado a un presentador de un programa de entrevistas de Channel 4, y ahora está recibiendo instrucciones de una mujer con aspecto estresado que lleva una carpeta sujetapapeles y unos tacones con los que no puede caminar. Uno de los camareros me sirve más vino y lo hace a toda prisa, como si no tuviera otra opción que bebérmelo, y, aunque probablemente no debería, estoy aburrida y malhumorada, así que le doy un trago, luego otro, pero no logro quitarme la sensación de que no estoy del todo «aquí», que solo soy una observadora. Cuando le miro, el rostro de Simon se cierne amenazador sobre mí, todo parece desproporcionado, las luces que bailan alrededor del escenario al dar comienzo la presentación son chirriantemente deslumbrantes, así que bajo la mirada hacia mi tartaleta a medio comer y vuelvo a sentir náuseas. Debe de ser el medicamento que me dio el doctor, está claro que no me ha sentado bien, y, como no sé qué otra cosa hacer, cojo mi copa y bebo.

El presentador hace una broma arriesgada sobre cómo los publicitarios son un montón de perdedores, pero, dado que está en un salón lleno de gente que trabaja en publicidad, el comentario no queda muy bien. Alguien le grita que al menos no van a centros de masaje, haciendo referencia a su reciente escándalo en la prensa rosa, y el presentador está a punto de bajarse del escenario pero la Señorita Sujetapapeles consigue tranquilizarle desde bastidores.

La entrega de premios se hace interminable y no me puedo creer que pensara que era tan importante acudir, y menos aún hoy. Frank está nominado al mejor anuncio de televisión y cuando gana me levanto con Simon a recoger el premio. Y mientras estoy ahí arriba haciendo muecas ante la cámara con mi vestido largo verde, sosteniendo una placa por un anuncio sobre zonas prohibidas bajo el brazo con temática de ponis a la fuga, pienso en lo ridículo que es este mundo y me pregunto por qué habré tardado tanto en darme cuenta. No sé por qué me he vuelto tan prepotente, tampoco es que esté haciendo películas ni nada por el estilo, no estamos en los Oscar, simplemente he intentado vender cosas. La verdad, tiene gracia.

El desafortunado presentador hace otro comentario poco acertado cuando una galardonada aparece en el escenario con un voluminoso vestido naranja, y la gente murmura nerviosa. Ya he tenido suficiente. Miro a mi alrededor en la mesa y veo a Simon inclinado sobre Angel, y a Tiger con gesto aburrido y altivo, como si todo esto estuviera por debajo de ella, y estoy segura de que es así, y me muero por levantarme y correr al otro extremo del salón, a refugiarme en los baños y el contenido de mi bolso. Entonces me acuerdo de que lo tiré por el retrete del trabajo, y ya no me siento tan orgullosa de ello, así que vuelvo a coger la copa y le doy un trago al vino blanco, que está caliente ya, pero vuelvo a beber, y otra vez, y ya no sé qué hacer con las manos. Siento como si el salón estuviera alejándose de mí, como si el suelo se partiera en dos y el escenario se fuera a la deriva hacia Park Lane dejándome aquí varada, en mi bote salvavidas de la publicidad en medio del océano de una vida destrozada. Sacudo la cabeza e intento recordarme que se suponía que hoy debía ser un nuevo día, un nuevo comienzo. *No lo es, sigue siendo el mismo día, y de todas formas ¿qué más da?* La brutalidad de comprender que no hay un final limpio, que no hay conclusión para el duelo,

que por mucho que haya cambiado mi vida y haya dejado pasar un año la desesperación forma parte de mí y siempre lo hará, en fin, esa comprensión me agota, y cierro los ojos y me dejo caer sobre la mesa, con la cabeza girada hacia un lado, encima de los restos de mi tartaleta de limón.

Ben estaba en la cocina del pequeño apartamento de Emily en Chester, donde ahora vivían juntos y que estaba ya desbordado por las cosas de ambos, por mucho que ella lo intentara mantener en orden. Afuera llovía y tenían encendida la lámpara de luz fluorescente que Emily tanto odiaba. Ben colgó su teléfono, pero su rostro no revelaba nada.

—¿Y bien? —dijo ella.

—¿Y bien, qué?

—Ben, no me tomes el pelo —le pidió Emily—. Por favor, no lo aguanto.

—Se lo han pensado —dijo él—. Y han decidido... —Se detuvo.

—¿Qué?

—Han decidido... —Emily parecía estar a punto de abalanzarse sobre él y tirarle al suelo, pero Ben seguía haciéndola esperar. Parecía abatido, como si no fuera capaz de decírselo.

—Han decidido... aceptar nuestra oferta.

Emily soltó un grito y se lanzó sobre él.

—Aún queda mucho, Em —dijo él riendo bajo su embestida—. Todavía pueden echarse atrás. Y, aunque no lo hagan, nos vamos a arruinar, no son buenas noticias del todo. —Ben intentaba mantenerse impasible, pero Emily sabía que también estaba emocionado, simplemente no quería hacerse demasiadas ilusiones hasta que el trato estuviera cerrado; sería el contable que llevaba dentro, que necesitaba la seguridad de la certeza.

—No me importa —dijo ella. Pensó en la casita, tan descuidada y venida abajo. Ahora ya podría ponerla preciosa. La convertiría en un hogar perfecto para ellos, y para los niños que un día tendrían. Estaba casi mareada de la

emoción, pero entonces se acordó de Caroline, y, aunque trató de evitarlo, sintió un atisbo de culpabilidad por su propia dicha, pero sabía que no podía dejar que eso le amargara el momento.

La camioneta Luton blanca dio marcha atrás subiéndose al bordillo intrépidamente. Aunque Emily le iba haciendo señas, Ben sacaba la cabeza por la ventana, como si no se fiara de ella, pero no tenía sentido porque no podía ver nada.

—Sigue —dijo ella—, sigue. —Movía ambas manos, abriéndolas y cerrándolas a la altura de los nudillos como si estuviera haciendo un extraño ejercicio de fisioterapia. De repente se paró, y le enseñó ambas palmas, gritando: «¡Para!», como si Ben fuera un poni desbocado, y cuando vio que no paraba golpeó furiosamente el costado de la furgoneta tratando de quitarse de en medio, pero ya era demasiado tarde.

Se oyó un crujido asqueroso, como un cráneo rompiéndose.

—¿Qué demonios...? —dijo Ben.

—¡Mierda, lo siento! —exclamó Emily.

—¡Por Dios, Em!

—Oh, no. Soy idiota —dijo ella mirando con impotencia la parte trasera de la furgoneta, que parecía incrustada en la farola, mientras Ben apagaba el motor y bajaba de la cabina.

Se inclinó para mirar los desperfectos sin decir una palabra, claramente cabreado con ella.

—No es tan grave, ¿verdad? —preguntó esperanzada—. ¿No es solo la luz de freno?

—Mmm, has tenido suerte —dijo Ben finalmente incorporándose—. Creo que es solo el revestimiento de plástico.

Emily notó cómo las náuseas se calmaban en su estómago.

—Menos mal —dijo. Entonces intentó tantear el enfado de Ben—. De todas formas, en realidad no ha sido mi culpa, deberías haber tenido más cuidado. —Adoptó tono de abogado—. Sabrás que la persona que lleva el vehículo suele ser enteramente responsable de los accidentes que se producen.

—No tiene gracia, Emily —replicó Ben—. Se suponía que íbamos a hacer la mudanza nosotros para ahorrar dinero.

Ella se inclinó sobre él, le rodeó con sus brazos, le dijo que al menos aún tenían la casa de sus sueños, que no era tan grave, y, aunque Ben intentó aferrarse a su enfado, no fue capaz. Mientras miraba la furgoneta alquilada, que todo sea dicho era difícil de maniobrar, un coche apareció por la calle escupiendo humo.

—Bueno, en cualquier caso Dave ya está aquí —dijo Ben, liberándose del abrazo—. Más vale que aparque bien este maldito bicho para que podamos empezar a descargar. —La miró desde el asiento del conductor mientras encendía el motor—. Y no, no necesito tu ayuda, gracias.

Aquella misma mañana estaban terminando de embalar las cosas en el antiguo apartamento, reuniendo los últimos residuos de su vida allí (el recogedor y la escoba, el barreño y el trapo de secar los platos, una pala de jardinería, unas botas de agua viejas, el felpudo) y metiéndolos al azar en grandes bolsas de basura negras, porque ya no les quedaban cajas.

—Ah, por cierto, Maria se ha ofrecido a pasarse luego —dijo Emily con tono inocente—. Pensé que estaría bien que viniera alguien a ayudarnos además de Dave.

Ben suspiró.

—Emily, ¿cuándo vas a dejar de intentar emparejar a esos dos? Eres tan transparente...

—¿No crees que harían una pareja fantástica? —preguntó Emily.

Ben la miró desesperado por lo obtusa que podía ser a veces.

—Pues parece evidente que ellos no lo creen así, si no ya hubiera ocurrido algo, con la cantidad de veces que has intentado liarles.

—Pero Maria sería perfecta para él —insistió Emily—. Seguro que a ella sí le gustaría el paracaidismo. Y desde que lo dejó con Ash, me siento fatal por ella, lo ha pasado muy mal.

—Emily, no puedes ir por ahí arreglándole la vida a los demás: mira cómo lo has intentado con Caroline. Maria está bien. No la trates con condescendencia.

—Oh —exclamó Emily—. No es esa mi intención. De todas formas, quería echarnos una mano. Dijo que no tenía planes este fin de semana.

—Pues vale, pero por favor no crees una situación embarazosa. Te repito, no esperes nada, porque no va a ocurrir.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Emily desapareciendo en las profundidades del armario del vestíbulo, con la voz amortiguada—. Solo eres un tío.

—Emily —dijo Ben dirigiéndose a su trasero—. Por mucho que te quiera, no eres Cilla Black^[7]. —Cuando Emily volvió afuera tenía la nariz manchada y el pelo se le había soltado casi por completo de la pinza. Se quedó mirando su expresión petulante, le sonrió con dulzura, y entonces cogió el enorme cojín azteca que le había hecho su madre y se lo tiró directamente a la cabeza.

Eran poco más de las seis y Ben y Dave estaban tirados en el sofá, que habían colocado en el acogedor saloncito, bebiendo latas de cerveza. Maria estaba incómodamente sentada en la silla plateada de mimbre con una taza de té que había preparado para Emily y para ella. Emily seguía de pie deshaciendo una caja que decía «Adornos», desembalando cuencos de cristal, candelabros, velitas, marcos de fotos, y buscándoles sitio en la habitación mientras el té se le quedaba frío.

—¿Estás segura de que no te quieres sentar, Emily? —preguntó Maria—. Ya has hecho bastante por hoy.

—No, déjala —dijo Ben—. Para ella, esta es la mejor parte.

Emily sonrió.

—Sé que esto podría esperar a mañana —explicó—, pero quiero que la casa esté un poco más acogedora para nuestra primera noche aquí. —Dudó un instante—. ¿Os gustaría quedaros a cenar? Podríamos pedir una pizza, a modo de gracias por vuestra ayuda.

—No, no hace falta —contestó Maria rápidamente, aunque a Dave parecía gustarle bastante la idea—. Tengo que volver a casa pronto, y además deberíais disfrutar de vuestra primera noche aquí solitos. —Y aunque Emily hizo lo que pudo por que cambiara de opinión, Maria se negó, y al final Emily insistió en llevarla a su casa, era lo menos que podía hacer por toda su

ayuda, y cuando volvió Dave también se había marchado, y se enfadó con Ben por no haber podido darle las gracias personalmente.

Ben le preguntó si le importaría que pidieran curry en vez de pizza, y fingiendo un suspiro le dijo que vale, *para variar*, aunque lo dijo con ironía, y cenaron sentados en el sofá delante de la tele recién enchufada, que no se veía demasiado bien porque aún no estaba conectado Sky, pero poco importaba porque Emily casi no le prestó atención a lo que ponían, estaba demasiado ocupada pensando en voz alta si debían poner cortinas o persianas en las ventanas, y qué color elegir para las paredes, y qué plantas poner en los alféizares, hasta que Ben le pidió que se callara, que prefería escuchar *Factor X* a seguir oyéndola hablar de decoración, así que al final le hizo levantarse del sofá diciendo que estaba cansada, y que tal vez era hora de probar el dormitorio.

Angel me zarandea ligeramente y puedo oír su risa, me incorporo adormilada y me doy cuenta de que ahora la gente se ríe de mí, que ese capullo de presentador me ha elegido como nuevo blanco de sus bromas. Me yergo y trato de recobrar la compostura. Me da completamente igual lo que haya dicho o por qué se ríe la gente, ¿qué importa, especialmente hoy? Sacudo la cabeza como un poni, y veo caer un trocito de tarta y noto la oreja pegajosa, pero aún estoy lo suficientemente pedo como para dar otro trago a mi copa y parecer indiferente, y la conversación se centra en el siguiente premio aburrido.

—¿Estás bien, cariño? —me susurra Angel—. Creo que es el último, luego podemos ir a arreglarte.

—Estoy bien —digo, y aunque sigo estando borracha me siento mucho más lúcida, nada como una siestecilla para aguantar una gala de premios. Miro mi reloj. Por Dios, son solo las diez y media. Sonrío beatíficamente a mis compañeros de mesa, y todos me miran, pero no con condescendencia ni desdén, sino preocupados, y pienso que puede que en el fondo sean buena gente.

El presentador suelta su comentario culminante y todos aplaudimos educadamente mientras desaparece entre bastidores hacia su agonizante carrera televisiva y sus actividades nocturnas, y no le guardo rencor por haberme insultado, solo siento un poco de lástima por él, como la habría sentido Emily. Angel me coge de la mano y vamos hacia el baño, y sigo sintiéndome verde y corpulenta a su lado, ostentosamente alta, larguirucha como una judía. La gente me mira. Siento el moflete pegajoso. Angel me

ayuda a limpiarme los restos de tarta y luego hace ademán de llevarme hacia un cubículo, dice que puede que me venga bien, y, aunque me muero por hacerlo, y me he merecido un premio después de esta maldita gala, pienso en mi hijo y vuelvo a resistirme. La abstinencia me hace sentir poderosa, como si por fin ganara. Me echo agua fría sobre la cara, ahora sí que estoy despierta, llena de energía incluso, y al volver a cruzar el salón ya no me siento desgarbada ni como una judía, sino verde y ágil, como una larga hebra de un alga marina que baila grácil con las olas, enraizada pero libre. Mi vestido me parece espectacular y glamuroso, y los tacones me dan fuerza en lugar de incapacitarme, y estoy segura de que ahora la gente me mira por un buen motivo. Me vuelvo a sentar a la mesa al lado de Simon, le echo una sonrisa de un millón de dólares y me sirve una copa de champán que ha pedido para celebrar el premio de Frank.

—Enhorabuena, mi querida Cat. ¿Estás mejor?

—Estoy genial —contesto dando un trago, y es verdad. No tengo ni idea de lo que me dio el médico, pero es dinamita mezclado con el champán.

—Un amigo me ha invitado a una fiesta más tarde en Groucho, ¿te apetece ir? Eso sí, solo puedo llevaros a Angel y a ti, así que no digas nada a los demás.

—Suena genial —digo con tono despreocupado, y me acabo el contenido de la copa, le cojo de la mano y le llevo a la pista de baile mientras empieza a sonar *I will survive*. Curiosamente, Simon no se resiste, la pista está llena, y con los brazos en alto canto cada palabra de la letra, sintiéndome liberada, fuerte, invencible.

Después de decidirse a dejar a su marido tras su comportamiento en la boda de Emily, Frances se preguntaba por qué no lo habría hecho años, muchos años antes. Nunca dejó de amar a Andrew, incluso a pesar de sus traiciones y humillaciones, pero había tardado demasiado tiempo en darse cuenta de que tenía una debilidad de carácter que siempre le llevaría a perderse por una cara bonita o unos pechos grandes, o por cualquiera que le subiera el ego y le ayudara a olvidar que era un hombre casado con demasiadas hijas, una carrera sin brillo y unas entradas cada vez mayores.

Frances sabía perfectamente que no podía quedarse mucho tiempo en casa de Emily y Ben, después de todo se acababan de casar (además, Caroline venía muy a menudo y se mostraba demasiado afectuosa con Ben para gusto de todos), pero el día después de la boda le había parecido una solución rápida para un problema que debía haber resuelto hacía tiempo (la casa estaba vacía, tenía una llave en su bolso y eso le permitiría romper tajantemente con Andrew) y sabía que a Emily y Ben no les importaría dadas las circunstancias.

Como siempre, Emily se había portado de maravilla; ayudó a su madre a encontrar un piso de alquiler e incluso se lo pagó hasta que vendieron la casa. Y ahora Frances tenía su propia casita en el barrio viejo, y le gustaba mucho más que la casa de la urbanización, con sus habitaciones cuadradas y aburridas y sus letales puertas de cristal. Se apuntó a un curso de escritura y a un grupo de yoga, y allí conoció a gente simpática, algunos de los cuales también estaban solos. Se hizo especialmente amiga de una mujer llamada Linda en el taller de escritura; era una viuda que se había hecho una nueva

vida fantástica y que iba a subir el monte Kenia en una expedición con fines benéficos, y, cuando le propuso a Frances que se uniera a ella, Frances pensó: «¿Por qué no?», y aquí estaba en Heathrow, casi un año después de dejar a su marido, y aunque le preocupaba mucho Caroline, solo eran diez días, y se dijo a sí misma que su hija estaría bien.

Y después de otra canción, Simon me saca de la pista de baile y propone que vayamos a la fiesta de su amigo. En el fondo sé que no debería ir, que debería irme a casa y meterme en la cama, ha sido un día muy largo y traumático, pero estoy sobreestimulada, electrizada, y me encanta bailar con mi traje largo color esmeralda. Sé que es una locura, pero no quiero que la noche se acabe todavía, quiero que pase la medianoche, que sea el 7 de mayo, y estoy segura de que entonces todo será mejor. Incluso me permito posar la mano sobre la de Simon al salir, y la noto calentita y reconfortante. Tan adorable como siempre, Angel insiste en cogerme del otro brazo, aunque estoy segura de que no hace falta, ya no estoy tan borracha ni mareada, se me ha pasado. El chófer de Simon nos espera a la entrada del hotel, atravesamos las calles desiertas del centro de la ciudad, el coche avanza rápido, y la solidez de la enorme limusina negra, el ruido sordo y pesado de sus puertas me resulta tranquilizador, fiable, y cuando llegamos a Dean Street no me apetece salir. Al detenernos delante de la discoteca, me viene a la cabeza Caroline, pienso en lo joven que era cuando la sorprendió el atentado, en cómo perdió a su bebé y a su novio, y de repente siento una lástima dolorosa por ella, y casi la perdono.

El local está lleno de gente moderna y famosos, y, aunque vuelvo a intentar no sentirme como una impostora fuera de lugar, sé que lo soy. Sin embargo parece que Angel hubiera nacido aquí, a pesar de su acento, y se mezcla con facilidad, habla largo rato con el anfitrión, que al parecer es un diseñador de moda con tienda en Covent Garden. Simon me lleva a la barra y pide más champán, y al dar el primer trago me doy cuenta de que ya es más

de medianoche, y cuando estoy congratulándome en mi interior por haber sobrevivido hasta el día *después*, alguien me da un golpecito en el hombro y al volverme veo a un joven extravagante con el pelo teñido de rubio oxigenado y los ojos pintados con kohl: «¡Caz, cariiiiiiiño! ¡Eres tú! Qué alegría verte», y me envuelve en un abrazo fragantemente ligero, como si fuera delicada y preciosa. Tras un momento de confusión, caigo en la cuenta: ¡debe de pensar que soy Caroline! Supongo que es sorprendente que no me haya ocurrido antes, y entonces recuerdo aquel fatídico día en Hampstead Heath y no puedo creer que no me diera cuenta entonces, que no era a mí a quien reconoció aquel hombre, que él también debió de pensar que era Caroline. Se me ha olvidado que tengo una hermana gemela, que me parezco a ella, y ahora no sé qué decir ni hacer. Simon me mira pero creo que no ha oído bien el nombre, así que le sigo la corriente.

—Hola —digo sintiéndome algo mareada.

—¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? —pregunta el tipo con aire de niña perfumada.

—Bueno, un poco de todo —contesto despreocupadamente—. Sigo trabajando en la moda. —Espero que Simon no lo haya oído—. Perdona, tengo que ir al baño, me alegro de verte. —Y me voy hacia Angel, le susurro frenéticamente y con gesto de mala gana me da su diminuto bolso de seda rosa, aunque dice que le preocupa que no esté en condiciones para ello.

La droga me da un mal viaje, me deja tambaleándome en el cubículo, y decido que ahora sí es hora de irme a casa, ya he tenido bastante para un solo día. Angel tenía razón, pero ¿por qué se me habrá ocurrido venir? Me acercaré a Simon, le diré que no me encuentro bien, y él me pedirá un taxi mientras espero fuera tomando el aire. Angel puede quedarse si le apetece, no quiero fastidiarle la noche. Me pregunto quién más conocerá a Caroline en este sitio, al fin y al cabo es una fiesta de diseñadores, y me doy cabezazos contra la pared por haber sido tan tonta. Me miro al espejo y veo a una chica alta con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes, y un trazo de carmín rojo sobre un vestido color esmeralda. Estoy bastante impresionante, dadas las circunstancias. Enderezo los hombros y me vuelvo hacia la puerta, y al abrirla mi cabeza da un vuelco, sobrecogida, como si no fuera capaz de entender lo que está ocurriendo, ni por qué estoy mirando directamente a los ojos a mi

marido.

El viaje al monte Kenia fue emocionante, le cambió la vida a Frances. Nunca antes había viajado fuera de Europa, ni había dormido en una tienda de campaña o estado a tanta altitud; nunca había subido una montaña con un pollo vivo para comérselo dos días después en un guiso caldoso. Jamás había contemplado las llanuras desde una cima helada a las cinco de la mañana, con la salida del sol, sintiendo que *eso* era vida, que para eso había nacido, para que su corazón latiera fuerte, rápido y libre. El contraste entre el caluroso paisaje colorido a los pies de la montaña y las temperaturas bajo cero y las escarpadas paredes de hielo en su cima le parecía vigorizante, fascinante. A pesar de la falta de servicios, la crudeza de la experiencia la había enganchado, y sabía que a partir de ahora ese tipo de viajes sería lo suyo. Se habían acabado las semanas aburridas en Bretaña o en Cornualles con el donjuán de su marido. Aunque había otro elemento del viaje que le aceleraba el corazón, y era uno de los guías, que sí, tenía veinte años menos que ella, pero entre su espalda y su manera de dar instrucciones al grupo no podía apartar sus sentidos de él, ni un solo instante, y cada vez que se le acercaba o le preguntaba cómo iba se sonrojaba como una niña pequeña. La bajada se le hizo triste, y cuando llegaron a la falda de la montaña dio las gracias por el hecho de que les quedara una noche más en las cabañas, por básicas que fueran, antes de regresar a Nairobi a la mañana siguiente. Al sentarse sobre la hierba con el sol del atardecer, bebiendo cerveza local junto al resto del grupo, sintió que jamás querría abandonar aquella montaña ni aquel momento. Así que cuando al final de la velada él le susurró al oído el número de su cabaña, *a ella*, a Frances, al principio se quedó atónita, pero Linda le

dijo que se lanzara, y así lo hizo, y pasó una noche de sexo animal tan extenuante y gloriosa con aquel dios negro que pensó que, aunque nunca más volviera a probar el sexo, al menos había vivido aquello.

El hombre que tengo delante de mí es el Ben de hace años, el que conocí la primera vez, no el Ben triste y roto que es ahora. Estoy tan confusa por todo lo que ha ocurrido en este día interminable, y por el hecho de que me acaben de confundir con Caroline, que no logro entender qué hace aquí, cómo se ha transportado en el espacio y en el tiempo. Parece que he perdido cualquier sentido de la realidad y me quedo mirándole mientras él me observa, mis ojos frágiles y mis labios pintados de rojo. Siento una electricidad tan salvaje como cuando me enamoré de mi marido, justo antes del desastroso salto en paracaídas, cuando me ajustó los arneses y prendió una traca de petardos por mis muslos. Intento recomponerme desviando la mirada hacia mis pies, hacia los tacones de plata que han de sacarme de este día de locos. Siento que tengo que salir de aquí, no puedo encontrarme con nadie más que me conozca a mí o a mi hermana, que ocupa este mundo interior que poco a poco se va apagando. Doy un paso adelante y tropiezo con los tacones, pero él me coge del brazo y dice:

—¿Estás bien?

—Sí —contesto—. Estoy un poco mareada, creo que necesito un poco de aire. —Y ese precioso chico que me acecha desde el pasado me agarra por el brazo y me guía muy suavemente a través de la multitud, por delante del bar y de Simon y Angel, hasta que salimos al fresco de la calle a medianoche.

—Creo que tengo que irme a casa —digo—. ¿Te importaría llamar a un taxi?

—Claro —contesta—. Pero puede que tarde un poco. ¿Puedes tenerte de pie? —Asiento con la cabeza, pero estoy casi completamente apoyada sobre

él, desfallecida—. Quizá sea más fácil parar uno. ¿Puedes caminar un poco? Habrá más taxis en Charing Cross Road. —Así que caminamos por Old Crompton Street, pasamos por delante del Admiral Duncan ya reconstruido, y noto que algunas personas nos miran, aunque no sé por qué, ya no estoy tan débil ni me tambaleo. Al llegar a la calle principal, no vemos taxis negros, así que mi nuevo amigo para un minitaxi, uno de esos chungos que te cobra una fortuna. Cuando estoy a punto de subirme, me para y dice—: Oye, me preocupa dejarte así. Vivo aquí al lado. ¿Quieres subir hasta que te encuentres un poco mejor? Te puedo preparar una taza de té.

Aún no sé cómo se llama, pero el día ha sido tan largo y surrealista que al final le digo que sí, no tiene aspecto de ser un asesino en serie, así que le pide al taxista que nos lleve a Marylebone, y cuando llegamos su piso está encima de una tienda y es increíble: enorme y elegante, y decorado de maravilla. Tomo asiento en el sofá y por fin me siento a salvo, como si finalmente estuviera donde debía estar hoy, y lo único que quiero es hacerme un ovillo y dormir.

—Perdona, ni siquiera sé cómo te llamas —le digo.

Él me mira extrañado y contesta:

—Yo tampoco.

—Soy Emily —digo sin darme cuenta.

—Y yo Robbie —contesta.

—Encantada de conocerte, Robbie —murmuro con una sonrisa tímida y cierro los ojos.

Cuando Frances volvió al hotel en Nairobi había un mensaje para ella. «Hola, mamá, llámame lo antes posible. Te quiere, Em». Se sintió dolorida y un poco sucia, como si su hija pudiera adivinar a través del teléfono lo que había estado haciendo toda la noche con su olímpico guía. Mientras marcaba el número, tuvo una sensación familiar y supo que se trataba de Caroline, pero no quería que la arrastraran de vuelta al drama y a la confusión, quería quedarse bajo el sol africano para siempre.

El teléfono tardó mucho tiempo en conectar, y Emily tardó mucho en cogerlo. Tenía razón, se trataba de Caroline. La habían detenido por conducir ebria, con más del doble del nivel de alcohol permitido, y luego había montado un numerito en la comisaría y la habían dejado en una celda toda la noche hasta que se calmó y se le pasó la borrachera.

—No sabía si llamarte, mamá, pero Caroline dice que esta vez quiere entrar directamente en rehabilitación, y creo que es buena idea, pero, en fin, dice que no tiene dinero. Ben y yo podemos pagar una parte, pero es bastante caro.

—Dile que lo haga, y no te preocupes, yo me encargo de la factura —dijo Frances, aunque no sabía de dónde sacaría el dinero. Pero era lo menos que podía hacer por su hija: al fin y al cabo, Caroline había salido así por su culpa. Al menos últimamente se llevaban mejor, gracias a Dios. Se preguntaba si esta vez el tratamiento funcionaría, si Caroline se curaría alguna vez, o si siempre habría alguna enfermedad o adicción con la que luchar. Aquella idea la entristeció mientras salía del vestíbulo y se derrumbaba en una tumbona. Estaba tan lejos de su hija, justo cuando la

necesitaba, la madre eternamente inútil tirada al borde de una piscina en África, con las entrañas doloridas y el dulce olor a sexo aún presente en las ventanas de su nariz.

Desperto bajo un edredón, tumbada en un sofá, y no tengo ni idea de dónde estoy. Intento recordar todo lo que ocurrió ayer: la comida frustrada con Simon, mi espantosa crisis, la tarde comatosa en la cama, la horrible gala de premios, mi comportamiento absurdo y trastornado, la fiesta en la discoteca privada, la confusión con Caroline... Poco a poco, la última parte de la noche empieza a aclararse en mi mente, y recuerdo al desconocido en cuya casa acabé. Me miro y sigo llevando puesto el vestido verde (buena señal), aún estoy en su salón (otra buena señal), pero él no está. Me siento algo avergonzada, porque probablemente me quedé dormida. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Qué hora es? El reloj de pared dice que son las seis y media. Pero ¿de la tarde o de la mañana? Sí, debe de ser de la mañana, es sábado por la mañana. Tengo la boca seca y una sensación nuclear en la cabeza, un dolor horrible. Me incorporo agarrándome la cabeza y trato de pensar en la mejor forma de salir de este lugar. Parecía muy amable, y no creo que haya intentado aprovecharse de mí, así que tal vez lo mejor sea que me vaya sin más, pero le dejaré una nota dándole las gracias por su amabilidad. O tal vez debería asomarme a su dormitorio y despedirme. ¿Qué demonios se hace en estas situaciones? Lo que sí sé es la pinta que voy a tener al salir a la calle con mi vestido de satén y todo el maquillaje corrido: debería llamar a un taxi, pero no tengo ni idea de dónde estoy, ni qué dirección darles. Necesito desesperadamente un poco de agua, así que me levanto a duras penas y salgo tambaleándome del salón hacia el vestíbulo. La cocina está justo enfrente y es inmensa y ultramoderna, con una isleta en el medio y cuatro taburetes blancos ergonómicos cuidadosamente alineados junto a ella. Veo un vaso en

el escurrer platos y al abrir el grifo se enciende una bomba que inunda el piso con su gemido. Me entra el pánico, cierro el grifo y me bebo el agua de un trago. Aún me estoy preguntando cómo salir de aquí cuando oigo un ruido y aparece Robbie en la puerta, con una camiseta y bóxers, desperezándose.

—Siento estar aquí todavía —digo.

—Yo no lo siento —contesta Robbie. Bajo la mirada, avergonzada. Su presencia me produce una sensación que no he tenido con nadie excepto con Ben, y me siento desleal, y es ridículo.

—¿Quieres un té?

—Es muy temprano, deberías volver a la cama —le digo.

—No, no, está bien —dice acercándose al hervidor y cuando pasa por mi lado siento una atracción física hacia él, como si fuera un imán, y la sensación me recorre toda la parte delantera del cuerpo.

Robbie me confunde. Es guapo, cariñoso, aparentemente rico, por fuerza demasiado bueno para ser verdad. La cocina está impoluta, como si nunca la hubiera utilizado. Prepara dos tazas de té, y vamos al salón y me siento algo incómoda en el sofá, con el edredón hecho un burruño a mi lado, y Robbie se sienta en otro. Fijo la mirada en la espuma marrón que se ha formado en el borde de la taza donde Robbie ha echado la leche. No sé qué decir ni adónde mirar, no puedo quitarme de la mente lo mucho que se parece a mi marido, y además tengo la cabeza a punto de estallar.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza? —le pregunto, sobre todo para romper el silencio.

—Claro —dice Robbie levantándose, y al pasar por mi lado vuelvo a contener la respiración. Saco las pastillas del blíster y aunque me ha traído un vaso de agua me las trago con el té, y me quema la garganta.

—No es que esté resacosa —explico—. Es que ayer tuve un día bastante difícil.

—No pasa nada —dice Robbie. Hace una pausa—. Mira, yo estoy cansado y a ti te duele la cabeza, así que espero que no te moleste, pero..., eh..., ¿te apetece venir y tumbarte un rato a dormir un poco? Se está mucho más cómodo allí.

No contesto.

—O si quieres hay otra habitación —añade.

Intento pensar. Sé que debería irme a casa, pero la cabeza me duele tanto en cuanto me pongo de pie que no puedo ni plantearme coger un taxi. Quiero volver a dormir. Y él está para morirse. Tal vez debería aceptar la oferta de la habitación de sobra, pero algo me dice que sería un desperdicio, aunque no sé de qué.

—Suenan bien —digo finalmente con tono educado, como si me hubiera invitado a tomar un café—. Eso sí, ¿te importaría prestarme una camiseta o algo así? Me muero por quitarme este vestido y... —La frase se queda colgando.

—Claro que sí —contesta Robbie, y mientras se levanta y me acompaña a su dormitorio, siento la certeza de que este momento es clave, que me estoy adentrando con este hombre al que acabo de conocer en una nueva fase de mi vida en este mundo.

Después de marchar Emily, Ben hizo lo que pudo para seguir con su vida. Intentaba no culparla, comprender por qué lo había hecho, y el saber que lo había planeado, que se había llevado su pasaporte y vaciado su cuenta, hasta cierto punto le hacía sentir mejor, al menos sabía que estaba en algún lugar allá afuera, que no estaba muerta ni desaparecida en algún bosque o en alguna acequia apestosa. Otras veces sentía una inmensa rabia contra ella, por su cobardía al dejarles a Charlie y a él, por no querer afrontarlo juntos. Se había equivocado por completo: desde que se conocieron, se suponía que debían estar juntos para siempre, en lo bueno y en lo malo, eso es lo que tenía que pasar en su historia de amor; pero ahora era como si el planeta se hubiera vuelto del revés, convirtiéndose en una especie de asqueroso antimundo en el que desde *aquel* día todo había ido mal y nada de lo que hiciera Ben pudiera arreglarlo. Todos sus esfuerzos para encontrarla habían quedado en nada. La policía hizo poco más que mostrar cierta empatía, y el departamento de Hacienda se negó a ayudarlo, diciendo que no podía facilitar información confidencial en casos de desaparición voluntaria (Ben estuvo a punto de estampar el teléfono al colgar a la señora de voz oficial, enfurecido por su indiferencia). Tal era su desesperación, que se cogió una baja en el trabajo y se recorrió Devon, el oeste de Gales y el Distrito de los Picos, visitando hoteles, pubs y salones de té en los que habían estado juntos, sacando furtivamente una preciosa foto de ella y sintiéndose como un idiota cada vez que le miraban como a un loco y le decían: «Lo siento, señor, no puedo ayudarlo». Sus suegros tampoco eran de mucha ayuda: Caroline había vuelto a casa de Frances, después de dejarlo con su último novio (que al parecer le

había sido infiel) y estaba peor que nunca, mientras que Frances parecía tan perdida lidiando con su hija menor y gestionando su propio dolor que no podía ayudar a Ben. El pobre Andrew estaba destrozado, parecía ir desdibujándose y desapareciendo dentro de sí mismo, y ya casi nunca le veía, de vez en cuando le llevaba a Charlie, pero Andrew ya ni siquiera parecía tener demasiado interés por él.

Cuando quedó claro que Emily no iba a volver, lo único que mantenía con vida a Ben eran el trabajo y Charlie. Organizó una rotación para cuidarlo, sus padres le ayudaron y se portaron de maravilla, y aunque nunca se lo dijeron era evidente que no les sorprendía que su nuera se hubiera marchado, viendo la clase de familia de la que provenía. Ellos siempre quisieron a Emily por quien era, de eso no le cabía duda, pero todo lo que ocurrió en la boda les dejó asqueados, y siempre les preocupó el impacto que pudiera tener una familia como esa sobre la madre de su único nieto. En noches tranquilas, Ben también se quedaba dándole vueltas al asunto en su soledad. ¿Por qué se había marchado Emily? ¿Fue solamente por lo ocurrido, o porque en el fondo estaba profundamente dañada por su familia? Siempre había sido tan sensata, tan compasiva, tan extrañamente parecida a él: y eso fue precisamente lo que le atrajo de ella desde el principio, desde la primera vez que la vio de pie en el aparcamiento de la oficina, claramente aterrada, dando pataditas al cemento mientras se rifaban los turnos para ver quién iba en cada coche al aeropuerto. Cuando les presentaron se estremeció porque sintió como si la reconociera, y no le hizo falta más. Ella fue capaz de ver en su interior aquel primer día de curso, supo desde el principio que estaba enamorado de ella, y el hecho de que más tarde Emily lo dudara, que pareciera incapaz de ver lo maravillosa que era, solo hacía que la quisiera más todavía. En aquel momento Ben pensó que solo habían sido imaginaciones suyas, pero más tarde aquel día, después de ajustarle las correas del paracaídas a Emily, ella se incorporó y le miró, casi aturdida, con una mirada en la que vio primero comprensión y luego turbación, y se alejó a trompicones mientras él ayudaba a otras personas a ajustarse los paracaídas, haciendo un enorme esfuerzo en concentrarse, porque no podía distraerse comprobándolos.

Más tarde se daba cabezazos contra la pared por no haber sido más simpático con ella en el trayecto de vuelta, pero tampoco sabía cómo manejar

sus sentimientos, nunca se había enamorado antes: no pensaba que ese tipo de cosas pasara de verdad. Cuando por fin, y por fortuna, acabaron juntos meses más tarde, ella le habló de sí misma, le dijo que tenía una gemela idéntica que no le tenía demasiado aprecio, y Ben supo que Emily le necesitaba tanto como él a ella. En cierto modo, él se convirtió en la hermana que nunca había tenido: su alma gemela, su mejor amigo, la persona que sabía qué estaba pensando, en quien podía confiar sus sentimientos con toda sinceridad, por muy débil o loco que le pudiera parecer a otra persona; él siempre la entendía, sabía lo que quería decir. El hecho de que sintieran una atracción física tan fuerte por el otro casi les parecía una ventaja añadida, aunque Emily solía bromear diciendo que le deseaba a pesar de su profesión y sus extrañas aficiones, mientras que él decía que si alguna vez se iba siempre le quedaría una réplica que no dudaría en aceptarle. Y los dos se echaban a reír con la picardía de sus comentarios, completamente seguros de sus sentimientos por el otro.

A menudo Ben se quedaba pensando en su vida junto a Emily, mientras Charlie estaba dormido y él permanecía sentado solo en el sofá, el mismo en el que su mujer y él se acurrucaron en la feria de muestrario, después de que Emily se quitara los zapatos y se hiciera un ovillo como un gatito, para asegurarse de que era lo suficientemente cómodo antes de comprarlo (dijo que era demasiado caro como para equivocarse). Había conectado la televisión a su ordenador para hacer pases interminables de fotos de su inmensa colección, y se quedaba hipnotizado con las imágenes que iban saliendo al azar: un autorretrato a la distancia del brazo de sus rostros atizados por el viento en una playa de Devon en pleno invierno; Emily delante de Doge's Palace en St. Mark's Square, en su segundo aniversario de boda; Ben cogiendo a Charlie en brazos junto a un río cerca de Buxton, por si intentaba meterse; Emily más guapa de lo que él hubiera soñado que pudiera estar, el día de su boda, con el mar resplandeciente de fondo dándoles su beneplácito; Emily acunando a su bebé en sus brazos en el pequeño jardín de rosas de Frances; los dos en su luna de miel en Sorrento, cogidos de la mano delante de unos edificios de colores naranjas y rosas terrosos apilados hasta la orilla del agua; Charlie y su mejor amigo Daniel abrazados en este mismo sofá; Emily riéndose mientras regaba las flores con Charlie a su lado,

empapado; Emily con aspecto sereno delante de un templo de columnas rojas en Cnosos, cuando aún no sabían que estaba embarazada; todos metidos en la cama la mañana de Navidad, Charlie sentado sobre la cabeza de Ben. Las imágenes flotaban seductoras por la pantalla, dándole el tiempo justo para ubicarlas en el tiempo y el espacio, antes de desvanecerse y dejar que una nueva apareciera. Ben se pasaba horas mirándolas, pensando: «Solo una más y me levanto», hasta que los huesos se le quedaban fríos y la oscuridad se instalaba a su alrededor, pero no era capaz de moverse ni para encender la calefacción o las luces, era como si ella le estuviera hablando desde muy lejos, diciendo «recuerda esta vez o aquel momento», y le hacía sentir un extraño consuelo. Pero había otras ocasiones en las que la imagen que aparecía era tan real, tan burlona, que no podía creer que ella le hubiera abandonado, ni podía creer que no supiera dónde ni cómo estaba, y acababa rindiéndose a su angustia y tirado en el suelo, golpeándolo con los puños y sollozando solo, desamparado en su dolor, como un niño.

Una vez superado el shock inicial, cuando las hojas empezaron a caer y el año enfilaba ya su retirada, Ben parecía estar mejor de lo que nadie esperaba: pero la idea de la Navidad era una tortura para él, así que sus padres tuvieron que ponerse firmes y organizaron un viaje a un hotelito que conocían en las Tierras Altas de Escocia, y les hizo un tiempo maravilloso y poco propio de la estación, y todos lo llevaron bien, en cierto modo hasta lograron disfrutarlo. Salieron de Manchester por la mañana temprano, y en cuatro horas y media estaban a orillas del lago Lomond, y cuando pararon para que Charlie descansara un poco el aire era tan limpio y puro que a Ben le dio la sensación de que por fin volvía a respirar, que volvía a llenarse los pulmones de aire por sí mismo, en lugar de hacerlo por obligación hacia Charlie. La idea de sus padres resultó un acierto: el hotel era cálido y lujoso en cierto sentido, anticuado y desgastado, sin ninguna historia pasada que pudiera golpear de refilón a Ben, y los dueños estaban encantados con Charlie, era tan mono, y le mimaban mucho, dándole galletas constantemente, y para variar a nadie le importaba. Allí arriba, Charlie parecía casi haber olvidado a Emily: le encantaba corretear a su aire junto al lago y perseguir a los patos; y su

espíritu travieso, su alegría pura ante la belleza de la vida les alimentaba a todos. El cambio de rutina hizo que hasta el día de Navidad fuera soportable, incluso Ben se relajó un poco, aunque tampoco podía evitar una necesidad de mirar por encima del hombro constantemente, por si estaba ella, por si aparecía de repente de entre la niebla y, agachándose sobre sus preciosas y largas piernas, extendía los brazos para que Charlie corriera hacia ella y saltara a su abrazo para demostrarle que aún la quería, aunque le hubiera abandonado.

El dormitorio de Robbie está pintado de gris pizarra, tiene el suelo y los muebles blanqueados y ropa de cama almidonada y blanca; es elegante y andrógino, pero austero, como la cocina. Me pregunto si lo habrá diseñado él, o si tiene un interiorista, o peor, una novia, pero no quiero preguntar, ahora no es el momento. Me da una camiseta y es de una marca buena, y cuando voy al baño y me la pongo el tacto es agradable. Me queda corta, mis piernas parecen más largas que nunca, y me la estiro por delante avergonzada al volver a entrar en el dormitorio. Robbie me mira pero no dice nada, y cuando me meto en la cama me rodea con sus brazos y me abraza suavemente, sin amenaza, y mi cuerpo está a gusto, fundiéndose con el suyo, y el dolor de cabeza empieza a desaparecer.

—Es tan reparador —dice susurrando— que me aceptes por lo que soy.

—Claro —murmuro, y me quedo feliz tumbada a su lado y por primera vez en un año me siento en paz, a salvo, hasta querida. Es extraordinario, y sé que esto no puede durar pero por alguna razón nos hemos encontrado, y estoy segura de que por el motivo que sea es lo que ambos necesitamos ahora mismo. Estoy tan calentita y cómoda que me quedo dormida y para variar mis sueños son agradables, tranquilos, y cuando vuelvo a abrir los ojos es mucho más tarde y Robbie está sentado junto a mí en la cama, vestido, y me ha preparado otra taza de té de un color perfecto.

—¿Te apetece desayunar algo? —pregunta—. He salido a comprar huevos, salchichas, muffins, de todo un poco.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —pregunto.

—¿Por qué no? —contesta—. De todas formas, me estaba aburriendo en

la fiesta, no es mi rollo, y no quería dejarte sola en un taxi chungo, estaba claro que no te encontrabas bien, y cuando te quedaste dormida en el sofá tampoco podía echarte, ¿no crees? —Sonrió—. Y entonces pensé que tal vez te encontrarías mejor si te tumbabas un rato en la cama, y ahora tengo hambre y voy a hacer el desayuno. ¿Qué hay de especial en eso?

¿Que qué hay de especial en eso? ¿Y por qué se parece tanto a mi marido? No se me ocurre qué decir, así que me aferro a territorio seguro.

—¿Te importa si me doy una ducha primero?

—Claro. ¿Quieres que te deje un poco de ropa? —Robbie cruza la habitación y abre una puerta que da a un vestidor, y tiene toda la ropa cuidadosamente ordenada por colores. Coge unos vaqueros y un par de camisetas para que elija, y me da la toalla más grande y más suave de la historia.

La ducha es enorme y potente y mientras estoy bajo el diluvio los últimos vestigios del dolor de cabeza me recorren la espina dorsal, bajan por mis piernas y desaparecen por el desagüe. Me envuelvo en la toalla y siento una punzada de miedo de que sea demasiado bueno para ser verdad, de que hay algo que no está bien, de que no me lo merezco. Aún no he llamado a Angel para decirle que estoy bien, pero cuando miro en el bolso mi teléfono se ha quedado sin batería y no recuerdo su número, y mi intranquilidad aumenta.

Me pongo los vaqueros de Robbie y un polo rosa palo, me paso los dedos por el pelo húmedo con reflejos, y me uno a él en la cocina, donde la mezcla del olor a tomate haciéndose y bacon ahumado me recuerda que vuelvo a estar hambrienta. Me siento tímidamente en uno de los taburetes en forma de champiñón y estoy demasiado alta, no sé qué hacer con los pies, y juego con ellos como una niña pequeña.

Robbie sonrío y saca unos platos del armario. Va a la nevera y coge dos huevos azul claro, los rompe y los echa sobre la grasa del bacon y el silbido llena el silencio. Cocina con confianza y cuando me sirve el desayuno el plato es una obra de arte, como en un restaurante. Nos sentamos uno al lado del otro y comemos en silencio sobre la encimera, la atracción entre nosotros se tensa como una goma. Afuera hace mucha humedad y el aire viciado de la cocina empieza a marearme otra vez.

—¿Quieres ir al salón? —dice Robbie una vez hemos terminado—. Voy a

hacer un poco de café.

—Vale —digo, reptando para bajarme del taburete y caminando de vuelta al salón sin hacer ruido. Al hundirme en el sofá se oye el estruendo de un trueno pero debo de haberme perdido el relámpago, la lluvia empieza a galopar por los cristales de la ventana y a golpear el tejado, y la temperatura del aire cae en picado. Robbie entra con dos tazas de café espumoso, las deja en la mesa y se acerca a su iPod y pone a Eva Cassidy. Se sienta a mi lado en el acogedor sofá, y cuando por fin nos miramos a los ojos siento deseo y desesperación, y sí, *amor*, un amor tierno y puro por este hombre al que acabo de conocer. Hay algo extraño en todo esto, pero no sé qué es, y a pesar de que me preocupa que Angel esté preocupada por mí, por dónde haya podido acabar (tiene gracia, solo hay media docena de personas en Manchester que llevan meses preocupadas por lo mismo), decido dejarme llevar y el momento resulta especial, enrarecido, sereno. No quiero que acabe nunca, quiero que el tiempo se detenga aquí, antes de que todo se vuelva a estropear. Miro intensamente a los ojos a Robbie y es como mirar a Ben, pero un Ben que aún era inocente, el Ben de *antes*. Las cadencias de Eva y el golpeteo de la lluvia hacen que el corazón se me pare y me cueste respirar, y después de un tema y medio Robbie por fin se acerca a mí, lentamente, con suavidad, y cuando me besa sabe calentito, a café y bacon, y su boca es tierna, tranquila, franca.

Miro el reloj y es casi la hora de comer. Intento moverme pero quiero quedarme, no quiero que se acabe esta conexión con mi historia.

—Debería quitarme de en medio pronto —digo, presionando mis labios contra los suyos—. Estoy segura de que tienes planes.

—¿Sabes qué? He tenido una semana bastante dura —dice Robbie—. Hace un día de perros, y lo que más me gustaría es quedarme aquí escuchando música y tal vez ver una película más tarde y dejar que el mundo se quede ahí fuera. —Hace una pausa—. Y si pudieras quedarte y compartirlo conmigo sería aún mejor.

Dudo. Intento no pensar en el auténtico Ben ni en Charlie, en dónde estarán y qué estarán haciendo. Me preocupa que Angel esté preocupada por mí. Y entonces tomo la decisión, parece como si le pidiera demasiado al pasado. Me aparto y cojo su mano, recorro con un beso la frontera donde la

palma se junta con los dedos, le miro, ya sin timidez, y digo:
—¿Sabes qué? Suena maravilloso.

T ras el éxito del viaje a las Tierras Altas, vino el Año Nuevo y los meses de invierno pasaron lentos y lánguidos. Y sin apenas darse cuenta llegó mayo y Ben se enfrentaba al mayor escollo de todos, el aniversario del día en que su vida cambió para siempre. Quería vivirlo completamente solo: ni siquiera se veía capaz de tener a Charlie junto a él, no sin Emily, así que le dejó con sus padres y se fue al Distrito de los Picos. Se bajó del coche y anduvo lo más recto que pudo, aunque no sabía por qué, durante horas y horas, saliéndose de senderos, atravesando zarzas, cruzando campos vallados y escalando terrenos rocosos. En un principio había pensado en subir el Kinder Scout, donde le pidió matrimonio a Emily (ella se rio cuando le vio arrodillarse, antes de ponerse de rodillas también y contestarle que sí), pero no podía aguantar la idea de estar allí arriba sin ella, y además no quería arriesgarse a ver a nadie. Caminaba incansable, meditabundo, y a punto estuvo de olvidarse del tiempo y de dónde estaba; por unos instantes hasta olvidó a Emily, lo que habían tenido y lo que habían perdido. Sabía que Charlie también había notado la fecha, aunque evidentemente él no le dijo nada, no lo habría entendido, pero cuando le dejó en casa de sus padres parecía disgustado, no estaba aullando pero lloraba que daba lástima, lo cual hasta cierto punto era peor. Ben llevaba una pequeña tienda de campaña a la espalda y cuando se hizo tarde y ya era casi de noche se detuvo y la montó junto a un río que fluía tranquilo, donde el único ruido era el borbotear del agua o el grito aislado de algún pájaro desconocido. Se quedó despierto la mitad de la noche y casi disfrutó de la sensación de estar solo en medio del mundo, de tener tiempo y espacio para llorar y respirar, y cuando despertó se sentía extrañamente reparado, aliviado

de haber superado el día y alcanzado la otra orilla, todo lo cuerdo e indemne que podía estar.

Robbie no hace preguntas acerca de mí y yo tampoco se las hago a él, aunque me produce curiosidad el hecho de que pareciendo tan joven pueda permitirse un piso tan pijo, cocine tan bien y sea tan caballeroso. Descubrimos que nos gusta la misma música y nos quedamos tirados en el sofá escuchando The Doves, The Panics, The Libertines, Oasis e incluso Johnny Cash, hasta que de repente suena la canción de nuestra boda y yo me encojo, es demasiado horrible, y le digo que no me gustan los Smiths, aunque por supuesto antes me encantaban; Ben siempre decía en broma que la única razón por la que nos habíamos mudado a Chorlton era que podría ver al batería en el Club Irlandés. Robbie no dice nada, parece entenderlo, pasa a la siguiente canción y me tranquilizo un poco, y más tarde suena esa canción de The Wannadies, y al llegar al estribillo me mira a los ojos sin pestañear y siento como si se me fuera a romper el corazón. No ha dejado de llover y la temperatura sigue bajando, pero nos da igual, nos miramos, nos abrazamos y nos besamos durante toda la tarde como un par de adolescentes. Robbie parece encantado de estar en el sofá, vestidos, y el deseo va creciendo y cruje a través de la ropa, pero ninguno de los dos parece querer llevarlo más allá por ahora, así que no lo hacemos.

Ben pidió a sus padres que se quedaran a Charlie una noche más, la noche del sábado, porque le había costado mucho volver a encontrar su coche, y para cuando llegó a casa con las piernas cubiertas de rasguños y los pies llenos de ampollas estaba demasiado exhausto y hecho polvo como para cuidar de nadie, ni siquiera de Charlie. Cerró las cortinas, pidió un curry y se puso a ver la programación del sábado noche en la tele (algo que decía odiar pero que a Emily siempre le encantó y, aunque no lo dijera, a él también, pero, claro, nunca lo habría admitido).

No era lo mismo verlo solo, no poder reírse de cómo lloraba Emily y de cómo le decía que se callara porque no podía oír lo que decían los jueces. Al final se encontró preguntándose dónde estaría ella ahora, qué estaría haciendo, y sin Charlie ahí para contenerle o hacerle fingir le entró el mismo dolor sordo que el día en que miró debajo de la cama y se dio cuenta de que la bolsa de viaje de cuero había desaparecido, que ella se había ido.

Sonó el timbre de la puerta. Mierda, debía de ser el curry, tenía que recomponerse. Se enjugó las lágrimas y cogió su cartera. Al abrir la puerta se quedó paralizado, mirando a la visita como si no pudiera creerlo, con la boca abierta y con una expresión casi absurda. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba su curry? ¿*Había vuelto?* Su corazón dio un brinco como si le hubieran disparado, y luego se estampó en el suelo agonizando.

—Oh —dijo.

—¿Puedo pasar? —preguntó Caroline—. Tal vez no debería haber venido, pero intenté pasarme anoche, tenía que verte, pedirte perdón.

—Perdón, ¿por qué? —contestó Ben; sabía que estaba siendo grosero.

—Por favor, déjame pasar, Ben. No eres el único que está sufriendo, tal vez podamos ayudarnos el uno al otro.

—No lo creo —dijo, pero se echó a un lado y ella entró de todas formas. La siguió hasta el salón y mientras se estaba quitando el abrigo volvió a sonar el timbre, y esta vez sí era el curry, pero al pagar al chico del reparto seguían temblándole las manos. Fue a la cocina y repartió la comida en dos platos, como siempre había pedido demasiado. Se abrió una cerveza, y dudó un instante: tal vez no debería beber delante de Caroline, ¿no sería como mofarse un poco de ella?, pero luego se dijo qué coño, y le sirvió un zumo de naranja.

Cuando estaba terminando de preparar las bandejas, Caroline entró con sus tacones altos y le pidió una copa, y sacó de su bolso una botella de vino blanco envuelta en papel rojo, empañada de lo fría que estaba. Debía de acabar de comprarlo en la tienda al final de la calle, pero Ben estaba cansado e incómodo y no dijo nada, no tenía fuerzas para broncas. Cenaron en silencio delante de la televisión, mientras un tipo engullía pelotas de golf y una anciana bailaba con su caniche, y cada vez que Caroline movía la bandeja se le subía más y más la falda revelando sus suaves muslos. Cuando llegaron los anuncios, ya se había acabado la copa, y eso que se la había llenado bastante, y le pidió que le sirviera un poco más.

En ese momento algo se rompió dentro de Ben, se levantó y entró hecho una furia en la cocina, fue a la nevera, se abrió otra cerveza, la inclinó y vertió el líquido por su garganta lo más rápido que pudo, ¿por qué no? Estaba tan explosivamente rabioso que necesitaba anular el sentimiento, romperlo en pedazos, y al tragar el alcohol se dio cuenta de que ya no estaba furioso con ella, estaba furioso con todo este asqueroso mundo.

Mucho, mucho más tarde, ya se ha hecho de noche, pero aún no nos hemos movido del sofá. Hemos medio visto dos películas, hemos escuchado un sinfín de discos, y ya he empezado a fantasear un poquito con una nueva vida junto a este nuevo Ben, tal vez casarnos algún día, y convertirme en la señora... ¿de quién?

—¿Cómo te apellidas, Robbie? —murmuro hacia su hombro.

Por primera vez, parece algo incómodo.

—Eh, es..., eh, Brown —contesta.

Me incorporo y le miro.

—Ese es mi apellido —digo—. Buah, es el destino. —Y me río.

—Tengo hambre —replica rápidamente—. ¿Te apetece que pidamos comida a domicilio?

—Debe de haber un montón de sitios por aquí. ¿Y si salimos a cenar a alguno?

—Preferiría quedarme aquí contigo —dice—. Está lloviendo, tengo un poco de champán, podemos quedarnos tranquilamente; además no tendrás que preocuparte de qué zapatos ponerte con ese modelo. —Me mira con sus vaqueros y su camiseta que me quedan demasiado grandes, y la verdad es que tiene razón.

—Vale —digo, y no me importa, de hecho lo prefiero.

—¿Te va bien curry?

—Perfecto —contesto, aunque el estómago me da un ligero vuelco, era lo que siempre pedía Ben—. Elige tú, a mí me gusta todo. —Busca el folleto en el cajón, y al pedir lo dice todo muy deprisa y por alguna razón su voz suena

un poco rara y aguda.

Desaparece por un instante, y luego vuelve con una botella de champán y dos flautas. Al verle entrar pienso con nostalgia en el bolsito de seda rosa de Angel, y de repente me doy cuenta de que no se lo devolví. Me viene la imagen de mí misma anoche en los lavabos de Groucho. De lo rápido que rompí la promesa a mi hijo, y entonces pienso que de todas formas ya le di la espalda cuando más me necesitaba, así que ¿qué más da una rayita de vez en cuando?

Aunque la necesidad se va expandiendo dentro de mí e inunda cada grieta de mi mente desquiciada, me preocupa Robbie y lo que pueda pensar, estoy casi segura de que no le va el rollo. No quiero que se lleve una mala impresión, así que empujo el recuerdo del pequeño bolsito, y lo alejo todo lo que puedo. «Si no estuviera en mi bolso no pasaría nada. Haz como si no estuviera». Robbie llena las copas y brinda por nosotros, por las últimas veinticuatro horas, me vuelve a besar, y la idea de la droga se evapora vagamente.

Cuando suena el timbre de abajo Robbie se levanta de un salto y dice:

—Vuelvo en un segundo, ¿te importaría abrir? —Me pone un billete de cincuenta libras en la mano y se va al baño. Abro al repartidor que sonrío a la cámara del telefonillo, me entrega unas cajas elegantes de comida aromática, y la sirvo en platos blancos cuadrados en la deslumbrante cocina. Robbie reaparece y llevamos la cena al salón, nos sentamos y nos ponemos las botas, como si estuviéramos hambrientos, y mientras cenamos vemos *Britain's Got Talent*, y es tan agradable, una buena noche de sábado en casa, como las que solía disfrutar con mi marido. Nos reímos con los mismos chistes, hacemos el mismo tipo de comentarios, y cada vez que miro a este imitador de Ben siento un hormigueo en el estómago y se me desboca el pulso, hasta que tengo que apartar la mirada. Robbie descorcha otra botella y nos tumbamos, la bebida empieza a hacernos efecto, y finalmente me levanta y me lleva al dormitorio, y esta vez no nos limitamos a tumbarnos y abrazarnos, ahora ya estamos preparados, y es como si nos conociéramos de siempre, es maravilloso. Y entonces, cuando hemos acabado, me doy cuenta de lo que he hecho, que soy oficialmente una adúltera, y para controlar el pánico y sin importarme ya lo que piense, le suelto la sugerencia sin más. Robbie me mira

detenidamente y para mi sorpresa dice que sí, y no sé por qué, pero no me parece algo sucio con él, aquí en su sofisticado piso de Marylebone, sino emocionante, glamuroso y alucinante. Horas más tarde nos quedamos dormidos y despierto cuando el alba empieza a asomar por las persianas a medio cerrar, atormentada por la culpa con Robbie ahí tumbado, muerto.

Cuando Ben volvió de la cocina seguía furioso, pero ahora estaba casi tan enfadado con Emily por haberse ido como con Caroline por haber venido. Le resultaba insoportable que justo en ese momento, de entre todos los momentos posibles, tuviera que hacer frente a alguien que se parecía a Emily, que sonaba como ella, pero que no era ella. *No debería haberse ido*, ¿cómo se puede ser tan egoísta? Estaba tan borracho que sentía la ausencia de su mujer como un vacío físico, como si le hubieran sacado el estómago y no le quedara más que un agujero donde antes tenía las entrañas. Se llevó la mano a las costillas: sí, ahí seguía todo, no le habían descuartizado en plena noche. Miró a Caroline tirada en el sofá con la falda demasiado corta, ahora llevaba el pelo más largo, y deseó que se fuera de una puta vez, ¿para qué había venido? Se acercó a la silla de mimbre en la que podría haber jurado que no se había vuelto a sentar desde aquella primera noche mágica en el apartamento de Emily, hacía ya años; estaba totalmente hecha polvo y era incómoda, deberían deshacerse de ella. No, *él* tenía que deshacerse de ella, ya no había plural. Deseó otra vez que Caroline captara la indirecta y se marchara, pero le daba cosa pedírselo directamente, por miedo a que montara una escena, esta noche no podría aguantarlo.

—¿Dónde has estado? —dijo Caroline, arrastrando las palabras.

—En la cocina —contestó Ben, y se preguntó vagamente cómo podía estar también ella borracha, si le acababa de traer la segunda copa de vino, pero no se había fijado en la media botella de whisky que había dejado vacía en el suelo.

La televisión seguía con su acometida de emociones fingidas. Vieron a

una niña pequeña con una voz poderosa destrozar un tema de Whitney, y luego un conjunto de hombres crecidos vestidos con petos bailando con carretillas, hasta que Ben pensó que no podía aguantarlo más, que se tenía que ir a la cama, y por instinto apretó el botón del mando y la pantalla se fundió en negro. Resonó el silencio. Caroline se volvió con un suspiro a mirarle y en ese momento se dio cuenta de que parecía otra vez enferma, pálida y frágil bajo el maquillaje.

—¿De qué querías hablarme? —dijo Ben por fin; tal vez se iría después de decírselo. Caroline inclinó la cabeza y se retorció los dedos.

—Quería pedirte perdón —dijo.

—Pero ¿por qué? —insistió Ben.

Caroline parecía incómoda.

—Por lo que pasó —dijo ella—. Siento todo lo que pasó.

—Más lo siento yo —contestó Ben, pero lo dijo sin lástima, solo con una pena sin fondo.

—¿Crees que volverá algún día? —preguntó Caroline. Esperó mientras la pregunta daba vueltas por la habitación, y él tardaba tanto en contestar que creyó que no le había oído.

—No, ahora ya no —dijo. Era la primera vez que lo reconocía y fue devastador, así que se levantó para salir de la habitación, no podía llorar delante de Caroline, de ella menos que nadie, pero se tropezó con la botella de whisky y se cayó en mala postura, casi encima de ella. El sofá era bajo, profundo y blando, y, aunque intentó levantarse, de repente le pareció demasiado esfuerzo, así que se quedó allí tirado, borracho y derrotado.

Caroline se movió y le rodeó con sus brazos, y le abrazó en silencio mientras sollozaba, desquiciado por la cerveza, el dolor y la soledad. El contacto con ella le resultó extrañamente reconfortante: aunque tenía un carácter muy distinto al de su hermana, el tacto era igual que el de Emily, hasta olía igual que ella, y claro, era clavada a ella. Hacía tanto que Ben no abrazaba a nadie que no fuera Charlie que estaba desorientado, y aquello le recordó tiempos mejores, así que cuando ella empezó a acariciarle el pelo diciéndole ya está, ya está, todo irá bien, en su borrachera pensó que tal vez era Emily, y cuando ella se acercó para besarle dejó que lo hiciera y hasta le devolvió el beso, y todo se volvió tan acelerado y tan animal que fue como si

no se diera cuenta de que no era su mujer, sino su maligna hermana gemela, hasta que ya era demasiado tarde. Entonces comprendió lo que había hecho y le gritó que se marchara y le dejara en paz de una puta vez, y salió dando tumbos del salón y corrió arriba, dando un portazo tras de sí.

El bello Robbie tiene sangre seca en la nariz, la cama está fría y su piel se ha puesto azul. No hay ninguna duda de que está muerto. No grito, sino que salto de la cama y corro a la ventana, desnuda, jadeando como un perro. Estoy tan aterrada que no puedo pensar. No puedo, *no puedo* volver a mirarle, la imagen se me ha clavado en la mente y sé que es otro destello del infierno del que jamás podré librarme, otra vida que he echado a perder, y para qué. La idea me produce arcadas, consigo contener el vómito en la boca lo suficiente para coger la papelera y lo arrojo por todas partes, me derrumbo en el suelo y por segunda vez en dos días vuelvo a estar cubierta de mi propio vómito y deseo que mi vida se dé prisa y se acabe de una vez. Al levantarme siento que me fallan las piernas y el pecho me sube y baja como no sabía que pudiera hacerlo, y la respiración se me va acelerando poco a poco hasta que empiezo a hiperventilar y no soy capaz de parar. ¿Qué hago? ¿Quién puede ayudar a Robbie? (*Nadie, ya es demasiado tarde*). ¿Quién puede ayudarme? (*Ídem*). No puedo llamar a Angel, ni a Simon, ni siquiera a mi madre ni a mi padre, tengo el teléfono sin batería y no me sé ninguno de sus números. Solo recuerdo dos de memoria que tal vez podrían ayudarme: el de mi antigua casa en Chorlton, y el de urgencias. Quiero llamar a Ben desesperadamente, quiero a Ben, él sabrá qué hacer, así que marco el teléfono de Manchester casi sin pensar, y mientras se establece la llamada me doy cuenta de lo que estoy haciendo, y me pregunto qué demonios voy a decirle, y tras tres tonos cuelgo. Me tiemblan las manos pero consigo marcar el número de urgencias y después de varios segundos contesta una operadora de voz eficiente.

—¿Fuego, policía o ambulancia? —pregunta.

No lo sé. Está muerto, es lo único que sé, ¿qué puede hacer una ambulancia ya?

—¿Diga? —continúa—. ¿Fuego, policía o ambulancia?

Entre jadeos intento contestar.

—Hay una persona muerta aquí.

—¿Está segura? ¿No respira?

—Está frío y azul. Creo que está muerto. —Empiezo a soltar sollozos a ráfagas por el teléfono, por Robbie, por su pobre vida echada a perder. Es horrible.

—¿Cuál es tu dirección? Dime tu dirección, bonita.

—No lo sé. Estoy en algún sitio en Marylebone.

—Vale, localizaremos la llamada. No cuelgues, guapa, y trata de calmarte. ¿Cómo se llama el fallecido?

—Robbie. Robbie Brown.

—¿Y el tuyo?

—Catherine Brown.

—¿Eres su esposa?

—No —digo gimiendo—. Le acabo de conocer. —La habitación empieza a darme vueltas y asumo que me estoy desmayando, pero entonces me doy cuenta de que son las luces azules acercándose por la calle, y que la policía ya está aquí.

Gracias a Dios. En ese momento recuerdo que sigo desnuda y cubierta de vómito, corro al baño y entro y salgo de la ducha antes de que le dé tiempo a calentarse, y, cuando me logro envolver en una de las enormes toallas de Robbie, la policía empieza a aporrear la puerta.

Abro cuando ya están a punto de derribarla, entran impetuosamente delante de mí y uno de ellos va directo al dormitorio. En menos de dos segundos exclama:

—¡Jesús! Ven a ver esto, Pete.

El tal Pete va hacia el dormitorio y se queda clavado en el umbral de la puerta al ver al pobre Robbie muerto, con toda la parafernalia de drogas sobre la mesilla de noche. Suelta un grito de horror y entonces se vuelve hacia mí, y veo odio en su mirada.

Tal vez alguien había entrado durante la noche y le había partido la cabeza en dos; pero entonces Ben recordó la visita de Caroline, todo lo que había bebido, y lo que había hecho con la hermana gemela de su esposa desaparecida. Sintió asco, repulsión, pero no tuvo tiempo para llegar al baño, y vomitó sin parar sobre la papelera hasta que no le quedó más que bilis con hedor a especias en la garganta. Menos mal que Caroline no le había seguido hasta el dormitorio, con un poco de suerte ya se habría ido: seguro que no se había quedado, después de cómo se había puesto él. No, ya no volvería a verla, pasara lo que pasara en el futuro.

Ben se quedó en estado de shock durante horas y horas, y cuando por fin se levantó ya era la hora de comer, y gracias a Dios Caroline se había ido. Se dio una ducha más caliente de lo que su cuerpo podía aguantar, se frotó hasta quedar en carne viva, pero seguía sintiéndose sucio, asqueado en su propia piel, derrotado: ahora Emily ya nunca volvería con él. No sabía qué hacer consigo mismo. Lo único que se le ocurrió fue limpiar, intentar eliminar hasta la última molécula de evidencia, para que no fuera cierto. Tiró los restos secos del curry, metió los platos y las copas en el lavavajillas y lo programó en el nivel más alto de lavado aunque estaba medio vacío. Desinfectó la mesita de centro; cogió la aspiradora y limpió la alfombra; lavó con una esponja y secó con el secador los cojines del sofá, que estaban manchados de vergüenza. Tiró a la papelera de reciclaje las latas de cerveza, las botellas de whisky y de vino, y cuando por fin terminó se hizo un café negro bien cargado, se sentó y puso las noticias. Cuando el teléfono de casa empezó a sonar lo ignoró, por si era Caroline, aunque entonces cambió de opinión —¿y

si fuera *ella?*—, pero colgaron antes de que pudiera contestar. Aún no era capaz de pensar con claridad, así que cuando vio el rostro de Caroline mirándole directamente desde la pantalla de la televisión, pensó que se equivocaba, que estaba alucinando. Pero entonces vio que sí, que era ella, aunque no lograba registrar las imágenes ni las palabras que decían, y empezó a preguntarse vagamente qué habría ocurrido, qué burrada habría hecho ahora. Era como si su mente estuviera colapsada de información y se negara a reiniciarse, pero entonces lo dijeron por tercera vez, Catherine Brown, no Caroline Brown, y comprendió que había encontrado a su mujer.

Pete y su compañero no saben qué hacer conmigo, sigo envuelta en la toalla de baño, y, después de deliberar nerviosos y pedir refuerzos, acaban diciéndome que me detienen por presunto homicidio. Sus palabras no tienen sentido en mi mente, así que asiento mientras dejo que me lean mis derechos, me da absolutamente igual lo que hagan conmigo. *Pobre Robbie, tan joven, tan lleno de vida, pero ¿qué demonios he hecho?* Empiezo a sollozar a otra vez. Llega una agente de policía, creo que la han llamado a propósito, y me lleva al baño para registrarme, suelto la toalla y lo único que puede ver es mi cuerpo desnudo y mis ojos colmados de horror. Tarda diez largos segundos y luego me dice que puedo vestirme, pero después de un nuevo debate en susurros me advierte que debo coger ropa limpia del armario de Robbie, que no debemos tocar nada de la escena del crimen. Así la llama, escena del crimen, porque se ha cometido un homicidio, y aparentemente he sido yo. Finalmente la policía, una mujer masculina con sus botazas y el pelo ralo y corto, me esposa por delante, aunque lo hace como disculpándose (sabe que no tengo ánimo como para oponerme ni huir), y el metal está frío, es extraño y duele, pero me reconforta. Cuando por fin me sacan descalza del apartamento, bajamos por las escaleras lujosamente enmoquetadas y salimos a la luz de la mañana en la calle me siento pequeña y frágil al lado de los agentes de policía, como si hubiera encogido varios centímetros de la noche a la mañana. Mientras el tal Pete me conduce hacia el furgón de policía veo fotógrafos esperando y me doy cuenta de que debe de ser noticia. Me van a encontrar, mi familia sabrá dónde estoy, descubrirá lo que he hecho, sabrá que he destrozado otra vida. Deben de estar llevándome a la comisaría de

policía, y la idea hace que me desmaye.

En el furgón me meten en una jaula, como a un animal. Estoy tan abajo que puedo oler los gases de la gasolina, siento el asfalto muy cerca, bajo el movimiento suelto de la suspensión, y me vuelven las náuseas. Estoy tan derrotada que apoyo la cabeza incómodamente contra el lado del furgón, y a cada bache me golpeo fuerte contra el metal, y el dolor es sordo, pero tendría que ser eléctrico, sé que lo merezco. Noto vagamente cuando nos detenemos en semáforos, cambiamos de carril y giramos a otra calle, pero tengo la extraña sensación de estar fuera de mi cuerpo, como si me viera a mí misma, y fuera la mala de una película. Y entonces, después de diez minutos más o menos, el furgón acelera y coge una esquina a toda velocidad hacia la izquierda, casi poniéndose a dos ruedas durante un par de segundos, y ahora gira a la derecha, y entonces frena y se detiene en seco, y escucho a alguien hablando por la ventanilla, y volvemos a ponernos en marcha, esta vez más despacio, y después de unos metros nos volvemos a parar y abren las puertas traseras y el sol punzante de mayo, fresquito tras la lluvia del sábado, inunda el interior del furgón, me llena los ojos, y los cierro rápidamente, ya no hay lugar para la luz dentro de mí.

Me dicen que baje del furgón y al hacerlo me tambaleo rozando la puerta y mancho los pantalones de Robbie de grasa negra. Por alguna razón me altera y digo perdón, no estoy segura de a quién, e intento quitarme la mancha, y la policía me dice: «Vamos, señorita», aunque no de manera brusca, me coge del brazo flácido y me lleva hacia una escalera que conduce a la comisaría, y hay policías por todas partes, me miran, parece que por alguna razón soy el centro de la noticia. Me hacen pasar directamente y me llevan a una pequeña habitación que apesta a miseria, mandan a un médico y me hacen toda una serie de preguntas sobre mi salud física y mental, si alguna vez me he autolesionado, si tengo tendencias suicidas en este momento. Es deprimente, les digo que depende de lo que para ellos signifique autolesionarse, pero me miran impasibles y al ver que me niego a hablar de si pretendo suicidarme anotan algo en sus libretas y me preguntan si quiero que informen a alguien de mi detención. Me resulta hasta gracioso, porque probablemente todo el país lo sepa ya, a juzgar por la cantidad de fotógrafos que había a la puerta de la casa de Robbie, y me pregunto

vagamente cómo llegaron tan rápido. Luego me preguntan si quiero un abogado pero estoy demasiado cansada para contestar y me resulta más fácil decir que no. Así que me llevan a una celda y me dejan sola, y me doy cuenta de que ya no siento ni me importa nada, estoy en las profundidades de mi mente, donde me siento calentita y a salvo, donde nada puede ir mal, porque todo lo que podía ir mal ya lo ha hecho.

Angel estaba tan ocupada hablando con su nuevo amigo Philip que tardó mucho en darse cuenta de que Cat no estaba. Supuso que estaría con Simon, y cuando le vio hablando con una esbelta mujer con pelo negro y brillante y flequillo recto sobre la frente, se acercó a preguntarle dónde estaba Cat. Simon tampoco la había visto marcharse, la barra estaba llena y habían tardado mucho en servirle, así que cuando a la una y media aún no había vuelto Angel intentó llamarla, pero saltaba el contestador.

Oh, bueno, pensó Angel, suponiendo que ya la vería en casa. Pero le sorprendía un poco que se hubiera ido sin despedirse, especialmente porque se había llevado su bolsito de seda rosa (ahora estaba un poco nerviosa, y no estaba segura de a quién preguntar ahí). Al final volvió con Simon, bebió más champán y eso desvió su atención del bolsito, y cuando Simon le preguntó si le apetecía tomar la última en el hotel donde se estaba alojando a la vuelta de la esquina, pensó que por qué no, era un tipo atractivo y así se ahorraría el taxi, así que se fueron juntos aunque luego Angel pensó que esperaba que no le importara a Cat.

Muchas horas más tarde estoy sentada en el borde de mi propia litera en una celda en la comisaría de Paddington Green, y aún intento digerir el hecho de que soy una asesina. *¿Lo soy?* Con el horror de despertar junto a un cadáver me había olvidado de las implicaciones de lo que habíamos hecho juntos, que habíamos compartido la droga de Angel, que había sido yo quien se la había dado. *Que he provocado su muerte.* Empiezo a temblar descontroladamente, hace frío aquí, la camiseta y los pantalones blancos que me han dado son demasiado ligeros, y me doy cuenta de que mi patético intento de huir del pasado, de empezar una nueva vida, ha fracasado, me ha explotado en la cara, solo he provocado más desgracias. Me han vuelto a desnudar y registrar, esta vez dos agentes, y, aunque es humillante, qué más da si el hedor a muerte ya se ha instalado para siempre en mi nariz. Al menos ahora ya puedo rendirme, ahora ya no merece la pena luchar por sobrevivir, aunque lo irónico es que mis erráticas respuestas de antes les han llevado a vigilarme, y alguien se asoma cada quince minutos por la ventanilla por si intento suicidarme. Un policía de cara gorda vuelve a asomarse y le observo un momento con la mirada perdida, sin entender nada, como un gorila en el zoo, y vuelvo la cabeza hacia la pared.

Cuando Angel volvió el sábado a mediodía y vio que Cat no había regresado a casa, empezó a preocuparse de verdad. Aunque nunca le había querido preguntar (suponía que ella misma se lo contaría llegado el momento), siempre había notado una tristeza extraña en su amiga, y después del espectáculo del día anterior comenzó a preguntarse qué estaría pasando de veras y qué habría hecho Cat esta vez, si estaría bien, o si tal vez debería llamar a la policía.

No seas tonta, pensó Angel. No era la madre de Cat, tal vez se hubiera ido con alguien por una vez. Pero la sensación no se le iba y cuando se marchó a trabajar el sábado por la noche le dejó una nota pidiéndole que la llamara en cuanto llegara a casa, y escribió su número en el reverso de una factura de gas y la dejó sobre la mesa junto a la entrada, por si Cat hubiera perdido su móvil.

Se enteró de la impactante noticia de la muerte de Roberto Monteiro por un comentario de un cliente en la mesa de blackjack. Cuando terminó su turno se puso las noticias de la BBC en el teléfono para ver lo que había pasado, y así es como supo que su mejor amiga había sido detenida por homicidio.

Lloro en silencio, como si por fin lo entendiera. Me arrepiento de todo lo que he hecho estos últimos dos días, de todo ello. Ojalá hubiera actuado con sentido común, como solía hacerlo antes, ojalá me hubiera tomado el día libre y me hubiera quedado en casa. Ojalá hubiera tenido valor para enfrentarme sola al día. Ojalá no hubiera ido a comer con Simon, qué locura, como si pudiera pasármelo bien. Ojalá no me hubiera puesto tan nerviosa, tan fuera de mí con lo que me dio el médico. Ojalá me hubiera quedado en la cama toda la noche en vez de volver a salir, en qué demonios estaba pensando, y encima para ir a una estúpida gala de premios. Ojalá no hubiera ido a la fiesta, ojalá no hubiera conocido a Robbie y no hubiera tenido el bolsito de Angel encima. Ojalá, ojalá, ojalá. Y ahora por mi culpa una de las más brillantes promesas del país está muerta y azul en la morgue. Cuando la policía me dijo que era Roberto Monteiro todo empezó a cuadrar: el hecho de que todo el mundo nos mirara cuando íbamos a coger un taxi; el que prefiriera que nos quedáramos en casa para que no le reconocieran; el que yo le gustara tanto porque no tenía ni idea de quién era, sabiendo que él me gustaba por su persona; el que fuera tan rico a pesar de ser tan joven. No creí que fuera un futbolista (pensaba que los futbolistas vivían en mansiones de pega en las afueras de Londres, no en apartamentos en el centro de la ciudad, y sé que suena a prejuicio, pero me pareció demasiado refinado, demasiado caballeroso). Al parecer su hermana es una modelo amiga del diseñador que daba la fiesta y por eso estaba allí. Él estaba recuperándose de una operación de rodilla, y por eso tenía permiso para salir un viernes por la noche. Solo lo sé porque he oído la conversación entre el policía Pete y alguien a la puerta

de la celda, y estaba casi llorando, debe de ser fan del Chelsea.

Claro que sabía quién era Roberto Monteiro, todo el mundo ha oído hablar de él, pero nunca he ido al fútbol y, aunque suene estúpido, fuera de contexto y en mi estado de ansiedad no caí en la cuenta. Casi me entra la risa, me siento histérica, maníaca, furiosa ante mi propia estupidez. Me pregunto qué vería Robbie en mí. ¿Era solo que no sabía quién era? ¿O era más que eso? ¿Y qué veía yo en él? ¿Era solo que me recordaba a mi marido? Supongo que ya nunca lo sabré, y entonces vuelven las lágrimas, bien cargadas y generosas, por Robbie, por la juventud y las esperanzas y la belleza que ya nunca se llegarán a cumplir, y eso me hace pensar en todo lo que ha ocurrido y me hago un ovillo en la sucia litera y deseo que el mundo entero se vaya a la mierda y desaparezca de una vez.

Caroline experimentó una peculiar sensación de triunfo al seducir al marido de su hermana gemela. Le parecía justo, pues al fin y al cabo Emily le había abandonado, y el hecho de que el deseo de Ben por ella, Caroline, fuera tan intenso y arrebatador, en fin, le hizo sentirse poderosa y magnífica en aquel momento de liberación para ambos, el triunfo definitivo en una vida de competición con su hermana. Pero justo después de acabar, cuando la apartó de un empujón y se levantó bruscamente, mirándola con asco antes de salir corriendo del salón, comprendió hasta qué punto la despreciaba, que aquello se había convertido en odio y no amor, que no había logrado nada. Su corazón se endureció mientras se servía otra copa, preguntándose por qué nunca la quería nadie. ¿Qué tenía de malo?

Caroline se quedó toda la noche en el sofá de Ben y bebió hasta la inconsciencia, y por la mañana subió a su habitación y se quedó mirando la puerta cerrada, deseando que él saliera. Se planteó abrirla y entrar sin más, pero el pomo estaba colgando en un ángulo extraño, como si estuviera a punto de caerse, y al final decidió no hacerlo, la verdad era que anoche le había dado bastante miedo, así que dio media vuelta y salió tambaleándose a la calle. Fue haciendo esos unos cien metros hasta el final de la calle y se detuvo delante de la tienda de licores, que tenía rejas de acero verde cerradas como una dentadura, y se quedó de pie balanceándose en el bordillo de la acera, hasta que un autobús le pasó por delante a toda velocidad. Finalmente cruzó la calle cuando vio una pausa en el tráfico y echó a andar tambaleándose por la callejuela de enfrente sin saber qué hacer ni adónde ir. Se encaramó al muro de un jardín y hundiendo la cara en su chaqueta rompió

a llorar en alto, teatralmente, y cuando llevaba cinco minutos así dos chicos con camisetas del Manchester United pasaron junto a ella con aire arrogante y le dijeron: «Anímate, guapa, que pareces una hinchada del Chelsea», y cuando les miró desconcertada se rieron y dijeron: «¿No te has enterado? Ha muerto Roberto Monteiro».

Llevo horas sola en la celda, sola con mis tóxicos pensamientos y la imagen de un policía aburrido distrayéndome cada quince minutos. Al final me acabo quedando dormida, y me despierto cuando me echan la comida por la ventanilla. El guardia dice que siguen recabando pruebas, y que aún tardarán en tomarme declaración. Yo no hago gesto alguno de haber oído lo que me dice, no pretendo ser grosera pero me da igual que me vuelvan a tomar declaración, me da igual que me dejen en esta celda para siempre. La comida consiste en un plato precocinado de supermercado, una lasaña que han debido de sacar del paquete y metido en el microondas ellos mismos. No he comido nada desde el curry de anoche, y aunque no tengo mucho interés en seguir viviendo mi estómago sigue desafiándome, me ruge, así que le doy un bocado, y la verdad es que no está nada mal, y acabo comiéndomela toda, lo cual me sorprende un poco. Solo me han dado una cuchara de plástico, está claro que no creen que me puedan dejar un cuchillo ni un tenedor al alcance, y cuando termino de comer el agente uniformado me dice que le devuelva la cuchara, como si fuera un objeto valioso, así que se la paso por la ventanilla. Me quedo tumbada otra vez y de nuevo se hacen largas las horas sin que nada ocurra, salvo unos gritos e insultos en cierto momento, el ruido de una pelea acalorada, y entonces oigo que se cierra de un portazo otra celda y una voz aguda y patética rompe a sollozar, será alguien nuevo porque los gritos de antes salían en un tono grave y amenazador, en un idioma que no distinguía. Está oscureciendo y utilizo el lavabo en el rincón de la celda; a pesar de la penumbra puedo ver que está asqueroso y manchado de mierda, y entonces vuelvo a tumbarme y me quedo dormida.

Cuando despierto ya es de día y me echan un desayuno calentado en el microondas, y estoy a punto de preguntar qué está pasando, qué va a suceder, pero me siento demasiado indiferente, demasiado apática, sencillamente me da igual. En lugar de preguntar me incorporo, cojo mis utensilios inadecuados y engullo la comida hecha papilla como un bebé. Antes de terminar se abre la puerta, aparece un joven con vaqueros muy limpios y una camisa de rayas bien planchada y me pide que me levante, que están listos para tomarme declaración. Debe de ser lunes por la mañana: tendría que estar en el trabajo, a estas horas ya habrán llegado todos, estarán hablando de mí, debo de ser el mayor cotilleo de la historia. Me levanto y me noto los huesos viejos. El policía dice que le siga y me lleva por un pasillo, por delante de otros presos desgraciados, entre voces y tacos alguien pide que le dejen salir, que tiene que dar de comer a su perro. Siento lástima por el perro, que estará languideciendo hambriento en alguna parte, y me echo a llorar. La idea de que me vuelvan a tomar declaración, un año después de la última vez, de repente me parece una tortura, y me siento tan culpable y desolada, esta vez por Robbie, que casi no me tengo en pie, pero intento seguirle el ritmo y entonces atravesamos una puerta doble y recorremos otro triste pasillo hasta entrar en un cuarto sin ventanas donde hay una mesa, tres sillas de plástico naranja a ambos lados y una máquina de escribir anticuada. El detective me dice que me siente, él se sienta en una de las sillas enfrente de mí, tiene un aspecto demasiado limpio, demasiado recién salido de la lavandería para el entorno.

Me inclino hacia atrás y de nuevo me contemplo desde fuera, como si viera el plano de un actor, y la sensación que me produce me deja impasible y extrañamente tranquila. Esperamos no sé cuánto tiempo, tal vez medio minuto, hasta que entra otro policía de paisano, esta vez una mujer, se sienta y empiezan a tomarme declaración, y aunque vuelven a preguntarme si quiero un abogado me da igual lo que pase, así que les digo que no, que está bien, gracias.

Respondo a la batería de preguntas sobre cómo conocí al fallecido, cómo llegué a su apartamento, y qué estuvimos haciendo durante las últimas treinta y seis horas. Me doy cuenta de que suena sucio, sórdido, y quiero que sepan

que no fue en absoluto así, que en realidad fue romántico, especial, una forma tan agradable como cualquier otra de pasar el rato si tienes que morir. (En ese momento me echo a llorar, y tienen que interrumpir la declaración unos minutos). Cuando por fin me calmo me preguntan acerca de la droga y les digo que era de mi amiga y que solo nos metimos un poco, y en ese momento me paran y dicen:

—¿Quiere decir que proporcionó usted la droga al señor Monteiro?

Contesto que sí, que supongo que lo hice.

Aunque no quiero pensar en nada de esto, para qué, si no va a hacer que vuelva, me hacen más preguntas, sobre quién es mi amiga, cómo la conocí, cómo se gana la vida, cómo se apellida y dónde vive, ese tipo de cosas. Me doy cuenta demasiado tarde de que debería haber dicho que la droga era mía, pero me presionan y no se me ocurre otra cosa que decir, así que les cuento la verdad y me siento mal porque ahora he metido a Angel en un problema, la he arrastrado a este lamentable desastre. Por fin termina la declaración y me llevan de vuelta a mi celda. No me dicen qué va a pasar, simplemente cierran la puerta y me dejan allí, así que me recuesto, esta vez de espaldas, y me quedo mirando el techo, tratando de poner orden en mis pensamientos. ¿De veras piensan que le he matado? *¿Le he matado?* A ver, era adulto, tomó la droga voluntariamente, ¿no? ¿Estaría en mal estado? ¿Murió por causa de la droga? Y si es así, *¿por qué no estoy muerta yo?* Siento pena por mí misma, por mi familia, por la vergüenza que les voy a provocar, pero sobre todo siento pena por Robbie, siento que esté muerto, otra vida echada a perder por nada, y siento que mi vida ha acabado, esta vez sí que ya no hay vuelta atrás.

No tengo ni idea de qué hora es. Uno de los policías uniformados abre la puerta de la celda y me pide amablemente que le acompañe, como si estuviéramos en un hotel y quisiera enseñarme mi habitación: debe de estar recién licenciado, tiene algo que le delata, es enterecedor, la verdad. Levanto mi cuerpo de la sucia litera, me siento en el borde y sacudo la cabeza entre las piernas, como si pudiera sacudirme la vergüenza y la suciedad tan fácilmente. El agente espera con paciencia, y cuando por fin me levanto salimos de la celda y me conduce por varios pasillos largos y fríos hasta otra

habitación, puede que la misma donde me metieron la primera vez, aunque ya todo me parece igual, triste y gris. Otro policía de paisano me está esperando ahí y dice:

—Catherine Emily Brown, por la presente se le acusa de posesión de sustancias de la clase A, concretamente cocaína. Saldrá bajo fianza para acudir a un juzgado de instrucción y deberá regresar el día que sea citada.

Le miro sin comprender. ¿Dónde estaba la palabra «homicidio» en lo que ha dicho? ¿Qué quiere decir con «bajo fianza»? La mejilla izquierda me empieza a palpar, es la primera vez que me ocurre. Me quedo boquiabierta y me doy cuenta de que debo de parecer bastante perdida con este pijama fino blanco, el tic en la cara y los ojos cargados de dolor. Así que lo vuelve a intentar.

—Señorita Brown, lo que quiero decir es que puede usted marcharse.

Hay un problema: qué ponerme. Mi precioso vestido verde ha desaparecido, se lo han llevado como prueba y nadie parece saber dónde está, aunque me aseguran que aparecerá en algún momento, pero tampoco es que me importe, y al menos me devuelven los zapatos. No quiero salir con el pijama que me han dado y parecer una criminal suelta, aunque me sienta como tal, pero la ropa que me ofrecen del departamento de objetos perdidos huele asquerosa. Al final decido que el modelito blanco es la mejor opción, aunque sea con mis tacones, siempre y cuando pueda llamar un taxi, tendré que pedirlo en el mostrador de la entrada. Abren la puerta y ya está, me dejan salir. Vuelvo a estar al otro lado del mostrador, el lado libre. Hay gente, mucha gente amontonada a mi alrededor, mucho movimiento, y de repente alguien me hace una foto. Y me asusto, pero no por el flash, sino porque allí en el rincón, con aspecto mayor, más delgado e infinitamente triste, está mi marido.

TERCERA PARTE

El mundo fuera del taxi parece demasiado luminoso, demasiado activo, demasiado vivo para que lo registre mi cerebro. Encorvada contra la ventana, mirando hacia dentro, avanzo con el coche y junto a mi marido desde el oeste de Londres hacia el norte. No tengo buen aspecto, pero tampoco horrible. Soy solo una mujer como tantas que sale bajo fianza, con ropa blanca de reclusa y zapatos de tacón plateados. Ayer me detuvieron por presunto homicidio, pero, aunque he salido temporalmente libre, sé que nunca he estado más atrapada. El aire en el taxi se me antoja sombrío e inquietante, a pesar de que afuera hace un día fresco y luminoso; en la radio dirían que es otra gloriosa mañana de mayo.

Es curioso lo fácil que es volver a tu antiguo yo, a tu antiguo nombre, cuando no te queda otra. Ben me sigue llamando Emily y no me molesto en corregirle, ¿qué sentido tiene intentar ser Cat Brown ahora que me han descubierto, ahora que estoy obligada a enfrentarme con mi pasado? No quería irme con él, pero al mismo tiempo me moría por hacerlo. Cuando le vi esperando en la comisaría, mi corazón dio un salto y al mismo tiempo se me cayó a los pies: se alegraba de que tal vez siguiera amándome después de todo lo ocurrido, pero se hundió al pensar en cómo iba a poder perdonarme todo lo que he hecho.

No digo una palabra en el taxi, desearía evaporarme y desaparecer como un espectro o un alma moribunda, no tener que afrontar la desilusión y la pérdida en los ojos de Ben, la muerte definitiva del último resquicio de su amor por mí. Ben está erguido y tampoco añade nada a lo que me dijo en la comisaría: «Hola, Emily, creo que será mejor que vengas conmigo», y luego

me cogió del codo y me guio suavemente pero con precisión entre los periodistas que esperaban fuera hasta meternos en un taxi. Cuando su mano tocó el ligero algodón de la camiseta todo mi cuerpo se contrajo, como si me hubieran puesto una inyección de adrenalina, como si mi vida hubiera vuelto a empezar. Aquella extraña sensación ilusoria que había tenido desde que me detuvieron se desvaneció y volví a sentirme despejada y libre por primera vez en varios días, desde antes del aniversario, antes del 6 de mayo, y lo que vislumbré debajo del dolor fue un ápice de esperanza.

Ben me lleva al hotelito de Hampstead donde se alojó anoche, después de dejar a Charlie en casa de sus padres, que estaban indignados y disconformes con su actitud, y viajó hacia el sur en el primer tren que había para encontrarme antes de que volviera a desaparecer. El hotel es limpio y básico, práctico, pero me resulta demasiado simple, demasiado falto de carácter como para ser el escenario de nuestra escena final. Me alegro de que no haya traído a Charlie, por supuesto, habría sido demasiado para él, pero tengo una dolorosa necesidad de verle, siento que ahora que he visto a Ben también tengo que ver a Charlie, abrazarle, achucharle, decirle que lo siento, y lo antes posible.

Cuando subimos, la habitación está en blanco, limpia y vacía, sin rastro de nuestra historia, después de todo puede que no sea tan mal escenario. Ben sugiere que me dé una ducha, así que le hago caso, y al desvestirme me doy cuenta de que estoy sucia, de hecho apesto. El agua de la ducha cae como chorros de acero y dejo que corra dolorosamente caliente, dolorosamente dura, es lo que merezco. Cuando salgo estoy en carne viva, me siento tímida envuelta en la toalla, pero no tengo otra cosa que ponerme. Ben me mira a los ojos y dice que bajará a la calle principal a comprarme algo si prometo meterme en la prístina cama y descansar, ver la tele o lo que sea, cualquier cosa menos marcharme mientras él no está. Le miro a los ojos y se lo prometo, y después de vacilar un instante incómodamente junto a la puerta, como si no supiera si puede confiar en mí, por fin dice: «Hasta luego, Emily», y, aunque me pregunto por un momento si debería aprovechar e irme ahora que puedo, al final me tumbo en la cama y el sueño se lleva mi

decisión.

Oigo el firme clic de la llave electrónica, la puerta pesada se abre, y Ben ya ha vuelto aunque a mí me parece como si se acabara de marchar. Ha traído varias prendas que le van a Emily, pero no a Cat, aunque no me importa, la verdad es que no. Vuelvo a envolverme en la toalla, sigo con la absurda sensación de timidez, y voy al baño, donde Ben me ha dejado todo preparado, y cuando salgo tengo un aspecto inocente y renovado con mis vaqueros azul oscuro y mi camiseta blanca de algodón, aunque en realidad los vaqueros me quedan un poco estrechos, no estoy tan flaca como la última vez que me vio. Me siento incómodamente en el extremo de la cama y me miro las manos, las uñas que siguen sucias a pesar de la ducha, el lugar donde llevaba la alianza. Ben se sienta en la silla junto al escritorio y no sabemos qué hacer, qué paso dar. Hay tanto que decir que ¿por dónde empezar? Tras varios largos minutos de silencio, de una soledad punzante, Ben inicia la conversación. Va directo al grano, no hay lugar para cosas sin importancia.

—Emily, tienes que contarme qué pasó ese día. No quería presionarte, pensé que me lo dirías cuando estuvieras lista, pero te fuiste y me dejaste. Nos lo debes a los dos, tienes que hablar de esto, aunque no vuelvas a tener nada que ver conmigo.

Le miro y sé que tiene razón, y aunque me acaban de detener por presunto homicidio, nada menos que de un personaje famoso, aquí es donde está la verdadera historia, y me la he estado guardando durante demasiado tiempo. Veo el amor que hay en sus ojos y me infunde valor, así que tras varios largos minutos más de silencio abismal, entreabro los labios y empiezo a hablar.

15 meses antes

Había tal variedad de pollo que Caroline no sabía por dónde empezar. Pechugas, pechugas sin piel, pechugas en oferta, muslos, alas, patas, troceado, de corral, alimentado con maíz, ecológico, entero, en cuartos, gallinas de Cornualles, a saber qué era eso. Se paseaba de un lado a otro del pasillo temblando ante la carne pálida que relucía bajo envoltorios brillantes y con el reflejo de las luces, hasta llegar a las cajas y otra vez de vuelta. No recordaba qué decía la receta exactamente, solo había anotado «300 g de pollo» entre la cebolla y la crema agria. Al final se decantó por pechugas sin piel, de corral, aunque no ecológicas, esas eran una clavada. Recorrió metódicamente la lista: leche, cheddar, queso de cabra, yogur. La variedad era tal que tardaba una eternidad en decidir lo que quería, en asegurarse de coger la clase adecuada, del tamaño adecuado, al mejor precio, la que estaba de oferta; era como una inmensa búsqueda matemática del tesoro. Pasó al siguiente pasillo (tomates en lata, judías, ketchup, especias, pasta) y se dio cuenta sorprendida de que se estaba divirtiendo empujando el carrito, recorriendo los pasillos, consultando su lista, demostrando que por fin era una persona de verdad con una relación de verdad, no alguien que compra platos precocinados para uno, o peor, una anoréxica inútil que solo compra fruta, Coca light y chicle.

Después de una hora y media ya casi había terminado. Llegó al último pasillo, a la sección de bebidas, y cogió un pack de cervezas para Bill y tres botellas de tónica para sí misma, aliviada de haber sido capaz de resistir las

filas y filas de alcohol, últimamente había avanzado mucho. Su carrito estaba prácticamente lleno y se preguntó por un instante cuánto costaría todo, aunque en realidad le daba igual, se sentía bien consigo misma, se veía madura. Al llegar a las cajas repasó su lista para asegurarse de que no se dejaba nada.

¡Crema agria! Se había olvidado de la crema agria. Mierda, pensó, eso está justo al principio, y la necesitaba para el plato de pollo. Sintió un pellizco de irritación en la base del cuello, donde acumulaba la tensión, pero se recompuso mientras empujaba el carrito por la superficie equivalente a dos campos de fútbol, con una medio sonrisa beatífica clavada en el rostro. En aquella sección había varios grados menos y volvió a echarse a temblar, y no solo de frío. Al no poder encontrar ninguna clase de nata, y menos crema agria (solo inmensas hileras de yogures, leche y todas las clases de quesos con las que ya había agonizado antes) sintió un pinchazo de mal genio más agudo un poco más abajo, esta vez entre los omóplatos. A ver, la crema tendría que estar por aquí. *¿Dónde coño está?* El hipermercado era tan monstruoso, estaba tan lleno de cada tipo de cosa que se pudiera necesitar, que de repente le pareció apabullante, ya no era una diversión. Se encorvó sobre el carrito y buscó a alguien a quien preguntar. Se veía claramente que tenía piel de gallina en los brazos: debía salir de esa nevera de pasillo, lo tenían a una temperatura ridícula. Lo recorrió con la mirada de un extremo a otro, casi la distancia de una catedral, pero no había nadie, así que dejó el carro y con paso pesado cambió de pasillo, pasó por delante de las empanadas y empanadillas en el exhibidor del fondo, hasta llegar a la sección de carnes. Un hombre con un grueso forro polar azul estaba sentado sobre un taburete bajo, repartiendo paquetes con trozos de carne de color rojo fuerte, tan fuerte que parecía aún viva.

—Perdone —dijo, incapaz de ocultar la impaciencia en su voz. El hombre siguió repartiendo—. Per-do-ne —repitió Caroline, esta vez más fuerte.

El dependiente levantó la mirada. Era calvo, más joven de lo que pensaba, tenía una perilla oscura que parecía perderse entre sus rollizos carrillos, y la boca pequeña y fruncida (como una vagina, pensó Caroline con malicia).

—¿Me podría decir dónde está la crema agria?

—Pasillo 32 —murmuró el hombre, volviendo la mirada a sus filetes.

—¿Dónde está el pasillo 32?

El hombre hizo un gesto con la cabeza hacia el lugar donde ella acababa de estar y continuó con su labor.

—Ya he mirado allí —dijo Caroline—. ¿Me podría enseñar dónde, por favor?

Al volver a levantar la mirada, el gesto del hombre era claramente hostil, y en un principio Caroline pensó que iba a negarse. Apoyándose en el estante más bajo, levantó su estructura oronda del taburete y se puso en pie, moviéndose torpemente alrededor de la esquina como un oso recién despierto. Hizo un gesto vago con el brazo, y se dispuso a volver con sus solomillos en oferta especial.

—Ya he mirado ahí —repitió Caroline; esta vez no fue capaz de contenerse—. ¿Por qué no me ayuda en vez de ser un vago maleducado? ¿O es que no es su trabajo?

El hombre se detuvo.

—Señora, si me vuelve a hablar así voy a tener que informar a mi supervisor: en este lugar los empleados tenemos derecho a que se nos trate con respeto.

—Muy bien —contestó Caroline, esta vez gritando—. Vaya a buscar a su estúpido supervisor, que le voy a decir el capullo vago e ignorante que tiene a su cargo. —Se dio cuenta de que varios clientes habían parado su carro y les estaban mirando. El hombre se alejó hacia las cajas, y Caroline se quedó con su carrito lleno a rebosar, aunque sin la crema agria, y todo el mundo mirándola. Mierda, ¿por qué había dejado que ese capullo la pusiera tan nerviosa? ¿Y si venía un guardia de seguridad y le pedía que se marchara? ¿Cómo se atrevía a amenazarla?

Los otros clientes empezaron a moverse, manteniendo cuidadosamente las distancias, y entonces Caroline tomó la decisión. Abandonó el carro donde estaba, en medio del pasillo 32, y voló hacia la salida, pasando por detrás de las cajas, hasta encontrarse de nuevo bajo el resol de principio de verano. Fue a trompicones hacia su coche y salió rugiendo del aparcamiento, con tal furia que una madre tuvo que apartar a su hijo del camino. Condujo sollozando por la calle principal de vuelta hacia el norte de Leeds, acelerando y frenando como una loca, y si se saltaba algún semáforo gritaba y aporreaba

la puerta con el puño hasta que le palpitaba. Cuando llegó a casa se tumbó en el sofá y lloró sobre el barato cuero negro, hasta que los gemidos cesaron y puso *Cifras y letras* para intentar tranquilizarse antes de que volviera Bill.

Aquella noche, Caroline pidió comida a domicilio. Le dijo a Bill que lo sentía pero que no había tenido tiempo de ir al supermercado como planeaba. Bill dijo que no había problema, que estaba encantado de cenar chino.

Caroline no volvió a pisar un hipermercado. Descubrió un supermercado pequeño en una zona más agradable de Leeds, a tan solo quince minutos en coche de casa, y empezó a ir a ese. Había menos variedad, lo cual era mejor en su opinión: los productos que tenían estaban bien, tardabas una cuarta parte del tiempo en hacer la compra, y no te congelabas como en el híper. Se dio cuenta de que el frío le ponía nerviosa, le recordaba a cuando tenía quince años y pesaba apenas treinta y ocho kilos y nunca lograba entrar en calor. Tal vez por eso perdiera los estribos aquel día en la sección de lácteos. Había sido algo aislado, de eso estaba segura.

Aunque no le gustaba demasiado comprar, últimamente le había dado por cocinar. Se había comprado un par de libros de recetas y le generaba un entusiasmo inesperado tener la cena preparada para Bill cuando volvía a casa del trabajo. Era como si sus problemas alimenticios se hubieran invertido, le encantaba cocinar los platos más succulentos, cuanto más calóricos mejor. Bill le preguntó alguna vez por qué se servía tan poco, o por qué no probaba los profiteroles de chocolate en los que tanto empeño había puesto, pero ella se ponía a la defensiva y lo negaba todo, de forma que él dejó de insistir.

El viernes antes del cumpleaños de Bill, Caroline había ido a hacer la compra semanal por la mañana, y estaba preparando ternera Stroganoff y tarta de plátano y tofe de postre. Le encantaba cocinar platos especiales los viernes, porque Bill solía salir a las cuatro y podían cenar pronto y ver una película acurrucados en el sofá. A veces no daba crédito de lo mucho que había cambiado su vida: cómo su caótica vida de crisis y dramas se había convertido en una vida de domesticidad regular. Y puede que Bill no fuera tan moderno o sofisticado como sus anteriores novios, ni de lejos tan guapo como su antiguo casi prometido Dominic, pero era un hombre constante y

bueno que la quería, y ahora eso era bastante. Ya no quería más melodramas, era feliz en la pequeña casita que compartían, con su cocina recién equipada, sus salas de estar diáfanas y la estufa con efecto de chimenea; había encontrado un trabajo a tiempo parcial como diseñadora en una tienda en el centro de la ciudad, y no, el dinero no se acercaba ni de lejos al sueldo que había tenido, ni el trabajo era tan bueno como el que tenía en Manchester, pero por ahora serviría. Bill y ella no iban sobrados, pero podían permitirse salir a cenar siempre que les apetecía, o irse a pasar el fin de semana fuera de vez en cuando. Además, este estilo de vida relajado significaba que tenía más posibilidades de quedarse embarazada, aunque tampoco es que le hubiera comentado a Bill sus planes al respecto. Caroline se sonrió.

Oyó la llave girando en la cerradura y la sacudida de la puerta desde el sofá, donde estaba tumbada viendo *¡Allá tú!* (Se había aficionado alarmantemente al programa; parecía como si siempre necesitara ser adicta a algo, aunque preparar platos hipercalóricos de inspiración setentera como los de su madre y ver estúpidos concursos basura probablemente fuera mejor que sus anteriores adicciones, ¿no?). Bajó un poco la televisión y escuchó el doble impacto de los zapatos de Bill al caer al suelo, el frufrú de su chaqueta, el ruido de sus pies subiendo las escaleras, el largo chorro en el baño, el ruido de la cadena, y la bomba que activaba los grifos encendiéndose. Normalmente se asomaba al salón para darle un beso, vendría con mucha necesidad de pasar al baño. ¡Ay, no! El concursante no había cogido el «Trato» de treinta y ocho mil libras que le ofrecía el banquero, y acababa de perder el premio de doscientas cincuenta mil. Seguro que ahora perdía aún más, el muy idiota, pensó, ¿no se da cuenta de que el juego está precisamente en arriesgarse? Volvió la cabeza y sonrió al ver a Bill entrando en el salón.

—Hola, amor —dijo ella.

—Hola —contestó Bill, inclinándose para darle un beso rápido. Caroline deslizó su mano como una serpiente por su cuello, pero él se reincorporó de inmediato—. Estoy cansado, cariño —dijo—. ¿Qué tal tu día?

—Bien —contestó Caroline—. He gastado setenta y seis libras con treinta y ocho en el supermercado, estoy mejorando mucho con el ahorro. La cena estará lista a las cinco: hoy toca uno de tus favoritos.

Bill se sentó en el sillón grande y cómodo, aunque normalmente lo hacía

en el otro extremo del sofá para que Caroline pudiera poner los pies en su regazo mientras veían los últimos minutos del concurso. Está cansado, pensó ella, ha sido una semana larga. Bill cogió el periódico *The Sun*.

—¿No quieres verlo? Es la parte emocionante.

—No, para serte sincero ya me aburre.

Caroline se encogió de hombros.

—Ha llamado Emily esta mañana. Nos ha invitado al bautizo, es el 6 de junio, dice que más vale que lo hagan antes de que le cambie la voz. —Y se echó a reír.

—De acuerdo —dijo Bill, y siguió leyendo. Al mirarle Caroline volvió a pensar en lo agradable que era tener a alguien a quien llevar al bautizo de su sobrino, alguien fiable y tranquilo, y que seguro no montaría una escena. Además, estaba muy guapo de traje, aunque alguna vez ya había notado que tenía más barriga, tal vez le estuviera sobrealimentando. Bill era un tipo casi guapo: facciones simétricas, todo en su lugar, un físico imponente, aunque su pelo empezaba a ralea y tenía la cabeza un pelín demasiado grande para su cuerpo. Pero sabía vestir, le gustaba la moda; de hecho, así es como se habían conocido, cuando él entró en la tienda donde trabajaba Caroline. Su franqueza sobre la atracción que sentía por ella, al principio un poco patética, le empezó a resultar halagadora, y cuando por fin la invitó a tomar una copa le dijo que sí, por qué no. Aquella primera noche fue más agradable que chispeante, pero ella accedió a quedar otra vez, al fin y al cabo tampoco había nadie más en el horizonte, y al poco tiempo ya se habían acostado, y para su sorpresa Bill era increíble en ese terreno. Caroline empezó a quedarse a dormir cada vez con más frecuencia en su casa, que había renovado él mismo, y antes de darse cuenta se había comprado un cepillo de dientes nuevo y tenía ropa allí y ya casi nunca pasaba por su propia casa. El terapeuta que veía ahora le dijo que aceptara a la gente tal y como era, y ella siguió su consejo, aceptó a Bill con su aspecto imperfecto y su ardiente amor por ella, y su vida juntos. Por primera vez en su vida era verdadera y sensatamente feliz, de eso estaba segura.

—Diez libras: ¡será fracasado, podía haberse llevado treinta y ocho mil!
—exclamó Caroline.

Bill levantó la mirada hacia ella y dijo:

—No sé por qué ves esta basura.

—Forma parte de mi rutina —contestó, sin encenderse, lo cual la sorprendió—. Sé que no tiene sentido, pero no puedo evitarlo. Voy a hacer el arroz: la cena estará en diez minutos.

Estiró sus eternas piernas para bajarlas del sofá ante la mirada de Bill. Él apagó la televisión y cerró los ojos.

Caroline ya había puesto la mesa: individuales rectangulares gris oscuro con otros redondos y plateados encima, y cubiertos a juego. Estaba a punto de encender la vela, pero algo le hizo detenerse: Bill no estaba de humor para ese plan, además los días cada vez eran más largos y aún no había oscurecido lo suficiente. Le abrió una cerveza y se sirvió una tónica con hielo y limón. Últimamente bebía mucha tónica, le sabía casi como una copa de verdad, y en cierto modo parecía ayudarla.

Bill se sentó y Caroline sirvió la ternera.

—Gracias, tiene muy buena pinta —dijo. Había algo incómodo en el silencio mientras comían, y a Caroline no se le ocurría nada que decir, para variar. Se levantó a encender la radio y escucharon una música relajada y mediocre, *Zoom* de Fat Larry's Band y una balada poco conocida de Michael Jackson. Cuando Bill se levantó a lavar su plato, comentó—: Por cierto, le he prometido a Terry que me pasaría por su casa, él y Sue siguen teniendo problemas con la caldera.

—Creía que ya se la habías arreglado —dijo Caroline.

—Parece ser que el piloto sigue apagándose, tienen que arreglarlo continuamente y es una gaita. No tardaré.

—Vale, ¿qué película te apetece ver luego?

—Me da igual, elige tú una. Prefiero quitarme de encima esta historia de la caldera para poder relajarme. Te veo luego. —Estrujó sin apenas interés el trasero perfecto de Caroline y se marchó.

Sue y Terry vivían en la casa de al lado. Sue era escandalosa y superalegre, y siempre llevaba la misma ropa: unos leggings y blusones con cordones que dejaban ver sus enormes senos, como una cortesana. El pelo corto la hacía parecer desproporcionada, con un cuerpo enorme y los pies y la cabeza diminutos a ambos extremos. Terry también era tirando a obeso, pero sus dos hijos eran más compactos que gordos, y estaban completamente

pirados por el fútbol, y Terry estaba siempre llevándoles a entrenamientos o partidos; según Bill era un padre bastante ambicioso. Caroline nunca había conocido a nadie como Sue (tan escandalosa, tan gorda, tan inculta), apenas la saludaba cuando la veía por la calle, e imaginaba que Sue habría hecho correr el rumor de lo estirada que era porque nadie más se mostraba simpático con ella. Cada vez que le empezaban a rondar pensamientos acerca de qué hacía aquí, viviendo con un hombre como Bill, con Sue y Terry de vecinos, los anulaba con contundencia. Se le daba bien vivir negando la realidad. Era feliz.

Caroline estaba tumbada en la cama, inquieta, mientras Bill roncaba a su lado. Eran las cinco de la mañana y no podía dormir. Miró las paredes pálidas y sosas a media luz, las cortinas de rayas horizontales que a pleno día lucían azul oscuro y aguamarina, un pelín demasiado estridentes, el armario estilo rústico, y se preguntó otra vez qué hacía aquí, en esta casa, en esta vida. Se puso boca abajo pero se hacía daño en las costillas, a pesar de lo mullido que era el colchón, así que se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla, apartándola de los ojos de Bill, que se movió un poco sin llegar a despertarse. Le observó mientras dormía, su pecho hirsuto y voluminoso subía y bajaba como un mamífero independiente de su bello rostro anguloso, y luego se volvió a coger el libro que había dejado junto a la cama. Llevaba algo más de seis meses viviendo con Bill de manera oficial, y les iba bien, él sacaba lo mejor de ella, la serenaba. El resto de su vida también iba bien —le gustaba su trabajo, y había hecho nuevos amigos—, pero sentía una especie de intranquilidad y no estaba segura de lo que era. ¿Estaba rindiéndose a esta vida porque Bill era lo que realmente quería, y porque este era su lugar? ¿O era porque había sentido que ya era hora de sentar la cabeza y él simplemente pasaba por allí? Le sorprendía su propio deseo de tener hijos, como también le sorprendía el amor sencillo que sentía por su único sobrino, que vivía al otro lado de los Peninos, en Manchester. Sabía que había sido una auténtica bruja durante el embarazo de Emily, pero su amargura y sus celos desaparecieron milagrosamente en cuanto nació el niño: era puro, inocente, adorable. De hecho, la había acercado a su hermana, a desear lo que Emily

tenía, a la sensación de que su propia vida podía ser normal, y que tal vez pudiera llevar una vida feliz y normal como otra gente. Incluso había empezado a tomarse la temperatura, aunque no se lo había dicho a Bill, y siempre se aseguraba de estar lo más deseable y sexy en el momento propicio. A veces temía que él se lo estuviera oliendo, porque últimamente mostraba menos entusiasmo con el tema sexo, tal vez los hombres tengan un radar incorporado para detectar segundas intenciones. Caroline intentó tranquilizarse pensando que ya habían hablado de crear una familia, de hecho había sido él quien lo había sugerido, pero ahora que lo pensaba allí tumbada se dio cuenta de que no lo había mencionado desde hacía bastante tiempo. Estaba segura de que no le importaría cuando ocurriera, una vez el bebé estuviera creciendo dentro de ella.

Bill seguía durmiendo y ella volvió a observarle, se fijó en el hoyuelo que tenía en la barbilla, con la sombra pronunciada a la luz de la lámpara, la amabilidad alrededor de sus ojos. Qué más daba si roncaba, ya se acostumbraría a ello. Se acercó a él, pegó su cuerpo a su reconfortante corpulencia, y aunque gruñó e hizo ademán de apartarla, se quedó pegada a él hasta dormirse.

El timbre de la puerta sonó justo después de que Bill se marchara a trabajar, y Caroline ya estaba despierta para variar y tomando su segundo café solo. Supuso que era el cartero (¿Quién si no podía ser a estas horas?), así que le sorprendió ver que era su vecino Terry.

—¿Sí? —dijo.

—¿Puedo pasar?

—Bill no está.

—Lo sé, es contigo con quien quiero hablar.

Caroline estaba desconcertada. Terry tenía mal aspecto. ¿Qué podía haber pasado para que quisiera hablar con ella? También estaba algo molesta, tenía que lavarse el pelo y con lo largo que lo llevaba ahora tardaba mucho en secárselo con el secador.

—Será mejor que entres —le dijo, y le guio hasta la cocina. No le ofreció nada de beber; tampoco quería prolongar la visita, no tenían nada que decirse.

Terry cogió una silla y posó su inmenso trasero en ella, dando la espalda a la mesa, y parecía frágil, como si estuviera a punto de caer. Se la quedó mirando pero ella no entendía.

—¿Y bien?

—¿Sabías que tu Bill tiene una historia con mi mujer? —dijo al fin.

Caroline se quedó mirando el cactus amarillento en el alféizar de la ventana detrás del orondo perfil de Terry. Esa planta necesita agua, pensó, se está muriendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Exactamente lo que te he dicho. Tu Bill y mi Sue tienen una aventura.

Caroline estaba tan turbada que le costaba dar con ningún sentimiento dentro de sí. El primero que le vino fue asco. ¿Cómo podía acostarse con esa ballena, con sus enormes mallas colgando como joyas de carne alrededor del cuello y las muñecas, y sus horribles senos agitándose? Luego sintió inutilidad, porque su cuerpo delgado y su pecho de supermodelo eran la antítesis de todo lo que representaba Sue. El tercero fue confusión: ¿cómo, cuándo, dónde? Y entonces se acordó de la caldera, del grifo que goteaba, del horno estropeado, y por primera vez se dio cuenta de que siempre había sido en viernes, después de cenar pero antes de ver una película juntos y, dependiendo de sus gráficos de fertilidad, de mantener ellos mismos relaciones.

—¿Caroline? —dijo Terry—. ¿Estás bien? Ven, siéntate.

—¿Dónde estás tú los viernes por la noche? ¿Y dónde están los niños?

—Tienen entrenamiento de fútbol, no llegamos a casa hasta las ocho. Eso es lo que ha estado pasando, y dice Sue que a veces también por la mañana.

Ahora le parecía todo tan obvio, pero nunca había tenido la más remota sospecha, porque no se imaginaba que nadie pudiera sentirse atraído hacia Sue, y menos aún Bill. Pensó en los ojos brillantes de ella, en su hermosa cara rolliza, su risa contagiosa, y se sintió jodidamente furiosa. Bill sabía que nunca hablaba con los vecinos si podía evitarlo, que nunca le preguntaría a Terry por la caldera, como si le importara algo. Se lo había estado montando justo en la casa de al lado, delante de sus narices perfectas y respingonas.

No podía escuchar ni una palabra más. Fue hacia la puerta. Terry se levantó y la siguió, como si le uniera a ella un hilo invisible, hasta llegar a la

entrada.

—Es mejor que te vayas —dijo con tono brusco y demasiado alto.

Terry empezó a lloriquear.

—Dice que quiere dejarme para estar con Bill.

—Bueno, eso es cosa suya —dijo Caroline—. A mí no me importa lo que sienta.

—¿Pero es que eres un robot o qué? —dijo—. ¿Te da igual?

—No lo sé —contestó sencillamente, y cerró la puerta.

Tenía la intención de llamar al trabajo y decir que estaba enferma, pero ni siquiera lo consiguió. Se quedó sentada en la cocina, clavada, literalmente incapaz de moverse, mirando la silla que había ocupado Terry y que seguía colocada en un ángulo extraño, haciendo que el espacio pareciera desordenado. Estaba paralizada, no sabía cómo sentirse, qué hacer, adónde ir. Tras un par de horas se vio con fuerzas para levantarse, fue al cajón de los cubiertos y cogió un pequeño cuchillo mortalmente afilado con la hoja curva y cruel; pelador, creía que lo llamaban. Estudió el cuchillo, lo miró desde todos los ángulos, hasta que el sol de la calle, al otro lado del cactus moribundo, chocó contra sus remaches de acero y le hizo señales de aviso. Se miró las muñecas: las venas sobresalían orgullosas, lívidas, como cicatrices azules. Se pasó la punta de la hoja por la barbilla, la mejilla, la frente, el cuello, y de vuelta a las muñecas. Salió de la cocina y subió con decisión y cuidadosamente al dormitorio que hasta hacía unas horas compartía con Bill. Se sentó sobre la cama y se quedó mirando vagamente el horrible armario de pino naranja durante varios minutos ausentes; observó con anhelo la hoja de seis centímetros, admirando su belleza, palpando su potencial: se la acercó a la muñeca de nuevo y presionó, solo un poco; volvió la mirada al armario.

Y se quedó ahí sentada, sin hacer nada, sin sentir nada, aún indecisa.

Por fin le vino una emoción. Era rabia desencadenada.

Con un rugido gutural se lanzó contra el armario, lo abrió bruscamente y atacó sus contenidos, con el cuchillo en alto, como una daga. Cuanto más rasgaba y desgarraba las camisas y las chaquetas y los vaqueros de Bill con su arma diminuta y letal, más furiosa estaba, y mientras tanto Sue oía sus

gritos de rabia y violencia desde la habitación contigua en la casa de al lado, llorando y hecha un ovillo como un puf gigante. Cuando finalmente se detuvo, comprendió que tenía que marcharse antes de que Bill volviera, antes de hacer lo mismo con él, antes de sacarle el corazón. Cogió su bolso, su móvil y las llaves del coche y salió de casa con la respiración acelerada y descontrolada, y los ojos enloquecidos pero secos.

Estoy tumbada en la cama, contenta y adormilada. Ben se acaba de meter en la ducha y disfruto de ese pequeño interludio antes de que la vocecilla grite: «Maaaaaami», y sea hora de levantarse. El sol entra a raudales a través las cortinas y ya hace calor, pero es agradable, letárgico. Es la mañana de un jueves de principios de mayo, y no puedo evitar sentirme increíblemente afortunada, tengo un marido maravilloso y un precioso niño, nuestra adorable casita en una zona increíble de Manchester, tan agradable y relajada, tan llena de vida, cerca del centro pero también cerca de la naturaleza del Distrito de los Picos donde nos gusta ir los fines de semana. No puedo creer que una decisión casual y tan insospechada como hacer paracaidismo me trajera hasta aquí, hasta este momento, a esta cama en esta casa, a la sensación de mi marido calentito aún dentro de mí mientras mi hijo duerme dulcemente.

Debo de haberme quedado dormida, porque son las siete y media. Ahora sí que tengo que levantarme, pero mi mente no deja de vagar: será el sol, ha llovido sin parar durante una semana, y hoy es el primer auténtico día de primavera después de un invierno duro y frío. No puedo dejar de sentirme ridículamente agradecida al mundo entero, tal vez sean mis hormonas, también estaba así la otra vez. Y para variar, ya ni me preocupa mi familia chiflada, parece que por fin todos han sentado la cabeza, mamá se ha puesto a escalar y papá se está recuperando finalmente del golpe del divorcio y hasta se ha aficionado al bádminon, quién lo iba a decir. Aunque la mayor sorpresa de todas es Caroline. Gracias a Dios, este último período de rehabilitación parece haberle surtido efecto, y por fin parece estar en paz consigo misma. Su pareja, Bill, es un buen hombre, y aunque no sea tan glamuroso como sus

anteriores novios, es un tío real y decente, y parece que la quiere. Me alegro mucho por ella. Ahora que vive en Leeds no nos vemos tanto, pero cuando lo hacemos es agradable: parece que por fin le ha cogido el tranquillo a Ben, y adora a nuestro hijo. Y lo mejor de todo es que ya no me preocupa disgustarla (mis inquietudes por casarme o quedarme embarazada por miedo a ofenderla cabreaban mucho a Ben). De hecho, me apetece contarle lo del nuevo bebé, con algo de suerte esta vez se alegrará desde el principio, parece que le encanta ser tía.

A veces me pregunto cómo habré salido tan normal entre todos los melodramas de mi familia, cómo habré sido capaz de aguantar las crisis de Caroline y el divorcio de mis padres sin que me afectara demasiado. No es que sea fría, al menos espero que no, simplemente parece que tengo un núcleo muy sólido. Y, por supuesto, tengo la suerte de haber conocido a Ben, la persona que me complementa en todos los sentidos, y que a día de hoy sigue haciendo que mi corazón se derrita y que me arda la piel; me pregunto si los matrimonios de otras personas son como el nuestro.

La llamada cantarina suena finalmente, y me alegro de oírla, ansío ver su carita aún arrugada del sueño brotando en una sonrisa de amor, por mí, por su madre. Retiro el edredón y salgo casi corriendo de la habitación.

Son pasadas las dos, acabo de terminar de recoger después de comer y estamos vestidos y listos para salir, por fin, solo unos minutos más tarde de lo planeado. He cogido toda la parafernalia que hace falta para llevar a un niño de dos años al parque: pañales, toallitas, merienda, una muda de ropa por si se mete en los charcos, y pan para los patos. Aunque me encanta ser madre, no se me dan demasiado bien las cosas prácticas, no soy para nada una de esas supermadres que encuentra tiempo para llenar medio congelador con purés de comida ecológica mientras ocupan cargos de dirección. En fin, *todo lo que necesitas es amor*, eso es lo que me digo, y así logro sentirme menos inútil, y amor es lo que he intentado darle desde que me lo trajeron en la sala de partos. Mi hijo ha sido adorado desde el principio.

Cuando estamos a punto de salir alguien llama a la puerta, y supongo que es el cartero, pero al abrir me quedo estupefacta al encontrar a Caroline,

pálida y desaliñada, algo que no es habitual en ella; es jueves por la tarde, ¿no tendría que estar en Leeds?

—Hola, Caz —digo algo aturullada—. Qué... Qué alegría verte. —Se me queda mirando, muda, así que añado—: ¿Estás bien? —Y voy a abrazarla pero me aparta. Aunque es verdad que nos llevamos mejor durante un tiempo, como uno esperaría que se llevaran la mayoría de los gemelos, cuando se apoyó en mí tras el atentado, aquello no duró mucho, supongo que sencillamente somos demasiado distintas. De hecho, hace bastante que he desistido con ella, y ahora me siento culpable. Sigue sin decir nada, y me pregunto qué habrá pasado.

—¿Qué haces aquí, Caz? —pregunto con tiento—. ¿Va todo bien?

—Estoy bien —contesta despreocupadamente, pero no la creo—. ¿Vas a algún sitio?

—Sí, hace un día tan bonito que nos vamos al parque. —Hago una pausa, y aunque por alguna razón no me apetece, acabo preguntándole si quiere venir con nosotros.

—¡Oooh, familias felices: qué guay! —dice, pero luego sonrío, y no estoy segura de si está siendo una bruja o simplemente es su manera de ser—. Sí, por qué no.

Así que ella coge a Charlie y yo llevo la silla de paseo, es un trayecto demasiado largo de ida y vuelta para un niño de dos años, y echamos a andar por la calle soleada. Las flores de los árboles están rosas y parecen de papel de seda, como si Dios las hubiera pegado durante la noche, y contrastan con el azul liso del cielo, y aunque sigo pensando que el mundo es un lugar maravilloso se me ha colado una sensación de intranquilidad.

Charlie va entreteniéndose, parándose junto a cada árbol, cada charco, cada puerta, y Caroline se lo permite, tampoco parece tener ninguna prisa. Yo voy delante empujando la silla, y los baches rítmicos de las losas de la acera bajo las ruedas me calman los nervios. Estoy algo más tranquila, menos ansiosa. Voy unos metros por delante de ellos, ya cerca del cruce, perdida en mi ensoñación, planeando la ruta, tratando de decidir si vamos a los columpios o al estanque de patos primero, estaría bien enseñárselo a Caroline. Tal vez podríamos parar en Unicorn después y comprar algo para merendar, seguro que le gusta, y luego tomarnos un café en el nuevo sitio que

han abierto enfrente. No voy prestando atención a lo que ella y Charlie hacen, estoy distraída con mis planes. Así que cuando por encima del ruido del tráfico oigo un sonido a mi espalda, un estrépito de cristal rompiéndose, no sé qué ha ocurrido pero sé que no es nada bueno, y me vuelvo a mirar hacia donde están mi hermana y Charlie.

Hay media botella de... —¿es vodka?— rota en el suelo. *Debía de llevarla bajo el abrigo, se le habrá caído, sigue bebiendo, está borracha.* Los pensamientos me vienen sin parar. El suelo está cubierto de enormes trozos de cristal rodeando el culo de la botella intacto, y sus ángulos recogen la luz del sol y brillan amenazantes.

—¡Cuidado con las patitas de Charlie! —exclamo, pero es demasiado tarde, el cachorrito pisa un cristal y suelta un alarido prolongado y patético. Me abre agujeros en el alma. Caroline se queda ahí inmóvil, mirando los reflejos del suelo mientras Charlie llora, con la patita en alto, como si fuera una prueba.

Echo a correr hacia mi hermana y mi pobre cachorro desconcertado, y entonces me acuerdo de Daniel, acababa de dejarle bajar de la silla para que caminase un poco, pero ya es demasiado tarde, sé que lo es. Al volverme veo a mi hijo a menos de diez metros de mí, de pie, balanceándose en el bordillo de la acera, a la puerta de la tienda de licores al final de nuestra calle, justo en el cruce con la calle principal llena de coches.

—¡Daniel! —grito, y mi pequeño bebé rubio, tan lleno de vida, tan colmadito de posibilidades, se vuelve y me lanza una sonrisa inmensa, deliciosa y llena de alegría. Le encantan los autobuses. Entonces se vuelve de nuevo y mira al otro lado de la calle, hacia un grupo de gente en la parada de autobús. Sus rostros son puro horror, y agitan los brazos como molinos trazando gestos de impotencia.

El tiempo se ralentiza, como si el viento hubiera cesado. Veo el precioso azul del cielo, como un telón de fondo, los brazos y las bocas gesticulando, lentos y mudos. Veo un ciclista pasar a este lado de la calle; le veo mirar hacia atrás, hacia mi hijo, por encima del hombro; veo que titubea y tira la bicicleta al suelo, pero sé que es inútil, no va a llegar, y no puedo soportarlo. Un pájaro atraviesa la escena, tan lentamente que podría desprenderse del cielo. Veo a Ben esta mañana, despidiéndose de Daniel y acariciándole la

cabeza, diciendo: «Te veo luego, hombrecito», pero no, se equivocaba. Me veo a mí misma en el momento en que me pusieron a Daniel sobre el pecho, y un río desbordado de amor inundaba mi interior. Veo la espalda de mi hijo, su abrigo acolchado azul cobalto, sus pantaloncitos de pana beis, sus nuevos zapatos azul marino, su cabello dorado. Por alguna razón veo los colores, están preciosos al sol.

En ese momento me recompongo. Echo a correr hacia mi niño mientras la sangre se escapa de mi cuerpo, dejándome los brazos y las piernas temblorosos, pero antes de alcanzarle Daniel saluda alegre a la gente de la parada y da un paso más hacia la calzada.

En mi corazón no hay espacio para nada más que silencio. La calma es opresiva, es dolor condensado, es insoportable. Supongo que este momento de duelo es universal. Hace que el mundo se pare, no sabría decir durante cuánto tiempo, pero es un atroz descanso antes de todo lo que está por venir. Y entonces empiezan los gritos (¿fuera o dentro de mí?), y no cesan.

Ben me tiene en sus brazos, ahora, en nuestra anónima habitación de hotel, muy lejos de Chorlton, y lloramos juntos a nuestro hijo, creo que por primera vez. Aunque este es el único lugar en el mundo donde quisiera estar, me sigo sintiendo perdida y desesperada, como si el mundo hubiera girado sobre el eje equivocado y el día se hubiera hecho noche y el bien se hubiera hecho mal. Nunca había verbalizado lo que ocurrió y los sollozos resuenan fuera de la habitación, por todo el pasillo, y el horror es del tamaño de un autobús, tan grande como el número 23 que se llevó por delante a mi precioso niño delante de mis propios ojos, que hizo de su cabello rubio y sus ojos azules una sangrienta estampa del peor de los infiernos.

Ben no dice nada, me abraza, y lloramos y lloramos, los dos lloramos por nuestro hijo muerto y por nuestras vidas destrozadas, cuando todo parecía tan rematadamente perfecto. Nunca he sido supersticiosa, pero puede que la muerte de Daniel fuera una señal: no pidas demasiado, no esperes demasiado, la vida no funciona así. Al final nos quedamos tumbados sobre la dura cama

blanca y de algún modo logramos quedarnos dormidos, aún envueltos en los brazos del otro, aún envueltos en el dolor.

Deben de haberme drogado, pero me despierto gritando. Aúllo y aúllo, es horrible pero no puedo parar. Ben corre a mi lado, tiene la cara de color ceniza, y el dolor pende de sus ojos, y a pesar de mi estado delirante me doy cuenta de que también le he roto el corazón a él.

—Lo siento, lo siento —digo entre gemidos, y rompo a sollozar otra vez. Parece que mi madre también está en la habitación y sale corriendo a buscar al médico, imagino que para que me dé otra dosis de algo. Cuando en medio del lloro digo: «¿Dónde está Caroline?», todos me miran como si estuviera loca, y entonces me acuerdo del cuerpecito de Daniel destrozado y aúllo como un animal. Por fin llega el médico con su reluciente jeringa y la imagen vuelve a desvanecerse en las negras profundidades de mi consciencia, para quedarse allí para siempre.

Han pasado tres días y ya no estoy en el hospital, ni estoy sedada, y Ben me dice con ternura que tengo que hablar con la policía, me tienen que tomar declaración.

—¿Tiene que ir Caroline también?

Cuando lo oye, Ben parece confundido.

—¿Qué tiene que ver Caroline con esto?

Y entonces pienso que tal vez lo haya imaginado todo, que a lo mejor fue simplemente que no prestaba atención a Daniel y mi hermana gemela no estuviera implicada en absoluto, *que ni siquiera estuviera allí*. Y entonces me vuelve la razón y sé que estaba allí, por supuesto que sí, pero aparentemente

nadie la vio detrás de mí, se quedarían demasiado paralizados por la atroz escena que tenían delante (el chiquitín aplastado, la madre histérica, el conductor desconsolado) como para fijarse en mi réplica corriendo en dirección opuesta. Entonces veo a Charlie cojeando ligeramente y me fijo en sus patitas, y ahí, en la delantera izquierda, tiene un trozo de cristal reluciendo como un diamante. Se lo saco, y Charlie aúlla, y pienso que no tiene sentido complicar las cosas, qué más da ya, no nos devolverá a Daniel, y tiro el cristal a la papelera.

Me levanto temprano y me duele la tripa y el mundo parece vacío, aunque Ben no deja de decirme con calma y sensibilidad que no debemos perder la esperanza, que hay otra vida en la que debemos pensar. Me voy al cuarto de baño y al sentarme noto que algo va mal y cuando me vuelvo a levantar veo que tengo sangre de un rojo muy vivo chorreándome por las piernas. Llamo a Ben a gritos y viene corriendo y abro el cerrojo de la puerta y levanto la vista para mirarle, desnuda y vulgar, pintada de dolor. En ese momento comprendo que le he vuelto a fallar, que ahora le he arrebatado a sus dos hijos.

No sé cómo consigo ir al funeral. Sigo sangrando y apenas puedo tenerme en pie, pero voy, tengo que despedirme de mi niño. Todo el mundo me mira como diciendo *en qué estaría pensando, por qué no le llevaba de la mano en una calle con tanto tráfico*, y la vergüenza es feroz. Nadie es capaz de consolarme. Cuando veo el ataúd de mi pequeño, blanco y reluciente como una caja de zapatos nuevos, decorado con flores (alguien tuvo el detalle de elegir las rosas, el color preferido de Daniel), cojo a Ben de la mano buscando su apoyo y lo aprieto fuerte. Su mano no responde, al menos durante medio segundo, y entonces comprendo que *él* también me culpa. Tengo la sensación de que me voy a desmayar pero aguanto la misa y cuando el ataúd se empieza a alejar de mí y desaparece ominosamente tras la cortina, ya no soporto más y empiezo a gritar y a gritar, y aunque Ben intenta sujetarme corro por el pasillo hacia mi niño, pero entonces cambio de idea otra vez —para qué correr, es demasiado tarde—, y me doy la vuelta y corro en dirección

contraria, saliendo de la capilla al mundo sombrío y gris donde el sol ya nunca más brillará.

Una mañana de junio lluviosa y de mucho viento, apenas cuatro semanas después de la muerte de su hijo, Ben volvió al trabajo. No tenía por qué, su jefe le había dicho que se tomara todo el tiempo que necesitara, pero no sabía qué otra cosa hacer. No lograba llegar a su mujer, parecía demasiado perdida ya, le daba la sensación de que hasta la molestaba, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, y pensó que tal vez sería mejor darle un poco de espacio, dejarle tiempo para estar a solas consigo misma. Simplemente no sabía cómo lidiar con ella, cuando su propio dolor era espantoso, y sentía que necesitaba alguna distracción, anhelaba la seguridad de las limpias filas de números, los débitos y créditos que tenía que cuadrar, como si algo de eso importara. Ir a la oficina era doloroso: no ya el trabajo en sí, sino las miradas compasivas de sus compañeros, que a pesar de su buena intención no sabían qué decir, y hacían como si nada hubiera pasado y no comentaban nada al respecto. Aún peor, cuando Ben estaba cerca incluso censuraban sus propias conversaciones, y desviaban el tema a lo que cada uno había hecho el fin de semana, cuidándose de no mencionar a los hijos, y Ben sabía que lo hacían por él, pero solo quería gritarles que no le hacía ningún bien y que dejaran de ser tan estúpidos, pero, claro, no lo hacía.

Estaba solo, fuera adonde fuera, estuviera con quien estuviera. Sentía cómo la rabia se le iba agolpando dentro, y cada vez iba más dirigida hacia su mujer. Ella seguía negándose a hablar de ello, a contarle cómo ocurrió, y, aunque Ben no quería presionarla, a veces no podía evitar preguntarse qué demonios estaba haciendo ella, cómo pudo apartar los ojos de su hijo en Manchester Road (había tanto tráfico siempre, y él era tan pequeño), y,

cuanto más intentaba reprimir el pensamiento, más grande se hacía dentro de él, le trepaba insistente e insidioso como el musgo bajo un árbol húmedo y muerto. Tampoco ayudaba el hecho de que Emily pareciera odiarle, que pareciera alegrarse de su vuelta al trabajo, y Ben se preguntaba qué estaría haciendo mal: al fin y al cabo, no había un manual de instrucciones para cuidar a la madre de tu hijo muerto.

Tampoco podía entender la tristeza de Emily por el hijo que había perdido antes de nacer. La noche anterior, cuando había intentado hablar por primera vez de qué podían hacer, Ben había tratado de ser práctico, y hasta había sugerido tímidamente que tal vez pudieran intentar tener otro hijo pronto (aparentemente Emily tenía facilidad para quedarse embarazada, había dicho, y tal vez dentro de un año todo hubiera cambiado).

—¿Qué quieres decir? —había dicho ella en voz baja, con el cuerpo tenso y encorvado sobre la silla de mimbre plateada junto a la ventana—. ¿Cómo puedo siquiera pensar en tener otro hijo? ¿Crees que puedo sustituir a Daniel así sin más? ¿O sustituir al niño que no llegué a tener?

—No, claro que no —había contestado Ben. Y había titubeado un momento, sabiendo que podía ser peligroso seguir por ese camino—. Pero no llegamos a conocer al bebé, así que no le perdimos como hemos perdido a Daniel.

—¡CLARO QUE SÍ! —había gritado ella—. Hemos perdido su primera sonrisa, sus primeros pasos, la personalidad que no ha podido desarrollar. ¿Es que no lo entiendes? Debería estar de veinte semanas, a medio camino de tenerle en mis brazos, ya conocería el sonido de nuestra voz, pero no lo conoce, porque *está muerto*. Hace una semana y media debía ser el bautizo de Daniel, pero tuvimos que cancelarlo porque él también *está muerto*. Mañana Daniel debía ir al cumpleaños de Nathan, el regalo sigue arriba; en julio debíamos llevar a nuestro niño de vacaciones a la playa por primera vez, estaba tan ilusionado con subirse a un avión... Cada día debería estar haciéndole el desayuno, vistiéndole, jugando con él, llevándole a la guardería, bañándole, leyéndole, metiéndole en la cama, cuidándole, queriéndole. ¿Quieres que siga?

—No —había dicho Ben—. No quiero. ¿Por qué actúas como si todo esto fuera por mi culpa? ¿Qué he hecho yo?

—Oh, nada —había contestado Emily levantándose—. Tú has sido un maldito santo, como siempre. Aquí la mala soy yo, ¿no? *Debería haber estado vigilándole*, eso es lo que piensas, es lo que piensa todo el mundo. Crees que es todo por MI culpa, ¿verdad? —Y le había mirado con odio, o al menos lo había parecido—. ¿VERDAD QUE SÍ?

Ben se había quedado paralizado. Emily nunca gritaba, siempre había sido tan sosegada cuando discutían que había sido como si estuviera ante una desconocida. Su rostro estaba retorcido y feo, y Ben había tratado de reprimir la rabia que sentía, el repentino impulso de cogerla por los hombros y zarandearla para que volviera en sí. Ella había visto cómo sus manos se contraían al levantarse para salir del salón, había corrido hacia él, y le había empezado a golpear con los puños, descontroladamente, y Ben había intentado detenerla, sujetarle los brazos a ambos lados del cuerpo y sostenerla con fuerza hasta que se calmara: y tal vez si lo hubiera conseguido las cosas habrían sido distintas, pero ella se había soltado, se le había tirado a la cara y le había arañado, y al soltarla para llevarse la mano a la oreja y parar la hemorragia, ella había salido corriendo.

Ben miraba fijamente la pantalla del ordenador, tratando de desviar su pensamiento de la pelea de la noche anterior, y volver a su hoja de cálculo, pero tenía el corazón acelerado y las manos le sudaban de nuevo, así que se levantó bruscamente de la silla y dijo que iba a por un sándwich, aunque ni siquiera eran las once. Al salir a la calle giró a la derecha a ciegas, en dirección a donde estaba su cafetería preferida, luego se metió a la derecha otra vez por Rochdale Road, ya en piloto automático, sin pensar en absoluto; pero cuando iba a entrar en la cafetería vio a alguien saliendo, y aunque ya tenía la mano sobre la puerta se dio cuenta de que no podía hacerlo, dio media vuelta y se metió por New George Street; y al llegar al final de la calle volvió a girar a la derecha, al azar, tenía que ir a algún sitio. Finalmente se detuvo. Tenía que llamarla.

—¿Diga? —contestó ella, y su voz sonaba fría.

—Hola —susurró, apenas capaz de articular las palabras—. ¿Estás bien?
—Y mientras lo decía se arrepintió de haberlo preguntado.

—Uy, sí, genial —contestó ella, y Ben se estremeció con su sarcasmo.

—Volveré temprano, prepararé la cena —dijo él—. ¿Qué te apetece? —Y

de nuevo deseó no haber dicho esas palabras.

—Nada —respondió finalmente Emily, pero esta vez sin amargura, simplemente sin sentimiento, lo cual en cierto modo era peor.

—Bueno, ya se me ocurrirá algo.

Emily no dijo nada.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Hace un día precioso, a lo mejor podrías limpiar un poco el jardín.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Solo... solo intentaba pensar en algo que te haga sentir mejor.

—Ben, nada me va a hacer sentir mejor —dijo ella, pero lo dijo de una manera que no era autocompasiva ni acusatoria, sencillamente desolada. Su voz era espesa—. Tengo que dejarte. Adiós.

—Adiós —contestó cuando ella ya había colgado, y se quedó mudo y estúpido sobre la acera enfrente del mercado de pescado, mirando el panel esculpido de una mujer con un bebé en brazos y un niño pequeño a su lado, hasta que se dio cuenta que alguien le estaba observando, tal vez a punto de preguntarle si se encontraba bien, así que se movió rápidamente, y volvió deprisa y decididamente hacia la oficina, sin acordarse ya del sándwich.

En cierto modo, a Emily se le hizo más fácil una vez Ben volvió al trabajo. Ya no tenía que levantarse, ni tenía que fingir que seguía con su vida: Ben estaba en la oficina, y no sabía que ella se quedaba horas y horas en la cama, sin hacer nada, sin pensar en nada, hasta que sobre las doce empezaba a preguntarse si tal vez debería pensar en levantarse de la cama, y ese pensamiento le tomaba al menos dos horas más, diciéndose cosas como: «En diez minutos me levanto», y cuando eso no funcionaba lo intentaba con: «Cuento hasta diez y me levanto de la cama», pero le costaba demasiado empezar a contar, así que se quedaba quieta e inmóvil hasta que su propio cuerpo le fallaba, y la vejiga le pedía algo de atención; entonces se desprendía del edredón e iba corriendo al cuarto de baño, con tal desesperación que a veces ni siquiera llegaba a tiempo, pero tampoco es que le importara demasiado. Era un alivio tener la casa para ella sola. Algunas tardes venía su

madre y ordenaba un poco, pero, aunque Emily no quería ser grosera, básicamente la ignoraba. Después de aquellos primeros días de histeria, de gritos y alaridos con una furia primaria que no sabía que llevara dentro, Emily se quedó agotada. Tampoco tenía fuerzas para Ben. Era evidente que ya no la amaba, le había dejado bien claro que creía que era su culpa, hasta en el funeral de Daniel, y el hecho de que se negara a coger su mano la había traumatizado tanto que sabía que nunca superarían esto. Ben la dejaría, era solo cuestión de tiempo. Mientras tanto, se movía como de puntillas a su alrededor, tratando de mantener la calma, pero ya ni siquiera intentaba consolarla, parecía tenso y enfadado, pero incapaz de expresarlo.

Pensó en la pelea de la noche anterior, y, aunque sentía una difusa vergüenza por su comportamiento, ni siquiera recordar su manera delirante de arremeter contra él fue suficiente para sacarla de la niebla de su apatía. Sabía que Ben quería traer de vuelta a Charlie, para que ella tuviera algo en lo que pensar, alguien a quien cuidar, pero Emily dijo que aún no estaba lista para estar con el cachorro, y siempre decía que tal vez dentro de una semana. No se sentía capaz de mirar a los ojos a Charlie, sus sentimientos hacia él eran demasiado frágiles, demasiado complejos; así que seguía con los padres de Ben, confundido y languideciendo.

Eran pasadas las tres y Ben llegaría a casa en un par de horas: había dicho que esa noche saldría temprano, así que tenía que vestirse pronto. Se sentó con la bata junto a la mesa de la cocina, agachó la cabeza y cerró los ojos. Se había animado a poner un poco de música, y eligió la lista de reproducción más melancólica que encontró, pero ni siquiera cuando sonó *Time to say goodbye* de Andrea Bocelli logró conmoverse. Era como si ya no fuera capaz de sentir, como si sus emociones estuvieran encerradas en un espacio vacío en su cerebro, desconectadas de cualquier otra parte de su cuerpo. Se preguntó vagamente qué le estaba ocurriendo. Ben le había pedido que volviera a ver al médico, incluso había pedido cita para la semana siguiente y le había dicho que había pedido la mañana libre para ir con ella. Probablemente no se fíe de que vaya sola, pensó, y luego se dijo que tenía razón, porque no iría, ni siquiera con él. ¿Para qué? ¿Qué iba a hacer el médico, devolverle a Daniel por arte de magia? ¿Devolver a su cuerpo el feto sangriento de su bebé?

Se puso de pie, de repente enfurecida y encendida como la noche anterior. Quería gritar, y aquella sensación era un alivio de la calma sorda de su depresión. Experimentó una ola de energía primaria que venía de algún lugar en su interior, como si después de todo su cuerpo no quisiera rendirse, como si estuviera decidido a sobrevivir. No podía AGUANTARLO, tenía que marcharse, hacer algo, estar en otro lugar. Se envolvió fuerte con sus propios brazos, tratando de contenerse, con la respiración acelerada y frenética. Fue hacia la puerta de entrada, pero al coger el pomo notó que le temblaba el pulso. No podía salir a la calle, sola no: no podía ir hacia la izquierda hacia la calle principal, donde murió Daniel; tampoco podía ir a la derecha, y pasar por delante de la casa de su amiga Samantha con la silla de bebé en el porche, burlándose de ella. No podía arriesgarse a ver algún niño pequeño correteando a su lado, inocente, juguetón, intacto, *no atropellado*. No podía correr el riesgo de que la viera nadie, que murmuraran y la observaran. Sentía una rabia enroscada, explosiva, y no sabía qué coño hacer con ella. Caminó por el pasillo con la sigilosa serenidad que precede a la locura, entró en la cocina y salió al jardín trasero, que últimamente estaba triste y moribundo, y se quedó dando tragos de aire, intentando respirar, pero solo consiguió ponerse más nerviosa. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? No podía quedarse ni un segundo más en esa casa, ni en ese jardín. ¿Qué iba a hacer? ¿Quién podía ayudarla? ¿Dónde? ¿Quién?

Entonces cayó en la cuenta.

Solo había un posible lugar para ella ahora, ¿por qué no se le había ocurrido antes? Entró corriendo en la casa, subió al piso de arriba, y por primera vez desde que murió abrió la puerta del cuarto de Daniel, y se quedó clavada en el sitio. Allí estaba todo, exactamente como lo había dejado hacía cinco semanas un día dos horas y veinticuatro minutos: la cunita de madera blanca en la que le encantaba ponerse de pie nada más levantarse, agarrándose a la barandilla y saltando ágilmente en su pijama, llamando a su madre; el cómodo sofá azul junto a la pared de enfrente donde se sentaban entre peluches y cojines cuando le leía cuentos, o incluso mejor, cuando se los inventaba, y él se reía como loco con las historias de volcanes de chocolate y dragones que escupían natillas; el armarito azul pastel de Ikea que Ben había montado en la esquina y que siempre tenía tan ordenado. Se

quedó un rato mirando el armario, contenida, sin saber qué hacer, hasta que finalmente se acercó y lo abrió, y en ese momento lo vio todo claro: al ver sus camisetitas cuidadosamente apiladas, limpias y listas para poner; sus pantalones cortos vaqueros favoritos, los que se quiso poner aquella última mañana de su preciosa vida, pero ella le hizo ponerse pantalón largo (le dijo que no hacía suficiente calor para pantalones cortos, por mucho que se tirara al suelo y tuviera un berrinche); sus pantalones color crema y su camisa azul claro, nuevos y sin estrenar, listos para el bautizo sobre el que Emily tenía sus dudas pero en el que había insistido Ben, que siempre fue más creyente que ella.

¿Para qué le había servido creer? ¿Para qué le había servido creer a ninguno de ellos?

Su mirada se volvió hacia arriba, engullendo recuerdos, y allí en el estante superior vio la gorra de béisbol rosa de Daniel, la que siempre se ponía, la que se habían olvidado de coger para llevar al parque (la repentina llegada de Caroline la había puesto nerviosa, nunca la olvidaba). Había dejado bajarse a Daniel de la silla para compensarlo, para que dejara de llorar, para que se sintiera mejor. Si no se hubiera olvidado la gorra, no habría importado lo que hicieran Caroline y Charlie a su espalda, porque su niño habría estado a salvo en la silla.

Entonces era su culpa, después de todo.

Cogió la gorra y la miró, la estudió, se sonrió pensando que en realidad era para niñas, con su símbolo plateado de «Hello Kitty». Daniel era tan guapo que a veces le tomaban por una niña cuando la llevaba puesta. Emily le dio la vuelta y hundió la nariz en ella durante varios segundos respirando el olor de Daniel.

Y por un breve instante encontró la calma, fue casi feliz.

Entonces volvió a ver a su hijo muerto sobre el asfalto, se apartó la gorra de la cara y la tiró sobre la moqueta y la pisoteó una y otra vez, y sus gritos retumbaban por toda la casa. Luego empezó a coger toda la ropa de Daniel en grandes montones, lo sacó todo y cayó al suelo abrazada a ella, sollozando, y así la encontró Ben, más de dos horas después.

Emily estaba tumbada en su cama, tranquila. Ben subió con una bandeja; le había preparado un sándwich tostado de queso y sopa de tomate, lo que se le haría a un niño pequeño. Ella intentó mostrarse agradecida pero no podía dejar de pensar que estaba fingiendo. La manera en la que la había abrazado y consolado cuando la levantó del suelo del cuarto de su hijo, la manera en la que se desvivía por ella ahora, era casi como si aún la amara, pero apartó aquella idea de su mente: solo estaba siendo amable, como siempre. Era un farsante, concluyó. Anoche había visto lo que de verdad sentía hacia ella, lo había visto en sus ojos, en su forma de mirarla como si quisiera pegarla.

Empezó a jugar con la comida. Había perdido tanto peso que los huesos empezaban a sobresalirle de la piel, creando en ella extraños bultos como los grumos de una papilla hirviendo. Ben volvió al dormitorio, y Emily vio que aún no se le había curado el rasguño de la oreja, aún supuraba, y eso le hizo sentirse ligeramente avergonzada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él, y Emily logró sonreírle lánguidamente, y vio cómo el corazón se le aceleraba a Ben.

—Un poco mejor —contestó—. Ben, lo siento mucho. Sé que estoy siendo una pesadilla.

—Está bien —dijo él—. Es totalmente comprensible.

Entonces intentó tenderle la mano, y hacerle el mejor regalo que podía darle en ese momento.

—Vamos a casa de tus padres mañana —dijo—. Vamos a buscar a Charlie.

Ben respiró hondo.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó ella—. Intentaré cuidar de él. —Los ojos se le iluminaron—. Pero tendrás que pasearlo tú, yo aún no puedo hacerlo, lo siento.

—Por supuesto, lo haré antes y después del trabajo, sin problema. —Se inclinó y le besó la mejilla, pero ella se apartó un poco, como si ya no fuera capaz de soportar el amor. Pero quería ir a buscar a Charlie, y eso era una sorpresa para ambos: por algo se empieza, ¿no?

La semana siguiente, Ben y Emily estaban sentados en la sala de espera de la consulta del médico, donde afortunadamente se estaba en silencio y no había niños, aunque Ben le había avisado de que podía haberlos, para que ella estuviera preparada. Ben se sentía algo menos desesperanzado hoy, como si las cosas estuvieran mejorando por fin, aunque fuera a pasos minúsculos. Aunque el sábado anterior Emily había acabado echándose atrás en lo de ir a Buxton a buscar a Charlie, le dejó ir a él, y cuando lo trajo no se puso eufórica precisamente, pero tampoco mostró el odio que parecía tenerle inmediatamente después de la muerte de Daniel. Charlie había crecido mucho, pero ahora estaba triste, reprimido, ya no parecía un cachorro. Tal vez él también echara de menos a Daniel. O tal vez se le estuviera contagiando el dolor de la casa; Ben había leído en alguna parte que los perros son infinitamente más sensibles que los seres humanos. Mientras esperaban sentados en el asiento junto a la ventana, Ben intentó coger a Emily de la mano, pero ella se soltó y se puso rígida, mirando hacia su regazo, ignorando la revista que él había elegido para ella. Aún no parecía capaz de aceptar sus consuelos, pero Ben se alegraba al ver que al menos Charlie sí lo había conseguido. La noche anterior el perro había saltado al sofá junto a Emily y, aunque ella había intentado apartarlo como de costumbre, lo había hecho sin tanta decisión, y cuando se había acurrucado junto a su regazo incluso se lo había permitido, y después de unos minutos lo había cogido, y Ben había creído que le iba a echar al suelo, pero lo había agarrado entre sus brazos y había empezado a acunarlo como a un bebé, y había hundido su cara entre el pelo suave y rubio del cachorro, y Ben había visto que sus hombros estaban temblando. Tiempo, pensó, es lo único que necesita, tiempo, y puede que lo que diga el doctor la ayude por el momento.

Apareció en la pantalla «Señora Emily Coleman». Ben le dio un golpecito en el brazo, se levantaron y fueron por el pasillo hacia la Sala Seis. Justo cuando estaban a la mitad, se abrió otra puerta y un chavalín de pelo oscuro salió, seguido de una mujer de aspecto hippy con el pelo corto y rubio y un diminuto pendiente en la nariz.

—¡Emily! —dijo—. ¡Qué alegría verte! Acabamos de volver. ¿Qué tal estás? ¿Dónde está Daniel? —Y entonces exclamó—: ¡Toby! Ven aquí, bichejo.

Ben vio la expresión de su mujer y lo único que quería era ayudarla, protegerla, pero no sabía cómo.

—Daniel murió —dijo Emily—. Perdona. —Y siguió andando, dejando a Ben delante de aquella desafortunada desconocida, que se quedó boquiabierta del golpe, revelando otra tachuela en la lengua, y entonces él se disculpó y siguió a su mujer a la consulta del médico donde la encontró agazapada y temblando en una esquina, cubriéndose la cara con las manos.

Emily no volvió a atreverse a salir en todo junio, era demasiado arriesgado, había niños pequeños y madres con buenas intenciones por todas partes. Seguía negándose a ver a nadie, pero empezó a leer otra vez, cuanto más triste fuera el libro mejor, y encontró consuelo en Charlie, al que ahora trataba como un bebé, abrazándolo durante horas, lo cual tenía al perro encantado. Conforme fueron pasando las semanas, Charlie creció demasiado como para tenerlo en brazos y ella lo sintió como una nueva traición. Cuando llegó a casa era suave, del tamaño de Daniel, totalmente achuchable, pero ahora se estaba volviendo grande y torpe. Racionalmente sabía que nada de aquello era culpa del perro, que no podía evitar pisar una botella rota de vodka, no podía evitar crecer, pero tampoco ella podía evitar sentirse resentida, odiarle, no podía. Y cuanto más lo apartaba, más insistía Charlie en volver a subirse a la cama o al sofá e hincar su nariz húmeda en su mano o forzar su cuerpo voluminoso sobre el regazo de ella, hasta que Emily perdía los nervios. Pensó en decirle a Ben que se deshiciera del perro, que se lo devolviera a sus padres, pero Ben lo adoraba, era como si Charlie le hubiera devuelto la alegría, y parecía disfrutar especialmente dando largos paseos a solas con él, así que se guardó los sentimientos para sí.

Un sábado a mediados de julio, dos meses y medio después de la muerte de Daniel, Emily estaba tumbada en el sofá leyendo *Jude el Oscuro* y tenía a Charlie sentado a sus pies como un bulto grande y molesto. Hacía calor y se sentía irritada con el perro: ¿por qué no se iba y la dejaba en paz de una vez? Sabía que no estaba siendo razonable, había cuidado a aquel perro como una

madre y ahora lo estaba rechazando otra vez y se odiaba a sí misma por ello: no solo era una mala madre y una esposa inútil, sino una pésima dueña de su perro. No paraba de darle empujones, hasta que el perro finalmente cogió la indirecta y se bajó, pero al hacerlo golpeó con la cola la taza de té que Ben acababa de traerle, y se derramó sobre la foto de Daniel que ella había quitado del lugar donde Ben la había puesto, encima de la repisa de la chimenea, era la última que le habían hecho, el día que trajeron a Charlie, en la imagen aún pequeño y mullidito como un peluche en los brazos del niño, cuyos ojos brillaban de alegría por ese milagroso bulto que su mamá y su papá decían era suyo.

—¡Maldito perro estúpido! —gritó Emily dándole una brutal patada, mientras Ben acudía corriendo a ver qué pasaba, y Emily vio que él sabía que le había pegado por la actitud encogida del cachorro, entonces Charlie la miró con un desconcierto tan patético que ella comprendió que no podían seguir así: ¿en qué clase de monstruo se estaba convirtiendo? Y en ese momento se le ocurrió de verdad que tal vez el problema no fuera Charlie, que tal vez fuera ella, y que lo mejor para todos, para Ben, y para el pobre Charlie, era que les dejara a los dos.

Ben limpió el té derramado sin mediar palabra y salió del salón. Emily se quedó callada abrazando a Charlie, sintiendo cómo su rabia hacia él se había disipado, y, con la cabeza despejada por primera vez en varias semanas, empezó a pensar en cómo hacerlo.

En qué momento empezaste a pensar en dejarme? —dice Ben. Estamos tumbados el uno al lado del otro, aunque ahora sin tocarnos, ya es por la tarde y ambos miramos al techo de nuestra habitación de hotel en Hampstead, como si la respuesta estuviera allí arriba.

Tardo mucho en contestar.

—Probablemente aquel instante en la iglesia —digo—. No me consolaste, y creo que fue entonces cuando pensé que lo nuestro había acabado, que nunca me perdonarías. Entonces no sabía cómo, simplemente sabía que la muerte de Daniel nos destrozaría también a «nosotros».

Ben me mira desconcertado.

—¿Cuándo no te consolé?

—No quisiste cogerme de la mano, no reaccionaste. —Y mientras lo digo en alto me doy cuenta de que no he sido del todo razonable.

—No me entiendas mal —dice Ben—. Claro que estaba furioso. Contigo, con el mundo, con el conductor del autobús. La única persona con la que no estaba furioso en ese momento era Caroline. —Su rostro se encoge afligido—. Entonces eso era lo que quería decir cuando dijo que lo sentía.

—¿A qué te refieres? ¿Cuándo dijo que lo sentía?

Ben respira hondo y me cuenta que en el aniversario de la muerte de nuestro chiquitín se fue al Distrito de los Picos y estuvo caminando durante horas, subiendo montañas y atravesando campos, y que luego acampó solo, era lo único que podía soportar hacer sin mí, sin Daniel. Y que a la noche siguiente, estaba solo en casa y Caroline se presentó para pedir perdón por algo, aunque él no sabía qué, porque había muchas cosas por las que podía

estar disculpándose. Me dice en voz baja que la dejó entrar, que se emborracharon y que acabaron acostándose: mi marido y mi propia hermana gemela.

—Emily, lo siento mucho —dice—. Es que te echaba tanto de menos que casi me convencí de que eras tú. Creía que no te volvería a ver nunca más, y estaba intentando volver a ti, volver a nosotros de alguna manera. Pero nada más terminar me tuve que enfrentar con el hecho de que era ella y no tú, y entonces me sentí lleno de odio hacia el mundo y hacia mí mismo. —Se detiene y me mira desesperado, como si algo irrevocable se hubiera roto dentro de él.

A pesar de que estoy horrorizada, asqueada, rabiosa con él, al instante empiezo a atar cabos.

—Entonces, ¿esto fue el sábado por la noche?

—Sí —contesta él, y parece una locura pero en este momento le cuento sin pestañear cómo conocí a Robbie y lo mucho que me recordaba a él, a Ben, y que, a pesar de todo lo malo que había hecho desde que le dejé, la primera y única vez que le había sido infiel fue exactamente cuando él se estaba acostando con mi hermana.

Ben se queda en silencio una eternidad.

—Podría llegar a aguantar la idea de que estuvieras con él —dice—, si fue así como logré dar contigo.

—Pero mira lo que he hecho. Le he matado. Ahora está muerto, y no lo merecía. —Y rompo a llorar de nuevo, esta vez por Robbie, otro chico brillante cuya vida ha acabado por mi culpa.

—No es tu culpa, Em. Tomó esa droga voluntariamente, ¿o no?, debía de pasarle algo aparte de eso para que muriera así.

No lo había pensado, y probablemente tenga razón, pero tampoco me hace sentir mejor, aún me parece irreal, como una pesadilla, un nuevo descenso a los infiernos.

Ben cambia de tema.

—Emily, tengo que saber una cosa. ¿Por qué me dejaste así? Si hay algo que me debes, es eso. No sé, fue una verdadera putada por tu parte.

Miro a mi marido.

—Primero perdí a Daniel, luego perdí el bebé, y no podía soportar

perderte a ti. Y sé que te aparté de mí, pero estaba tan segura de que ya no me querías, de que me culpabas, que se hizo peor y peor hasta que acabé convenciéndome de que me odiabas. Y entonces parecíamos estar tan alejados el uno del otro que me convertí en una persona mala y hostil, y en mi locura pensé que tú y Charlie estaríais mejor sin mí, que si me iba del todo algún día tal vez serías capaz de conocer a otra persona y crear una nueva familia. Al final éramos muy infelices los dos. Y sabía que la casa que querías que nos compráramos tampoco iba a mejorar las cosas. Lo único que habrías conseguido es que no tuviera que caminar el doble para ir a cualquier sitio y no ver esa mancha oscura que no eran capaces de quitar de la calzada. Pero el caso es que sigue viviendo en mi mente, Ben, nunca desaparecerá, nunca. Así que me pareció que lo más fácil era marcharme, intentar empezar de nuevo, de veras creía que estaba haciendo lo correcto para los dos. Era eso o... —Y me detengo.

—Lo sé —dice Ben, y se vuelve sobre el costado y me mira, pero yo mantengo la mirada clavada en el techo vacío y frío. Aunque titubea, sé lo que está a punto de decir, y no sé cómo sentirme, supongo que sigo en estado de shock.

—Emily, ¿crees que hay alguna manera de que tú y yo podamos volver a ser felices juntos?

Tardo una eternidad en contestar, mi mente está demasiado revuelta, no tengo ni idea de qué decir.

—No lo sé. Han ocurrido tantas cosas, que es demasiado pronto para saberlo. El pobre Robbie acaba de morir. —Mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas. Hago un esfuerzo por seguir hablando—. Y, de todas formas, es todo tan complicado: tengo un nuevo nombre, un trabajo, un juicio pendiente, amigos nuevos, soy una persona distinta. —Veo el dolor en sus ojos, y para mí es una agonía. Hago una pausa.

Sigo sin saber qué más decir, así que al final suelto lo que de veras pienso, lo que he querido decirle desde que le volví a ver, sentado solo en la comisaría de policía.

—Ben, yo te sigo amando, nunca he dejado de amarte, simplemente no sé si podemos volver a empezar así, sin más, después de todo lo que ha pasado. Y digas lo que digas, ahora ha muerto otra persona, probablemente por mi

culpa, y la gente le adoraba. Voy a ser foco del odio público. No sé cómo lo voy a llevar. No sé cómo voy a aguantar más culpabilidad.

—¿Quieres intentarlo al menos? —pregunta, y, casi sin querer, acabo asintiendo con la cabeza y las lágrimas que llenan mis ojos esta vez casi son de felicidad.

La mañana del martes después de salir bajo fianza Ben me lleva al piso de Shepherd's Bush para recoger mis cosas. Me doy cuenta de que no he hablado con Angel desde el viernes por la noche, justo antes de que Roberto Monteiro me acompañara a la salida de Groucho. Estoy nerviosa, no sé cómo estará conmigo, especialmente después de haberle dado su nombre a la policía, de haberles dicho que la droga que se metió Robbie era suya. El piso parece tranquilo y doy por hecho que no ha vuelto aún del trabajo, pero, mientras vacilo en la entrada, la puerta de su habitación se abre y sale ella, con su pelo dorado despeinado, y su batita acolchada tan blanca como siempre.

—Cat, cariño, ¿qué demonios ha pasado? —dice, y se acerca y me da un abrazo tan dulce que pienso que tal vez la policía no se haya puesto en contacto con ella—. ¿Por qué coño no me has llamado? —De repente se da cuenta de que no estoy sola, así que sonrío, extiende la mano y dice—: Hola, soy Angel.

—Angel, este es mi marido, Ben —contesto, y ella lanza un grito y dice —: Jesús, Cat, ¿puedes dejar de darme estas sorpresas? Primero te detienen por asesinato, y no de cualquiera, no, de un puñetero jugador del Chelsea, y ahora me dices que estás casada. ¿Qué más?

—No me llamo Cat; me llamo Emily —le digo, y en ese momento tomo la decisión de regresar de mi nueva vida a la antigua.

Estoy con una mano sobre la Biblia y, aunque ya no soy creyente, entre tanta confusión he accedido a hacer un juramento, así que prometo por Dios Todopoderoso que diré la verdad y nada más que la verdad, pero la parte de Dios me incomoda. Últimamente no me importa decir la verdad, sé que la mentira no me ha llevado a ninguna parte. El tribunal es una sala moderna y de atmósfera informal, parece más un auditorio de colegio, no como los tribunales en los que he estado antes, pero está lleno de periodistas, y tengo que mirar al otro lado de la sala hacia donde está mi marido para ver su sonrisa y sentir la fuerza que necesito para que no me fallen las piernas. Llevo una chaqueta entallada azul marino y una falda color crema y el pelo bien recogido, mi abogado dijo que debía parecer seria y arrepentida. Es fácil, cuestión de que la fachada refleje cómo me siento por dentro.

—Catherine Emily Brown, por la presente se le acusa de posesión de drogas de la clase A, que fueron encontradas en el apartamento —, en el número ochenta y siete de Marylebone High Street, Londres, a las seis cuarenta y cinco de la mañana del domingo ocho de mayo de dos mil once. ¿Cómo se declara?

—Culpable —respondo, y mi contestación resuena fuerte por toda la sala y me hace sentir ausente, eufórica.

El juez hace una pausa antes de pronunciar un largo discurso sobre los males de las drogas, y me parece increíble que yo, Emily Coleman, un día una abogada honorable, esté aquí en el banquillo equivocado, escuchando una lección sobre mis actividades criminales con sustancias ilegales (aunque afortunadamente no sobre un homicidio). Es el último episodio difícil de

digerir en este año de vida, después de que la espantosa muerte de mi precioso hijo desatara una secuencia de acontecimientos increíbles que me han ido alejando de mí misma, pero que ahora parecen completar el círculo, para devolverme a quien de verdad soy: Emily, esposa de Ben, madre de Daniel (fallecido), madre de un bebé sin nombre (abortado). Aunque lo intento por todos los medios, no consigo concentrarme en las palabras del juez, mi mente no deja de divagar (vuelve a la calle principal de Chorlton, al lecho de muerte en Marylebone, a la iglesia henchida de muerte donde le di el último y desdichado adiós a mi hijo), así que cuando escucho los gritos ahogados en la galería no sé lo que ha pasado pero supongo que es algo malo, pero luego Ben me dice que solo me han impuesto una multa, una mísera multa de ciento ochenta libras, y todo ha acabado.

Tres años más tarde

Estoy sola, sentada en los bancos de la iglesia repleta de flores, y el olor me recuerda a prados en verano hace mucho tiempo, cuando era una niña. La iglesia está preciosa, tiene unas vidrieras impresionantes, pero la viveza de sus colores me hace pensar en Daniel tirado como un juguete destrozado con su abrigo azul cobalto, cubierto de sangre, así que trato de apartar la mirada. El atril es dorado, tiene forma de águila, un águila de pie, y sus patitas regordetas me hacen pensar en las piernezuelas de Daniel, pero su rostro es amenazador y picudo, y tampoco puedo mirarlo. Desde el funeral aún me cuesta entrar en una iglesia.

Llevo un vestido de seda negro de mi época en la agencia, y me siento algo cohibida por haber venido sola, es la primera boda a la que acudo desde mi divorcio. Tal vez debería haber aceptado ser dama de honor, pero me sentía demasiado vieja, demasiado desaliñada, demasiado doblegada por la vida como para estar a la altura, y a la novia no pareció importarle. No paro de volverme hacia el pasillo a ver si viene, como siempre llega elegantemente tarde. Ahí está Dane, el viejo amigo de Angel, mirando hacia mí, imposible no verle con ese cuerpo inmenso y su ostentoso traje azul claro con ojales carmesí, y su reluciente calva negra, y también me hace pensar en Daniel. Le saludo y me reconoce, y tras el shock inicial me devuelve el saludo y me sopla un beso teatralmente. La madre de Angel, Ruth, se sienta delante de mí con un vestido rojo oscuro e intenso, el color de la sangre que fluye salvaje por sus venas, tan sensacional como siempre.

Estoy a punto de llorar, y no sé si es solo por Daniel, porque es una boda, o por saber que la gente me ha reconocido y me observa, murmurando. Me pregunto si alguna vez acabará todo esto, si dejarán de señalarme como la mujer que causó la muerte de Roberto Monteiro, la gran promesa del fútbol, con solo veinticuatro años, aunque la autopsia demostrara que Ben tenía razón y su muerte nada tuvo que ver con las drogas, que Robbie murió por un extraño defecto de corazón del que nadie sabía nada hasta que ya fue demasiado tarde.

Miro hacia el altar donde el novio sigue esperando pacientemente, claramente nervioso, y junto a él su padrino, Jeremy, y está tan guapo y elegante que cuesta creer que se trate del mismo muchacho larguirucho que se tiró de cabeza de un avión hace tanto tiempo, dándome un susto de muerte.

Me giro otra vez a mirar por el pasillo, la novia llega muy tarde, el cura empieza a parecer molesto, pero entonces suena la música y cuando vuelvo a mirar aparece ella y siento que no puedo, *no puedo* creer lo que veo, porque ahí está mi exmarido caminando hacia mí, y él también me ha visto, por primera vez desde hace casi dos años. Siento que mi rostro se enciende y al bajar la cabeza noto lágrimas de rabia que se me clavan en el fondo de los ojos, pidiendo que las deje salir. Lleva a Angel del brazo, es como una visión de belleza virginal, aparenta menos de sus veintisiete años, con una espumosa aureola de tul de seda blanco enmarcando su melena rubia suelta. Jamás la he odiado como la odio ahora mismo.

El servicio es precioso pero a mí se me hace interminable, y, aunque intento mantener la calma, cuando acaba no puedo pensar en otra cosa que no sea marcharme. No puedo ir al convite en este estado. Estoy segura de que a Angel no le importará, aunque después de lo que ha hecho hoy me da igual, así que mientras todo el mundo se arremolina a la entrada de la iglesia, esperando a dar la enhorabuena a los novios, me escabullo por la parte trasera del templo, entre las lápidas, y voy a toda prisa hasta mi viejo Golf negro. Me quito los zapatos de tacón y enciendo el motor, apenas puedo ver a través del rímel, y el ritmo de mis sollozos va en sintonía con el coche. El aparcamiento está detrás de la iglesia, así que tendré que pasar por delante de todo el

mundo, es la única manera de salir. Conduzco lo más serena que puedo y creo que voy a conseguir marcharme sin que nadie me vea, pero de repente noto que alguien vestido de traje sale corriendo de entre la multitud y se planta delante de mi coche, y me quedo paralizada al ver que es él, pero si parecía tan horrorizado de verme. Me hace gestos frenéticamente para que pare, y a mí me entra el pánico. ¿Qué quiere? Tengo que salir de aquí, no puedo verle, ahora que está con otra persona no, y mi pie duda (Dios, el momento se hace eterno), mi pie duda entre el acelerador y el freno.

CUARTA PARTE

Estoy de pie sobre el bordillo de la acera, delante de la tienda de licores al final de mi antigua calle de Chorlton, y nada parece haber cambiado. Nadie me presta atención, soy solo una cuarentona con su marido al lado, y parece que esperamos a cruzar por el semáforo. Aquí, bajo la lluvia, siento como si mi cuerpo estuviera desconectado de mi mente y me doy cuenta de que estoy oscilando, y que si no me controlo podría perder el equilibrio y caer a la calzada. Mi marido tampoco parece fiarse de mí, y me coge del brazo y me agarra fuerte, como se coge a un niño, como yo debería haber cogido al mío hace tantos años.

Es curioso lo fácil que es sobreponerse a una tragedia que siempre va a definirte, cuando no te queda otra. Necesitas una tremenda cantidad de determinación y mucha resolución para no volver a la escena de la devastación original, para dejar atrás ese lugar. O al menos eso es lo que pensé durante mucho tiempo. Pero estando aquí de pie, ahora, desearía haber venido hace años. Al ver los autobuses pasar con estrépito, y entender lo fácil que pudo ocurrir, cómo una botella hecha añicos pudo marcar la diferencia entre la vida y la muerte, me doy cuenta de que cada día ocurren accidentes trágicos como este en todo el mundo, y esta revelación me ha ayudado a cerrar heridas. Una madre que se despista medio segundo, cuando su hijo está en la bañera, o en el borde de la piscina o junto a una calle con mucho tráfico, no es incompetente, ni es mala. Estas cosas pasan, y en el noventa y nueve por ciento de los casos no importa, el destino interviene y el niño está bien, el azar no te toca, así que tal vez sí exista un Dios, después de todo. Mi adorado Daniel fue ese caso entre cien para quien las cosas no salen bien. Ahora lloro

por él, tranquila, serena, pero sé que está en paz, junto a su hermanito pequeño, estoy segura de que era un niño.

Mi hijo no es la única persona a la que lloro hoy, no es el único que murió aquí, en este mismo lugar. También lloro a mi hermana gemela Caroline, que la semana pasada, coincidiendo con el décimo aniversario de la muerte de Daniel, se lanzó delante de su propio destino en forma de autobús, dejando su huella en esta misma calzada, y a quien hemos enterrado este mediodía. Cuando recibí la llamada de mi pobre madre (cuánto ha sufrido), la verdad es que no me sorprendió, siempre supe que Caroline jamás tendría una vida feliz. Pero también comprendí que esta era su forma de pedir perdón, de intentar arreglar las cosas, y que ella ha sido quien me ha obligado a afrontar lo ocurrido y volver a este lugar para despedirme de ambos. En cierto modo, le estoy agradecida a mi hermana, porque su último paso nos ha liberado a las dos: a ella de una vida presa de trastornos y adicciones, y a mí de diez años de condena a la angustia y la culpa. Estando aquí de pie en esta triste esquina golpeada por la lluvia, siento cómo el perdón me inunda, el perdón para ella, para mí misma, y es una sensación ligera y luminosa, como si cuatro ángeles deslumbrantes, uno por cada vida perdida, me soltaran los hombros y volaran libres sobre las oscuras calles de Chorlton hacia un cielo que se expande eternamente. Tras unos largos minutos sanadores, acompañados por la serenata de cláxones y frenos chirriando, sonidos de pasos de cebrá y ruedas salpicando en los charcos, por fin tengo la sensación de que es hora de marchar, y sin decir palabra nos damos la vuelta y caminamos de vuelta hacia el coche.

Dejo el camino de gravilla y echo en falta el crujir bajo mis pies, recordándome que soy real, que de veras sigo aquí. Camino sigilosa entre las flores silvestres, me muevo con la brisa y las abejas desde la magnífica casa georgiana hacia el parque infantil junto a la pista de carreras. Nadie me presta demasiada atención, soy como cualquier otra madre bien vestida, con un labrador viejo y dos niñas pequeñas. Ayer volví a Manchester por primera vez desde hacía diez años para el funeral de mi hermana, y de algún modo perverso hoy siento como si mis pasos sobre la faz de la tierra fueran un poco más fáciles. La brisa es fresquita y purificadora, a pesar del sol, a pesar de la promesa temprana de la mañana de mediados de mayo, y el tiempo acompaña a mi estado de absolución.

Es curioso lo fácil que es, cuando por fin te enfrentas a algo, alejarte de ello, y dejarlo al fin atrás. Sabía que no sería capaz de volver al norte sola, así que mi marido vino conmigo, claro, y mamá, y mi querida amiga Angel por supuesto, la única persona junto a Simon que ha vivido mis dos vidas y me conoce como Cat además de Emily. De hecho, ella sigue llamándome Cat, a ninguna nos importa, aunque a veces las niñas me preguntan. Yo les digo que algún día les contaré la historia entera, se lo debo.

Hace diez años que Daniel y el bebé murieron, seis desde que me volví a casar, y doy gracias a Dios por las dos niñas con las que hemos sido bendecidos. Me alegro de que no salieran varones, creo que habría sido más difícil, aunque he de admitir que fue un shock cuando me enteré de que iba a tener gemelas. Al menos no son idénticas, y por suerte hay entre ellas una cercanía que yo nunca tuve con Caroline, y las adoro a las dos exactamente

igual.

Cuando me paro a pensarlo, supongo que era inevitable que Ben y yo nos divorciáramos. Imagino que era demasiado esperar que retomáramos nuestra vida sin más después de que me volviera a encontrar. Todo fue demasiado duro, entre la feroz publicidad, con la prensa sacando a la luz la historia de la muerte de Daniel y de cómo había abandonado a la familia, la presión de ser un continuo objeto del odio público (aunque Roberto Monteiro siguió siendo un héroe, y a día de hoy es una figura de culto, otro regalo divino que nunca envejecerá), mi lucha por dejar las drogas, en la cual finalmente sí que necesité ayuda. Pero todo aquello no era nada comparado con el dolor por nuestros niños perdidos y mi sentimiento de culpabilidad por Robbie, a quien creo que llegué a amar, no solo porque se pareciera a Ben, sino también por la persona que era. Ben y yo estábamos celosos del amante del otro, aunque nunca llegáramos a admitirlo (puede que yo me acostara con un futbolista joven y atractivo, pero él lo hizo con *mi hermana*). Era demasiado duro. Creo que el factor decisivo fue la rabia de Ben por mi huida, no podía evitarlo, y, una vez se difuminó la sensación de alivio por haberme encontrado, empezamos a caer en broncas nimias por cosas de cada día, peleas llenas de rabia, celos y abandono. Cuando después de un año vimos que la cosa seguía sin funcionar, parecía más fácil separarnos que seguir intentándolo, aunque al principio él se resistió (finalmente yo di el paso y me fui un tiempo a casa de mi madre). Creo que al final los dos estábamos extenuados.

Seguimos bajando por la colina hacia los prados; suelto a Charlie de su correa y se aleja brincando, ahora va más despacio, ya casi tiene once años. Noto que mis pensamientos siguen errando mientras dejo que las niñas corran: últimamente soy más permisiva con ellas, un poco menos histérica, menos paranoica con la idea de que las raptan, se ahoguen o las atropellen.

Angel fue quien maquinó nuestro segundo matrimonio. ¿Quién iba a decir que acabaría con uno de los amigos de Ben, otro aburrido contable aficionado al paracaidismo? Pero empezó a ir a terapia y ha dejado las drogas y ya no roba ni se acuesta con hombres por dinero, y me alegro por ella. Siempre supe que se casaría bien, es una de esas chicas, aunque ahora, en vez de un novio rico y cabrón, tiene un marido rico que la adora. Angel vio el potencial de Tim y ha resultado ser un partidazo, la trata como la princesa de cuento

que es. No sé cómo lo consigue, pero Tim aceptó su vida pasada sin más, se quedó prendado de ella desde el momento en que les presentamos, aquella primera Navidad después de que Ben me encontrara. Ella tardó un tiempo en hacerse del todo a él, pero ahora le demuestra la lealtad de una leona hacia sus cachorros, la misma que tiene conmigo. Ya no trabaja en casinos, por supuesto, ahora le gusta irse al sur de España a hacer caída libre desde más de tres mil metros y dedicarse a la compraventa de acciones desde su ordenador portátil (Tim le enseñó, y se le da realmente bien, siempre ha tenido una mente brillante).

Aunque la verdad, el descaro que demostró el día de su boda me dejó atónita, aquello eclipsó cualquier cosa que hubiera hecho nunca. Vale, no tenía un padre que la llevara hasta el altar, pero ¿elegir a Ben? Qué ridículo. Qué calculador. Sabía que nos veríamos obligados a hacernos frente, que no podríamos escabullirnos, aunque Dios sabe que lo intenté.

Mi mente vuelve serpenteando a aquel momento hace seis años cuando estaba sentada en mi coche, hundida, preguntándome qué demonios le iba a decir a mi exmarido, después de estar a punto de atropellarle mientras intentaba huir de él. Aunque apenas fueron unos segundos, todos mis pensamientos pasaron en estampida por mi mente, como un *autocue* acelerado: ¿Cómo ha podido hacerme esto Angel, mi supuesta mejor amiga? ¿Por qué ha venido corriendo Ben a hablar conmigo? ¿Qué demonios quiere? ¿De veras me cree capaz de atropellarle? Sabe perfectamente que intentaba huir de él. ¿Y qué demonios hacía él llevando a Angel hasta el altar? ¿Por qué es Angel tan mentirosa, por qué me dijo que Ben estaba trabajando en el extranjero y no podría venir a la boda? ¿Con quién ha venido, con la nueva novia de la que he oído hablar?

Sin tiempo para pensar en qué decir, la puerta del copiloto se abrió y Ben se metió en el coche, más corpulento de lo que recordaba. Supongo que quería que no me escabullera, o, si lo hacía, venirse conmigo. Yo debía de encontrarme en estado de shock. Me quedé mirando hacia delante con la respiración entrecortada y superficial, a través del parabrisas y por encima del capó negro desvaído en el que a punto había estado de acabar estampado. Ben estaba rabioso y desquiciado como no le había visto en la vida.

—¿Qué coño estás intentando hacer, loca? —me gritó a la cara—. ¡Podías

haberme matado! —Y entonces se dio cuenta de lo que había dicho, pero siguió, aún le quedaba rabia por quemar—. ¿Qué estás haciendo aquí? Angel dijo que estabas trabajando de voluntaria con tu madre en Malawi. — Recuerdo que al decirlo solté una risilla sarcástica al darme cuenta de las artes conspiratorias de Angel—. No te rías, no tiene ni puta gracia. ¿Quieres fastidiar el día a todo el mundo, como intentó hacerlo tu hermana en nuestra boda? ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Por qué no dejas de atormentarme?

Entonces salté.

—¿Que yo te atormento? No estoy intentando atormentarte. Ni siquiera quería verte, te lo aseguro. Angel me juró por su vida que no vendrías. ¿Crees que yo quería que ocurriera esto? Solo quería irme a casa, no quería atropellarte, no estoy tan loca, solo intentaba evitar ESTO. —Y al escupir la última palabra colmada de angustia me giré y le miré por primera vez, directamente a los ojos, y fue como si mi corazón diera otro giro de noventa grados, volviendo al amor incondicional por el hombre con el que había estado casada, y él lo vio en mi cara, imposible ocultarlo, se inclinó hacia mí y me agarró, no con ternura sino aún con rabia, y me besó como si intentara matarme, y entonces yo le devolví el beso y seguimos besándonos con tal fuerza, con tal torpeza, con tal rabia que olvidamos que todo el mundo, incluida la que pronto había de ser su exnovia, nos estaba mirando.

Charlie está tumbado en la hierba crecida bajo un árbol, ya hace demasiado calor para él, y las niñas dan volteretas y les digo que tengan cuidado con dónde ponen las manos, que hay cardos. En los dos años que Ben y yo estuvimos separados, eché mucho de menos a Charlie, es maravilloso volver a tenerle cerca. Me alegro mucho de que esta vez decidiéramos instalarnos en Londres, aprovechando que Ben ya estaba viviendo aquí: me mudé con él una semana después de la boda de Angel, fue como si ambos supiéramos que no teníamos tiempo que perder. Y varios meses después compramos una casita cerca de aquel hotel en Hampstead, aquel donde nos alojamos cuando Ben me encontró por primera vez. Al principio lo intentamos en territorio neutral, en un pueblecito de Cheshire, pero nunca nos dio la sensación de que fuera a cuajar, en el fondo somos gente de ciudad, y Manchester tampoco era una opción. Pero yo estoy encantada aquí. ¿Quién iba a decir que una se pudiera sentir tan en armonía

con la tierra en medio de esta monstruosa ciudad?

De vez en cuando quedo con Simon. Es maravilloso verle tan feliz ahora que por fin se ha separado de su mujer (esperó a que su hijo cumpliera dieciocho años, lo cual denota su honradez característica), y su novia es fantástica. Tengo la suerte de ver mucho más a mamá ahora que ha decidido mudarse para estar más cerca de sus nietas, y, aunque por supuesto la muerte de Caroline la ha destrozado, espero que en el futuro se le haga más fácil (al menos ya no tendrá que preocuparse, y espera que Caroline esté por fin en paz). Papá parece estar llevándolo bien por ahora, desde que conoció a su nueva e imponente esposa es como una persona distinta. Tal vez todos lo veamos como una liberación algún día.

Ya no siento rabia ni culpabilidad hacia Caroline. A mí me costó mucho perdonarla, pero al parecer ella nunca llegó a perdonarse a sí misma, y al menos estos diez años de dolor y autodestrucción han llegado a su fin, mi pobre y torturada hermana gemela. Ben mantuvo su promesa de no volver a verla, así que yo tampoco la veía apenas, y, aunque me entristece pensarlo, puede que lo que ha ocurrido sea el fin que su historia debía tener.

Paseo con mis niñas entre los estanques, llamo a Charlie y me inclino para atarle la correa, no quiero que se ponga a perseguir a los patos. Levanto la mirada y veo a mi marido caminando hacia nosotras, debe de haber terminado de nadar antes, trae los periódicos del fin de semana y café y bollos de la cafetería que hay junto a las pistas de tenis. Mi corazón cae en picado y remonta el vuelo, nuestras gemelas gritan: ¡Papá!, y Charlie tira de la correa que llevo sujeta y echa a correr como un cachorro otra vez. Corre hacia él, Ben lo coge del collar y entonces también llegan las niñas, y veo cómo mi familia se derrumba en un montón sobre la hierba blandita, y la risa resuena por el dulce aire.

Nota de la autora

Escribí *Un paso de más* a comienzos del verano de 2010 mientras mi madre enfermaba de forma inexplicable, animándola a leer sus capítulos para que siguiera adelante, sin saber bien adónde iba el propio libro. Lo escribí en todas y cualquier parte —sentada en la cama, en el jardín de mis amigos viendo jugar a nuestros hijos, en el hospital, en el avión a Dublín donde trabajaba por aquel entonces—, siempre resuelta a acabarlo para ella aunque no quería saber por qué. Terminé el primer borrador unos días antes de que mi madre falleciera. Este libro es para ella.

Sylvia Blanche Harrison

7 de septiembre de 1937 - 3 de julio de 2010

Agradecimientos

Aviso, es una lista larga porque para poder llegar a este momento me ha ayudado MUCHÍSIMA gente. La primera persona a quien quiero dar las gracias es a mi marido, que me convenció para que me sentara con Jon Elek, de United Agents (de hecho, ¡vino a la reunión conmigo!), cuando estaba atenazada por la indecisión sobre qué hacer. Evidentemente, tengo que agradecer a Jon el haberme mostrado de manera tan fácil y eficaz por qué necesitaba un agente, así como a Linda Shaughnessy, Jessica Craig, Amy Elliott, Ilaria Tarasconi, Emily Talbot y Georgina Gordon-Smith, también de UA. Mi profundo agradecimiento a todo el equipo de Penguin, con el cual ha sido un verdadero placer trabajar, especialmente Maxine Hitchcock, que me ha ayudado a estar aún más satisfecha con la novela, Lydia Good, Katya Shipster, Francesca Russell, Tim Broughton, Anna Derkacz, Olivia Hough, Sophie Overment, Nick Lowndes, Holly Kate Donmall, Elizabeth Smith, Kimberley Atkins, Fiona Price, Rebecca Cooney, Naomi Fidler y Louise Moore.

Gracias a los críticos y bloggers que han recomendado este libro a sus lectores y amigos, incluyendo (aunque no exclusivamente) a: Liz Wilkins, Anne Cater, Anne Williams, Janet Lambert, Trish Hannon, Shinjini Mehrotra, Jo Barton, Christian Anderson, Christine Miller, Marleen Kennedy, Michelle Iliescu, Karen Cocking, Dawn Cummings, Dianne Bylo, Allison Renner, Scarlett Dixon, Kelly Konrad, Teresa Turner, Kelly Jensen, Helen Painter, Sue Cowling, Gillian Westall, Cherra Wammock, Marion Archer, Sheli Russ, Linda Broderick, Natalie Minto, Nina Lagula, Patricia Melo, Charlotte Foreman, Suzanne Rogers, Patrice Hoffman, Denise

Crawford, Catherine Armstrong, Chris French, Cleo Bannister, Trish Hartigan, Karen Rush, Heidi Permann, Ellen Schlossberg, Cindy Lieberman, Karen Brissette, Betty McBroom, Kristin Grunwald, Tellulah Darling, Don Foster, Mattie Piela, Debbie Krenzer, Sarah Fenwick, así como todos los que me han apoyado a través de internet.

Y de nuevo, gracias a TODAS LAS PERSONAS que me han ayudado o han mostrado su fe en mí desde el principio, entre ellos: Kavita Bhanot y Becky Swift de The Literary Consultancy, Helen Castor, Heather O'Connell, Matthew Bates, Jane Bruton, Tom Tivnan, Daniel Cooper, Amy Tipper, Mel Etches, Rachel Jones, Heidi Jutton, Phil Edwards, Sharon Hughes, Emily Cater, Caroline Farrow, Chris White, Peter Gruner, Laura Lea, Becky Beach, Lizzy Edmonds, Alex Bellotti, Laura Nightingale, Phil Hilton, Jessica Whiteley, Susan Riley, Olivia Phillips, Lucy Walton, Laurel Chilcot Smithson, Jane Corry, James Blendis, Rhian Prescott, James Comer, Ian Binnie, Debi Letham, Myles Clark, Jo McCrum, Mark McCrum, Fiona Webster, Geri Hosier, Charlotte Metcalf, Franca Reynolds, Arabella Weir, Keith Crook, Stephen Bass, Jeff Taylor, Gary Rosenthal, John Anscorb, Scott Pearce, Susan Kirby, Laila Hegarty, Kristina Radke, Penny Faith, Deborah Wright, Lyndsey Kilifin, Angie Greenwood, Helen Cory, Jacky Lord, Harriet Lane, Clare Johnson, Katherine Ives, Michael Goodwin, Lorelei Loveridge, Teena Dawson, Louise Weir, Meike Ziervogel, Mel Sherratt, Hilary Lyon, Carolina Sanchez, Angela Echanova, Claire Lusher, Alli Campbell, Tracy Morrell, Bex Davies, Catherine Burkin, Lisa Parsons, Annabelle Randles, Monique Totte, Jane Morgan, Rachel Johnson, Nick Conyerd, Catherine Cunningham, Catherine West, Liz Webb, Garry Boorman, Lakshmi Hewavisenti, Conor McGreevy, Alice Baldock, Kathy Weston, Anna Jachymek, Claire Heppenstall, Donna Malone, Angie Starn, Gail Walker, Dave Sheehan, Val Young, Nicola Young, Nicole Johnschwager, Nathan Ruff, Mary Bishop, Colin Sutherland, Chrissy Paech, Joanne Doran, Sandie Kirk, Maxine Leech, Dave Martin, Helen Say, Jennifer Page, Ed Seskis, Dolly Lemon, Karen Seskis, John Harrison, Stuart Harrison, Angeles Borrego Martin, Connie Bennet, y por supuesto a todos mis amigos, a mi querido hijo, y a mi adorable madre, que ya no está.

Notas

[1] Típica puerta de casa británica e irlandesa con un remate semicircular o triangular en forma de frontón que recuerda a las portadas de las capillas. [*N. de la T.*] <<

[2] «¿Dónde tienes la cabeza?». Éxito musical del grupo británico Basement Jaxx. *[N. de la T.] <<*

[3] Localidad turística en la costa oriental de Inglaterra. *[N. de la T.]* <<

[4] Telenovela británica que empezó a emitirse en 1985 y a día de hoy sigue estando entre los programas con mayor índice de audiencia. *[N. de la T.]* <<

[5] «Sandra Pelotas». *Sandy Balls* se traduciría literalmente como «Pelotas Arenosas». [N. de la T.] <<

[6] Un *cockney* es un habitante de los barrios bajos de la zona este, East End, de Londres. [N. de la T.] <<

[7] Antigua estrella de la canción británica que también triunfó como presentadora de televisión, con programas como *Blind Date* (Cita a Ciegas).
[N. de la T.] <<